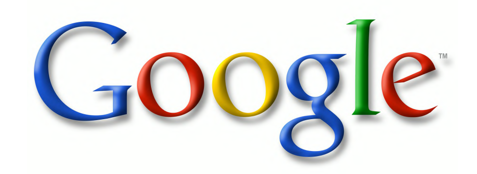
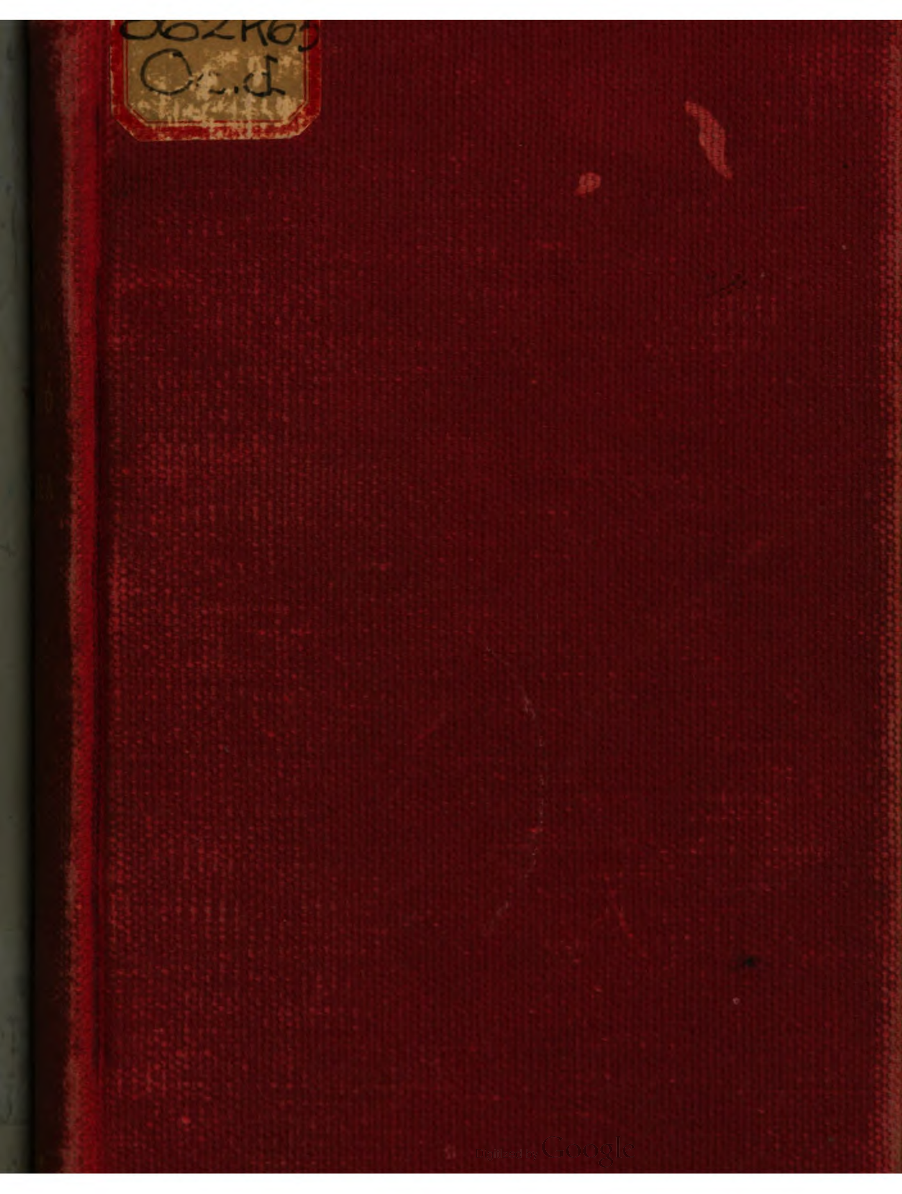




Return this book on or before the *Latest Date* stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

17625-S

BIBLIOTECA CALLEJA

SEGUNDA SERIE

LA CELESTINA

F. DE ROJAS

LA CELESTINA

TRAGICOMEDIA

DE CALISTO Y MELIBEA

INTRODUCCIÓN DE

E. DÍEZ-CANEDO



MCMXVII

CASA EDITORIAL CALLEJA

FUNDADA EN 1870

MADRID

INTRODUCCIÓN

En dos versos de cabo roto hizo Miguel de Cervantes el más sonado elogio de la tragicomedia de Calisto y Melibea: libro divino, si encubriera más lo humano, la llamó, y su juicio se viene repitiendo siglo tras siglo. Táchala, pues, el autor del *Quijote* de cruda y desaprensiva, cualidad no rara ciertamente entre los primitivos de la literatura española, que solían llamar a las cosas por su nombre, sin alardear de impudicia, pero sin espantarse del rostro severo de la verdad. Necesario fué que pasara el tiempo para que las letras españolas se ruborizaran de su desnudez y se echaran a vestir suntuosas y arrogantísimas hopalandas en que la riqueza y majestad del plegado, juntamente con la calidad escogida de la estofa, dieran algo a trueco de la forma viva que disimulaban. Pero siempre hubo de correr por ellas el impulso primero, asomando cabeza ya en el teatro, ya en la novela, si bien jamás con aquella originaria osadía.

Compuesto en las postrimerías del XV, cuando toda la vida española comenzaba a volverse, quitando los ojos de su propio solar en que forzosamente los había tenido clavados durante siglos, despertando poderosa y llena de ímpetu, bien ejercitada para toda contienda, con un mundo que al otro lado de los mares se la ofrecía para desfo-

gue de su esfuerzo ya ocioso en casa, y atenta por otro lado a la Europa que también revuelta presentía el hondo latido de la Reforma, divide este libro dos épocas: y movido por un vivísimo impulso renacentista conserva aún cierto medievalismo, como quintaesencia preciosa, que por él pasa a la época siguiente y que persiste a través de los tiempos en las obras que son manifestación genuina del espíritu nacional.

Está este medievalismo, que pudiéramos relacionar con el alma del arte gótico, en el interés por el carácter. Cada uno de los personajes de la Celestina es él mismo y nadie más; en este ser él mismo, ahincado en sus rasgos peculiares de carácter y de fisonomía, estriba su valor universal. La humanidad de cada personaje se deriva no de lo que tiene en común con los demás seres de su especie en él exaltada, sino en lo que le diferencia y personaliza entre todos ellos.

Otra obra existe en nuestra literatura en que el siglo XV recoge toda la sustancia poética anterior, concretándola y fijándola en un superior organismo: las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre el maestre de Santiago. Toda la vena heroica y ascética de los siglos medios, el nervio de su habla, corre hacia el caudal manriqueño como los ríos a la mar—para decirlo casi con palabras suyas. El autor de la tragicomedia y el de las coplas son nuestros clásicos de la Edad media, si entendemos por clásicos aquellos ingenios en que culmina una tendencia espiritual y en cuya obra van a resumirse todos los esfuer-

zos anteriores. Si pensamos en las producciones capitales de nuestros siglos medios, vestigio de todas ellas encontraremos en éstas. El Arcipreste y Don Juan Manuel; el de Talavera y Diego de San Pedro, la gesta y el romance, todo se resume en Jorge Manrique, y si no, en Fernando de Rojas.

Concretándonos a la *Celestina,* henos aquí delante de un libro misterioso. Misterioso, no en sí, que pocos más claros y aún evidentes se habrán escrito, sino en todo cuanto le rodea. Sabemos del libro lo que el libro mismo nos dice; pero él se nos aparece como un gran resplandor todo rodeado de sombras. Leyéndolo, conocemos a sus personajes y trabamos amistad con ellos, tanto que llegan a parecernos seres vivos; podemos seguir, paso a paso, sus acciones y los motivos manifiestos u ocultos que las determinan; examinar sus consecuencias y establecer entre éstas y los hechos una indiscutible y clara ilación. Pero no sabemos más.

¿Y qué más necesitamos saber? Nada, si nos conformásemos con seguir la lectura, desprendiéndonos de toda extraña preocupación. Pero es el caso que hoy se nos antoja saber más: cuándo se escribió el libro, quién lo escribió y cuál fué su vida, de qué imprenta hubo de salir por vez primera; y pasando así del libro mismo a lo que es exterior a él, nos encontramos sumidos en obscuridades y vacilaciones.

De las prensas de Friedrich Biel, conocido entre nosotros con el nombre de Fadrique Alemán

de Basilea, tudesco establecido en Burgos, donde imprimió libros desde 1485 hasta 1517, salió en 1499 el ejemplar más antiguo que hoy se conoce de la *Comedia de Calisto y Melibea*. Así se llamaba entonces el libro, que desde 1502, año en que ya se imprimió tres veces, cambia su título por el de *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. El de *Celestina*, con que más se le conoce, ocurre por primera vez en la traducción italiana hecha por Alfonso Ordóñez, desde su edición veneciana de 1519.

Discuten los eruditos acerca de si se ha de considerar como edición princeps a la de 1499: algunos la tienen por segunda. El único ejemplar que se conserva, perteneciente al hispanófilo norteamericano Mr. Huntington, que ha dado de él una cuidada reproducción facsimilar, está falto de la hoja primera. Es muy curiosa la serie de vicisitudes por que pasó, expuesta por el Sr. Foulché-Delbosc en el tomo IX de la *Revue Hispanique*. Baste decir que salió a la venta muchas veces en el transcurso del siglo pasado y que tuvo tacha de falso hasta que vino a levantársela, con su indiscutible autoridad, el bibliógrafo Conrado Haebler.

El Sr. Foulché-Delbosc, que reimprimió este texto en 1902, había dos años antes dado como "único texto auténtico de la Celestina" otra reimpresión de la hecha en Sevilla en 1501, sobre un ejemplar, asímismo único, de la Biblioteca Nacional de París. En ambos consta de diez y seis actos. Entre estas dos hay una hipotética edición de Salamanca que se dice impresa en 1500. No se

conoce de ella ejemplar; pero pasa por reimpresión suya la de Valencia de 1514.

En ésta aparece la Tragicomedia con los veintiún actos que la componen desde que adopta ese título en la edición sevillana de 1502, hecha por Alonso de Proaza, corrector también de la de 1501. Los cinco actos que se aumentan están interpolados desde la mitad del décimocuarto hasta el décimonono, pasando a ser vigésimo y vigésimo primero los que antes eran 15 y 16. Otras interpolaciones menores y alguna corrección modifican el texto antiguo. Todavía en una edición toledana de 1526 aparece un acto más, que viene a ser el 19, meramente episódico, llamado el *auto de Traso y sus compañeros,* que figura como apéndice en varias reimpresiones, y modernamente en la de D. Cayo Ortega Mayor (Madrid, 1907, tomo 216 de la Biblioteca Clásica) y en la publicada en Strasburgo por la Biblioteca Románica, números 142 a 145, con introducción del Sr. Holle. La autenticidad de este acto nadie la ha admitido, y aun en su "argumento" se dice que "fué sacado de la Comedia que ordenó Sanabria".

Tenemos, pues, una forma primitiva en dieciséis actos; otra posterior en veintiuno; y otra en veintidós. De ésta ya hemos hecho mención y no hay más que decir. Examinemos atentamente las otras.

En los diez y seis actos primitivos hemos de hacer dos partes: una formada por el acto primero, de todos el más largo, y otra por los quince restantes. La *carta del autor a un su amigo* que va al frente del texto desde la edición de 1501, los versos

acrósticos que le siguen y las octavas de Alonso de Proaza puestas al final, que declaran su artificio, nos indican que el primer acto es de mano distinta que los otros: "vi que no tenía su firma del auctor" se lee en el texto referido, y en el de 1514, a continuación, se añade "el qual, según algunos dizen, fué Juan de Mena, e, según otros, Rodrigo Cota". Los demás, compúsolos en quince días de vacaciones, un jurista que conoció la obra en Salamanca, y que sólo manifiesta su nombre en el acróstico que sigue a la carta; y leídas juntas las letras iniciales de cada verso dicen así: "El bachiller Fernando de Roias acabó la Comedia de Calysto y Melybea e fve nascido en la Puebla de Montalván".

Si es de dos manos la forma primitiva, ¿cuántas anduvieron en la posterior? Las interpolaciones que la alargan, ¿son obra del autor mismo que añadió los quince actos al primero? ¿O son más bien, el primero, los quince añadidos y los cinco interpolados obra de un solo ingenio y de una misma pluma? Los eruditos no llegan a un acuerdo.

Ante todo: ¿quién fué Fernando de Rojas? En el siglo XVIII, el licenciado Cosme Gómez Tejada de los Reyes, en su *Historia de Talavera* cuyo manuscrito se guarda en la Biblioteca Nacional, escribía lo siguiente, que descubrió Gallardo, dió a conocer Cañete, citó, corrigiéndolo, Menéndez Pelayo y reprodujo Cejador: "Fernando de Rojas, autor de la *Celestina,* fábula de Calixto y Melibea, nació en la Puebla de Montalbán, como él lo dice al principio de su libro en unos versos de arte mayor acrósticos; pero hizo asiento en Talavera; aquí

vivió y murió y está enterrado en la iglesia del convento de monjas de la Madre de Dios. Fué abogado docto, y aún hizo algunos años en Talavera oficio de Alcalde mayor. Naturalizóse en esta villa y dejó hijos en ella. Bien muestra la agudeza de su ingenio aquella breve obra llena de donaires y graves sentencias, espejo en que se pueden mejor mirar los ciegos amantes que en los christalinos adonde tantas horas gastan riçando sus feminiles guedejas. Cumplió bien sus obligaciones en aquel género de escrevir, con que pueden entender tantos autores modernos de libros de entretenimiento y de otros, que no consiste la arte y gallardía de decir en afectadas *culturas,* todo ruido de palabras que atruenan el viento y lisonjean el oído, mas no hieren el alma porque les falta sólida munición: vano estudio, indecente, infructuoso, que solamente a ingenios semejantes deleita, y a ninguno enseña ni mueve. Vienen medidos a Fernando de Rojas respecto de otros autores aquellos dos versos de Marcial, hablando de Persio comparado a Marso:

Saepius in libro memoratur Persius uno
Quam levis in tota Marsus Amazonide;

y lo que admira es que siendo el primer auto de otro autor (entiéndese que Juan de Mena o Rodrigo de Cota) no sólo parece que formó todos los actos vn ingenio, sino que es individuo..."

Otros testimonios antiguos se conservan, y el Sr. Serrano y Sanz, en la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, publicó en 1902 unas *Noticias biográficas de Fernando de Rojas, autor de la Celestina,* en que se transcribe un proceso de la

Inquisición de Toledo contra Alvaro de Montalbán, que declara con juramento tener una hija llamada Leonor Alvarez, "muger del bachiller Rojas, que compuso a Melibea, vecino de Talavera", a quien él nombró por su letrado.

No es éste el único documento en que se daba fe del autor de la Celestina, pero ninguno de los hasta ahora publicados tiene la importancia de otros que en breve han de ver la luz. Fueron éstos comunicados al Sr. Cejador que se apresuró a adelantar algunos datos en la *Revista Crítica Hispano-Americana,* año II (1916), tomo II, número 2.°, páginas 85-86, bajo este título: "El Bachiller Hernando de Rojas, verdadero autor de la "Celestina". Estos documentos son el testamento suyo y otros papeles, por los que se sabe su fallecimiento en Talavera de la Reina, en Mayo de 1541, que estaba casado con Doña Leonor Alvarez de Montalván y que tuvo por hijo al Licenciado Francisco de Rojas, el cual murió en Valladolid. Fueron sus padres Garci-González Ponce de Rojas, natural de Tineo de Asturias y doña Catalina de Rojas. No era judío, como se creía; converso se le llama en los documentos publicados por el Sr. Serrano y Sanz; mas parece que los recién hallados demuestran que fué hijodalgo de pura sangre como sus padres y abuelos. El escudo de los Rojas ostenta cinco estrellas de oro en campo de azur. Hay además entre los papeles a que aludimos un inventario de los libros de su propiedad, que no se dispersaron a su muerte, sino que fueron acrecentados por su viuda.

Concuerdan en lo substancial los datos sacados a luz por los documentos con las afirmaciones del Licenciado Tejada de los Reyes, historiador juicioso y grave. Todos los indicios están hoy a favor de Fernando de Rojas. Entre los que han estudiado el problema que arriba dejamos planteado, el Sr. Foulché-Delbosc cree de mano distinta los diez y seis actos y las adiciones y muéstrase contrario a Rojas, el cual "se las dió de autor de una obra maestra que otro había escrito". Bien es verdad que esta opinión se manifestaba en 1902. Menéndez y Pelayo se inclina a la unidad: para él es Rojas el autor casi seguro del acto primero, e indudable de los demás de la primera forma y de las interpolaciones subsiguientes con las que hizo como una refundición de su obra. De la misma opinión es el Sr. Bonilla San Martín. El Sr. Cejador, como el Sr. Bonilla, estima que las adiciones echaron a perder el texto originario y no duda en atribuir a Proaza, autor de los versos finales en la edición de Sevilla de 1501, las añadiduras de la de 1502: tres octavas suyas, variantes en la carta, en los acrósticos y en el título, prólogo nuevo y los cinco discutidísimos actos.

De todas estas opiniones, la de Menéndez Pelayo nos parece más atendible y segura. No se pronuncia de un modo decidido el autor de la "Historia de las ideas estéticas en España" acerca de la cuestión referente al acto primero; porque si bien hace observar que en la refundición fué el único que se libró de adiciones y retoques, no deja

de apuntar que pudo Rojas respetarlo para no "dar con su propio texto armas contra la supuesta existencia de otro autor". Y añade: "Inventada ya la fábula tenía que sostenerla con algún color de verisimilitud". Por otra parte, la atribución a Mena es inadmisible, si se compara la viveza de estilo de la tragicomedia con la dureza y pesadez de la prosa que se conoce del poeta cordobés. Queda el nombre de Cota, autor del delicioso *Diálogo entre el Amor y un viejo;* pero no hay prueba decisiva. Así, pues, el estado actual de la cuestión es éste: Fernando de Rojas fué el autor de la Celestina que escribió primeramente en diez y seis actos y refundió más tarde en veintiuno. El primero, no lo dió por suyo; pero no es posible decidir si cuando lo dijo hablaba en serio o si trataba de excusar, con una ficción, aquel que podía tomarse por pecadillo de un hombre que, por ser letrado, tenía obligación de ocuparse sólo en cosas graves. Debió escribirlo en el último decenio del siglo XV. Mucho se ha discutido acerca de la expresión "Ganada es Granada" que en el texto aparece, sin llegar a nada concluyente. Lo mismo puede ser de los tiempos anteriores a la conquista, en que la noticia corriera a diario, sin confirmación muchas veces, que repetirse después como expresión proverbial.

La *Celestina* fué muy pronto popular. Al principio hemos citado la opinión de Cervantes. Juan de Valdés elogia su traza y estilo. Pronto empiezan las continuaciones: de 1534 a 1542, salen una segunda, una tercera y una cuarta Celestina. Don

Pedro Manuel de Urrea y otros poetas menores que él se dedican a versificarla. En todo el siglo XVI, las imitaciones abundan: famosa entre ellas la que con el título de *La Lozana Andaluza* imprimió en Venecia el año 1527 el clérigo Francisco Delicado. Pero ya en ese siglo, desde la edición de Alcalá de Henares, 1536, la Inquisición manda expurgar la *Celestina;* y en el XVII, después de la expurgada que apareció en Madrid en 1632, prohibe toda impresión. El XIX restaura la consideración de la tragicomedia y la crítica le da el puesto merecido. Los últimos años son especialmente fecundos para su conocimiento; ya se puede colegir de los datos que arriba quedan expuestos.

Imprímese hoy, generalmente, la *Celestina,* en la forma que tiene veintiún actos. Algunos editores, como el Sr. Cejador y el Sr. Holle, distinguen los dos textos estampando el primero en diferentes tipos los dieciséis actos originarios y los cinco añadidos y relegando el segundo éstos al pie de la página. Pero a no ser en reproducciones como las del señor Foulché-Delbosc, nadie prescinde de los actos añadidos. Todos están, sin embargo, conformes en que la primitiva forma era más dramática. En ella Calisto cae de la escala y muere por accidente fatal en la misma noche que logra a Melibea. Este desenlace rápido, imprevisto, acongoja y suspende el ánimo. En la forma ampliada, gózanse los amantes un mes; arman, entre tanto, planes de venganza las mozas de Celestina; se prolonga y complica el enredo; se trata de explicar la precipi-

tación de Calisto, ocasión de su caída. Quizá el efecto dramático se esfuma un poco. Pero, en cambio, ¡qué dos escenas, aquella del acto dieciséis en que Melibea, escondida, oye hablar a sus padres, que aún la tienen por pura, y ella, sonrojada, pide a su sirvienta que entre a estorbarles su hablar, a interrumpir sus alabanzas que no puede oir serena, y aquella otra de la espera en el jardín del acto diecinueve, que con razón se ha comparado con las más apasionadas de *Romeo y Julieta*!

Es diestro el autor de la *Celestina* en la pintura de caracteres como ningún otro escritor español antes que él lo ha sido. No ya los principales, Celestina, Melibea, Calisto, sino las figuras de segundo término, los criados, las "mujeres enamoradas", el rufián, están caracterizados con sobria y humana profundidad. Hasta los dos criados que acompañan a Calisto en la última noche, el pajecico Tristán y el mozo de caballos Sosia viven con una fuerza de realidad incomparable: avispado pese a sus pocos años el uno, fornido y simplón el otro, fácil de embaucar y resuelto en el reñir con los que atacan a su amo, no ceden a los tipos de Sempronio y Parmeno, más ampliamente desarrollados. ¿Pues qué diremos de los protagonistas? Ved aquí a Calisto, a quien los argumentos llaman "pungido" y "vencido", mozo gallardo, que se abandona al amor, y teme y llora y se vuelve crédulo y supersticioso, y, una vez seguro, sin amilanarse ante la tribulación en que le pone la ejecución de sus criados y su nombre en lenguas por la villa, pensar sólo en su pasión y dejarlo todo por ella,

corriendo ciego a la cita como si le atrajese más que la dulzura del goce la cercana muerte fatal.

Más bellos son los caracteres femeninos, y para nosotros mejor aún el de Melibea que el de Celestina. A Melibea la conocemos bien: "Los ojos verdes, rasgados, las pestañas luengas, las cejas delgadas y alzadas, la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos, los labios colorados y grosezuelos, el torno del rostro poco más luengo que redondo"... ¡Cómo la describe Calisto y cómo se retrata ella primero en su reserva y mesura, luego en su arrebato, en su apasionado hablar y entregarse! ¿Es la misma esta Melibea desenvuelta de ahora, se pregunta un comentador, que aquella de antes que no osaba alzar los ojos del suelo? Y salvo que la hace en tono de reproche, bien está la pregunta. No es la misma, no. Así la ha puesto el amor de Calisto. La mujer ha sustituído a la niña, y lo que ésta temía, aquélla lo ama y defiende con ardor invencible.

En cuanto a Celestina, más que un genio del mal, nos place ver en ella, una humanísima mujer, toda ingenio y astucia, conocedora del corazón y la debilidad de la especie, acariciadora, lisonjeadora, supersticiosa en el fondo, engañada ella misma con lo que emplea para el engaño de los demás. Invoca al demonio, le pide auxilio en el trance apretado, pero obra como si nada de él esperase; suyas son las añagazas y las tretas, suyo el provecho. Y además predica a convencidos. Ni siquiera revela a Melibea la causa de su desasosiego: ¿E no me fuera mejor conceder su petición e

demanda ayer a Celestina, quando de parte de aquel señor, *cuya vista me cautivó,* me fué rogado...?—dice Melibea.

Traza la *Celestina* un animado cuadro de la vida ciudadana en la España de su tiempo. ¿En qué ciudad se desarrolla? Tampoco esto es claro; pero ha de ser en una villa principal, con río navegable: Melibea quiere "gozar la vista de los navíos". Esto ha dejado suponer que se trataba de Sevilla, única ciudad de España accesible a la navegación fluvial. El Sr. Foulché-Delbosc se inclina a situarla en Toledo; pero los más la fijan en Salamanca. A la verdad, las indicaciones que el texto proporciona son vagas. El detalle del río, puede ser una libertad que el autor se permita. Pero cuesta trabajo imaginarse que un escritor tan objetivo en sus tipos no lo fuese en el lugar de la escena, y menos que llegase a tal estilización. Hasta parece deponer en favor de Salamanca la declaración de los preliminares en que se dice: Yo vi en Salamanca la obra...

El lenguaje de la tragicomedia es de una inimitable limpidez y tersura; los giros, idiotismos y proverbios en que abunda le dan un sabor popular que ninguna otra obra anterior a ella en nuestra literatura tiene y que sólo se verá después en las más grandes: Sancho Panza hablará como se habla en la *Celestina*. El diálogo es vivo, cortado; a veces, producto de la época, se muestra en él una fastidiosa erudición: todos citan a los autores antiguos, amos y criados, Celestina misma; pero bien poco es, entre tantas bellezas, y no sólo ocurre en los actos añadidos. Muestra el autor conocer la li-

teratura clásica; los nombres de sus criados y rameras están en Terencio y en Plauto; sentencias de autores latinos acuden a su pluma en ocasiones. Pero, juntamente con éstos, la poesía nuestra le sostiene y en su prosa rastréanse a menudo reminiscencias de Juan de Mena. Cuando Pleberio, en su dolorosa peroración del acto último, exclama: "Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuydados, a rienda suelta; descúbresnos la celada, quando ya no ay lugar de bolver", parece que percibimos una resonancia de la elegía de Jorge Manrique:

Los placeres y dulzores
desta vida trabajada
que tenemos,
¿qué son sino corredores
y la muerte es la celada
en que caemos?
No mirando a nuestro daño
corremos a rienda suelta
sin parar;
desque vemos el engaño
y queremos dar la vuelta,
no hay lugar.

Y cuando apostrofa al amor: "¡Oh amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerça ni poder de matar a tus subjetos!" parece revivir aquella canción del señor rey de Castilla don Juan el segundo:

Amor, yo nunca pensé,
aunque poderoso eras,
que podrías tener maneras
para trastornar la fe,
fastagora que lo sé...

¡Dolorosa lamentación la de Pleberio, que ve su desolada vejez, y entre tiernos lamentos exclama:

—Del mundo me quexo, porque en sí me crió... !— Esta es la vida, Pleberio; tu hija y su amante ven interrumpido el goce y caen de improviso en la nada. El dolor arrebata a los mozos el placer, pero con los viejos no es más benigno. Tú acumulaste riquezas, trazaste proyectos para gozarlas entre los tuyos y he aquí que los tuyos te abandonan y se van al país de donde no se vuelve. ¿Qué te queda por hacer? De más alta torre has caído que tu Melibea. Este es el mundo: engaño y dolor.

¡Amarga filosofía que emana de la obra y más impresión nos deja que toda su pretendida ejemplaridad! Bella es la Tragicomedia de Calisto y Melibea, no porque nos aperciba contra engaños de gente aviesa y baja, sino porque está realizada cumplidamente, como obra de arte puro, con un fondo de desengañada filosofía, en una expresión plena de lenguaje; aquí el castellano se nos muestra con toda su agilidad juvenil, apto ya para expresarlo todo.

E. Díez-Canedo

Nota.—La presente edición, acomodada en la ortografía y puntuación, en cuanto ha sido posible, a los usos de hoy, sigue el texto completo de la edición de 1514. Cuando otra de las ediciones antiguas nos ofrecía una lección más accesible, no hemos vacilado en adoptarla. Hemos prescindido en absoluto de notas, que creemos innecesarias, dado el propósito de presentar al lector la tragicomedia de Calisto y Melibea como una obra viva, sólo para su deleite y de hacerla asequible a la masa de las que suelen arredrarse ante un texto erudito. Pero sin éstos, no hubiera sido posible presentar seriamente uno fácil y popular como el que ofrecemos.

EL AUTOR A UN SU AMIGO

SUELEN, los que de sus tierras ausentes se hallan, considerar de qué cosa aquel lugar donde parten mayor inopia o falta padezca, para con la tal servir a los conterráneos, de quien en algún tiempo beneficio recibido tienen; y viendo que legítima obligación a investigar lo semejante me compelía para pagar las muchas mercedes de vuestra libre liberalidad recibidas, asaz veces retraído en mi cámara, acostado sobre mi propia mano, echando mis sentidos por ventores y mi juicio a volar, me venía a la memoria, no sólo la necesidad que nuestra común patria tiene de la presente obra, por la muchedumbre de galanes y enamorados mancebos que posee, pero áun en particular vuestra misma persona, cuya juventud de amor ser presa se me representa haber visto, y dél cruelmente lastimada, a causa de le faltar defensivas armas para resistir sus fuegos, las cuales hallé esculpidas en estos papeles; no fabricadas en las grandes ferrerías de Milán, mas en los claros ingenios de doctos varones castellanos formadas. Y como mirase su primor, sutil artificio, su fuerte y claro metal, su modo y manera de laborar, su estilo elegante, jamás en nuestra lengua castellana visto ni oído, leílo tres o cuatro veces y tantas cuantas más lo

leía, tanta más necesidad me ponía de leerlo, y tanto más me agradaba, y en su proceso nuevas sentencias sentía. Ví no sólo ser dulce en su principal historia, o ficción toda junta; pero áun de algunas de sus particularidades salían deleitables fontecicas de filosofía, de otros agradables donaires, de otros avisos y consejos contra lisonjeros y malos sirvientes y falsas mujeres hechiceras. Ví que no tenía su firma del autor, el cual, según algunos dicen, fué Juan de Mena, y según otros, Rodrigo Cota; quienquier que fuese, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias entregeridas, que so color de donaires tiene. ¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detractores y nocibles lenguas, más aparejadas a reprender que a saber inventar, quiso celar y encubrir su nombre, no me culpéis, si en el fin bajo que lo pongo no expresàre el mío. Mayormente que siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad; y quien lo supiese diría, que no por recreación de mi principal estudio, del cual yo más me precio, como es la verdad, lo hiciese; antes distraído de los derechos, en esta nueva labor me entremetiese. Pero aunque no acierten, sería pago de mi osadía. Asimismo pensarían que no quince días de unas vacaciones, mientras mis socios en sus tierras, en acabarlo me detuviese, como es lo cierto; pero áun más tiempo y menos acepto. Para disculpa de lo cual todo, no sólo a vos, pero a cuantos lo leyeren, ofrezco los siguientes metros. Y porque conozcáis dónde comienzan mis maldoladas razones.

acordé que todo lo del antiguo autor fuese sin división en un acto o escena incluso, hasta el segundo acto, donde dice: "*Hermanos míos*", etc. Vale.

EL AUTOR

ESCUSÁNDOSE DE SU YERRO EN ESTA OBRA QUE ESCRIBIÓ, CONTRA SÍ ARGUYE Y COMPARA.

El silencio escuda y suele encobrir
La falta de ingenio y torpeza de lenguas:
Blasón que es contrario, publica sus menguas
A quien mucho habla sin mucho sentir.
Como hormiga que deja de ir,
Holgando por tierra, con la provisión:
Jactóse con alas de su perdición;
Leváronla en alto, no sabe dónde ir.

PROSIGUE

El aire gozando ajeno y extraño,
Rapiña es ya hecha de aves que vuelan,
Fuertes más que ella; por cebo la llevan;
En las nuevas alas estaba su daño.
Razón es que aplique a mi pluma este engaño,
No despreciando a los que me arguyen,
Así que, a mí mismo mis alas destruyen,
Nublosas y flacas, nacidas de hogaño.

PROSIGUE

Donde ésta gozar pensaba volando,
O yo de escribir cobrar más honor,
Del uno y del otro nació desfavor:
Ella es comida y a mí están cortando
Reproches, revistas y tachas. Callando
Obstára; y los daños de envidia y murmuros
Insisto remando; y los puertos seguros
Atrás quedan todos ya cuanto más ando.

PROSIGUE

Si bien queréis ver mi limpio motivo,
A cuál se endereza de aquestos extremos,
Con cuál participa, quién rige sus remos,
Apolo, Diana, o Cupido altivo;
Buscad bien el fin de aquesto que escribo,
O del principio leed su argumento:
Leedlo, veréis que aunque dulce cuento,
Amantes, que os muestra salir de cativo.

COMPARACIÓN

Como el doliente que píldora amarga
O la recela, o no puede tragar,
Métela dentro de dulce manjar,
Engáñase el gusto, salud se le alarga:
Desta manera mi pluma se embarga,
Imponiendo dichos lascivos, rientes,
Atrae los oídos de penadas gentes;
De grado escarmientan, y arrojan su carga.

LA CELESTINA

VUELVE A SU PROPÓSITO

Estando cercado de dudas y antojos,
Compuse la fin que el principio desata;
Acordé dorar con oro de lata
Lo más fino tíbar que vi con mis ojos;
Y encima de rosas sembrar mil abrojos.
Suplico, pues, suplan discretos mi falta:
Teman groseros; y en obra tan alta,
O vean, o callen, o no den enojos.

PROSIGUE DANDO RAZONES
PORQUE SE MOVIÓ A ACABAR ESTA OBRA

Yo vi en Salamanca la obra presente;
Movíme a acabarla por estas razones:
Es la primera, que estó en vacaciones;
La otra imitar la persona prudente;
Y es la final, ver ya la más gente
Vuelta y mezclada en vicios de amor.
Estos amantes les pornán temor
A fiar de alcahueta ni falso sirviente.

E así que esta obra en el proceder
Fué tanto breve, cuanto muy sotil,
Vi que portaba sentencias dos mil
En forro de gracias, labor de placer.
No hizo Dédalo cierto a mi ver
Alguna más prima entretalladura,
Si fin diera en ésta su propia escritura
Cota o Mena con su gran saber.

Jamás yo no vide en lengua romana,
Después que me acuerdo, ni nadie la vido,
Obra de estilo tan alto y subido
En tosca, ni griega, ni en castellana.
No trae sentencia, de donde no mana
Loable a su autor y eterna memoria,
Al cual Jesucristo reciba en su gloria
Por su pasión santa, que a todos nos sana.

AMONESTA A LOS QUE AMAN QUE SIRVAN A DIOS Y DEJEN LAS MALAS COGITACIONES Y VICIOS DE AMOR

Vos los que amáis, tomad este ejemplo,
Este fino arnés con que os defendáis;
Volved ya las riendas, porque no os perdáis;
Load siempre a Dios visitando su templo.
Andad sobre aviso: no seais dejemplo
De muertos y vivos y propios culpados;
Estando en el mundo yacéis sepultados.
Muy grande dolor siento cuando esto contemplo.

FIN

O damas, matronas, mancebos, casados,
Notad bien la vida que aquestos hicieron;
Tened por espejo su fin cual hobieron;
A otro que amores dad vuestros cuidados.
Limpiad ya los ojos, los ciegos errados,
Virtudes sembrando con casto vivir;
A todo correr debéis de huir,
No os lance Cupido sus tiros dorados.

PRÓLOGO

TODAS las cosas deben ser criadas a manera de contienda o batalla, dice aquel gran sabio Heráclito, en este modo: *Omnia secundum litem fiunt.* Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria. Y como sea cierto que toda palabra del hombre sciente preñada, desta se puede decir, que de muy hinchada y llena quiere reventar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacaría harto fruto entre personas discretas. Pero como mi pobre saber no baste a más de roer sus secas cortezas de los dichos de aquellos que por claror de sus ingenios merecieron ser aprobados, con lo poco que de allí alcanzare satisfaré al propósito deste perbreve prólogo. Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco Petrarca, diciendo: *Sine lite atque offensione nihil genuit natura parens*: "Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo." Dice más adelante: *Sic est enim, et sic prope modum universa testantur: rapido stellæ obviant firmamento; contraria invicem elementa configunt; terræ tremunt; maria fluctuant; aer quatitur; crepant flammæ; bellum immortale venti gerunt; tempora temporibus concertant; secum singula,*

nobiscum omnia. Que quiere decir: "En verdad así es, y así todas las cosas desto dan testimonio; las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo; los adversos elementos unos con otros rompen pelea; tremen las tierras; ondean los mares; el aire se sacude; suenan las llamas; los vientos entre sí traen perpétua guerra; los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno a uno, y todos contra nosotros." El verano vemos que nos aqueja con calor demasiado; el invierno con frío y aspereza; así que, esto nos parece revolución temporal, esto con que nos sostenemos, esto con que nos criamos y vivimos, si comienza a ensoberbecerse más de lo acostumbrado, no es sino guerra. Y cuanto se ha de temer manifiéstase por los grandes terremotos y torbellinos; por los naufragios e incendios, así celestiales como terrenales; por la fuerza de los aguaduchos; por aquel bramar de truenos; por aquel temeroso ímpetu de rayos; aquellos cursos y recursos de las nubes, de cuyos abiertos movimientos, para saber la secreta causa de que proceden, no es menor la disensión de los filósofos en las escuelas, que de las ondas en la mar.

Pues entre los animales ningún género carece de guerra: peces, fieras, aves, serpientes; de lo cual todo, una especie a otra persigue. El león al lobo, el lobo a la cabra, el perro a la liebre; y si no pareciere conseja de tras el fuego, yo llegaría más al cabo esta cuenta. El elefante, animal tan poderoso y fuerte, se espanta y huye de la vista de un suzuelo ratón, y áun de sólo oirle, toma

gran temor. Entre las serpientes, el basilisco crió la natura tan ponzoñoso y conquistador de todas las otras, que con su silbo las asombra, y con su venida las ahuyenta y desparce, con su vista las mata. La víbora, reptilia o serpiente enconada, al tiempo de concebir, por la boca de la hembra metida la cabeza del macho, y ella con el gran dulzor apriétale tanto que le mata; y quedando preñada, el primer hijo rompe los ijares de la madre por do todos salen y ella muerta queda y él casi como vengador de la paterna muerte. ¿Qué mayor lid, qué mayor conquista ni guerra, que engendrar en su cuerpo quien coma sus entrañas?

Pues no menos disensiones naturales creemos haber en los pescados; pues es cosa cierta gozar la mar de tantas formas de peces, cuantas la tierra y el aire cría de aves y animalias, y muchas más. Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pez llamado *echeneis*, y cuánto sea apta su propiedad para diversos géneros de lides. Especialmente tiene una, que si llega a una nao o carraca, la detiene, que no se puede menear, aunque vaya muy recio por las aguas; de lo cual hace Lucano mención, diciendo:

Non puppim retinens, Euro tendente rudentes,
In mediis echeneis aquis.

"No falta allí el pez dicho echeneis, que detiene las fustas, cuando el viento Euro extiende las cuerdas en medio de la mar." ¡Oh natural contienda digna de admiración: poder más un peque-

ño pez que un gran navío con toda fuerza de los vientos!

Pues si discurrimos por las aves y por sus menudas enemistades, bien afirmaremos ser todas las cosas criadas a manera de contienda. Las más viven de rapiña como halcones y águilas y gavilanes. Hasta los groseros milanos insultan dentro en nuestras moradas los domésticos pollos, y debajo las alas de sus madres los vienen a cazar. De una ave llamada rocho, que nace en el índico mar de Oriente, se dice ser de grandeza jamás oída, y que lleva sobre su pico hasta las nubes, no sólo un hombre o diez, pero un navío cargado de todas sus jarcias y gente; y como los míseros navegantes estén tan suspensos en el aire, con el meneo de su vuelo caen y reciben crueles muertes.

Pues ¿qué diremos entre los hombres, a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos, y movimientos, y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos efectos diversos, y variedades que desta nuestra flaca humanidad nos provienen?

Y pues es antigua querella y usitada de largos tiempos, no quiero maravillarme, si esta presente obra ha sido instrumento de lid y contienda a sus lectores para ponerlos en diferencias, dando cada uno sentencia sobre ella a sabor de su voluntad. Unos decían que era prolija, otros breve, otros agradable, otros oscura; de manera que cortarla a medida de tantas y tan diferentes condiciones,

a sólo Dios pertenece. Mayormente, pues, ella, con todas las otras cosas que al mundo son, van debajo de la bandera de esta noble sentencia: *que aun la misma vida de los hombres, si bien lo miramos, desde la primera edad hasta que blanquean las canas, es batalla.* Los niños con los juegos, los mozos con las letras, los mancebos con los deleites, los viejos con mil especies de enfermedades pelean; y estos papeles con todas las edades. La primera los borra y rompe. La segunda no los sabe bien leer. La tercera, que es la alegre juventud y mancebía, discorda. Unos roen los huesos que no tienen virtud, que es la historia toda junta, no aprovechándose de las particularidades, haciéndola cuento de camino; otros pican los donaires y refranes comunes, loándolos con toda atención, dejando pasar por alto lo que hace más al caso y utilidad suya. Pero aquellos para cuyo verdadero placer es todo, desechan el cuento de la historia para contar, coligen la suma para su provecho, ríen lo donoso, las sentencias y dichos de filósofos guardan en su memoria para trasponer en lugares convenibles a sus actos y propósitos. Así que, cuando diez personas se juntaren a oir esta comedia, en quien quepa esta diferencia de condiciones, como suele acaescer, ¿quién negará que no haya contienda en cosa que de tantas maneras se entienda?

Que aun los impresores han dado sus punturas, poniendo rúbricas o sumarios al principio de cada acto, narrando en breve lo que dentro contenía: una cosa bien excusada, según lo que los

antiguos escritores usaron. Otros han litigado sobre el nombre, diciendo que no se había de llamar comedia, pues acaba en tristeza, sino que se llamase tragedia. El primer autor quiso dar denominación del principio, que fué placer y llamóla comedia: yo viendo estas discordias, entre estos extremos, partí ahora por medio la porfía y llaméla *tragi-comedia.* Así que viendo estas contiendas, estos dísonos y varios juicios, miré a donde la mayor parte acostaba, y hallé que querían que se alargase en el proceso de su deleite de estos amantes, sobre lo cual fuí muy importunado; de manera que acordé, aunque contra mi voluntad, meter segunda vez la pluma en tan extraña labor y tan ajena de mi facultad, hurtando algunos ratos a mi principal estudio, con otras horas destinadas para recreación, puesto que no han de faltar nuevos detractores a la nueva adición.

SÍGUESE

LA COMEDIA O TRAGICOMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA, COMPUESTA EN REPREHENSION DE LOS LOCOS ENAMORADOS QUE, VENCIDOS EN SU DESORDENADO APETITO, A SUS AMIGAS LLAMAN Y DICEN SER SU DIOS. ASIMISMO HECHA EN AVISO DE LOS ENGAÑOS DE LAS ALCAHUETAS Y MALOS Y LISONJEROS SIRVIENTES

ARGUMENTO DE TODA LA OBRA

Calisto fué de noble linaje, de claro ingenio, de gentil disposición, de linda crianza, dotado de muchas gracias, de estado mediano. Fué preso en el amor de Melibea, mujer moza, muy generosa, de alta y serenísima sangre, sublimada en próspero estado, una sola heredera a su padre Pleberio, y de su madre Alisa muy amada. Por solicitud del pungido Calisto, vencido el casto propósito della (entreveniendo Celestina, mala y astuta mujer, con dos sirvientes del vencido Calisto, engañados y por ésta tornados desleales, presa su fidelidad con anzuelo de codicia y de deleite), vinieron los amantes y los que les ministraron en amargo y desastrado fin. Para comienzo de lo cual dispuso la adversa fortuna lugar oportuno, donde a la presencia de Calisto se presentó la deseada Melibea.

INTRODÚCENSE EN ESTA TRAGICOMEDIA LAS PERSONAS SIGUIENTES

CALISTO, *mancebo enamoraao.*
MELIBEA, *hija de Pleberio.*
PLEBERIO, *padre de Melibea.*
ALISA, *madre de Melibea.*
CELESTINA, *alcahueta.*
PARMENO,
SEMPRONIO,
TRISTÁN,
SOSIA, } *criados de Calisto.*
CRITO, *putañero.*
LUCRECIA, *criada de Pleberio.*
ELICIA,
AREUSA, } *rameras.*
CENTURIO, *rufián.*

ACTO PRIMERO

ARGUMENTO

Entrando *Calisto* en una huerta en pos de un halcón suyo, halló a *Melibea*, de cuyo amor preso, comenzóle de hablar. De la cual rigorosamente despedido, fué para su casa muy angustiado. Habló con un criado suyo llamado *Sempronio*, el cual, después de muchas razones, le enderezó a una vieja llamada *Celestina*, en cuya casa tenía el mismo criado una enamorada llamada *Elicia*. Esta, viniendo Sempronio a casa de Celestina con el negocio de su amo, tenía a otro consigo llamado *Crito*, al cual escondieron. Entre tanto que Sempronio está negociando con Celestina, Calisto está razonando con otro su criado por nombre *Parmeno;* y este razonamiento dura hasta que llegan Sempronio y Celestina, a casa de Calisto. Parmeno fué conocido de Celestina, la cual mucho le dice de los hechos y conocimiento de su madre, induciéndole a amor y concordia de Sempronio.

CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA, CRITO, PARMENO

CALISTO

En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA

¿En qué, Calisto?

CALISTO

En dar poder a natura que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacer a mi inmérito tanta merced que verte alcanzase, y en tan con-

veniente lugar, que mi secreto dolor manifestarte pudiese. Sin duda incomparablemente es mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcanzar yo tengo a Dios ofrecido ni otro poder mi voluntad humana puede cumplir. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Por cierto los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina, no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo. Mas, ¡oh triste! que en esto diferimos: que ellos puramente se glorifican sin temor de caer de tal bienaventuranza; y yo, mixto, me alegro con recelo del esquivo tormento que tu ausencia me ha de causar.

MELIBEA

¿Por tan gran premio tienes esto, Calisto?

CALISTO

Téngolo por tanto en verdad, que si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos, no lo ternía por tanta felicidad.

MELIBEA

Pues áun más igual galardón te daré yo, si perseveras.

CALISTO

¡Oh bienaventuradas orejas mías, que indignamente tan gran palabra habéis oído!

MELIBEA

Mas desaventuradas de que me acabes de oir; porque la paga será tan fiera cual merece tu loco atrevimiento; y el intento de tus palabras ha sido de ingenio de tal hombre como tú, haber de salir para se perder en la virtud de tal mujer como yo.

¡Véte, véte de ahí, torpe! que no puede mi paciencia tolerar que haya cabido en corazón humano conmigo en ilícito amor comunicar su deleite.

CALISTO

Iré como aquél contra quien solamente la adversa fortuna pone su estudio con odio cruel.

CALISTO

¡Sempronio, Sempronio, Sempronio! ¿Dónde está este maldito?

SEMPRONIO

Aquí estoy, señor, curando destos caballos.

CALISTO

Pues ¿cómo sales de la sala?

SEMPRONIO

Abatióse el jerifalte, y vínele a enderezar en el alcándara.

CALISTO

Así los diablos te ganen; así por infortunio arrebatado perezcas, o perpétuo intolerable tormento consigas, el cual en grado incomparable a la penosa y desastrada muerte que espero, traspase. ¡Anda, anda, malvado! Abre la cámara y endereza la cama.

SEMPRONIO

Señor, luego hecho es.

CALISTO

Cierra la ventana y deja la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. Mis pensamientos tristes no son dignos de luz. ¡Oh bien-

aventurada muerte aquella que deseada a los afligidos viene! O si viniésedes ahora, Hipócrates y Galeno, médicos, ¿sentiríades mi mal? ¡Oh piedad celestial, inspira en el plebérico corazón, porque sin esperanza de salud no envíe el espíritu perdido con el desastrado Píramo y la desdichada Tisbe!

SEMPRONIO

¿Qué cosa es?

CALISTO

¡Véte de ahí! no me hables; si no, quizá antes del tiempo de mi rabiosa muerte, mis manos causarán tu arrebatado fin.

SEMPRONIO

Iré, pues solo quieres padecer tu mal.

CALISTO

¡Ve con el diablo!

SEMPRONIO

No creo, según pienso, ir conmigo, el que contigo queda. ¡Oh desventura! ¡Oh súbito mal! ¿Cuál fué tan contrario acontecimiento, que así tan presto robó la alegría deste hombre; y lo que peor es, junto con ella el seso? ¿Dejarle he solo, o entraré allá? Si le dejo matarse ha; si entró allá, matarme ha. Quédese, no me curo; más vale que muera aquel a quien es enojosa la vida, que no yo que huelgo con ella. Aunque por al no desease vivir, sino por ver mi Elicia, me debría guardar de peligros. Pero si se mata sin otro testigo, yo quedo obligado a dar cuenta de su vida. Quiero entrar; mas puesto que entre, no quiere consolación ni consejo. Asaz es señal mortal no

querer sanar. Con todo, quiérole dejar un poco desbrave, madure; que oído he decir, que es peligroso abrir o apremiar las apostemas duras, porque más se enconan. Esté un poco; dejemos llorar al que dolor tiene; que las lágrimas y suspiros mucho desenconan el corazón dolorido. Y áun si delante me tiene, más conmigo se encenderá; que el sol más arde donde puede reverberar; la vista a quien objeto no se antepone, cansa; y cuando aquél es cerca, agúzase. Por eso quiérome sufrir un poco. Si entre tanto se matare, muera. Quizá con algo me quedaré; que otro no lo sabe, con que mude el pelo malo; aunque malo es esperar salud en muerte ajena. Y quizá me engaña el diablo; y si muere, matarme han, e irán allá la soga y el calderón. Por otra parte dicen los sabios, que es grande descanso a los afligidos tener con quien puedan sus cuitas llorar, y que la llaga interior más empece. Pues en estos extremos en que estoy perplejo, lo más sano es entrar, y sufrirle y consolarle; porque si posible es sanar sin arte ni aparejo, más ligero es guarecer por arte y por cura.

CALISTO

Sempronio.

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

Dame acá el laud.

SEMPRONIO

Señor, vesle aquí.

CALISTO

¿Cuál dolor puede ser tal,
Que se iguale con mi mal?

SEMPRONIO

Destemplado está ese laud.

CALISTO

¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá la armonía aquél que consigo está tan discorde? ¿aquél en quien la voluntad a la razón no obedece? ¿quien tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, cuidados, sospechas, todo a una causa? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

SEMPRONIO

Mira Nero de Tarpeya
a Roma cómo se ardía;
gritos dan niños y viejos,
y él de nada se dolía.

CALISTO

Mayor es mi fuego, y menor la piedad de quien ahora digo.

SEMPRONIO

No me engaño yo, que loco está este mi amo.

CALISTO

¿Qué estás murmurando, Sempronio?

SEMPRONIO

No digo nada.

CALISTO

Dí lo que dices, no temas.

SEMPRONIO

Digo, que ¿cómo puede ser mayor el fuego que atormenta un vivo, que el que quemó tal ciudad y tanta multitud de gente?

CALISTO

¿Cómo? Yo te lo diré: mayor es la llama que dura ochenta años, que la que en un día pasa; y mayor la que mata un ánima, que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, como de la sombra a lo real, tanta diferencia hay del fuego que dices al que me quema. Por cierto si el del purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales, que por medio de aquel ir a la gloria de los santos.

SEMPRONIO

¡Algo es lo que digo! A más ha de ir este hecho. No basta loco, sino hereje.

CALISTO

¿No te digo que hables alto cuando hablares? ¿Qué dices?

SEMPRONIO

Digo que nunca Dios quiera tal: que es especie de herejía lo que ahora dijiste.

CALISTO

¿Por qué?

SEMPRONIO

Porque lo que dices contradice la cristiana religión.

CALISTO

¿Qué a mí?

SEMPRONIO

¿Tú no eres cristiano?

CALISTO

¿Yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo.

SEMPRONIO

Tú te lo dirás. Como Melibea es grande, no cabe en el corazón de mi amo, que por la boca le sale a borbollones. No es más menester; bien sé de qué pie cojeas. Yo te sanaré.

CALISTO

Increíble cosa prometes.

SEMPRONIO

Antes fácil; que el comienzo de la salud es conocer hombre la dolencia del enfermo.

CALISTO

¿Cuál consejo puede regir lo que en sí no tiene orden ni consejo?

SEMPRONIO

¡Há, há, há! ¿Esto es el fuego de Calisto? ¿Estas son sus congojas? ¡Como si solamente el amor contra él asestara sus tiros! ¡Oh soberano Dios, cuán altos son tus misterios! ¡Cuánta premia pusiste en el amor, que es necesaria turbación en el amante! Su límite pusiste por maravilla. Parece al amante que atrás queda. Todos pasan, todos rompen, pungidos y garrochados como ligeros toros. Sin freno saltan por las barreras. Mandaste al hombre por la mujer dejar el padre y la madre; ahora no sólo aquéllo, mas a ti y a tu ley desamparan, como ahora Calisto; del cual no me maravi-

llo, pues los sabios, los santos, los profetas por ellas te olvidaron.

CALISTO

Sempronio.

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

No me dejes.

SEMPRONIO

De otro temple está esta gaita.

CALISTO

¿Qué te parece de mi mal?

SEMPRONIO

Que amas a Melibea.

CALISTO

¿Y no otra cosa?

SEMPRONIO

Harto mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.

CALISTO

Poco sabes de firmeza.

SEMPRONIO

La perseverancia en el mal no es constancia, mas dureza o pertinacia la llaman en mi tierra. Vosotros los filósofos de Cupido llamadla como quisiéredes.

CALISTO

Torpe cosa es mentir el que enseña a otro; pues que tú te precias de loar a tu amiga Elicia.

SEMPRONIO

Haz tú lo que bien digo, y no lo que mal hago.

CALISTO

¿Qué me repruebas?

SEMPRONIO

Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer.

CALISTO

¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios!

SEMPRONIO

¿Y así lo crees, o burlas?

CALISTO

¿Que burlo? Por Dios la creo, por Dios la confieso, y no creo que hay otro soberano en el cielo, aunque entre nosotros mora.

SEMPRONIO

¡Ha, ha, ha! ¿Oistes qué blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?

CALISTO

¿De qué te ríes?

SEMPRONIO

Ríome que no pensaba que había peor invención de pecado que en Sodoma.

CALISTO

¿Cómo?

SEMPRONIO

Porque aquellos procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos, y tú con el que confiesas ser Dios.

CALISTO

¡Maldito seas, que hecho me has reir lo que no pensé hogaño!

SEMPRONIO

Pues qué, ¿toda tu vida habías de llorar?

CALISTO

Sí.

SEMPRONIO

¿Por qué?

CALISTO

Porque amo a aquella, ante quien tan indigno me hallo, que no la espero alcanzar.

SEMPRONIO

¡Oh, pusilánime, oh hideputa! ¡Qué Nembrot, qué magno Alejandre, los cuales no sólo del señórío del mundo, mas del çielo se juzgaron ser dignos!

CALISTO

No te oí bien eso que dijiste. Torna, dilo, no procedas.

SEMPRONIO

Dije que tú, que tienes más corazón que Nembrot ni Alejandre, desesperas de alcanzar una mujer; muchas de las cuales en grandes estados constituídas se sometieron a los pechos y resuellos de viles acemileros, y otras a brutos animales. ¿No has leído de Pasífae con el toro, de Minerva con el can?

CALISTO

No lo creo, hablillas son.

SEMPRONIO

Lo de tu abuela con el jimio ¿hablilla fué? Testigo es el cuchillo de tu abuelo.

CALISTO

¡Maldito sea este necio, y qué porradas dice!

SEMPRONIO

¿Escocióte? Lee los historiales, estudia los filó-

sofos, mira los poetas: llenos están los libros de sus viles malos ejemplos, de las caídas que llevaron los que en algo, como tú, las reputaron. Oye a Salomón do dice que las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar. Consejate con Séneca, y verás en qué las tiene. Escucha a Aristóteles, mira a Bernardo. Gentiles, judíos, cristianos y moros, todos en esta concordia están. Pero lo dicho y lo que dellas dijere, no te contezca error de tomarlo en común: que muchas hubo y hay santas, y virtuosas, y nobles, cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero destas otras, ¿quién te contaría sus mentiras, sus tráfagos, sus cambios, su liviandad, sus lagrimillas, sus alteraciones, sus osadías? Que todo lo que piensan, osan sin deliberar. ¿Sus disimulaciones, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su testimoniar, su negar, su revolver, su presunción, su vanagloria, su abatimiento, su locura, su desdén, su soberbia, su sujeción, su parlería, su golosina, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embaimientos, sus escarnios, su deslenguamiento, su desvergüenza, su alcahuetería? ¡Considera, qué sesito está debajo de aquellas grandes y delgadas tocas, qué pensamientos so aquellas gorgueras, so aquel fausto, so aquellas largas y autorizantes ropas!, ¡qué imperfección, qué albañares debajo de templos pintados! Por ellas es dicho, arma del diablo, cabeza de pecado, destruición de paraíso. ¿No has rezado en la festividad de San Juan, do dice: *Las mujeres y el vino hacen*

los hombres renegar; do dice: *Esta es la mujer, antigua malicia que a Adán echó de los deleites del paraíso; ésta el linaje humano metió en el infierno; a ésta menospreció Elías profeta,* etc.?

CALISTO

Di pues, ese Adán, ese Salomón, ese David, ese Aristóteles, ese Virgilio, esos que dices, ¿cómo se sometieron a ellas? ¿Soy más que ellos?

SEMPRONIO

A los que las vencieron querría que remedases, que no a los que dellas fueron vencidos. Huye de sus engaños. ¿Sabes qué hacen? Cosas, que es difícil entenderlas: no tienen modo, no razón, no intención. Por rigor comienzan el ofrecimiento que de sí quieren hacer. A los que meten por los agujeros denuestan en la calle; convidan, despiden, llaman, niegan, señalan amor, pronuncian enemiga; ensáñanse presto, apacíguanse luego; quieren que adivinen lo que quieren. ¡Oh, qué plaga, oh, qué enojo, oh, qué hastío es conferir con ellas más de aquel breve tiempo que son aparejadas a deleite!

CALISTO

¡Ve! Mientras más me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué se es.

SEMPRONIO

No es este juicio para mozos, según veo, que no se saben a razón someter, no se saben administrar. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fué discípulo.

CALISTO

¿Y tú qué sabes?, ¿quién te mostró esto?

SEMPRONIO

¿Quién? Ellas; que desque se descubren así pierden la vergüenza, que todo esto y aún más a los hombres manifiestan. Ponte, pues, en la medida de honra, piensa ser más digno de lo que te reputas; que cierto peor extremo es dejarse hombre caer de su merecimiento, que ponerse en más alto lugar que debe.

CALISTO

Pero ¿quién soy yo para eso?

SEMPRONIO

¿Quién? Lo primero eres hombre y de claro ingenio; y más, a quien la natura dotó de los mejores bienes que tuvo: conviene a saber: hermosura, gracia, grandeza de miembros, fuerza, ligereza; y allende desto, fortuna medianamente partió contigo lo suyo en tal cuantía, que los bienes que tienes de dentro con los de fuera resplandecen. Porque sin los bienes de fuera, de los cuales la fortuna es señora, a ninguno acaece en esta vida ser bienaventurado; y más, a constelación de todos eres amado.

CALISTO

Pero no de Melibea; y en todo lo de que me has gloriado, Sempronio, sin proporción ni comparación se aventaja Melibea. Mira la nobleza y antigüedad de su linaje, el grandísimo patrimonio, el excelentísimo ingenio, las resplandecientes virtudes, la altitud e inefable gracia, la soberana hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco, porque haya algún refrigerio. Y lo que te diré será de lo descubierto, que si de lo oculto yo hablarte

supiera, no nos fuera necesario altercar tan miserablemente estas razones.

SEMPRONIO

¿Qué mentiras, y qué locuras dirá agora este cativo de mi amo?

CALISTO

¿Cómo es eso?

SEMPRONIO

Dije que digas, que muy gran placer habré de lo oir. ¡Así te medre Dios como me será agradable ese sermón!

CALISTO

¿Qué?

SEMPRONIO

Que así me medre Dios como me será gracioso de oir.

SEMPRONIO

Pues porque hayas placer, yo lo figuraré por partes mucho por extenso.

SEMPRONIO

¡Duelos tenemos! Esto es tras lo que yo andaba. De pasarse habrá ya esta importunidad.

CALISTO

Comienzo por los cabellos: ¿ves tú las madejas del oro delgado que hilan en Arabia? Más lindos son, y no resplandecen menos. Su longura hasta el postrero asiento de sus pies; después, crinados y atados con la delgada cuerda, como ella se los pone, no ha más menester para convertir los hombres en piedras.

SEMPRONIO

Más en asnos.

CALISTO

¿Qué dices?

SEMPRONIO

Dije que esos tales no serían cerdas de asno.

CALISTO

¡Ved, qué torpe y qué comparación!

SEMPRONIO

¿Tú cuerdo?

CALISTO

Los ojos verdes, rasgados; las pestañas luengas; las cejas delgadas y alzadas; la nariz mediana, la boca pequeña, los dientes menudos y blancos; los labios colorados y grosezuelos; el torno del rostro poco más luengo que redondo; el pecho alto; la redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría figurar? ¡Qué se despereza el hombre cuando las mira! La tez lisa, lustrosa; el cuero suyo oscurece la nieve; la color mezclada, cual ella la escogió para sí.

SEMPRONIO

¡En sus trece está este necio!

CALISTO

Las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas; los dedos luengos; las uñas en ellos largas y coloradas que parecen rubíes entre perlas. Aquella proporción que ver yo no pude, sin duda por el bulto de fuera juzgo incomparablemente ser mejor que la que Páris juzgó entre las tres deesas.

SEMPRONIO

¿Has dicho?

CALISTO

Cuan brevemente pude.

SEMPRONIO

Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno.

CALISTO

¿En qué?

SEMPRONIO

En que ella es imperfecta, por el cual defecto desea y apetece a ti, y a otro menor que tú. ¿No has leído el filósofo do dice: *así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón?*

CALISTO

¡Oh triste, y cuándo veré yo eso entre mí y Melibea!

SEMPRONIO

Posible es; y aunque la aborrezcas cuanto ahora la amas podría ser, alcanzándola y viéndola con otros ojos, libres del engaño en que ahora estás.

CALISTO

¿Con qué ojos?

SEMPRONIO

Con ojos claros.

CALISTO

Y ahora ¿con qué la veo?

SEMPRONIO

Con ojos de alinde, con que lo poco parece mucho, y lo pequeño grande. Y porque no te desesperes, yo quiero tomar esta empresa de cumplir tu deseo.

CALISTO

¡Oh! Dios te de lo que deseas. ¡Qué glorioso me es oirte, aunque no espero que lo has de hacer!

SEMPRONIO

Antes lo haré cierto.

CALISTO

Dios te consuele. El jubón de brocado que ayer vestí, Sempronio, vístele tú.

SEMPRONIO

Prospérete Dios por éste y por muchos más que me darás. De la burla yo me llevo lo mejor; con todo, si destos aguijones me da, tráersela he hasta la cama. ¡Bueno ando! Hácelo esto que me dió mi amo; que sin merced, imposible es obrarse bien ninguna cosa.

CALISTO

No seas ahora negligente.

SEMPRONIO

No lo seas tú, que imposible es hacer siervo diligente el amo perezoso.

CALISTO

¿Cómo has pensado de hacer esta piedad?

SEMPRONIO

Yo te lo diré. Días há grandes que conozco en fin desta vecindad una vieja barbuda que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay. Entiendo que pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad. A las duras peñas promoverá y provocará a lujuria, si quiere.

CALISTO

¿Podríala yo hablar?

SEMPRONIO

Yo te la traeré hasta acá. Por eso aparéjate; seile gracioso, seile franco. Estudia, mientras voy, de le decir tu pena tan bien como ella te dará el remedio.

CALISTO

Ya tardas.

SEMPRONIO

Ya voy; quede Dios contigo.

CALISTO

Y contigo vaya. ¡Oh, todopoderoso, perdurable Dios! ¡Tú, que guías los perdidos, y a los reyes orientales por la estrella precedente a Belén trajiste, y en su patria los redujiste! humildemente te ruego que guíes a mi Sempronio, de manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo indigno merezca venir en el deseado fin.

CELESTINA

¡Albricias, albricias, Elicia! ¡Sempronio! ¡Sempronio!

ELICIA

Ce, ce, ce.

CELESTINA

¿Por qué?

ELICIA

Porque está aquí Crito.

CELESTINA

Mételo en la camarilla de las escobas: presto. Dile que viene tu primo y mi familiar.

ELICIA

Crito, retráete ahí. Mi primo viene; perdida soy.

CRITO

Pláceme, no te congojes.

SEMPRONIO

¡Madre bendita! ¡Qué deseo traigo! ¡Gracias a Dios, que te me dejó ver!

CELESTINA

Hijo mío, rey mío, turbado me has; no te puedo hablar. Torna y dame otro abrazo. ¿Y tres días pudiste estar sin vernos? ¡Elicia, Elicia, cátale aquí!

ELICIA

¿A quién, madre?

CELESTINA

A Sempronio.

ELICIA

¡Ay triste! Saltos me da el corazón. Y ¿qué es de él?

CELESTINA

Vesle aquí, vesle. Yo me le abrazaré, que no tú.

ELICIA

¡Ay! maldito seas, traidor. Postema y landre te mate, y a manos de tus enemigos mueras, y por crímenes dignos de cruel muerte en poder de rigurosa justicia te veas. ¡Ay, ay!

SEMPRONIO

¡Hi, hi, hi! ¿Qué has, mi Elicia?, ¿de qué te congojas?

ELICIA

Tres días ha que no me ves. ¡Nunca Dios te vea, nunca Dios te consuele ni visite! ¡Guay de la triste que en ti tiene su esperanza y el fin de todo su bien!

SEMPRONIO

Calla, señora mía; ¿tú piensas que la distancia del lugar es poderosa de apartar el entrañable amor, el fuego que está en mi corazón? Do yo voy, conmigo vas, conmigo estás. No te aflijas, ni atormentes más de lo que yo he padecido. Mas di, ¿qué pasos suenan arriba?

ELICIA

¿Quién? Un mi enamorado.

SEMPRONIO

Pues créolo.

ELICIA

¡Alahé! verdad es. Sube allá, y verle has.

SEMPRONIO

Voy.

CELESTINA

¡Anda acá!, deja a esa loca, que es liviana, y turbada de tu ausencia, sácasla ahora de seso. Dirá mil locuras. Ven y hablemos; no dejemos pasar el tiempo en balde.

SEMPRONIO

Pues ¿quién está arriba?

CELESTINA

¿Quiéreslo saber?

SEMPRONIO

Quiero.

CELESTINA

Una moza que me encomendó un fraile.

SEMPRONIO

¿Qué fraile?

CELESTINA

No lo procures.

SEMPRONIO

Por mi vida, madre, ¿qué fraile?

CELESTINA

¿Porfías? El ministro gordo.

SEMPRONIO

¡Oh, desaventurada, y qué carga espera!

CELESTINA

Todas la llevamos. Pocas mataduras has tú visto en la barriga.

SEMPRONIO

Mataduras, no, mas petreras sí.

CELESTINA

¡Ay, burlador!

SEMPRONIO

Deja; si soy burlador, muéstramela.

ELICIA

¡Ah, don malvado!, ¿verla querías? Los ojos se te salten; que no basta a ti una ni otra. Anda, vela, y deja a mí para siempre.

SEMPRONIO

¡Calla, Dios mío!, ¿y enójaste?; que ni la quiero ver a ella ni a mujer nacida. A mi madre quiero hablar, y quédate adiós.

ELICIA

¡Anda, anda, vete, desconocido, y está otros tres años que no me vuelvas a ver!

SEMPRONIO

Madre mía, bien ternás confianza, y creerás que no te burlo. Toma el manto, y vamos, que por el camino sabrás lo que si aquí me tardase en decirte, impediría tu provecho y el mío.

CELESTINA

Vamos, Elicia, quédate adiós, cierra la puerta. ¡Adiós, paredes!

SEMPRONIO

¡Oh, madre mía!, todas las cosas dejadas aparte, solamente sei atenta, e imagina en lo que te dijere y no derrames el pensamiento en muchas partes, que quien junto en diversos lugares le pone, en ninguno le tiene; sino por caso determina lo cierto. Y quiero que sepas de mí lo que no has oído, y es, que jamás pude, después que mi fe contigo puse, desear bien de que no te cupiese parte.

CELESTINA

Parta Dios, hijo, de lo suyo contigo, que no sin causa lo hará, siquiera porque has piedad desta pecadora vieja. Pero di, no te detengas; que la amistad que entre ti y mí se afirma, no ha menester preámbulos, ni corolarios, ni aparejos para ganar voluntad. Abrevia, y ven al hecho; que vanamente se dice por muchas palabras lo que por pocas se puede entender.

SEMPRONIO

Así es. Calisto arde en amores de Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Pues juntos nos ha menester, juntos nos aprovechemos; que conocer el tiempo, y usar el hombre de la oportunidad, hace los hombres prósperos.

CELESTINA

Bien has dicho, al cabo estoy; basta para mí mecer el ojo. Digo, que me alegro mucho destas nuevas, como los cirujanos de los descalabrados. Y como aquéllos dañan en los principios las llagas, y encarecen el prometimiento de la salud, así entiendo yo hacer a Calisto. Alargarle he la certenidad del remedio, porque, como dicen, la esperanza luenga aflige el corazón, y cuanto él la perdiere, tanto se la promete. Bien me entiendes.

SEMPRONIO

Callemos, que a la puerta estamos; y, como dicen, las paredes han oídos.

CELESTINA

Llama.

SEMPRONIO

Ta, ta, ta.

CALISTO

Parmeno.

PARMENO

Señor.

CALISTO

¿No oyes, maldito sordo?

PARMENO

¿Qué es, señor?

CALISTO

A la puerta llaman, corre.

PARMENO

¿Quién es?

SEMPRONIO

Abre á mí y a esta dueña.

PARMENO

Señor, Sempronio y una puta vieja alcoholada daban aquellas porradas.

CALISTO

Calla, calla, malvado, que es mi tía: corre, corre, abre. Siempre lo vi, que por huir hombre de un peligro cae en otro mayor. Por encubrir yo este hecho de Parmeno, a quien amor o fidelidad o temor pusieran freno, caí en indignación desta que no tiene menor poderío en mi vida que Dios.

PARMENO

¿Por qué, señor, te matas? ¿Por qué, señor, te congojas? ¿Y tú piensas que es vituperio en las orejas desta el nombre que la llamé? No lo creas; que así se glorifica en le oir, como tú cuando dicen: diestro caballero es Calisto. Y demás desto es nombrada y por tal título conocida. Si entre cien mujeres va, y alguno dice ¡puta vieja! sin ningún empacho luego vuelve la cabeza, y responde con alegre cara. En los convites, en las fiestas, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con

ella pasan tiempo. Si pasa por los perros, aquello suena su ladrido; si está cerca las aves, otra cosa no cantan; si cerca los ganados, balando lo pregonan; si cerca las bestias, rebuznando dicen: ¡puta vieja! Las ranas de los charcos otra cosa no suelen mentar; si va entre los herreros, aquello dicen sus martillos; carpinteros y armeros, herradores, caldereros, arcadores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre: cántanla los carpinteros, péinanla los peinadores, tejedores, labradores en las huertas, en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan el afán cotidiano; al perder en los tableros, luego suenan sus loores; todas cosas que son hacen, a do quiera que ella está, el tal nombre representan. ¡Oh, qué comedor de huevos asados era su marido! ¿Qué quieres más, sino que si una piedra topa con otra, luego suena ¡puta vieja!

CALISTO

Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PARMENO

Saberlo has. Días grandes son pasados que mi madre, mujer pobre, moraba en su vecindad, la cual rogada por esta Celestina me dió a ella por sirviente, aunque ella no me conoce, por lo poco que la serví, y por la mudanza que la edad ha hecho.

CALISTO

¿De qué la servías?

PARMENO

Señor, iba a la plaza, y traíle de comer y acompañábala; suplía en aquellos menesteres que mi

tierna fuerza bastaba. Pero de aquel poco tiempo que la serví, recogía la nueva memoria lo que la vejez no ha podido quitar. Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río, una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada. Ella tenía seis oficios, conviene saber: labrandera, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera. Era el primer oficio cobertura de los otros, so color del cual muchas mozas destas sirvientes entraban en su casa a labrarse y a labrar camisas y gorgueras y otras muchas cosas. Ninguna venía sin torrezno, trigo, harina o jarro de vino y de las otras provisiones que podían a sus amas hurtar, y aun otros hurtillos de más cualidad allí se encubrían. Asaz era amiga de estudiantes, y despenseros y mozos de abades; a éstos vendía ella aquella sangre inocente de las cuitadillas la cual ligeramente aventuraban en esfuerzo de la restitución que ella les prometía. Subió su hecho a más: que por medio de aquellas comunicaba con las más encerradas, hasta traer a ejecución su propósito. Y aquestas en tiempo honesto, como de estaciones, procesiones de noche, misas del gallo, misas del alba y otras secretas devociones, muchas encubiertas vi entrar en su casa; tras ellas hombres descalzos, contritos, rebozados, desatacados, que entraban allí a llorar sus pecados. ¡Qué tráfagos, si piensas, traía! Hacíase física de niños, tomaba estambre de unas casas, dábalo a hilar en otras, por achaque de entrar en todas. Las

unas, madre acá; las otras, madre acullá; cata la vieja, ya viene el ama, de todas muy conocida. Con todos estos afanes, nunca pasaba sin misa ni vísperas, ni dejaba monasterio de frailes ni de monjas; esto porque allí hacía ella sus aleluyas y conciertos. Y en su casa hacía perfumes, falsaba estoraques, menjuí, animes, ámbar, algalia, polvillos, almizcles, mosquetes. Tenía una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de alambre, de estaño, hechos de mil faciones; hacía solimán, afeite conocido, argentadas, bujelladas, cerillas, lanillas, unturillas, lustres, lucentores, clarimientes, albalinos y otras aguas de rostro; de rasuras de gamones, de cortezas de espantalobos, de taraguntia, de hieles, de agraz, de mosto, deslitadas y azucaradas. Adelgazaba los cueros con zumos de limones, con turbino, con tuétano de corzo y de garza, y otras confecciones. Sacaba agua para oler, de rosas, de azahar, de jazmín, de trébol, de madreselva, y clavellinas mosquetadas y almizcladas, polvorizadas con vino. Hacía lejía para enrubiar, de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre y millifolia, y otras diversas cosas. Y los untos y mantecas y sebos que tenía, es hastío de decir: de vaca, de oso, de caballos y de camello, de culebra y de conejo, de ballena, de garza y de alcarabán, y de gamo y de gato montés y de tejón, de harda, de erizo, de nutria. Aparejos para baños, esto es una maravilla, de las hierbas y raíces que tenía en el techo de su casa colgadas: manzanilla y romero, malva-

biscos, culantrillo, coronillas, flor de saúco y de mostaza, espliego y laurel blanco, tortarosa y gramonilla, flor salvaje e higueruela, pico de oro y hoja tinta. Los aceites que sacaba para el rostro no es cosa de creer. De estoraque y de jazmín, de limón, de pepitas, de violetas, de menjuí, de alfócigos, de piñones, de granillo, de azofaifas, de neguilla, de altramuces, de arvejas y de carrillas y de hierba pajarera; y un poquillo de bálsamo tenía ella en una redomilla, que guardaba para aquel rasguño que tiene por las narices. Esto de los virgos, unos hacía de vejiga, y otros curaba de punto. Tenía en un tabladillo, en una cajuela pintada, unas agujas delgadas de pellejeros, e hilos de seda encerados, y colgadas allí raíces de hojaplasma y fuste sanguino, cebolla albarrana, y cepacaballo. Hacía con esto maravillas, que cuando vino por aquí el embajador francés, tres veces vendió por virgen una criada que tenía.

CALISTO

Así pudiera ciento.

PARMENO

¡Sí, santo Dios! Y remediaba por caridad muchas huérfanas y cerradas que se encomendaban a ella. Y en otro apartado tenía para remediar amores, y para se querer bien. Tenía huesos de corazón de ciervo, lengua de víbora, cabezas de codornices, sesos de asno, tela de caballo, mantillo de niño, haba morisca, guija marina, soga de ahorcado, flor de yedra, espina de erizo, pie de tejón, granos de helecho, la piedra del nido del águila y otras mil cosas. Venían a ella muchos hombres y

mujeres; y a unos demandaba el pan do mordían, a otros de su ropa, a otros de sus cabellos; a otros pintaba en la palma letras con azafrán, a otros con bermellón; a otros daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas, y otras cosas en barro y en plomo hechas, muy espantables al ver. Pintaba figuras, decía palabras en tierra. ¿Quién te podrá decir lo que esta vieja hacía? Y todo era burla y mentira.

CALISTO

Bien está, Parmeno, déjalo para más oportunidad. Asaz soy de ti avisado. Téngotelo en gracia. No nos detengamos, que la necesidad desecha la tardanza. Oye, aquella viene rogada: espera más que debe; vamos, no se indigne. Yo temo, y el temor reduce la memoria y a la providencia despierta. Sús; vamos, proveamos. Pero ruégote, Parmeno, la envidia de Sempronio, que en esto me sirve y complace, no ponga impedimento en el remedio de mi vida; que si para él hubo jubón, para ti no faltará sayo. Ni pienses que tengo en menos tu consejo y aviso, que su trabajo y obra; como lo espiritual sepa yo que precede a lo corporal, y que puesto que las bestias corporalmente trabajen más que los hombres, por eso son pensadas y curadas, pero no amigas dellos. En la tal diferencia serás conmigo en respeto de Sempronio; y so secreto sello, pospuesto el dominio, por tal amigo a ti me concedo.

PARMENO

Quéjome, señor de la duda de mi fidelidad y servicio, por los prometimientos y amonestaciones tu-

yas. ¿Cuándo me viste, señor, envidiar, o por ningún interés ni resabio tu provecho estorcer?

CALISTO

No te escandalices; que sin duda tus costumbres y gentil crianza en mis ojos, ante todos los que me sirven, están. Mas como en caso tan arduo, do todo mi bien y vida pende, es necesario proveer, proveo a los acontecimientos, como quiera que creo que tus buenas costumbres sobre buen natural florecen, como el buen natural sea principio del artificio. Y no más, sino vamos a ver la salud.

CELESTINA

Pasos oigo; acá descienden. Haz, Sempronio, que no lo oyes; escucha, y déjame hablar lo que a ti y a mí me conviene.

SEMPRONIO

Habla.

CELESTINA

No me congojes, ni me importunes, que sobrecargar el cuidado es aguijar al animal congojoso. Así sientes la pena de tu amo Calisto, que parece que tú eres él y él tú, y que los tormentos son en un mismo sujeto. Pues cree que yo no vine acá por dejar este pleito indeciso o morir en la demanda.

CALISTO

Parmeno, detente, ce, escucha que hablan éstos: veamos en qué vivimos. ¡Oh, notable mujer! ¡Oh, bienes mundanos, indignos de ser poseídos de tan alto corazón! ¡Oh, fiel y verdadero Sempronio! ¿Has visto, mi Parmeno? ¿Oiste? ¿Tengo razón? ¿Qué me dices, rincón de mi secreto, y consejo y alma mía?

PARMENO

Protestando mi inocencia en la primera sospecha, y cumpliendo con la fidelidad, porque te me concediste, hablaré. Oyeme, y el afecto no te ensorde, ni la esperanza del deleite te ciegue. Tiémplate, y no te apresures; que muchos con codicia de dar en el fiel, yerran el blanco. Aunque soy mozo, cosas he visto asaz, y el seso y la vista de las muchas cosas demuestran la experiencia. De verte o de oirte descender por la escalera, parlan éstos lo que fingidamente han dicho, en cuyas falsas palabras pones el fin de tu deseo.

SEMPRONIO

Celestina, ruinmente suena lo que Parmeno dice.

CELESTINA

Calla, que para la mi santiguada, do vino el

asno verná el albarda. Déjame tú a Parmeno, que yo te le haré uno de nos; y de lo que hubiéremos, démosle parte; que los bienes, si no son comunicados, no son bienes. Ganemos todos, partamos todos, holguemos todos. Yo te le traeré manso y benigno a picar el pan en el puño y seremos dos a dos; y como dicen tres al mohino.

CALISTO

Sempronio.

SEMPRONIO

Señor.

CALISTO

¿Qué haces, llave de mi vida? Abre. ¡Oh, Parmeno! ya la veo: sano soy, vivo soy. ¿Miras qué reverenda persona, qué acatamiento? Por la mayor parte, por la fisonomía es conocida la virtud interior. ¡Oh, vejez virtuosa! ¡Oh, virtud envejecida! ¡Oh, gloriosa esperanza de mi deseado fin! ¡Oh, fin de mi deleitosa esperanza! ¡Oh, salud de mi pasión, reparo de mi tormento, regeneración mía, vivificación de mi vida, resurrección de mi muerte! Deseo llegar a ti, codicio besar esas manos llenas de remedio. La indignidad de mi persona lo embarga. Desde aquí adoro la tierra que huellas, y en reverencia tuya la beso.

CELESTINA

Sempronio, de aquellas vivo yo. Los huesos que

yo roí piensa este necio de tu amo de darme a comer; pues al le sueño, al freir lo verá. Dile que cierre la boca y comience a abrir la bolsa, que de las obras dudo, cuanto más de las palabras. Xo, que te estriego, asna coja; más habías de madrugar.

PARMENO

¡Guay de orejas que tal oyen! ¡Perdido es quien tras perdido anda! ¡Oh, Calisto, desaventurado, abatido, ciego! ¡Y en tierra está adorando a la más antigua y puta tierra que fregaron sus espaldas en todos los burdeles. Deshecho es, vencido es, caído es; no es capaz de ninguna redención ni consejo ni esfuerzo.

CALISTO

¿Qué decía la madre? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras por excusar galardón.

SEMPRONIO

Así lo sentí.

CALISTO

Pues ven conmigo, trae las llaves, que yo sanaré su duda.

SEMPRONIO

Bien harás, y luego vamos. Que no se debe dejar crecer la hierba entre los panes, ni la sospecha en los corazones de los amigos, sino alimpiarla luego con el escardillo de las buenas obras.

CALISTO

Astuto hablas, vamos y no tardemos.

CELESTINA

Pláceme, Parmeno, que habemos habido oportunidad para que conozcas el amor mío para contigo, y la parte que en mi inmérito tienes. Y digo inmérito por lo que te he oído decir, de que no hago caso. Porque virtud nos amonesta sufrir las tentaciones y no dar mal por mal; y especial cuando somos tentados por mozos, y no bien instrutos en lo mundano, en que con necia lealtad pierdan a sí y a sus amos, como ahora tú a Calisto. Bien te oí; y no pienses que el oir con los otros exteriores sensos mi vejez haya perdido; que no sólo lo que veo, oyo y conozco, más áun lo intrínseco con los intelectuales ojos penetro. Has de saber, Parmeno, que Calisto anda de amor quejoso. Y no lo juzgues por eso por flaco, que el amor impervio todas las cosas vence. Y sabe, si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forzoso el hombre amar a la mujer, y la mujer al hombre; la segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con la dulzura del soberano deleite que por el hacedor de las cosas fué puesto, porque el linaje de los hombres perpetuase, sin lo cual perecería. Y no sólo en la humana especie, mas en los peces, en las bestias, en las aves, en las reptilias, y en lo vegetativo algunas plantas han este respeto, si sin interposición de otra cosa en poca distancia

de tierra están puestas; en que hay determinación de herbolarios y agricultores ser machos y hembras. ¿Qué dirás a esto, Parmeno, neciuelo, loquito, angelico, perlica, simplecico? ¿lobitos en tal gestico? Llégate acá, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. Mas rabia mala me mate, si te llego a mí, aunque vieja, que la voz tienes ronca, las barbas te apuntan. Mal sosegadilla debes tener la punta de la barriga.

PARMENO

Como cola de alacrán.

CELESTINA

Y aún peor; que la otra muerde sin hinchar, y la tuya hincha por nueve meses.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

CELESTINA

¿Ríeste, landrecilla, fijo?

PARMENO

Calla, madre, no me culpes, ni me tengas, aunque mozo, por insipiente. Amo a Calisto, porque le debo fidelidad, por crianza, por beneficios, por ser dél honrado y bien tratado, que es la mayor cadena, que el amor del servidor al servicio del señor prende, cuanto lo contrario aparta. Véole perdido, y no hay cosa peor que ir tras deseo sin esperanza de buen fin; y especial pensando remediar su hecho tan arduo y difícil con vanos consejos y necias razones de aquel bruto Sempronio, que es pensar sacar aradores a pala y azadón. No lo puedo sufrir; dígolo y lloro.

CELESTINA

Parmeno, ¿tú no ves que es necedad o simpleza llorar por lo que con llorar no se puede remediar?

PARMENO

Por eso lloro; que si con llorar fuese posible traer a mi amo el remedio, tan grande sería el placer de la tal esperanza, que de gozo no podría llorar; pero así, perdida ya toda la esperanza, pierdo el alegría, y lloro.

CELESTINA

Lloras sin provecho por lo que llorando estorbar no podrás, ni sanarlo presumas. A otros ¿no ha contecido esto, Parmeno?

PARMENO

Sí; pero a mi amo no le querría doliente.

CELESTINA

No lo es; mas áun cuando fuese doliente, podría sanar.

PARMENO

No curo de lo que dices, porque en los bienes mejor es el acto que la potencia; y en los males mejor la potencia que el acto. Así que mejor es ser sano que poderlo ser; y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto. Y por tanto es mejor tener la potencia en el mal que el acto.

CELESTINA

¡Oh, malvado, cómo que no se te entiende! ¿Tú no sientes su enfermedad? ¿Qué has dicho hasta ahora? ¿De qué te quejas? Pues burla, o dí por verdad lo falso, y cree lo que quisieres; que él es enfermo por acto, y el poder ser sano es en mano desta flaca vieja.

PARMENO

Más desta flaca puta vieja.

CELESTINA

Putos días vivas, bellaquillo; ¿y cómo te atreves?

PARMENO

Como te conozco...

CELESTINA

¿Quién eres tú?

PARMENO

¿Quién?, Parmeno, hijo de Alberto, tu compadre, que estuve contigo un mes, que te me dió mi madre, cuando morabas a la cuesta del río, cerca de las tenerías.

CELESTINA

¡Jesú, Jesú, Jesú! ¿y tú eres Parmeno, hijo de la Claudina?

PARMENO

¡Alahé yo!

CELESTINA

¡Pues fuego malo te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo! ¿Por qué me persigues, Parmenico? ¡El es, él es, por los santos de Dios! Allégate a mí; ven aca, que mil azotes y puñadas te dí en este mundo, y otros tantos besos. ¿Acuérdaste cuando dormías a mis pies, loquito?

PARMENO

Sí, en buena fe; y algunas veces, aunque era niño, me subías a la cabecera, y me apretabas contigo, y porque olías a vieja me huía de ti.

CELESTINA

Mala landre te mate; ¡y cómo lo dice el des-

vergonzado! Dejadas burlas y pasatiempos, oye ahora, mi hijo, y escucha: que aunque a un fin soy llamada, a otro soy venida, y maguera que contigo me haya hecho de nuevas, tú eres la causa. Hijo, bien sabes cómo tu madre, que Dios haya, te me dió, viviendo tu padre; el cual, como de mí te fuíste, con otra ansia no murió, sino con la incertidumbre de tu vida y persona; por la cual ausencia algunos años de su vejez sufrió angustiosa y cuidosa vida; y al tiempo que della pasó, envió por mí, y en su secreto te me encargó, y me dijo sin otro testigo sino aquel que es testigo de todas las obras y pensamientos, y los corazones y entrañas escudriña, al cual puso entre él y mí, que te buscase, y allegase, y abrigase, y cuando de cumplida edad fueses, tal que en tu vivir supieses tener manera y forma, te descubriese adónde dejó encerrada tal copia de oro y plata, que basta más que la renta de tu amo Calisto. Y porque se lo prometí, y con mi promesa llevó descanso, y la fe es de guardar más que a los vivos a los muertos, que no pueden hacer por sí, en pesquisa y seguimiento tuyo he gastado asaz tiempo y cuantías, hasta ahora que ha placido a aquel que todos los cuidados tiene y remedia las justas peticiones y las piadosas obras endereza, que te hallase aquí, donde solos ha tres días que sé que moras. Sin duda dolor he sentido, porque has por tantas partes vagado y peregrinado, que ni has habido provecho ni ganado deudo ni amistad. Que, como Séneca nos dice, los peregrinos tienen muchas posadas y pocas amis-

tades, porque en breve tiempo con ninguno no pueden firmar amistad. Y el que está en muchos cabos está en ninguno; ni puede aprovechar el manjar a los cuerpos, que en comiendo se lanza, ni hay cosa que más la sanidad impida que la diversidad y mudanza y variación de los manjares; y nunca la llaga viene a cicatrizar, en la cual muchas medicinas se tientan; ni convalece la planta que muchas veces es traspuesta; ni hay cosa tan provechosa que en llegando aproveche. Por tanto, mi hijo, deja los ímpetus de la juventud, y tórnate con la doctrina de tus mayores a la razón: reposa en alguna parte. ¿Y dónde mejor que en mi voluntad, en mi ánimo, en mi consejo, a quien tus padres te remitieron? Y yo, así como verdadera madre tuya, te digo, so las maldiciones que tus padres te pusieron si me fueses inobediente, que por el presente sufras y sirvas a este tu amo que procuraste, hasta en ello haber otro consejo mío. Pero no con necia lealtad, proponiendo firmeza sobre lo movible, como son estos señores deste tiempo. Y tú gana amigos, que es cosa durable; ten con ellos constancia. No vivas en flores, deja los vanos prometimientos de los señores, los cuales desechan la sustancia de sus sirvientes con huecos y vanos prometimientos; como la sanguijuela saca la sangre, desagradecen, injurian, olvidan servicios, niegan galardón. ¡Guay de quien en palacio envejece! Como se escribe de la probática piscina, que de ciento que entraban sanaba uno. Estos señores deste tiempo más aman a sí que a los suyos; y no yerran:

los suyos igualmente lo deben hacer. Perdidas son las mercedes, las magnificencias, los actos nobles: cada uno de estos cativa, y mezquinamente procuran su interés con los suyos. Pues aquellos no deben menos hacer, como sean en facultades menores, sino vivir a su ley. Dígolo, hijo Pármeno, porque este tu amo, como dicen, me parece rompenecios: de todos se quiere servir sin merced. Mira bien, créeme: en su casa cobra amigos, que es el mayor precio mundano; que con él no pienses tener amistad, como por la diferencia de los estados o condiciones pocas veces contezca. Caso es ofrecido, como sabes, en que todos medremos, y tú por el presente te remedies; que lo al que te he dicho, guardado te está a su tiempo, y mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.

PARMENO

Celestina, todo tremo en oirte; no sé qué haga; perplejo estoy. Por una parte téngote por madre; por otra, a Calisto por amo. Riqueza deseo; pero quien torpemente sube a lo alto, más aína cae que subió. No quería bienes malganados.

CELESTINA

Yo sí: a tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo.

PARMENO

Pues yo con ellos no viviría contento, y tengo por honesta cosa la pobreza alegre; y áun más te digo, que no los que poco tienen son pobres, mas los que mucho desean. Y por esto, aunque más digas, no te creo en esta parte. Querría pasar la vida sin envidia, los yermos y aspereza sin te-

mor, el sueño sin sobresalto, las injurias con respuesta, las fuerzas sin denuesto, las premias con resistencia.

CELESTINA

¡Oh, hijo! bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos, y tú mucho eres mozo.

PARMENO

Mucho segura es la mansa pobreza.

CELESTINA

Mas dí, como Marón, que la fortuna ayuda a los osados. Y demás desto, ¿quién es que tenga bienes en la república que escoja vivir sin amigos? Pues, loado Dios, bienes tienes. ¿Y no sabes que has menester amigos para los conservar? Y no pienses que tu privanza con este señor te hace seguro: que cuanto mayor es la fortuna tanto es menos segura: y por tanto en los infortunios el remedio es a los amigos. Y ¿adónde puedes ganar mejor este deudo que donde las tres maneras de amistad concurren, conviene a saber: por bien, y provecho, y deleite? Por bien, mira la voluntad de Sempronio conforme a la tuya, y la gran similitud que tú y él en la virtud tenéis. Por provecho, en la mano está, si sois concordes. Por deleite, semejable es como seáis en edad dispuestos para todo linaje de placer, en que más los mozos que los viejos se juntan: así como para jugar, para vestir, para burlar, para comer y beber, para negociar los amores, juntos de compañía. ¡Oh, si quisieses, Parmeno, qué vida gozaríamos! Sempronio ama a Elicia, prima de Areusa.

PARMENO

¿De Areusa?

CELESTINA

De Areusa.

PARMENO

¿De Areusa, hija de Eliso?

CELESTINA

De Areusa, hija de Eliso.

PARMENO

¿Cierto?

CELESTINA

Cierto.

PARMENO

Maravillosa cosa es.

CELESTINA

¿Pero bien te parece?

PARMENO

No cosa mejor.

CELESTINA

Pues tu buena dicha quiere, aquí está quien te la dará.

PARMENO

Mia fe, madre, no creo a nadie.

CELESTINA

Extremo es creer a todos, y yerro no creer a ninguno.

PARMENO

Digo que te creo, pero no me atrevo; déjame.

CELESTINA

¡Oh, mezquino! de enfermo corazón es no sufrir el bien. Da Dios habas a quien no tiene qui-

jadas. ¡Oh, simple! Dirás que adonde hay mayor entendimiento hay mayor fortuna: y donde más discreción allí es menor la fortuna! Dichos son.

PARMENO

¡Oh, Celestina! Oído he a mis mayores que un ejemplo de lujuria o avaricia mucho mal hace; y que con aquellos debe hombre conversar que le hagan mejor; y aquellos dejar a quien él mejor piensa hacer. Y Sempronio en su ejemplo no me hará mejor, ni yo a él sanaré su vicio. Y puesto que yo a lo que dices me incline, sólo yo querría saberlo; porque a lo menos por el ejemplo fuese oculto el pecado. Y si hombre vencido del deleite va contra la virtud, no se atrevía a la honestad.

CELESTINA

Sin prudencia hablas, que de ninguna cosa es alegre posesión sin compañía. No te retrayas ni amargues, que la natura huye lo triste y apetece lo deleitable. El deleite es como los amigos en las cosas sensuales; y especial en recontar las cosas de amores y comunicarlas: esto hice, estotro me dijo, tal donaire pasamos, de tal manera la tomé, así la besé, así me mordió, así la abracé, así se allegó. ¡Oh, qué habla! ¡oh, qué gracia! ¡oh, qué juegos! ¡oh, qué besos! Vamos allá, volvamos acá, ande la música, pintemos los motes, cantemos canciones, invenciones, justemos. ¿Qué cimera sacaremos o qué letra? Ya va a la misa, mañana saldrá, rondemos su calle, mira su carta, vamos de noche, tenme el escala, guarda la puerta. ¿Cómo te fué? Cata el cornudo, sola la deja. Dale otra vuelta, tornemos allá. Y para esto, Parmeno, ¿hay

deleite sin compañía? Alahé, alahé, la que las sabe las tañe: éste es el deleite, que lo al, mejor lo hacen los asnos en el prado.

PARMENO

No querría, madre, me convidases a consejo con amonestación de deleite, como hicieron los que careciendo de razonable fundamento, opinando hicieron sectas envueltas en dulce veneno para cazar o tomar las voluntades de los flacos, y con polvos de sabroso afecto cegaron los ojos de la razón.

CELESTINA

¿Qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? La discreción que no tienes lo determina; y de la discreción mayor es la prudencia; y la prudencia no puede ser sin experimento; y la experiencia no puede ser más que en los viejos; y los ancianos somos llamados padres; y los buenos padres muy bien aconsejan a sus hijos, y especial yo a ti, cuya vida y honra más que la mía deseo. ¿Y cuándo me pagarás tú esto? Nunca pues a los padres y a los maestros no puede ser hecho servicio igualmente.

PARMENO

Todo me recelo, madre, de recibir dudoso consejo.

CELESTINA

¿No quieres? Pues decirte he lo que dice el sabio: al varón que con dura cerviz al que le castiga menosprecia, arrebatado quebrantamiento le verná, y sanidad ninguna le conseguirá. Y así, Parmeno, me despido de ti y deste negocio.

PARMENO

Ensañada está mi madre; duda grande tengo en su consejo; yerro es no creer, y culpa creerlo todo. Más humano es confiar, mayormente en esta que interés promete, a do provecho nos puede allende de amor conseguir. Oído he que debe hombre a sus mayores creer. Esta ¿qué me aconseja? Paz con Sempronio. La paz no se debe negar; que bienaventurados son los pacíficos, que hijos de Dios serán llamados. Amor no se debe rehuir: caridad a los hermanos, interés pocos le apartan; pues quiérola complacer y oir.

Madre, no se debe ensañar el maestro de la ignorancia del discípulo; sino, raras veces por la sciencia que es de su natura comunicable y en pocos lugares se podría infundir. Por eso, perdóname, háblame, que no sólo quiero oirte y creerte, mas en singular merced recibir tu consejo. Y no me lo agradezcas, pues el loor y las gracias de la acción más al dante que no al recibiente se deben dar. Por eso manda; que a tu mandado mi consentimiento se humilla.

CELESTINA

De los hombres es errar, y bestial es la porfía; por ende gózome, Parmeno, que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos, y respondido al reconocimiento, discreción e ingenio sutil de tu padre, cuya persona, ahora representada en mi memoria, enternece los ojos piadosos por do tan abundantes lágrimas ves derramar. Algunas veces duros propósitos, como tú, defendía; pero luego tornaba a lo cierto. En Dios y en mi ánima.

que en ver ahora lo que has porfiado, y cómo a la verdad eres reducido, no parece sino que vivo le tengo delante. ¡Oh, qué persona! ¡oh, qué hartura! ¡oh, qué cara tan venerable! Pero callemos, que se acerca Calisto y tu nuevo amigo Sempronio, con quien tu conformidad para más oportunidad dejo; que dos en un corazón viviendo, son más poderosos de hacer y de entender.

CALISTO

Duda traigo, madre, según mis infortunios, de hallarte viva; pero más es maravilla, según el deseo, de cómo llego vivo. Recibe la dádiva pobre de aquel que con ella la vida te ofrece.

CELESTINA

Como en el oro muy fino labrado por la mano del sutil artífice la obra sobrepuja a la materia, así se aventaja a tu magnífico dar la gracia y forma de tu dulce liberalidad. Y sin duda la presta dádiva su efecto ha doblado; porque la que tarda, el prometimiento muestra negar y arrepentirse del don prometido.

PARMENO

¿Qué le dió, Sempronio?

SEMPRONIO

Cien monedas de oro.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO

¿Habló contigo la madre?

PARMENO

Calla, que sí.

SEMPRONIO

¿Pues cómo estamos?

PARMENO

Como quisieres, aunque estoy espantado.

SEMPRONIO

Pues calla, que yo te haré espantar dos tanto.

PARMENO

¡Oh, Dios! No hay pestilencia más eficaz que el enemigo de casa para empecer.

CALISTO

Ve agora, madre, y consuela tu casa; después ven y consuela la mía, y luego.

CELESTINA

Quede Dios contigo.

CALISTO

Y él te me guarde.

EL SEGUNDO ACTO

ARGUMENTO DEL SEGUNDO ACTO

Partida Celestina de Calisto para su casa, queda Calisto hablando con Sempronio, criado suyo; al cual como quien en alguna esperanza puesto está, todo aguijar le parece tardanza. Envía de sí a Sempronio a solicitar a Celestina para el concebido negocio. Quedan entre tanto Calisto y Parmeno juntos razonando.

CALISTO, PARMENO, SEMPRONIO

CALISTO

Hermanos míos, cien monedas dí a la madre, ¿hice bien?

SEMPRONIO

¡Ay si hiciste bien! Allende de remediar tu vida ganaste muy gran honra. ¿Y para qué es la fortuna favorable y próspera sino para servir a la honra, que es el mayor de los mundanos bienes? Que ésto es premio y galardón de la virtud; y por eso la damos a Dios, porque no tenemos mayor cosa que le dar; la mayor parte de la cual consiste en la liberalidad y franqueza. A ésta los duros tesoros comunicables la oscurecen y pierden, y la magnificencia y liberalidad la ganan y subliman. ¿Qué aprovecha tener lo que se niega aprovechar? Sin duda te digo que mejor es el uso de las riquezas que la posesión dellas. ¡Oh qué

glorioso es el dar; oh qué miserable es el recibir! Cuanto es mejor el acto que la posesión, tanto es más noble el dante que el recibiente. Entre los elementos, el fuego, por ser más activo, es más noble, y en las esferas puesto en más noble lugar. Y dicen algunos que la nobleza es una alabanza que proviene de los merecimientos y antigüedad de los padres; yo digo que la ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes. Y por tanto, no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fué, sino en la tuya. Y así se gana la honra, que es el mayor bien de los que son fuera de hombre; de lo cual no el malo, mas el bueno, como tú, es digno que tenga perfecta virtud. Y áun te digo, que la virtud perfecta no pone que sea hecho con digno honor. Por ende goza de haber seído así magnífico y liberal; y de mi consejo tórnate a la cámara y reposa, pues que tu negocio en tales manos está depositado: de donde ten por cierto, pues el comienzo llevó bueno, el fin será muy mejor; y vamos luego, porque sobre este negocio quiero hablar contigo más largo.

CALISTO

Sempronio, no me parece buen consejo quedar yo acompañado, y que vaya sola aquella que busca el remedio de mi mal. Mejor será que vayas con ella y la aquejes; pues sabes que de su diligencia pende mi salud, de su tardanza mi pena, de su olvido mi desesperanza. Sabido eres, fiel te siento, por buen criado te tengo: haz de manera que en sólo verte ella a ti juzgue la pena que a mí queda y fuego que me atormenta; cuyo ardor

me causó no poder mostrarle la tercia parte de mi secreta enfermedad, según tiene mi lengua y sentido ocupados y consumidos. Tú, como hombre libre de tal pasión, hablarla has a rienda suelta.

SEMPRONIO

Señor, querría ir por cumplir tu mandado; querría quedar por aliviar tu cuidado. Tu temor me aqueja; tu soledad me detiene. Quiero tomar consejo con la obediencia, que es ir y dar priesa a la vieja. Mas ¿cómo iré, que en viéndote solo dices desvaríos de hombre sin seso? Suspirando, gimiendo, maltrovando, holgando con lo oscuro, deseando soledad, buscando nuevos modos de pensativo tormento; donde si perseveras, o de muerto o loco no podrás escapar, si siempre no te acompaña quien te allegue placeres, diga donaires, taña canciones alegres, cante romances, cuente historias, pinte motes, finja cuentos, juegue a naipes, arme mates; finalmente, que sepa buscar todo género de dulce pasatiempo para no dejar trasponer tu pensamiento en aquellos crueles desvíos que recibiste de aquella señora en el primer trance de tus amores.

CALISTO

¡Cómo, simple! ¿no sabes que alivia la pena llorar la causa? ¿Cuánto es dulce a los tristes quejar su pasión? ¿Cuánto descanso traen consigo los quebrantados suspiros? ¿Cuánto relievan y disminuyen los lagrimosos gemidos el dolor? Cuantos escribieron consuelos no dicen otra cosa.

SEMPRONIO

Lee más adelante, vuelve la hoja, hallarás que

dicen que fiar en lo temporal y buscar materia de tristeza que es igual género de locura. Y aquel Macías, ídolo de los amantes, del olvido porque le olvidaba, se queja. En el contemplar está la pena de amor, en el olvidar el descanso. Huye de tirar coces al aguijón; finge alegría y consuelo, y serlo ha. Que muchas veces la opinión trae las cosas donde quiere, no para que mude la verdad, pero para moderar nuestro sentido y regir nuestro juicio.

CALISTO

Sempronio amigo, pues tanto sientes mi soledad, llama a Parmeno y quedará conmigo. Y de aquí adelante sei, como sueles, leal; que en el servicio del criado está el galardón del señor.

PARMENO

Aquí estoy, señor.

CALISTO

Yo no, pues no te veía. No te partas della, Sempronio, ni me olvides a mí, y ve con Dios. Tú, Parmeno, ¿qué te parece de lo que hoy ha pasado? Mi pena es grande. Melibea alta, Celestina sabia y buena maestra destos negocios: no podemos errar. Tú me la has aprobado con toda tu enemistad: yo te creo. Que tanta es la fuerza de la verdad, que las lenguas de los enemigos trae a sí. Así que pues ella es tal, más quiero dar a ésta cien monedas que a otra cinco.

PARMENO

¿Ya lloras? Duelos tenemos: en casa se habrán de ayunar estas franquezas.

CALISTO

Pues pido tu parecer, seime agradable, Parmeno. No abajes la cabeza al responder; mas como la envidia es triste, la tristeza sin lengua, puede más contigo su voluntad que mi temor. ¿Qué dijiste enojoso?

PARMENO

Digo, señor, que irían mejor empleadas tus franquezas en presentes y servicios a Melibea, que no dar dineros a aquella que yo me conozco; y lo que peor es, hacerte su cautivo.

CALISTO

¿Cómo, loco, su cautivo?

PARMENO

Porque a quien dices el secreto, das tu libertad.

CALISTO

Algo dice el necio; pero quiero que sepas, que cuando hay mucha distancia del que ruega al rogado, o por gravedad de obediencia, o por señorío de estado, o esquividad de género, como entre esta mi señora y mí, es necesario intercesor o medianero, que suba de mano en mano mi mensaje, hasta los oídos de aquella a quien yo segunda vez hablar tengo por imposible. Y pues que así es, dime si lo hecho apruebas.

PARMENO

Apruébelo el diablo.

CALISTO

¿Qué dices?

PARMENO

Digo, señor, que nunca yerro vino desacompañado, y que un inconveniente es causa y puerta de muchos.

CALISTO

El dicho yo lo apruebo; el propósito no entiendo.

PARMENO

Señor, porque perderse el otro día el neblí fué causa de tu entrada en la huerta de Melibea a le buscar, la entrada, causa de la ver y hablar, la habla engendró amor, el amor parió tu pena, la pena causará perder tu cuerpo, y el alma y hacienda. Y lo que más dello siento, es venir a manos de aquella trota-conventos, después de tres veces emplumada.

CALISTO

Así, Parmeno, di más deso, que me agrada; pues mejor me parece, cuanto más la desalabas. Cumpla conmigo y emplúmenla la cuarta. Desentido eres, sin pena hablas; no te duele donde a mi, Parmeno.

PARMENO

Señor, más quiero que airado me reprendas porque te doy enojo, que arrepentido me condenes porque no te di consejo; pues perdiste el nombre de libre cuando cautivaste tu voluntad.

CALISTO

Palos querrá este bellaco. Di, mal criado, ¿porqué dices mal de lo que yo adoro? Y tú, ¿qué sabes de honra? Dime, ¿qué es amor? ¿En qué consiste buena crianza, que te me vendes por dis-

creto? ¿No sabes que el primer escalón de locura es creerse ser sciente? Si tú sintieses mi dolor, con otra agua rociarías aquella ardiente llaga que la cruel flecha de Cupido me ha causado. Cuanto remedio Sempronio acarrea con sus pies, tanto apartas tú con tu lengua, con tus vanas palabras. Fingiéndote fiel, eres un terrón de lisonjas, bote de malicias, el mismo mesón y aposentamiento de la envidia, que por disfamar la vieja a tuerto o a derecho, pones en mis amores desconfianza. Pues sabe que esta mi pena y fluctuoso dolor no se rige por razón, no quiere avisos, carece de consejo; y si alguno se le diere, tal que no aparte ni desgozne lo que sin las entrañas no podrá despegarse. Sempronio temió su ida y tu quedada; yo quíselo todo; y así me padezco su ausencia y tu presencia. Valiera más solo que mal acompañado.

PARMENO

Señor, flaca es la fidelidad que temor de pena la convierte en lisonja, mayormente con señor a quien dolor y afición priva y tiene ajeno de su natural juicio. Quitarse ha el velo de la ceguedad; pasarán estos momentáneos fuegos; conocerás mis agras palabras ser mejores para matar este fuerte cáncer, que las blandas de Sempronio, que lo ceban, atizan tu fuego, avivan tu amor, encienden tu llama, añaden astillas, que tenga que gastar hasta ponerte en la sepultura.

CALISTO

Calla, calla, perdido; estoy yo penando, y tú filosofando. No te espero más. Saquen un caba-

llo, límpienle mucho, aprieten bien la cincha, por si pasare por casa de mi señora y mi Dios.

PARMENO

¡Mozos! ¿No hay mozo en casa? Yo me lo habré de hacer; que a peor vendremos desta vez, que ser mozo de espuelas. Andar, pase. Mal me quieren mis comadres porque digo las verdades. ¿Relincháis, don caballo? ¿No basta un celoso en casa, o barruntas a Melibea?

CALISTO

¿Viene ese caballo? ¿Qué haces, Parmeno?

PARMENO

Señor, veslo aquí, que no está Sosia en casa.

CALISTO

Pues ten ese estribo, abre más esa puerta, y si viniere Sempronio con aquella señora, di que esperen, que presto será mi vuelta.

PARMENO

Mas nunca sea. Allá irás con el diablo. A estos locos decidles lo que les cumple; no os podrán ver. Por mi ánima que si ahora le diesen una lanzada en el calcañar, que saliesen más sesos que de la cabeza. Pues anda, que a mi cargo que Celestina y Sempronio te espulguen. ¡Oh des-

dichado de mi! Por ser leal padezco mal. Otros se ganan por malos, yo me pierdo por bueno: el mundo es tal. Quiero irme al hilo de la gente, pues a los traidores llaman discretos, y a los fieles necios. Si creyera a Celestina con sus seis docenas de años acuestas, no me maltratara Calisto. Mas esto me pondrá escarmiento de aquí en adelante con él; que si dijere comamos, yo también; si quisiere derrocar la casa, aprobarlo he; si quemar su hacienda, iré por fuego. Destruya, rompa, quiebre, dañe, dé a alcahuetas lo suyo, que mi parte me cabrá. Pues dicen: a río revuelto, ganancia de pescadores; nunca más perro al molino.

EL TERCER ACTO

ARGUMENTO DEL TERCER ACTO

Sempronio vase a casa de Celestina, a la cual reprende por la tardanza. Pónense a buscar qué manera tomen en el negocio de Calisto con Melibea. En fin sobreviene Elicia. Vase Celestina a casa de Pleberio. Quedan Sempronio y Elicia en casa.

SEMPRONIO, CELESTINA, ELICIA

SEMPRONIO

¡Qué espacio lleva la barbuda! Menos sosiego traían sus pies a la venida. A dineros pagados, brazos quebrados. Ce, señora Celestina, poco has aguijado.

CELESTINA

¿A qué vienes, hijo?

SEMPRONIO

Este nuestro enfermo no sabe qué pedir; de sus manos no se contenta: no se le cuece el pan; teme su negligencia; maldice su avaricia y cortedad, porque te dió tan poco dinero.

CELESTINA

No es cosa más propia del que ama que la impaciencia: toda tardanza les es tormento; ninguna dilación les agrada; en un momento querrían poner en efecto sus cogitaciones; antes las querrían ver concluídas que empezadas. Mayormen-

te estos novicios amantes, que contra cualquiera señuelo vuelan sin deliberación, sin pensar el daño que el celo de su deseo trae mezclado en su ejercicio y negociación para sus personas y sirvientes.

SEMPRONIO

¿Qué dices de sirvientes? Parece por tu razón que nos puede venir a nosotros daño deste negocio, y quemarnos con las centellas que resultan deste fuego de Calisto. Aun al diablo daría yo sus amores. Al primer desconcierto que vea en este negocio no como más su pan. Más vale perder lo servido que la vida por cobrallo. El tiempo me dirá qué haga; que primero que caíga del todo, dará señal, como casa que se acuesta. Si te parece, madre, guardemos nuestras personas de peligro; hágase lo que se hiciere. Si la hubiere, hogaño, si no, a otro, si no, nunca; que no hay cosa tan difícil de sufrir en sus principios, que el tiempo no la ablande y haga comportable. Ninguna llaga tanto se sintió, que por luengo tiempo no aflojase su tormento; ni placer tan alegre fué que no le amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiración, y venidos con gran deseo, tan presto como pasados, olvidados. Cada día vemos novedades, y las oímos, y las pasamos, y dejamos atrás; disminúyelas el tiempo, hácelas contingibles. ¿Qué tanto te maravillaría si dijesen, la tierra tembló, o otra semejante cosa, que no olvidases luego? Así

como helado está el río, el ciego ve ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra hoy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquél es ya obispo, a Pedro robaron, Inés se ahorcó. ¿Qué me dirás sino que a tres días pasados o a la segunda vista no hay quien dello se maraville? Todo es así, todo pasa desta manera, todo se olvida, todo queda atrás. Pues así será este amor de mi amo: cuanto más fuere andando, tanto más disminuyendo; que la costumbre luenga amansa los dolores, afloja y deshace los deleites, desmengua las maravillas. Procuremos provecho, mientras pendiere la contienda; y si a pie enjuto le pudiéremos remediar, lo mejor, mejor es; y si no, poco a poco le soldaremos el reproche o menosprecio de Melibea contra él. Donde no, más vale que pene el amo que no que peligre el mozo.

CELESTINA

Bien has dicho; contigo estoy, agradado me has, no podemos errar. Pero todavía, hijo, es necesario que el buen procurador ponga de su casa algún trabajo, algunas fingidas razones, algunos sofísticos actos, ir y venir a juicio, aunque reciba malas palabras del juez; siquiera por los presentes que lo vieren, no digan que se gana holgando el salario; y así verná cada uno a él con su pleito, y a Celestina con sus amores.

SEMPRONIO

Haz a tu voluntad, que no será éste el primer negocio que has tomado a cargo.

CELESTINA

¿El primero, hijo? Pocas vírgenes, a Dios gracias, has tú visto en esta ciudad, que hayan abierto tienda a vender, de quien yo no haya sido corredora de su primer hilado. En naciendo la muchacha, la hago escribir en mi registro; y esto para saber cuántas se me salen de la red. ¿Qué pensabas, Sempronio? ¿Habíame de mantener del viento? ¿Heredé otra herencia? ¿Tengo otra casa o viña? ¿Conócesme otra hacienda más deste oficio? ¿De qué como y bebo? ¿De qué visto y calzo? ¿En esta ciudad nacida, en ella criada, manteniendo honra, como todo el mundo sabe, conocida pues no soy? Quien no supiere mi nombre y mi casa tenle por extranjero.

SEMPRONIO

Dime, madre, ¿qué pasaste con mi compañero Parmeno cuando subí con Calisto por el dinero?

CELESTINA

Díjele el sueño y la soltura, y cómo ganaría más con nuestra compañía que con las lisonjas que dice a su amo; cómo viviría siempre pobre y baldonado si no mudaba el consejo, que no se hiciese santo a tal perra vieja como yo; acordéle quién era su madre, porque no menospreciase mi oficio, porque queriendo de mí decir mal, tropezase primero en ella.

SEMPRONIO

¿Tantos días ha que le conoces, madre?

CELESTINA

Aquí está Celestina que le vido nacer y le ayudó a criar: su madre y yo, úña y carne. Della aprendí

todo lo mejor que sé de mi oficio; juntas comíamos, juntas dormíamos, juntas habíamos nuestros solaces, nuestros placeres, nuestros consejos y conciertos; en casa y fuera, como dos hermanas; nunca blanca gané en que no tuviese su mitad; pero no vivía yo engañada si mi fortuna quisiera que ella me durara. ¡Oh muerte, muerte! ¡A cuántos privas de agradable compañía! ¡A cuántos desconsuela tu enojosa visitación! Por uno que comes con tiempo, cortas mil en agraz. Que siendo ella viva no fueran estos mis pasos desacompañados. Buen siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fué; que jamás me dejó hacer cosa en mi cabo, estando ella presente. Si yo traía el pan, ella la carne; si yo ponía la mesa, ella los manteles; no loca, no fantástica ni presuntuosa como las de ahora. En mi ánima, descubierta se iba hasta el cabo de la ciudad con su jarro en la mano, que en todo el camino no oía peor de: señora Claudina. Y a osadas que otra conocía peor el vino y cualquier mercaduría. Cuando pensaba que no era llegada, era de vuelta. Allá la convidaban, según el amor todos le tenían, que jamás volvía sin ocho o diez gustaduras, un azumbre en el jarro y otro en el cuerpo; así le fiaban dos o tres arrobas en veces, como sobre una taza de plata. Su palabra era prenda de oro en cuantos bodegones había; si íbamos por la calle, donde quiera que hubiésemos sed, entrábamos en la primera taberna, y luego mandaba echar medio azumbre para mojar la boca; mas a mi cargo que no le quitaron la toca por ello, sino cuanto la rayaban en su taja, y andar ade-

lante. Si tal fuese ahora su hijo a mi cargo que tu amo quedase sin pluma y nosotros sin queja. Pero yo lo haré de mi hierro, si vivo; yo le contaré en el número de los míos.

SEMPRONIO

¿Cómo has pensado hacerlo, que es un traidor?

CELESTINA

A ese tal, dos alevosos; haréle ver a Areusa; será de los nuestros. Darnos ha lugar a tender las redes sin embarazo por aquellas doblas de Calisto.

SEMPRONIO

¿Pues crees que podrás alcanzar algo de Melibea? ¿Hay algún buen ramo?

CELESTINA

No hay cirujano que a la primera cura juzgue la herida; lo que yo al presente veo, te diré. Melibéa es hermosa, Calisto loco y franco; ni a él penará gastar, ni a mí andar. Bulla moneda, y dure el pleito lo que durare. Todo lo puede el dinero: las peñas quebranta; los ríos pasa en seco; no hay lugar tan alto, que un asno cargado de oro no le suba. Su desatino y ardor basta para perder a sí y ganar a nosotros. Esto he sentido; esto he calado; esto sé dél y della, esto es lo que nos ha de aprovechar. A casa voy de Pleberio: quédate adiós, que aunque esté brava Melibea, no es ésta, si a Dios ha placido, la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Cosquillosicas son todas; mas después que una vez consienten la silla en el envés del lomo, nunca querrían holgar. Por ellas queda el campo; muertas sí, cansadas no; si

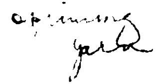
de noche caminan, nunca querrían que amaneciese; maldicen los gallos porque anuncian el día, y al reloj porque da tan apriesa; requieren las cabrillas y el norte, haciéndose estrelleras. Ya cuando ven salir el lucero del alba, quiéreseles salir el alma; su claridad les escurece el corazón. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar; nunca me vi cansada; y áun así vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo: cuanto más éstas que hierven sin fuego. Cautívanse del primer abrazo, ruegan a quien rogó, penan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras, dejan el mando y son mandadas, rompen paredes, abren ventanas, fingen enfermedades, a los chirriadores quicios de las puertas hacen con aceites usar su oficio sin ruido. No te sabré decir lo mucho que obra en ellas aquel dulzor que les queda de los primeros besos de quien aman. Son enemigas del medio, contino están posadas en los extremos.

SEMPRONIO

No te entiendo esos términos, madre.

CELESTINA

Digo, que la mujer o ama mucho aquel de quien es requerida, o le tiene grande odio. Así que, si al querer despiden, no pueden tener las riendas al desamor; y con esto que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea que si en la mano la tuviese. Porque sé, que aunque al presente la ruegue, al fin me ha de rogar; aunque al principio me amenace, al cabo me ha de halagar. Aquí llevo un poco de hilado en esta mi faltriquera, con otros aparejos que conmigo siempre traigo, para tener causa de



entrar, donde mucho no soy conocida, la primera vez; así como gorgueras, garvines, franjas, rodeos, tenazuelas, alcohol, albayalde y solimán, hasta agujas y alfileres. Que tal hay, que tal quiere; porque donde me tomare la voz, me halle apercibida para les echar cebo o requerir de la primera vista.

SEMPRONIO

Madre, mira bien lo que haces; porque cuando el principio se yerra, no puede seguirse buen fin. Piensa en su padre, que es noble y esforzado, su madre celosa y brava, tú la misma sospecha. Melibea es única a ellos; faltándoles ella, fáltales todo el bien. En pensallo tiemblo: no vayas por lana y vengas sin pluma.

CELESTINA

¿Sin pluma, hijo?

SEMPRONIO

O emplumada, madre, que es peor.

CELESTINA

Alahé, en malhora, a ti yo he menester por compañero. ¿Aun si quisieses avisar a Celestina en su oficio? Pues cuando tú naciste ya comía yo pan con corteza. Para adalid eres tú bueno, cargado de agüeros y recelo.

SEMPRONIO

No te maravilles, madre, de mi temor; pues es común condición humana, que lo que mucho se desea, jamás se piensa ver concluido; mayormente que en este caso temo tu pena y mía. Deseo provecho; querría que este negocio hubiese buen fin; no porque saliese mi amo de pena, mas por salir yo de laceria. Y así miro más inconvenientes con

mi poca experiencia, que no tú como maestra vieja.

ELICIA

Santiguarme quiero, Sempronio; quiero hacer una raya en el agua. ¿Qué novedad es ésta, venir hoy acá dos veces?

CELESTINA

Calla, boba, déjale, que otro pensamiento traemos en que más nos va. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Fuése la moza que esperaba al ministro?

ELICIA

Y áun después vino otra, y se fué.

CELESTINA

¿Sí, que no en balde?

ELICIA

No, en buena fe, ni Dios lo quiera; que aunque vino tarde, más vale a quien Dios ayuda, etc.

CELESTINA

Pues sube presto al sobrado alto de la solana, y baja acá el bote del aceite serpentino, que hallarás colgado del pedazo de la soga que traje del campo la otra noche cuando llovía y hacía oscuro; y abre el arca de los lienzos, y hacia la mano derecha hallarás un papel escrito con sangre de murciélago, debajo de aquel ala de drago, al que sacamos ayer las uñas. Mira no derrames el agua de mayo que me trajeron a confecionar.

ELICIA

Madre, no está donde dices; jamás te acuerdas cosa que guardes.

CELESTINA

No me castigues, por Dios, a mi vejez; no me maltrates, Elicia. No infinjas, porque está aquí Sempronio, ni te ensoberbezcas; que más me quiere a mí por consejera que a ti por amiga, aunque tú le ames mucho. Entra en la cámara de los ungüentos, y en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba, le hallarás, y baja la sangre del cabrón, y unas poquitas de las barbas que tú le cortaste.

ELICIA

Toma, madre, veslo aquí; yo me subo y Sempronio arriba.

CELESTINA

Conjúrote, triste Plutón, señor de la profundidad infernal, emperador de la corte dañada, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos, que los hervientes étneos montes manan, gobernador y veedor de los tormentos, y atormentador de las pecadoras ánimas; regidor de las tres furias, Tesífone, Megera y Aleto; administrador de todas las cosas negras del reino de Estigie y Dite, con todas sus lagunas y sombras infernales, y litigioso caos, mantenedor de las volantes arpías con toda la otra compañía de espantables y pavorosas hidras. Yo, Celestina, tu más conocida cliéntula, te conjuro por la virtud y fuerzas de estas bermejas letras; por la sangre de aquella nocturna ave, con que están es-

critas; por la gravedad de aquestos nombres y signos que en este papel se contienen; por la áspera ponzoña de las víboras, de que este aceite fué hecho, con el cual unto este hilado, vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad, y en ello te envuelvas, y con ello estés sin un momento te partir, hasta que Melibea, con aparejada oportunidad que haya, lo compre; y con ello de tal manera quede enredada, que cuanto más lo mirare, tanto más su corazón se ablande a conceder mi petición; y se le abras y lastimes de crudo y fuerte amor de Calisto, tanto que despedida toda honestidad, se descubra a mí, y me galardone mis pasos y mensaje. Y esto hecho, pide y demanda de mí a tu voluntad. Si no lo haces con presto movimiento, ternásme por capital enemiga; heriré con luz tus cárceles tristes y oscuras; acusaré cruelmente tus continuas mentiras; apremiaré con mis ásperas palabras tu horrible nombre; y otra y otra vez te conjuro. Y así confiando en mi mucho poder, me parto para allá con mi hilado, donde creo te llevo ya envuelto.

EL ACTO CUARTO

ARGUMENTO DEL CUARTO ACTO

Celestina andando por el camino habla consigo misma, hasta llegar a la puerta de Pleberio, donde halla a Lucrecia, criada de Pleberio. Pónese con ella en razones. Sentida por Alisa, madre de Melibea, y sabido que es Celestina, hácela entrar en casa. Viene un mensajero a llamar a Alisa: vase. Queda Celestina en casa con Melibea, y le descubre la causa de su venida.

LUCRECIA, CELESTINA, ALISA, MELIBEA

CELESTINA

Ahora que voy sola, quiero mirar bien lo que Sempronio ha temido deste mi camino: porque aquellas cosas que bien no son pensadas, aunque algunas veces hayan buen fin, comúnmente crían desvariados efetos. Así que, la mucha especulación nunca carece de buen fruto; que aunque yo he disimulado con él, podría ser que si me sintiesen estos pasos de parte de Melibea, que no pagase con pena que menor fuese que la vida, o muy amenguada quedase, cuando matar no me quisiesen, manteándome o azotándome cruelmente. Pues amargas cien monedas serían éstas. ¡Ay cuitada de mí! ¡En qué lazo me he metido, que por me mostrar solícita y esforzada pongo mi persona al tablero! ¡Qué haré, cuitada, mezquina de mí, que ni el salir afuera es provechoso, ni la perseverancia carece de peligro! Pues ¿iré, o tornar-

me he? ¡Oh dudosa y dura perplejidad! No sé cuál escoja por más sano. En el osar manifiesto peligro; en la cobardía denostada pérdida; ¿Adónde irá el buey que no are? Cada camino descubre sus dañosos y hondos barrancos. Si con el hurto soy tomada, nunca de muerta o encorazada falto, a bien librar; si no voy, ¿qué dirá Sempronio? ¿Que todas estas eran mis fuerzas, saber y esfuerzo, ardid y ofrecimiento, astucia y solicitud? Y su amo Calisto ¿qué dirá, qué hará, qué pensará, sino que hay nuevo engaño en mis pisadas y que yo he descubierto la celada, por haber más provecho desta otra parte, como sofística prevaricadora? O si no se le ofrece pensamiento tan odioso, dará voces como loco; diráme en mi cara denuestos rabiosos; proporná mil inconvenientes, que mi deliberación presta le puso, diciendo: Tú, puta vieja, ¿por qué acrecentaste mis pasiones con tus promesas? Alcahueta falsa, para todo el mundo tienes pies, para mí lengua; para todos obra, para mí palabra; para todos remedio, para mí pena; para todos esfuerzo, para mí te faltó; para todos luz, para mí tiniebla; pues, vieja traidora, ¿por qué te me ofreciste? Que tu ofrecimiento me puso esperanza, la esperanza dilató mi muerte, sostuvo mi vivir, púsome título de hombre alegre; pues no habiendo efecto, ni tú carecerás de pena, ni yo de triste desesperación. Pues ¡triste yo! Mal acá, mal acullá; pena en ambas partes. Cuando a los extremos falta el medio, arrimarse el hombre al más sano es discreción.. Más quiero ofender a Pleberio que enojar a Calisto. Ir quiero; que mayor

es la vergüenza de quedar por cobarde, que la pena cumpliendo como osada lo que prometí; pues jamás al esfuerzo desayudó la fortuna. Ya veo su puerta; en mayores afrentas me he visto. Esfuerza, esfuerza, Celestina, no desmayes, que nunca faltan rogadores para mitigar las penas. Todos los agüeros se aderezan favorables, o yo no sé nada desta arte. Cuatro hombres que he topado, a los tres llaman Juanes, y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fué de achaques de amores. Nunca he tropezado, como otras veces. Las piedras parece que se apartan, y me hacen lugar que pase, ni me estorban las haldas, ni siento cansancio en andar. Todos me saludan: ni perro me ha ladrado, ni ave negra he visto, tordo, ni cuervo, ni otras nocturnas; y lo mejor de todo es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Prima es de Elicia: no me será contraria.

LUCRECIA

¿Quién es esta vieja que viene haldeando?

CELESTINA

Paz sea en esta casa.

LUCRECIA

Celestina, madre, seas bien venida. ¿Cuál Dios te trajo por estos barrios no acostumbrados?

CELESTINA

Hija, mi amor; deseo de todos vosotros; traerte encomiendas de Elicia, y áun ver a tus señoras

vieja y moza; que después que me mudé al otro barrio, no han sido de mí visitadas.

LUCRECIA

¿A eso sólo saliste de tu casa? Maravíllome de ti, que no es esa tu costumbre ni sueles dar paso sin provecho.

CELESTINA

¿Más provecho quieres, boba, que cumplir hombre sus deseos? Y también como a las viejas nunca nos fallecen necesidades, mayormente a mí, que tengo de mantener hijas ajenas, ando a vender un poco de hilado.

LUCRECIA

Algo es lo que yo digo; en mi seso estoy; que nunca metes aguja sin sacar reja. Pero mi señora la vieja urdió una tela; tiene necesidad dello, tú de venderlo. Entra y espera aquí, que no os desaverneis.

ALISA

¿Con quién hablas?

LUCRECIA

Señora, con aquella vieja de la cuchillada, que solía vivir en las tenerías, a la cuesta del río.

ALISA

Ahora la conozco menos; si tú me das entender lo incógnito por lo menos conocido, es coger agua en cesto.

LUCRECIA

Jesús, señora, más conocida es esta vieja que la ruda. No sé cómo no tienes memoria de la que, empicotaron por hechicera, que vendía las mozas a los abades, y descasaba mil casados.

ALISA

¿Qué oficio tiene? Quizá por aquí la conoceré mejor.

LUCRECIA

Señora, perfuma tocas, hace solimán y otros treinta oficios; conoce mucho en yerbas, cura niños, y áun la llaman la vieja lapidaria.

ALISA

Todo eso dicho no me la da a conocer. Dime su nombre si le sabes.

LUCRECIA

¿Si le sé, señora? No hay niño ni viejo en toda la ciudad que no le sepa; ¿habíale yo de ignorar? —

ALISA

Pues ¿por qué no le dices?

LUCRECIA

He vergüenza.

ALISA

Anda, boba, díle; no me indignes con tu tardanza.

LUCRECIA

Celestina, hablando con reverencia, es su nombre.

ALISA

¡Hi, hi, hi! ¡Mala landre te mate, si de risa puedo estar viendo el desamor que debes de tener a esa vieja, que su nombre has vergüenza nom-

brar! Ya me voy recordando della... ¡Una buena pieza! No me digas más. Algo me verná a pedir; di que suba.

LUCRECIA

Sube, tía.

CELESTINA

Señora buena, la gracia de Dios sea contigo, y con la noble hija. Mis pasiones y enfermedades han impedido mi visitar tu casa, como era razón; mas Dios conoce mis limpias entrañas, mi verdadero amor, que la distancia de las moradas no despega el querer de los corazones. Así que, lo que mucho deseé, la necesidad me lo ha hecho cumplir. Con mis fortunas adversas otras, me sobrevino mengua de dinero; no supe mejor remedio que vender un poco de hilado, que para unas toquillas tenía allegado; supe de tu criada que tenías dello necesidad; aunque pobre, y no de la merced de Dios, veslo aquí, si dello y de mí te quieres servir.

ALISA

Vecina honrada, tu razón y ofrecimiento me mueven a compasión, y tanto que quisiera cierto más hallarme en tiempo de poder cumplir tu falta, que menguar tu tela. Lo dicho te agradezco; si el hilado es tal, serte ha bien pagado.

CELESTINA

¿Tal, señora? Tal sea mi vida y mi vejez, y la de quien parte quisiere de mi jura. Delgado como

el pelo de la cabeza, igual, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado todo por estos pulgares, aspado y aderezado. Vesle aquí en madejitas; tres monedas me daban ayer por la onza, así goce desta alma pecadora.

ALISA

Hija Melibea, quédese esta mujer honrada contigo, que ya me parece que es tarde para ir a visitar a mi hermana, su mujer de Cremes, que desde ayer no la he visto; y también que viene su paje a llamarme, que se le arreció de un rato acá el mal.

CELESTINA

Por aquí anda el diablo aparejando oportunidad, arreciando el mal a la otra. Ea, buen amigo, tener recio, ahora es mi tiempo o nunca. No la dejes; llévamela de aquí a quien digo.

ALISA

¿Qué dices, amiga?

CELESTINA

Señora, que maldito sea el diablo y mi pecado, porque en tal tiempo hubo de crecer el mal de tu hermana, que no habrá para nuestro negocio oportunidad. ¿Y qué mal es el suyo?

ALISA

Dolor de costado, y tal, que según del mozo supe que quedaba, temo no sea mortal. Ruega tú, vecina, por amor mío, en tus devociones por su salud a Dios.

CELESTINA

Yo te prometo, señora, en yendo de aquí, me vaya por esos monesterios, donde tengo frailes devotos míos, y les dé el mismo encargo que tú

me das. Y demás desto, antes que me desayune dé cuatro vueltas a mis cuentas.

ALISA

Pues, Melibea, contenta a la vecina en todo lo que razón fuere darle por el hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro día se verná en que más nos veamos.

CELESTINA

Señora, el perdón sobraría donde el hierro falta; de Dios seas perdonada, que buena compañía me queda. Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es el tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzarán; que a la mi fe la vejez no es sino un mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin rama, que se llueve por cada parte, cayado de mimbre, que con poca carga se doblega.

MELIBEA

¿Por qué dices, madre, tanto mal de lo que todo el mundo con tanta eficacia gozar o ver desea?

CELESTINA

Desean harto mal para sí, desean harto trabajo: desean llegar allá, porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. Así que, el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el vie-

jo más, aunque con dolor: todo por vivir; porque como dicen, viva la gallina con su pepita. Pero ¿quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos, aquel poco oir, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer? Pues ¡ay, ay, señora! si lo dicho viene acompañado de pobreza, allí verás callar todos los otros trabajos, cuando sobra la gana y falta la provisión; que jamás sentí peor ahito, que de hambre.

MELIBEA

Bien conozco que dice cada uno de la feria según le va en ella; así que otra canción cantarán los ricos.

CELESTINA

Señora, hija, a cada cabo hay tres leguas de mal quebranto. A los ricos se les va la bienaventuranza, la gloria y descanso por otros albañares de asechanzas, que no se parecen, ladrillados por encima con lisonjas. Aquel es rico que está bien con Dios; más segura cosa es ser menospreciado, que temido; mejor sueño duerme el pobre, que no el que tiene de guardar con solicitud lo que con trabajo ganó, y con dolor ha de dejar. Mi amigo no será simulado, y el del rico sí; yo soy querida por mi persona, el rico por su hacienda: nunca oye verdad, todos le hablan lisonjas a sa-

bor de su paladar, todos le han envidia; apenas hallarás un rico que no confiese que le sería mejor estar en mediano estado, o en honesta pobreza. Las riquezas no hacen rico, mas ocupado; no hacen señor, mas mayordomo; más son los poseídos de las riquezas, que no los que las poseen; a muchos trajo la muerte, a todos quita el placer, y a las buenas costumbres ninguna cosa es más contraria. ¿No oíste decir: durmieron su sueño los varones de las riquezas, y ninguna cosa hallaron en sus manos? Cada rico tiene una docena de hijos y nietos que no rezan otra oración, no otra petición, sino rogar a Dios que le saque denmedio dellos; no ven la hora de tener a él so la tierra y lo suyo entre sus manos, y darle a poca costa su morada para siempre.

MELIBEA

Madre, pues que así es, gran pena ternás por la edad que perdiste. ¿Querrías volver a la primera?

CELESTINA

Loco es, señora, el caminante que, enojado del trabajo del día, quisiese volver de comienzo la jornada para tornar otra vez a aquel lugar. Que todas aquellas cosas cuya posesión no es agradable, más vale poseellas que esperallas; porque más cerca está el fin dellas cuanto más andado del comienzo. No hay cosa más dulce ni graciosa al muy cansado, que el mesón; así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea, porque el que de razón y seso caresce, casi otra cosa no ama sino lo que perdió.

MELIBEA

Siquiera por vivir más, es bueno desear lo que digo.

CELESTINA

Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año, ni tan mozo que hoy no pudiese morir. Así que, en esto, poca ventaja nos lleváis.

MELIBEA

Espantada me tienes con lo que has hablado; indicio me dan tus razones que te haya visto otro tiempo. Dime, madre, ¿eres tú Celestina, la que solía morar a las tenerías, cabe el río?

CELESTINA

Hasta que Dios quiera.

MELIBEA

Vieja te has parado; bien dicen que los días no se van en balde. Así goce de mí, no te conociera sino por esa señaleja de la cara. Figúraseme que eras hermosa. Otra pareces: muy mudada estás.

LUCRECIA

¡Hi, hi, hi! Mudada está el diablo: ¿hermosa era con aquel su Dios os salve que atraviesa la media cara?

MELIBEA

¿Qué hablas, loca? ¿Qué es lo que dices? ¿De qué te ríes?

LUCRECIA

De cómo no conocías a la madre en tan poco tiempo en la filosomía de la cara.

MELIBEA

No es tan poco tiempo dos años; y más que la tiene arrugada.

CELESTINA

Señora, ten tú el tiempo que no ande; terné yo mi forma que no se mude. ¿No has leído, que dicen: verná el día que en el espejo no te conozcas? Pero también yo encanecí temprano, y parezco de doblada edad: que así goce desta alma pecadora, y tú dese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre, yo fuí la menor. Mira cómo no soy vieja, como me juzgan.

MELIBEA

Celestina amiga, yo he holgado mucho en verte y conocerte; también hasme dado placer con tus razones. Toma tu dinero y vete con Dios, que me parece que no debes haber comido.

CELESTINA

¡Oh angélica imagen, oh perla preciosa, y cómo te lo dices! Gozo me toma en verte hablar. ¿Y no sabes que por la divina boca fué dicho contra aquel infernal tentador, que no de solo pan viviremos? Pues así es, que no el sólo comer mantiene; mayormente a mí, que me suelo estar uno y dos días negociando encomiendas ajenas ayuna, salvo hacer por los buenos, morir por ellos. Esto tuve siempre: querer más trabajar sirviendo a otros, que holgar contentando a mí. Pues si tú me das licencia, direte la necesitada causa de mi venida, y que es otra que la que hasta agora has oído, y tal que todos perderíamos en me tornar en balde sin que la sepas.

MELIBEA

Dí, madre, todas tus necesidades, que si yo las pudiere remediar, de muy buen grado lo haré por el pasado conocimiento y vecindad, que pone obligación a los buenos.

CELESTINA

¿Mías, señora? Antes ajenas, como tengo dicho; que las mías de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo, que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, una blanca para pan y un cuarto para vino, después que enviudé; que antes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba un cuero en mi casa, y uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin comer una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Ahora, como todo cuelga de mí en un jarrillo malpegado me lo traen que no cabe dos azumbres; seis veces al día tengo de salir por mi pecado con mis canas acuestas a le henchir a la taberna. Mas no muera yo muerte, hasta que me vea con un cuero o tinajica de mis puertas adentro; que en mi ánima no hay otra provisión, que como dicen: pan y vino anda camino, que no mozo garrido. Así que, donde no hay varón, todo bien fallece: con mal está el uso, cuando la barba no anda de suso. Ha venido esto, señora, por lo que decía de las ajenas necesidades y no mías.

MELIBEA

Pide lo que querrás, sea para quien fuere.

CELESTINA

Doncella graciosa y de alto linaje, tu suave habla y alegre gesto, junto con el aparejo de liberalidad que muestras con esta pobre vieja, me dan osadía a te lo decir. Yo dejo un enfermo a la muerte, que con sola una palabra de tu noble boca salida que le lleve metida en mi seno, tiene por fe que sanará, según la mucha devoción tiene en tu gentileza.

MELIBEA

Vieja honrada, no te entiendo, si más no declaras tu demanda. Por una parte me alteras y provocas a enojo; por otra me mueves a compasión. No te sabría volver respuesta conveniente, según lo poco que he sentido de tu habla. Que yo soy dichosa, si de mi palabra hay necesidad para salud de algún cristiano. Porque hacer beneficio es semejar a Dios: y el que le da le recibe, cuando a persona digna dél le hace. Y demás desto, dicen que el que pueda sanar al que padece, no lo haciendo, le mata. Así que, no ceses tu petición por empacho ni temor.

CELESTINA

El temor perdí, mirando, señora, tu beldad; que no puedo creer que en balde pintase Dios unos gestos más perfectos que otros, más dotados de gracias, más hermosas faciones, sino para hacerlos almacén de virtudes, de misericordia, de compasión; ministros de sus mercedes y dádivas, como a ti, y pues como todos seamos humanos nacidos para morir, sea cierto que no se puede decir nacido el que para sí solo nació; porque sería seme-

jante a los brutos animales, en los cuales aun hay algunos piadosos, como se dice del unicornio, que se humilla a cualquier doncella; el perro, con todo su ímpetu y braveza, cuando viene a morder, si se echan en el suelo, no hace mal; esto de piedad. ¿Pues las aves? Ninguna cosa el gallo come que no participe y llame las gallinas a comer dello; el pelícano rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas; las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo a sus padres viejos en el nido, cuanto ellos les dieron cebo siendo pollitos. Pues tal conocimiento dió la natura a los animales y aves, ¿por qué los hombres habemos de ser más crueles? ¿Por qué no daremos parte de nuestras gracias y personas a los prójimos, mayormente cuando están envueltos en secretas enfermedades, y tales que donde está la medicina salió la causa de la enfermedad?

MELIBEA

Por Dios, sin más dilatar, me digas quién es ese doliente, que de mal tan perplejo se siente, que su pasión y remedio salen de una misma fuente.

CELESTINA

Bien ternás, señora, noticia en esta ciudad de un caballero mancebo, gentil hombre, de clara sangre, que llaman Calisto.

MELIBEA

¡Ya, ya, ya! Buena vieja, no me digas más; no pases adelante. ¿Es ese el doliente por quien has hecho tantas premisas en tu demanda? ¿por quien has venido a buscar la muerte para ti? ¿por quien

has dado tan dañosos pasos, desvergonzada, barbuda? ¿Qué siente ese perdido, que con tanta pasión vienes? De locura será su mal. ¿Qué te parece? ¡Si me hallaras sin sospecha de ese loco con qué palabras me entrabas! No se dice en vano, que el más empecible miembro del mal hombre o mujer es la lengua. Quemada seas, alcahueta, falsa, hechicera, enemiga de honestad, causadora de secretos yerros. ¡Jesú, Jesú! ¡quítamela, Lucrecia, de delante, que me fino, que no me ha dejado gota de sangre en el cuerpo! Bien se lo merece esto y más quien a estas tales da oídos. Por cierto si no mirase a mi honestidad, y por no publicar su osadía dese atrevido, yo te hiciera, malvada, que tu razón y vida acabaran en un tiempo.

CELESTINA

En hora mala acá vine. si me falta mi conjuro. Ea pues, bien sé a quién digo. Ce, hermano, que se va todo a perder.

MELIBEA

¿Aun hablas entre dientes delante mí, para acrecentar mi enojo y doblar tu pena? ¿Querrías condenar mi honestidad por dar vida a un loco, dejar a mí triste por alegrar a él, y llevar tú el provecho de mi perdición, el galardón de mi yerro? ¿perder y destruir la casa y la honra de mi padre, por ganar la de una vieja maldita como tú? ¿Piensas que no tengo sentidas tus pisadas, y entendido tu dañado mensaje? Pues yo te certifico que las albricias que de aquí saques no sean sino estorbarte de más ofender a Dios, dando fin

a tus días. Respóndeme, traidora, ¿cómo osaste tanto hacer?

CELESTINA

Tu temor, señora, tiene ocupada mi desculpa. Mi inocencia me da osadía, tu presencia me turba en verla irada; y lo que más siento y me pena es recibir enojo sin razón ninguna. Por Dios, señora, que me dejes concluir mi dicho, que ni él quedará culpado, ni yo condenada; y verás cómo es todo más servicio de Dios, que pasos deshonestos; más para dar salud al enfermo, que para dañar la fama al médico. Si pensara, señora, que tan de ligero habías de conjeturar de lo pasado nocibles sospechas, no bastara tu licencia para me dar osadía a hablar en cosa que a Calisto ni a otro hombre tocase.

MELIBEA

¡Jesú! No oiga yo mentar más ese loco, saltaparedes, fantasma de noche, luengo como cigüeña, figura de paramento mal pintado; si no, aquí me caeré muerta. Este es el que el otro día me vido y comenzó a desvariar conmigo en razones, haciendo mucho del galán. Dirásle, buena vieja, que si pensó que yo era todo suyo y quedaba por él el campo, porque holgué más de consentir sus necedades que castigar su yerro, quise más dejarle por loco, que publicar su grande atrevimiento. Pues avísale que se aparte deste propósito, y serle ha sano; si no, podrá ser que no haya comprado tan cara habla en su vida. Pues sabe que no es vencido sino el que se cree serlo, y yo quedé bien segura, y él ufano. De los locos es estimar

a todos los otros de su calidad; y tú tórnate con su misma razón, que respuesta de mí otra no habrás, ni la esperes; que por demás es ruego a quien no puede haber misericordia; y da gracias a Dios, pues tan libre vas desta feria. Bien me habían dicho quien tú eras, y avisado de tus propiedades, aunque ahora no te conocía.

CELESTINA

Más fuerte estaba Troya, y áun otras más bravas he yo amansado; ninguna tempestad mucho dura.

MELIBEA

¿Qué dices, enemiga? Habla que te pueda oir. ¿Tienes disculpa alguna para satisfacer mi enojo, y excusar tu yerro y osadía?

CELESTINA

Mientras viviere tu ira, más dañará mi descargo, que estás muy rigurosa; y no me maravillo, que la sangre nueva poca calor ha menester para hervir.

MELIBEA

¿Poca calor? Poco lo puedes llamar, pues quedaste tú viva, y yo quejosa sobre tan gran atrevimiento. ¿Qué palabra podías tú querer para ese tal hombre que a mí bien me estuviese? Responde, pues dices que no has concluído: quizá pagarás lo pasado.

CELESTINA

Una oración, señora, que le dijeron que sabías de santa Polonia para el dolor de las muelas; asimismo tu cordón, que es fama que ha tocado to-

das las reliquias que hay en Roma y Jerusalén. Aquel caballero que dije, pena y muere dellas. Esta fué mi venida; pero pues en mi dicha estaba tu airada respuesta, padézcase él su dolor, en pago de buscar tan desdichada mensajera; que pues en tu mucha virtud me faltó piedad, también me faltará agua si a la mar me enviara. Pero ya sabes que el deleite de la venganza dura un momento, y el de la misericordia para siempre.

MELIBEA

Si eso querías, ¿por qué luego no me lo expresaste? ¿Por qué me lo dijiste en tan pocas palabras?

CELESTINA

Señora, porque mi limpio motivo me hizo creer, que aunque en menos lo propusiera, no se había de sospechar mal; que si faltó el debido preámbulo, fué porque la verdad no es necesario abundar de muchas colores. Compasión de su dolor, confianza de tu magnificencia, ahogaron en mi boca al principio la expresión de la causa; y pues conoces, señora, que el dolor turba, la turbación demanda y altera la lengua, la cual había de estar siempre atada con el seso, por Dios, que no me culpes. Y si él otro yerro ha hecho, no redunde en mi daño; pues no tengo otra culpa sino ser mensajera del culpado. No quiebre la soga por lo más delgado; no seas la telaraña, que no muestra su fuerza sino contra los flacos animales; no paguen justos por pecadores. Imita la divina justicia, que dijo: el ánima que pecare, aquella misma

muera; a la humana, que jamás condena al padre por el delito del hijo, ni al hijo por el del padre. Ni es, señora, razón que su atrevimiento acarree mi perdición, aunque, según su merecimiento, no ternía en mucho que fuese él el delincuente, y yo la condenada; que no es otro mi oficio sino servir a los semejantes. Desto vivo y desto me arreo. Nunca fué mi voluntad enojar a unos por agradar a otros, aunque hayan dicho a tu merced en mi ausencia otra cosa. Al fin, señora, a la firme verdad el viento del vulgo no la empece. Una sola soy en este limpio trato; en toda la ciudad pocos tengo descontentos; con todos cumplo los que algo me mandan, como si tuviese veinte pies y otras tantas manos.

MELIBEA

No me maravillo, que un solo maestro de vicios dicen que basta para corromper un gran pueblo. Por cierto, tantos y tales loores me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si crea que pedías oración.

CELESTINA

Nunca yo la rece y si la rezare no sea oída, si otra cosa de mí se saque, aunque mil tormentos me diesen.

LUCRECIA

Mi pasada alteración me impide a reir de tu desculpa; que bien sé que ni juramento ni tormento te torcerá a decir verdad, que no es en tu mano.

CELESTINA

Eres mi señora; téngote de callar, hete yo de

servir, hasme tú de mandar; tu mala palabra será víspera de una saya.

MELIBEA

Bien la has merecido.

CELESTINA

Si no la he ganado con la lengua, no la he perdido con la intención.

MELIBEA

Tanto afirmas tu ignorancia, que me haces creer lo que puede ser. Quiero pues en tu dudosa desculpa tener la sustancia en peso, y no disponer de tu demanda al sabor de ligera interpretación. No tengas en mucho, ni te maravilles de mi pasado sentimiento, porque concurrieron dos cosas en tu habla que cualquiera dellas era bastante para me sacar de seso. Nombrarme ese tu caballero, que conmigo se atrevió a hablar, y también pedirme palabra sin más causa, qué no se podía sospechar sino daño para mi honra. Pero pues todo viene de buena parte, de lo pasado haya perdón; que en alguna manera es aliviado mi corazón viendo que es obra pía y santa sanar los pasionados y enfermos.

CELESTINA

Y tal enfermo, señora. Por Dios, si bien le conocieses, no le juzgases por el que has dicho y mostrado con tu ira. En Dios y en mi alma, no tiene hiel; gracias dos mil; en franqueza, Alexandre; en esfuerzo, Hector; gesto de un rey: gracioso, alegre; jamás reina en él tristeza; de noble sangre, como sabes; gran justador; pues verlo armado, un San Jorge; fuerza y esfuerzo,

no tuvo Hércules tanta; la presencia y faciones disposición, desenvoltura, otra lengua había menester para las contar; todo junto semeja ángel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso, que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Ahora, señora, tiénele derribado una sola muela que jamás cesa de quejar.

MELIBEA

¿Y qué tanto tiempo ha?

CELESTINA

Podrá ser, señora, de veinte y tres años; que aquí está Celestina que le vido nacer, y le tomó a los pies de su madre.

MELIBEA

Ni te pregunto eso, ni tengo necesidad de saber su edad, sino qué tanto ha que tiene el mal.

CELESTINA

Señora, ocho días, que parece que ha un año en su flaqueza; y el mayor remedio que tiene, es tomar una vihuela, y tañe tantas canciones y tan lastimeras, que no creo que fueron otras las que compuso aquel emperador y gran músico Adriano, de la partida del ánima, por sufrir sin desmayo la ya vecina muerte. Que aunque yo sé poco de música, parece que hace aquella vihuela hablar. Pues si acaso canta, de mejor gana se paran las aves a le oir, que no a aquel antico, de quien se dice que movía los árboles y piedras con su canto. Siendo este nacido, no alabaran a Orfeo. ¡Mira, señora, si una pobre vieja como yo, si se hallará dichosa en dar la vida a quien tales gracias

tiene! Ninguna mujer le ve, que no alabe a Dios, que así le pintó; pues si le habla acaso, no es más señora de sí de lo que él ordena. Y pues tanta razón tengo, juzga, señora, por bueno mi propósito, mis pasos saludables y vacíos de sospecha.

MELIBEA

¡Oh, cuánto me pesa con la falta de mi paciencia! Porque siendo él ignorante y tú inocente, habéis padecido las alteraciones de mi airada lengua. Pero la mucha razón me relieva de culpa, la cual tu habla sospechosa causó. En pago de tu buen sufrimiento, quiero cumplir tu demanda, y darte luego mi cordón; y porque para escrebir la oración no habrá tiempo sin que venga mi madre, si esto no bastare, ven mañana por ella muy secretamente.

LUCRECIA

Ya, ya. Perdida es mi ama. ¿Secretamente quiere que venga Celestina? Fraude hay; más le querrá dar que lo dicho.

MELIBEA

¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA

Señora, que baste lo dicho, que es tarde.

MELIBEA

Pues, madre, no le des parte de lo que pasó a ese caballero, porque no me tenga por cruel, o arrebatada, o deshonesta.

LUCRECIA

No miento yo, que mal va este hecho.

CELESTINA

Mucho me maravillo, señora Melibea, de la duda que tienes de mi secreto. No temas, que todo lo sé sufrir y encubrir; que bien veo que tu mucha sospecha echó, como suele, mis razones a la más triste parte. Yo voy con tu cordón tan alegre, que se me figura que está diciéndole allá su corazón la merced que nos hiciste, y que lo tengo de hallar aliviado.

MELIBEA

Más haré por tu doliente, si menester fuere, en pago de lo sufrido.

CELESTINA

Más será menester, y más harás, y aunque no se te agradezca.

MELIBEA

¿Qué dices, madre, de agradecer?

CELESTINA

Digo, señora, que todos lo agradecemos y serviremos, y todos quedamos obligados, que la paga más cierta es, cuando más la tienen de cumplir.

LUCRECIA

Trastócame esas palabras.

CELESTINA

Hija, Lucrecia, ce: irás a casa, y darte he una lejía con que pares esos cabellos más que el oro. No lo digas a tu señora. Y áun darte he unos polvos para quitarte ese olor de la boca, que te huele un poco, que en el reino no los sabe hacer otra sino yo; y no hay cosa que peor en la mujer parezca.

LUCRECIA

¡Oh! Dios te dé buena vejez, que más necesidad tenía de todo eso que de comer.

CELESTINA

Pues ¿por qué murmuras contra mí, loquilla? Calla, que no sabes si me habrás menester en cosa de más importancia. No provoques a ira a tu señora más de lo que ella ha estado; déjame ir en paz.

MELIBEA

¿Qué le dices, madre?

CELESTINA

Señora, acá nos entendemos.

MELIBEA

Dímelo, que me enojo cuando yo presente se habla cosa de que no haya parte.

CELESTINA

Señora, que te acuerde la oración, para que la mandes escribir, y que aprenda de mí a tener mesura en el tiempo de tu ira, en la cual yo usé lo que se dice: que del airado es de apartar por poco tiempo, del enemigo por mucho. Pues tú, señora, tenías ira con lo que sospechaste de mis palabras, no enemistad; porque aunque fuera las que tú pensabas, en sí no eran malas; que cada día hay hombres penados por mujeres, y mujeres por hombres, y esto obra la natura, y la natura ordenóla Dios, y Dios no hizo cosa mala. Y así quedaba mi demanda como quiera que fuese en sí loable, pues de tal tronco procede, y yo libre de pena. Más razones destas te diría, sino porque la prolijidad es enojosa al que oye y dañosa al que habla.

MELIBEA

En todo has tenido buen tiento, así en el poco hablar en mi enojo, como el mucho sufrir.

CELESTINA

Señora, sufríte con temor, porque te airaste con razón. Porque con la ira morando poder, no es sino rayo; y por esto pasé tu rigurosa habla hasta que tu almacén hubiese gastado.

MELIBEA

En cargo te es ese caballero.

CELESTINA

Señora, más merece; y si algo con mi ruego para él he alcanzado, con la tardanza lo he dañado. Yo me parto para él, si licencia me das.

MELIBEA

Mientras más aína la hubieras pedido, más de grado la hubieras recaudado. Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho, ni de tu ida me puede venir daño.

EL ACTO QUINTO

ARGUMENTO DEL QUINTO ACTO

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle hablando consigo misma entre dientes. Llegada a su casa, halló a Sempronio que la aguardaba. Ambos van hablando hasta llegar a su casa de Calisto, y, vistos por Parmeno, cuéntalo a Calisto su amo, el cual le manda abrir la puerta.

CALISTO, PARMENO, SEMPRONIO, CELESTINA

CELESTINA

¡Oh rigurosos trances! ¡oh cruda osadía! ¡oh gran sufrimiento! ¡Y qué tan cercana estuve de la muerte, si mi mucha astucia no rigiera con el tiempo las velas de la petición! ¡Oh amenazas de doncella brava! ¡oh airada doncella! ¡oh diablo a quien yo conjuré, cómo cumpliste palabra en todo lo que te pedí! En cargo te soy. Así amansaste la cruel hembra con tu poder, y diste tan oportuno lugar a mi habla cuanto quise, con la ausencia de su madre. ¡Oh vieja Celestina! ¿vas alegre? Sábete que la mitad está hecha, cuando tienen buen principio las cosas. ¡Oh serpentino aceite, ¡oh blanco hilado! ¡cómo os aparejastes todos en mi favor! ¡Oh! yo rompiera todos mis atamientos hechos y por hacer, ni creyera en yerbas, ni piedras, ni en palabras. Pues alégrate, vieja, que

más sacarás deste pleito, que de quince virgos que renovaras. ¡Oh, malditas haldas, prolijas y largas; cómo me estorbáis de llegar adonde han de reposar mis nuevas! ¡Oh buena fortuna, cómo ayudas a los osados, y a los tímidos eres contraria! Nunca huyendo huye la muerte al cobarde. ¡Oh cuántas erraran en lo que yo he acertado! ¿Qué hicieran en tan fuerte estrecho estas nuevas maestras de mi oficio, sino responder algo a Melibea, por donde se perdiera cuanto yo con buen callar he ganado? Por esto dicen: quien las sabe las tañe; y que es más cierto médico el experimentado que el letrado; y la experiencia y escarmiento hace los hombres arteros; y la vieja como yo, que alce sus faldas al pasar del vado como maestra. ¡Ay, cordón, cordón! Yo te haré traer por fuerza, si vivo, a la que no quiso darme su buena habla de grado.

SEMPRONIO

O yo no veo bien, o aquella es Celestina. ¡Válala el diablo, qué haldear que trae! Parlando viene entre dientes.

CELESTINA

¿De qué te santiguas, Sempronio? Creo que en verme.

SEMPRONIO

Yo te lo diré: la rareza de las cosas es madre de la admiración; la admiración concebida en los

ojos, desciende al ánimo por ellos; el ánimo es forzado descubrillo por estas exteriores señales. ¿Quién jamás te vido por la calle, abajada la cabeza, puestos los ojos en el suelo, y no mirar a ninguno como ahora? ¿Quién te vido hablar entre dientes por las calles, y venir aguijando, como quien va a ganar beneficio? Cata, que todo esto novedad es para se maravillar quien te conoce. Pero, esto dejado, dime por Dios, con qué vienes. Dime si tenemos hijo o hija; que desde que dió la una te espero aquí, y no he sentido mejor señal que tu tardanza.

CELESTINA

Hijo, esa regla de bobos no es siempre cierta, que otra hora me pudiera más tardar y dejar allí las narices, y otras dos, narices y lengua; y así que, mientras más tardase más caro me costase.

SEMPRONIO

Por amor mío, madre, no pases de aquí sin me lo contar.

CELESTINA

Sempronio amigo, ni yo me podría parar, ni el lugar es aparejado. Vente conmigo delante Calisto, oirás maravillas; que será desflorar mi embajada comunicándola con muchos. De mi boca quiero que sepa lo que se ha hecho, que aunque hayas de haber alguna partecilla del provecho, quiero yo todas las gracias del trabajo.

SEMPRONIO

¿Partecilla, Celestina? Mal me parece eso que dices.

CELESTINA

Calla, loquillo, que parte o partecilla, cuanto tú quisieres te daré. Todo lo mío es tuyo. Gocémonos y aprovechémonos, que sobre el partir nunca reñiremos. Y también sabes tú cuánta más necesidad tienen los viejos que los mozos, mayormente tú que vas a mesa puesta.

SEMPRONIO

Otras cosas he menester más de comer.

CELESTINA

¿Qué hijo? Una docena de agujetas, un torce para el bonete y un arco para andar de casa en casa tirando a pájaros, y aojando pájaras a las ventanas: muchachas digo, bobo, de las que no saben volar, que bien me entiendes. Que no hay mejor alcahuete para ellas que un arco, que se puede entrar cada uno hecho mostrenco, como dicen en achaque de trama, etc. Mas ¡ay, Sempronio, de quien tiene de mantener honra, y se va haciendo vieja como yo!

SEMPRONIO

¡Oh lisonjera vieja, o vieja llena de mal! ¡Oh codiciosa y avarienta garganta! También quiere a mí engañar como a mi amo, por ser rica. Pues mala medra tiene; no le arriendo la ganancia: que quien con modo torpe sube en alto, más presto cae que sube. ¡Oh, qué mala cosa es de conocer el hombre! Bien dicen, que ninguna mercaduría ni animal es tan difícil. Mala vieja, falsa es ésta, el diablo me metió con ella; más seguro me fuera huir desta venenosa víbora que tomalla. Mía fué

la culpa; pero gane harto, que por bien o mal no negará la promesa.

CELESTINA

¿Qué dices, Sempronio? ¿con quién hablas? ¿Viénesme royendo las haldas? ¿por qué no aguijas?

SEMPRONIO

Lo que vengo diciendo, madre Celestina, es que no me maravillo que seas mudable, que sigas el camino de las muchas. Dicho me habías que diferirías este negocio; ahora vas sin seso por decir a Calisto cuanto pasa. ¿No sabes que aquello es en algo tenido, que es por tiempo deseado, y que cada día que él penase era doblarnos el provecho?

CELESTINA

El propósito muda el sabio; el necio persevera. A nuevo negocio, nuevo consejo se requiere. No pensé yo, hijo Sempronio, que así me respondería mi buena fortuna. De los discretos mensajeros es hacer lo que el tiempo quiere; así que, la calidad de lo hecho no puede encubrir tiempo disimulado. Y más que yo sé que tu amo, según lo que dél sentí, es liberal y algo antojadizo; más dará en un día de buenas nuevas, que en ciento que ande penado, y yo yendo y viniendo; que los acelerados y súbitos placeres crían alteración, la mucha alteración estorba el deliberar. Pues ¿en qué podrá parar el bien sino en bien, y el alto mensaje sino en luenguas albricias? Calla, bobo, deja hacer a tu vieja.

SEMPRONIO

Pues dime lo que pasó con aquella gentil don-

cella; dime alguna palabra de su boca; que por Dios así peno por sabella, como mi amo penaría.

CELESTINA

¡Calla, loco, altérasete la complexión! Ya lo veo en ti, que querrías más estar al sabor que al olor deste negocio. Andemos presto, que estará loco tu amo con mi mucha tardanza.

SEMPRONIO

Y áun sin ella se lo está.

PARMENO

Señor, señor.

CALISTO

¿Qué quieres, loco?

PARMENO

A Sempronio y a Celestina veo venir cerca de casa, haciendo paradillas de rato en rato; y cuando están quedos, hace rayas en el suelo con la espada; no sé qué sea.

CALISTO

¡Oh desvariado, negligente! Veslos venir ¿no puedes corriendo bajar a abrir la puerta? ¡Oh alto Dios! ¡Oh soberana deidad! ¿Con qué vienen? ¿Qué nuevas traen? Que tan grande ha sido su tardanza, que ya más esperaba su venida, que el fin de mi remedio. ¡Oh, mis tristes oídos, aparejados a lo que os viniere, que en su boca de Celestina está agora aposentado el alivio o pena de mi corazón! ¡Oh, si en sueños se pasase este

poco de tiempo hasta ver el principio y fin de su habla! Ahora tengo por cierto, que es más penoso al delincuente esperar la cruda y capital sentencia, que el acto de la ya sabida muerte. ¡Oh espacioso Parmeno, manos de muerto! Quita ya esa enojosa aldaba, entrará esa honrada dueña, en cuya lengua está mi vida.

CELESTINA

¿Oyes, Sempronio? De otro temple anda nuestro amo. Bien difieren estas razones de las que oímos a Parmeno y a él la primera venida; de mal en bien me parece que va. No hay palabra de las que dice, que no vale a la vieja Celestina más que una saya.

SEMPRONIO

Pues mira que entrando hagas que no ves a Calisto, y hables algo bueno.

CELESTINA

Calla, Sempronio, que aunque haya aventurado mi vida, más merece Calisto y su ruego y tuyo, y más mercedes espero yo dél.

EL ACTO SEXTO

ARGUMENTO DEL SEXTO ACTO

Entrada Celestina en casa de Calisto, con grande afición y deseo Calisto le pregunta de lo que le ha acontecido con Melibea. Mientras ellos están hablando, Parmeno, oyendo hablar a Celestina de su parte, contra Sempronio a cada razón le pone un mote; reprendiéndolo Sempronio. En fin, la vieja Celestina le descubre todo lo negociado, y un cordón de Melibea; y, despedida de Calisto, vase para su casa, y con ella Parmeno.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO

CALISTO

¿Qué dices, señora y madre mía?

CELESTINA

¡Oh mi señor Calisto! ¿Y aquí estás? ¡Oh mi nuevo amador de la muy hermosa Melibea, y con mucha razón! ¿Con qué pagarás a la vieja que hoy ha puesto su vida al tablero por tu servicio? ¿Cuál mujer jamás se vido en tan estrecha afrenta como yo, que en tornallo a pensar se me menguan y vacian todas las venas de mi cuerpo de sangre? Mi vida diera por menor precio que ahora daría este manto raído y viejo.

PARMENO

Tú dirás lo tuyo: entre col y col lechuga. Subido has un escalón, más adelante te espero a la saya. Todo para ti, y no nada de que puedas dar

parte. Pelechar quiere la vieja. Tú me sacarás a mí verdadero y a mi amo loco. No le pierdas palabra, Sempronio, y verás como no quiere pedir dinero, porque es divisible.

SEMPRONIO

Calla, hombre desesperado, que te matará Calisto si te oye.

CALISTO

Madre mía, abrevia tu razón, o toma esta espada y mátame.

PARMENO

Temblando está el diablo como azogado; no se puede tener en sus pies: su lengua le querría prestar para que hablase presto, no es mucha su vida; luto habremos de medrar destos amores.

CELESTINA

¿Espada, señor, o qué? Espada mala mate a tus enemigos y a quien mal te quiere; que yo la vida te quiero dar con buena esperanza que traigo de aquella que tú más amas.

CALISTO

¿Buena esperanza, señora?

CELESTINA

Buena se puede decir, pues queda abierta puerta para mi tornada, y antes me recibirá a mí con esta saya rota, que a otro con seda y brocado.

PARMENO

Sempronio, cóseme esta boca, que no lo puedo sufrir; encajado ha la saya.

SEMPRONIO

¿Callarás, por Dios, o te echaré dende con el diablo? Que si anda rodeando su vestido, hace

bien, pues tiene dello necesidad; que el abad de dó canta de allí viste.

PARMENO

Y áun viste como canta; y esta puta vieja querría en un día por tres pasos desechar todo el pelo malo, cuanto en cincuenta años no ha podido medrar.

SEMPRONIO

¿Todo eso es lo que te castigó, y el conocimiento que os teníades y lo que te crió?

PARMENO

Bien sufriré yo que pida y pele; pero no todo para su provecho.

SEMPRONIO

No tiene otra tacha sino ser codiciosa; pero déjala; barde sus paredes, que después bardará las nuestras, o en mal punto nos conoció.

CALISTO

Dime, por Dios, señora ¿qué hacía? ¿cómo entraste? ¿qué tenía vestido? ¿a qué parte de casa estaba? ¿qué cara te mostró al principio?

CELESTINA

Aquella cara, señor, que suelen los bravos toros mostrar contra los que lanzan las agudas flechas en el coso; la que los monteses puercos contra los sabuesos que mucho los aquejan.

CALISTO

¿Y a éstas llamas señales de salud? Pues ¿cuáles serían mortales? No por cierto la misma muerte; que aquella alivio sería en tal caso deste mi tormento, que es mayor y duele más.

SEMPRONIO

¿Estos son los fuegos pasados de mi amo? ¿qué es esto? ¿No ternía este hombre sufrimiento para oir lo que siempre ha deseado?

PARMENO

¡Y que calle yo, Sempronio! Pues si nuestro amo te oye, también te castigará a ti como a mi.

SEMPRONIO

¡Oh mal fuego te abrase! Que tú hablas en daño de todos, y yo a ninguno ofendo. ¡Oh, intolerable pestilencia y mortal te consuma, rijoso, envidioso, maldito! ¿Toda esta es la amistad que con Celestina y conmigo habías concertado? Véte de aquí a mala ventura.

CALISTO

Si no quieres, reina y señora mía, que desespere y vaya mi ánima condenada a perpetua pena, oyendo esas cosas, certifícame brevemente si no hubo buen fin tu demanda gloriosa, y la cruda y rigurosa muestra de aquel gesto angélico y matador, pues todo eso más es señal de odio que de amor.

CELESTINA

La mayor gloria que al secreto oficio de la abeja se da, a la cual los discretos deben imitar, es que todas las cosas por ella tocadas convierte en mejor de lo que son. Desta manera me he habido con las zahareñas razones y esquivas de Melibea. Todo su rigor traigo convertido en miel, su ira en mansedumbre, su aceleramiento en sosiego. Pues ¿a qué piensas que iba allá la vieja Celestina, a quien tú, demás de su merecimiento, magní-

ficamente galardonaste, sino ablandar su saña, sufrir su accidente, a ser escudo de tu ausencia, a recibir en mi manto los golpes, los desvíos, los menosprecios y desdenes que muestran aquellas en los principios de sus requerimientos de amor, para que sea después en más tenida su dádiva? Que a quien más quieren, peor hablan; y si así no fuese, ninguna diferencia habría entre las públicas que aman, a las escondidas doncellas, si todas dijesen sí a la entrada de su primer requerimiento, en viendo que de alguno eran amadas; las cuales, aunque están abrasadas y encendidas de vivos fuegos de amor, por su honestidad muestran un frío exterior, un sosegado vulto, un apacible desvío, un constante ánimo y casto propósito, unas palabras agrias, que la propia lengua se maravilla del gran sufrimiento suyo, que la hacen forzosamente confesar el contrario de lo que siente. Así que, para que tú descanses y tengas reposo mientras te contare por extenso el proceso de mi habla y la causa que tuve para entrar, sabe que el fin de su razón y habla fué muy bueno.

CALISTO

Ahora, señora, que me has dado seguro para que ose esperar todos los rigores de la respuesta, di cuanto mandares y como quisieres, que yo estaré atento. Ya me reposa el corazón, ya descansa mi pensamiento, ya reciben las venas y recobran su perdida sangre, ya he perdido temor, ya tengo alegría. Subamos, si mandas, arriba; en mi cámara me dirás por extenso lo que aquí he sabido en suma.

CELESTINA

Subamos, señor.

PARMENO

¡Oh santa María! ¡Qué rodeos busca este loco por huir de nosotros, para poder llorar a su placer con Celestina de gozo, y por descubrirle mil secretos de su liviano y desvariado apetito; por preguntar y responder seis veces cada cosa, sin que esté presente quien le pueda decir que es prolijo! Pues mándote yo, desatinado, que tras ti vamos.

CALISTO

Mira, señora, qué hablar trae Parmeno. Cómo se viene santiguando de oir lo que has hecho con tu gran diligencia. Espantado está por mi fe, señora Celestina; otra vez se santigua. Sube, sube, sube y asiéntate, señora, que de rodillas quiero escuchar tu suave respuesta; y dime luego, ¿la causa de tu entrada qué fué?

CELESTINA

Vender un poco de hilado, con que tengo cazadas más de treinta de su estado, si a Dios ha placido, en este mundo, y algunas mayores.

CALISTO

Eso será de cuerpo, madre; pero no de gentileza, no de estado, no de gracia y discreción, no de linaje, no de presunción con merecimiento, no en virtud, no en habla.

PARMENO

Ya escurre eslabones el perdido, ya se desconciertan sus badajadas. Nunca da menos de doce, siempre está hecho reloj de mediodía. Cuenta,

cuenta, Sempronio, que estás desbabando, oyéndole a él locuras, y a ella mentiras.

SEMPRONIO

¡Maldiciente venenoso! ¿Por qué cierras las orejas a lo que todos los del mundo las aguzan, hecho serpiente que huye la voz del encantador? Que sólo por ser de amores estas razones, aunque mentiras, las habías de escuchar con gana.

CELESTINA

Oye, señor Calisto, y verás tu dicha y mi solicitud qué obraron; que en comenzando yo a vender y poner en precio mi hilado, fué su madre de Melibea llamada para que fuese a visitar una hermana suya enferma; y como le fuese necesario ausentarse, dejó en su lugar a Melibea.

CALISTO

¡Oh gozo sin par! ¡oh singular oportunidad! ¡oh oportuno tiempo! ¡Oh, quién estuviera allí debajo de tu manto, escuchando qué hablaría sola aquella en quien Dios tan extremadas gracias puso!

CELESTINA

¿Debajo de mi manto dices? ¡Ay mezquina! Que fueras visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no le mejora.

PARMENO

Sálgome fuera, Sempronio; ya no digo nada, escúchatelo tú todo. Si este perdido de mi amo no midiese con el pensamiento cuántos pasos hay de aquí a casa de Melibea, y contemplase en su gesto y considerase cómo estaría aviniendo el hilado, todo el sentido puesto y ocupado en ella, él

vería que mis consejos le eran más saludables que estos engaños de Celestina.

CALISTO

¿Qué es esto, mozos? Estoy yo escuchando atento que me va la vida, ¿vosotros susurráis, como soléis, por hacerme mala obra y enojo? Por mi amor, que calléis: moriréis de placer con esta señora, según su buena diligencia. Di, señora, ¿qué hiciste cuando te viste sola?

CELESTINA

Recibí, señor, tanta alteración de placer, que cualquiera que me viera me lo conociera en el rostro.

CALISTO

Ahora la recibo yo, cuanto más quien antes si contemplaba tal imagen. Enmudecerías con la novedad incogitada.

CELESTINA

Antes me dió más osadía hablar lo que quise, verme sola con ella. Abrí mis entrañas; díjele mi embajada, cómo penabas tanto por una palabra de su boca salida en favor tuyo para sanar un gran dolor. Y como ella estuviese suspensa mirándome, espantada del nuevo mensaje, escuchando hasta ver quién podía ser el que así por necesidad de su palabra penaba, o a quién pudiese sanar su lengua, en nombrando tu nombre atajó mis palabras, dióse en la frente una gran palmada, como quien cosa de grande espanto hubiese oído, diciendo que cesase mi habla y me quitase delante, si no quería hacer a sus servidores verdugos de mi postrimería; agravando mi osadía, llamán-

dome hechicera, alcahueta, vieja falsa, barbuda, malhechora y otros muchos ignominiosos nombres, con cuyos títulos asombran a los niños de cuna. Y en pos desto mil amortecimientos y desmayos; mil milagros y espantos, turbado el sentido, bullendo fuertemente los miembros todos a una parte y a otra, herida de aquella dorada flecha, que del sonido de tu nombre le tocó; retorciendo el cuerpo, las manos enclavijadas, como quien se despereza, que parecía que las despedazaba, mirando con los ojos a todas partes, acoceando con los pies al suelo duro. Y yo a todo esto arrinconada, encogida, callando, muy gozosa con su ferocidad. Mientras más basqueaba, más yo me alegraba, porque más cerca estaba el rendirse y su caída. Pero entre tanto que gastaba aquel espumajoso almacén su ira, yo no dejaba mis pensamientos estar vagos ni ociosos, de manera que tuve tiempo para salvar lo dicho.

CALISTO

Eso me dí, señora madre, que yo he revuelto en mi juicio mientras te escucho, y no he hallado disculpa que buena fuese, ni conveniente con que lo dicho se cubriese ni colorase, sin quedar terrible sospecha de tu demanda: porque conozca tu mucho saber, que en todo me pareces más que mujer; que como su respuesta tú pronosticaste, proveíste con tiempo tu réplica. ¿Qué más hacía aquella Tusca Adeleta cuya fama, siendo tú viva, se perdiera? la cual tres días antes de su fin prenunció la muerte de su viejo marido y de dos hijos que tenía. Ya creo lo que dices, que el gé-

nero flaco de las hembras es más apto para las prestas cautelas que el de los varones.

CELESTINA

¿Qué, señor? dije que tu pena era mal de muelas, y que la palabra que della quería, era una oración que ella sabía muy devota para ellas.

CALISTO

¡Oh maravillosa astucia! ¡Oh singular mujer en su oficio! ¡Oh cautelosa hembra! ¡Oh melecina presta! ¡Oh discreta en mensajes! ¿Cuál humano seso bastara a pensar tan alta manera de remedio? De cierto creo si nuestra edad alcanzara aquellos pasados Eneas y Dido, no trabajara tanto Venus para atraer a su hijo el amor de Elisa haciendo tomar a Cupido ascánica forma, para la engañar; antes por evitar prolijidad pusiera a ti por medianera. Ahora doy por bien empleada mi muerte, puesta en tales manos, y creeré que si mi deseo no hubiere efecto cual querría, que no se pudo obrar más según natura en mi salud. ¿Qué os parece, mozos? ¿Qué más se pudiera pensar? ¿Hay tal mujer nacida en el mundo?

CELESTINA

Señor, no atajes mis razones; déjame decir, que se va haciendo noche. Ya sabes que quien mal hace, aborrece la claridad; y yendo a mi casa podré haber algún mal encuentro.

CALISTO

¡Qué, qué! Sí, que hachas y pajes hay que te acompañen.

PARMENO

Sí, sí, porque no fuercen a la niña. Tú irás

con ella, Sempronio, que há temor de los grillos que cantan con lo oscuro.

CALISTO

¿Dices algo, hijo Parmeno?

PARMENO

Señor, que yo y Sempronio será bueno que la acompañemos hasta su casa, que hace mucho oscuro.

CALISTO

Bien dicho es; después será. Procede en tu habla, y dime qué más pasaste: ¿qué respondió a la demanda de la oración?

CELESTINA

Que la daría de su grado.

CALISTO

¿De su grado? Dios mío, ¡qué alto don!

CELESTINA

Pues más le pedí.

CALISTO

¿Qué, mi vieja honrada?

CELESTINA

Un cordón que ella trae contino ceñido, diciendo que era provechoso para tu mal, porque había tocado muchas reliquias.

CALISTO

Pues ¿qué dijo?

CELESTINA

Dame albricias, decírtelo he.

CALISTO

¡Oh! por Dios, toma toda esta casa, y cuanto en ella hay, y dímelo, o pide lo que querrás.

CELESTINA

Por un manto que tú des a la vieja, te daré en tus manos el mismo que en su cuerpo ella traía.

CALISTO

¿Qué dices de manto? Y saya, y cuanto yo tengo.

CELESTINA

Manto he menester, y éste terné yo en harto. No te alargues más, no pongas sospechosa duda en mi pedir, que dicen que ofrecer mucho al que poco pide, es especie de negar.

CALISTO

Corre, Parmeno, llama mi sastre; y corte luego un manto y una saya de aquel contray que se sacó para frisado.

PARMENO

Así, así; a la vieja todo, porque venga cargada de mentiras, como abeja, y a mí que me arrastren. Tras esto anda ella hoy todo el día con sus rodeos.

CALISTO

¡De qué gana va el diablo! No hay cierto tan mal servido hombre como yo, manteniendo mozos adevinos, rezongadores, enemigos de mi bien. ¿Qué vas, bellaco, rezando? Envidioso, ¿qué dices, que no te entiendo? Ve donde te mando presto, y no me enojes; que harto basta mi pena para acabar; que también habrá para ti sayo en aquella pieza.

PARMENO

No digo, señor, otra cosa sino que es tarde para que venga el sastre.

CALISTO

¿No digo yo que adivinas? Pues quédese para mañana. Y tú, señora, por amor mío te sufras, que no se pierde lo que se dilata. Y mándame mostrar aquel santo cordón que tales miembros fué digno de ceñir. Gozarán mis ojos con todos los otros sentidos, pues juntos han sido apasionados; gozará mi lastimado corazón, aquel que nunca recibió momento de placer, después que aquella señora conoció. Todos los sentidos le llegaron, todos acorrieron a él con sus esportillas de trabajo, cada uno le lastimó cuanto más pudo; los ojos en vella, los oidos en oilla, las manos en tocalla.

CELESTINA

¿Que la has tocado dices? ¡Mucho me espantas!

CALISTO

Entre sueños, digo.

CELESTINA

¿En sueños?

CALISTO

En sueños la veo tantas noches, que temo me acontezca como a Alcibiades, o a Sócrates que el uno soñó que se veía envuelto en el manto de su amiga, y otro día matáronle, y no hubo quien le alzase de la calle, ni cubriese, sino ella con su manto; el otro veía que le llamaban por nombre y murió dende a tres días; pero en vida o en muerte, alegre me sería vestir su vestidura.

CELESTINA

Asaz tienes pena, pues cuando los otros reposan en sus camas, preparas tú el trabajo para sufrir otro día. Esfuérzate, señor, que no hizo Dios a

quien desamparase; da espacio a tu deseo, toma este cordón, que si yo no me muero yo te daré a su ama.

CALISTO

¡Oh, nuevo huésped! ¡Oh bienaventurado cordón, que tanto poder y merecimiento tuviste de ceñir aquel cuerpo que yo no soy digno de servir! ¡Oh nudos de mi pasión, vosotros enlazásteis mis deseos! Decidme si os hallasteis presentes en la desconsolada respuesta de aquella a quien vosotros servís y yo adoro, y por más que trabajo noches y días, no me vale ni aprovecha.

CELESTINA

Refrán viejo es, quien menos procura alcanza más bien. Pero yo te haré, procurando, conseguir lo que siendo negligente no habrías. Consuélate, señor, que en una hora no se ganó Zamora; pero no por eso desconfiaron los combatientes.

CALISTO

¡Oh desdichado! que las ciudades están con piedras cercadas, y a piedras, piedras las vencen; pero esta mi señora tiene el corazón de acero. No hay metal que con él pueda, no hay tiro que le melle. Pues poned escalas en su muro. Unos ojos tiene con que echa saetas, una lengua de reproches y desvíos; el asiento tiene en parte que media legua no le pueden poner cerco.

CELESTINA

Calla, señor, que el buen atrevimiento de un solo hombre ganó a Troya. No desconfíes que una mujer pueda ganar a otra. Poco has tratado mi casa; no sabes bien lo que yo puedo.

CALISTO

Cuanto dijeres, señora, te quiero creer; pues tal joya como ésta me trujiste. ¡Oh mi gloria, y ceñidero de aquella angélica cintura! Yo te veo y no lo creo. ¡Oh cordón, cordón! ¿Fuísteme tú enemigo? Dilo cierto. Si lo fuiste, yo te perdono, que de los buenos es propio las culpas perdonar. No lo creo; que si fueras contrario, no vinieras tan presto a mi poder, salvo si vienes a disculparte. Conjúrote que me respondas, por la virtud del gran poder que aquella señora sobre mí tiene.

CELESTINA

Cese ya, señor ese devanear, que a mí tienes cansada de escucharte, y al cordón roto de tratarlo.

CALISTO

¡Oh mezquino de mí, que asaz bien me fuera del cielo otorgado, que de mis brazos fueras hecho y tejido, no de seda como eres, porque ellos gozaran cada día de rodear y ceñir con debida reverencia aquellos miembros que tú, sin sentir ni gozar de la gloria, siempre tienes abrazados! ¡Oh qué secretos habrás visto de aquella excelente imagen!

CELESTINA

Más verás tú y con más sentido, si no lo pierdes hablando lo que hablas.

CALISTO

Calla, señora, què él y yo nos entendemos. ¡Oh mis ojos! Acordaos, cómo fuisteis causa y puerta por donde fué mi corazón llagado, y que aquel es visto hacer daño que da la càusa. Acordaos que

sois deudores de la salud; remirad la melecina que os viene hasta casa.

SEMPRONIO

Señor, por holgar con el cordón, no querrás gozar de Melibea.

CALISTO

¡Qué, loco, desvariado, ataja solaces! ¿cómo es eso?

SEMPRONIO

Que mucho hablando matas a ti y a los que te oyen; y así perderás la vida o el seso. Cualquiera que falte, basta para quedarte a oscuras. Abrevia tus razones, darás lugar a las de Celestina.

CALISTO

¿Enójote, madre, con mi luenga razón, o está borracho este mozo?

CELESTINA

Aunque no lo esté. debes, señor, cesar tu razón, dar fin a tus luengas querellas; tratar al cordón como cordón, porque sepas hacer diferencia de habla cuando con Melibeas te veas, no haga tu lengua iguales la persona y el vestido.

CALISTO

¡Oh mi señora, mi madre, mi consoladora! Déjame gozar con este mensajero de mi gloria. ¡Oh lengua mía! ¿por qué te impides en otras razones, dejando de adorar presente la excelencia de quien por ventura jamás verás en tu poder? ¡Oh mis manos! ¡con qué atrevimiento, con cuán poco acatamiento tenéis y tratáis la triaca de mi llaga! Ya no podrán empecer las yerbas, que aquel crudo cas-

quillo traía envueltas en su aguda punta: seguro soy; pues quien dió la herida la cura. ¡Oh tú, señora, alegría de las viejas mujeres, gozo de las mozas, descanso de los fatigados como yo! No me hagas más penado con tu temor, que hace mi vergüenza; suelta la rienda a mi contemplación, déjame salir por las calles con esta joya; porque los que me vieren, sepan que no hay más bien andante hombre que yo.

SEMPRONIO

No afistoles tu llaga cargándola de más deseo; no es, señor, el solo cordón del que pende tu remedio.

CALISTO

Bien lo conozco; pero no tengo sufrimiento para me abstener de adorar tan alta empresa.

CELESTINA

¿Empresa? Aquella es empresa que de grado es dada; pero ya sabes que lo hizo por amor de Dios, para guarecer tus muelas no por el tuyo para cerrar tus llagas; pero si yo vivo, ella volverá la hoja.

CALISTO

¿Y la oración?

CELESTINA

No se me dió por ahora.

CALISTO

¿Qué fué la causa?

CELESTINA

La brevedad del tiempo; pero quedó que si tu pena no aflojase, que tornase mañana por ella.

CALISTO

¿Aflojar? Entonces aflojará mi pena, cuando su crueldad.

CELESTINA

Asaz, señor, basta lo dicho y hecho; obligada queda, según lo que mostró, a todo lo que para esta enfermedad yo quisiere pedir, según su poder. Mira, señor, si esto basta para la primera vista. Yo me voy; cumple, señor, que si salieres mañana, lleves rebozado un paño, porque si della fueres visto, no acuse de falsa mi petición.

CALISTO

Y áun cuatro por tu servicio. Pero dime por Dios, ¿pasó más? Que muero por oir palabras de aquella dulce boca. ¿Cómo fuiste tan osada, que sin la conocer, te mostraste tan familiar en tu entrada y demanda?

CELESTINA

¿Sin la conocer? Cuatro años fueron mis vecinas; trataba con ellas, hablaba y reía de día y de noche. Mejor me conoce su madre que a sus mismas manos, aunque Melibea se ha hecho grande, mujer discreta y gentil.

PARMENO

Ea, mira, Sempronio, que te digo al oido.

SEMPRONIO

Dime, ¿qué dices?

PARMENO

Aquel atento escuchar de Celestina da materia de alargar en su razón a nuestro amo. Llégate a

ella, dale del pie, hagámosle de señas que no espere más, sino que se vaya; que no hay tan loco hombre nacido, que solo mucho hable.

CALISTO

¿Gentil dices, señora, que es Melibea? Parece que lo dices burlando. ¿Hay nacida su par en el mundo? ¿Crió Dios otro mejor cuerpo? ¿Puédense pintar tales facciones, dechado de hermosura? Si hoy fuera viva Elena, por quien tanta muerte hubo de griegos y troyanos, o la hermosa Polixena, todas obedecieran a esta señora por quien yo peno. Si ella se hallara presente en aquel debate de la manzana con las tres diosas, nunca sobrenombre de discordia le pusieran; porque sin contrariar ninguna, todas concedieran y vivieran conformes en que la llevara Melibea; así que, se llamara manzana de concordia. Pues cuantas hoy son nacidas que della tengan noticia, se maldicen, querellan a Dios, porque no se acordó dellas, cuando a esta mi señora hizo. Consumen sus vidas, comen sus carnes con envidia, danles siempre crudos martirios, pensando con artificio igualar con la perfección que sin trabajo dotó a ella natura. Dellas pelan sus cejas con tenacicas y pegones, y a cordelejos; dellas buscan las doradas yerbas, raíces, ramas y flores para hacer lejías, con que sus cabellos semejasen a los della; las caras martillando, en vistiéndolas en diversos matices con ungüentos y unturas, aguas fuertes, posturas blancas y coloradas, que por evitar prolijidad no las cuento. Pues la que todo esto halló hecho, mira si merece de un triste hombre como yo ser servida.

CELESTINA

Bien te entiendo, Sempronio. Déjale, que él caerá de su asno. Ya acaba.

CALISTO

En la que toda la natura se remiró por la hacer perfecta; que las gracias que en todas repartió, las juntó en ella. Allí hicieron alarde cuanto más acabadas pudieron allegarse, porque conociesen los que la viesen cuánta era la grandeza de su pintor. Sola un poco de agua clara con un ebúrneo peine basta para exceder a las nacidas en gentileza. Estas son sus armas, con éstas mata y vence, con éstas me cautivó, con éstas me tiene ligado y puesto en dura cadena.

CELESTINA

Calla, y no te fatigues; que más aguda es la lima que yo tengo, que fuerte esa cadena que te atormenta. Yo la cortaré con ella, porque tú quedes suelto. Por ende, dame licencia, que es muy tarde, y déjame llevar el cordón, porque tengo del necesidad.

CALISTO

¡Oh desconsolado de mí! La fortuna adversa me sigue junta; que contigo, o con el cordón, o con entrambos quisera yo estar acompañado esta noche luenga y oscura. Pero pues no hay bien cumplido en esta penosa vida, venga entera la soledad. ¡Mozos, mozos!

PARMENO

Señor.

CALISTO

Acompañad esta señora hasta su casa, y vaya

con ella tanto placer y alegría, cuanta conmigo queda tristeza y soledad.

CELESTINA

Quede, señor, Dios contigo; mañana será mi vuelta, donde mi manto y la respuesta vernán a un punto; pues hoy no hubo tiempo; y súfrete, señor, y piensa en otras cosas.

CALISTO

Eso no, que es herejía olvidar a aquella por quien la vida me aplace.

EL SÉTIMO ACTO

ARGUMENTO DEL SÉTIMO ACTO

Celestina habla con Parmeno, induciéndole a concordia y amistad de Sempronio. Tráele Parmeno a memoria la promesa que le hiciera, de le hacer haber a Areusa, que él mucho amaba. Vanse a casa de Areusa; queda ahí la noche Parmeno. Celestina va para su casa, llama a la puerta; Elicia le viene a abrir, increpándole su tardanza.

PARMENO, CELESTINA, AREUSA, ELICIA

CELESTINA

Parmeno, hijo, después de las pasadas razones, no he habido oportuno tiempo para te decir y mostrar el mucho amor que te tengo; y asimismo cómo de mi boca todo el mundo ha oído hasta ahora en ausencia bien de ti. La razón no es menester repetirla, porque yo te tenía por hijo, a lo menos casi adoptivo, y así que imitáras a natural; y tú dasme el pago en mi presencia, pareciéndote mal cuanto digo, susurrando y murmurando contra mí en presencia de Calisto. Bien pensaba yo que después que concediste en mi buen consejo, que no habías de tornarte atrás. Todavía me parece que te quedan reliquias vanas, hablando por antojo más que por razón: desechas el provecho, por contentar la lengua. Oyeme si no me has oído, y mira que soy vieja, y el buen consejo mora en los vie-

jos, y de los mancebos es propio el deleite. Bien creo que de tu yerro sola la edad tiene culpa; espero en Dios que serás mejor para mí de aquí adelante, y mudarás el ruin propósito con la tierna edad; que, como dicen, múdanse costumbres con la mudanza del cabello y variación. Digo, hijo, creciendo y viendo cosas nuevas cada día, porque la mocedad en solo lo presente se impide y ocupa a mirar; mas la madura edad no deja presente, ni pasado, ni porvenir. Si tú tuvieras memoria, hijo Parmeno, del pasado amor que te tuve, la primera posada que tomaste, venido nuevamente en esta ciudad, había de ser la mía; pero los mozos curáis poco de los viejos, regís os a sabor de paladar, nunca pensáis que tenéis ni habéis de tener necesidad dellos, nunca pensáis en enfermedades, nunca pensáis que os faltar puede esta florecilla de juventud. Pues mira, amigo, que para tales necesidades como éstas, buen acorro es una vieja conocida, amiga, madre y más que madre; buen mesón para descansar sano, buen hospital para sanar enfermo, buena bolsa para necesidad, buena arca para guardar dinero en prosperidad, buen fuego de invierno, rodeado de asadores, buena sombra de verano, buena taberna para comer y beber. ¿Qué dirás, loquillo, a todo esto? Bien sé que estás confuso por lo que hoy has hablado; pues no quiero más de ti, que Dios no pide más del pecador de arrepentirse y enmendarse. Mira a Sempronio, yo le hice hombre, de Dios en ayuso; querría que fuésedes como hermanos, porque estando bien con él, con tu amo y con todo el mundo lo estarías. Mira

que es bien quisto, diligente, palanciano, buen servidor, gracioso, quiere tu amistad; crecería vuestro provecho dándoos el uno al otro la mano. Ni aun habría más privados con vuestro amo que vosotros. Pues sabe que es menester que ames, si quieres ser amado; que no se toman truchas, etc. Ni te lo debe Sempronio de fuero; simpleza es no querer amar, y esperar de ser amado; locura es pagar el amistad con odio.

PARMENO

Madre, para contigo digo que mi segundo yerro te confieso, y con perdón de lo pasado, quiero que ordenes lo porvenir; pero con Sempronio me parece que es imposible sostenerse mi amistad. El es desvariado, yo mal sufrido: conciértame esos amigos.

CELESTINA

Pues no era esa tu condición.

PARMENO

A la mi fe, mientras más fué creciendo, más la primera paciencia me olvidaba; no soy el que solía; y asimismo Sempronio no hay ni tiene en qué me aproveche.

CELESTINA

El cierto amigo en la cosa incierta se conoce, en las adversidades se prueba; entonces se allega y con más deseo visita la casa que la fortuna próspera desamparó. ¿Qué te diré, hijo, de las virtudes del buen amigo? No hay cosa más amada ni más rara: ninguna carga rehusa. Vosotros sois iguales: la paridad de las costumbres y la semejanza de los corazones es la que más la sostiene.

Cata, hijo, que si algo tienes, guardado se te está; sabe tú ganar más, que aquello ganado lo hallaste. Buen siglo haya aquel padre que lo trabajó. No se te puede dar hasta que vivas más reposado y vengas en edad cumplida.

PARMENO

¿A qué llamas reposado, tía?

CELESTINA

Hijo, a vivir por ti; a no andar por casas ajenas, lo cual siempre andarás, mientras no te supieres aprovechar de tu servicio, que de lástima que hube de verte roto pedí hoy manto, como viste, a Calisto; no por mi manto; pero porque estando el sastre en casa y tú delante sin sayo, te le diese. Así que, no por mi provecho, como yo sentí que dijiste, mas por el tuyo; que si esperas al ordinario galardón destos galanes, es tal, que lo que en diez años sacarás, atarás en la manga. Goza tu mocedad, el buen día, la buena noche, el buen comer y beber, cuando pudieres haberlo; no lo dejes, piérdase lo que se perdiere; no llores tú la hacienda que tu amo heredó, que esto te llevarás deste mundo, pues no le tenemos más de por nuestra vida. ¡Oh, hijo Parmeno! que bien te puedo decir hijo, pues tanto tiempo te crié, toma mi consejo, pues sale con limpio deseo de verte en alguna honra. ¡Oh cuán dichosa me hallaría en que tú y Sempronio estuviésedes muy conformes, muy amigos, hermanos en todo, viéndoos venir a mi pobre casa a holgar y a verme, y áun a desenojaros con sendas muchachas!

PARMENO

¿Muchachas, madre mía?

CELESTINA

Alahé, muchachas digo, que viejas harto me soy yo. Cual se la tiene Sempronio, y áun sin haber tanta razón, ni tenerle tanta afición como a ti; que de las entrañas me sale cuanto te digo.

PARMENO

Señora, no vives engañada.

CELESTINA

Y aunque lo viva, no me pena mucho, que también lo hago por amor de Dios, y por verte solo en tierra ajena, y más por aquellos huesos de quien te me encomendó; que tú serás hombre y vernás en buen conocimiento y verdadero y dirás: la vieja Celestina bien me aconsejaba.

PARMENO

Y áun ahora lo siento, aunque soy mozo; que aunque hoy vias que aquello decía, no era porque me pareciese mal lo que tú hacías; pero porque vía que le aconsejaba yo lo cierto, y me daba malas gracias. Pero de aquí adelante demos tras él; haz de las tuyas, que yo callaré; que ya tropecé en no te creer cerca deste negocio con él.

CELESTINA

Cerca deste y de otro tropezarás y caerás, mientras no tomares mis consejos, que son de amiga verdadera.

PARMENO

Ahora doy por bien empleado el tiempo que siendo niño te serví; pues tanto fruto trae para la mayor edad. Y rogaré a Dios por el alma de

mi padre, que tal tutriz me dejó, y de mi madre, que a tal mujer me encomendó.

CELESTINA

No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchen los ojos de agua. Y ¿tuve yo en este mundo otra tal amiga? ¿otra tal compañera? ¿tal aliviadora de mis trabajos y fatigas? ¿Quién suplía mis faltas? ¿quién sabía mis secretos? ¿a quién descubría mi corazón? ¿quién era todo mi bien y descanso, sino tu madre, más que mi hermana y comadre? ¡Oh qué desenvuelta, limpia y varonil! Tan sin pena ni temor se andaba a media noche de cimenterio en cimenterio, buscando aparejos para nuestro oficio, como de día. Ni dejaba cristianos, ni moros, ni judíos, cuyos enterramientos no visitaba: de día los acechaba, de noche los desenterraba. Así se holgaba con la noche oscura como tú con el día claro; decía que aquella era capa de pecadores. Pues maña ¿no tenía con todas las otras gracias? Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste, aunque era para callar; pero contigo todo pasa. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos. Pues entraba en un cerco mejor que yo y con más esfuerzo aunque yo tenía harto buena fama, más que ahora, que por mis pecados todo se olvidó con su muerte. ¿Qué más quieres sino que los mismos diablos la habían miedo? Atemorizados y espantados los tenía, con las crudas voces que les daba; así era ella dellos conocida, como tú en tu casa. Tumbando venían unos sobre otros a su llamado; no le osaban

decir mentira, según la fuerza con que los apremiaba. Después que la perdí, jamás les oí verdad.

PARMENO

No la medre Dios más a esta vieja, que ella me da placer con estos loores de sus palabras.

CELESTINA

¿Qué dices, mi honrado Parmeno, mi hijo y más que hijo?

PARMENO

Digo que ¿cómo tenía esa ventaja mi madre, pues las palabras que ella y tú decíades eran todas unas?

CELESTINA

¿Cómo y deso te maravillas? ¿No sabes que dice el refrán, que mucho va de Pedro a Pedro? Aquella gracia de mi comadre no la alcanzamos todas. ¿No has visto en los oficios unos buenos y otros mejores? Así era tu madre, que Dios haya: la prima de nuestro oficio, y por tal era de todo el mundo conocida y querida, así de caballeros como clérigos, casados, viejos, mozos y niños. ¿Pues mozas y doncellas? Así rogaban a Dios por su vida, como de sus mismos padres. Con todas tenía que hacer, con todos hablaba: si salíamos por la calle, cuantos topábamos eran sus ahijados, que fué su principal oficio partera diez y seis años. Así que, aunque tú no sabías sus secretos por la tierna edad que habías, ahora es razón que los sepas, pues ella es finada y tú hombre.

PARMENO

Dime, señora: cuando la justicia te mandó pren-

der, estando yo en tu casa, ¿teníades mucho conocimiento?

CELESTINA

¿Si teníamos me dices? ¡como por burla! Juntas lo hicimos, juntas nos sintieron, juntas nos prendieron y acusaron, juntas nos dieron la pena esa vez, que creo que fué la primera. Pero muy pequeño eras tú; yo me espanto como te acuerdas, que es la cosa que más olvidada está en la ciudad. Cosas son que pasan por el mundo; cada día verás quien peque y pague, si sales a ese mercado.

PARMENO

Verdad es; pero del pecado lo peor es la perseverancia: que así como el primer movimiento no es en mano del hombre, así el primer yerro; donde dicen, que quien yerra y se enmienda, etc.

CELESTINA

Lastimásteme, don loquillo. ¿A las verdades nos andamos? Pues espera, que yo te tocaré donde te duela.

PARMENO

¿Qué dices, madre?

CELESTINA

Hijo, digo, que sin aquella prendieron cuatro veces a tu madre, que Dios haya sola, y áun la una la levantaron que era bruja, porque la hallaron de noche con unas candelillas cogiendo tierra de una encrucijada, y la tuvieron medio día en una escalera en la plaza puesta, y uno como rocadero pintado en la cabeza. Pero cosas son que pasan: algo han de sufrir los hombres en este triste mundo para sustentar sus vidas y honras; y mira en

cuán poco lo tuvo con su buen seso, que ni por eso dejó dende en adelante de usar mejor de su oficio. Esto ha venido por lo que decías del perseverar en lo que una vez se yerra. En todo tenía gracia: que en Dios y en mi conciencia, aun en aquella escalera estaba y parecía que a todos los de abajo no tenía en una blanca, según su meneo y presencia. Así que, los que algo son, como ella, y saben, y valen, son los que más presto yerran. Verás quién fué Virgilio, y, qué tanto supo; mas ya habrás oído cómo estuvo en un cesto colgado de una torre, mirándole toda Roma; pero por eso no dejó de ser honrado, ni perdió el nombre de Virgilio.

PARMENO

Verdad es lo que dices; pero eso no fué por justicia.

CELESTINA

Calla, bobo, poco sabes de achaque de iglesia. ¿Cuánto es mejor por mano de justicia, que de otra manera? Sabíalo mejor el cura, que Dios haya, que viniéndole a consolar, le dijo, que la santa Escritura tenía, que bienaventurados eran los que padecían persecución por la justicia, que aquellos poseerían el reino de los cielos. Mira si es mucho pasar algo en este mundo por gozar de la gloria del otro; y más que, según todos decían, a tuerto y sin razón, y con falsos testigos y recios tormentos, la hicieron aquella vez confesar lo que no era; pero con su buen esfuerzo, y como el corazón avezado a sufrir hace las cosas más leves de lo que son, todo lo tuvo en nada. Que mil veces

le oía decir: si me quebré el pie, fué por mi bien, porque soy más conocida que antes. Así que, todo esto pasó tu buena madre acá; debemos creer que le dará Dios buen pago allá, si es verdad lo que nuestro cura nos dijo, y con esto me consuelo. Pues séme tú como ella, amigo verdadero, y trabaja por ser bueno, pues tienes a quien parezcas, que lo que tu padre te dejó a buen seguro lo tienes.

PARMENO

Bien lo creo, madre; pero querría saber qué tanto es.

CELESTINA

No puede ser ahora: vendrá tiempo como te dije para que lo sepas y lo oyas.

PARMENO

Ahora dejemos los muertos y las herencias que si poco me dejaron, poco hallaré. Hablemos en los presentes negocios, que nos va más que en traer los pasados a la memoria. Bien te se acordará no ha mucho que me prometiste que me harías haber a Areusa, cuando en mi casa te dije como moría por sus amores.

CELESTINA

Si te lo prometí, no lo he olvidado, ni creas que he perdido con los años la memoria; que más de tres jaques he recibido de mí sobre ello en tu ausencia. Ya creo que estará bien madura; vamos de camino por casa, que no se podrá escapar de mate; que esto es lo menos que yo por ti tengo de hacer.

PARMENO

Yo ya desconfiaba de la poder alcanzar, porque jamás podía acabar con ella que me esperase a poderle decir una palabra; y como dicen, mala señal es de amor huir y volver la cara, sentí en mí gran desfucia desto.

CELESTINA

No tengo en mucho tu desconfianza, no me conociendo, ni sabiendo como ahora que tienes tan de tu mano la maestra destas labores. Pues ahora verás cuánto por mi causa vales, cuánto con las tales puedo, cuánto sé en casos de amor. Anda paso; ves aquí su puerta; entremos quedo, no nos sientan sus vecinas. Atiende y espera debajo desta escalera, subiré yo a ver qué se podrá hacer sobre lo hablado, y por ventura haremos más que tú ni yo traemos pensado.

AREUSA

¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a tal hora en mi cámara?

CELESTINA

Quien no te quiere mal, cierto; quien nunca da paso que no piense en tu provecho; quien tiene más memoria de ti que de sí misma: una enamorada tuya aunque vieja.

AREUSA

¡Válala el diablo a esta vieja, con qué viene como estantigua a tal hora! Tía, señora, ¿qué

buena venida es ésta tan tarde? Ya me desnudaba para acostar.

CELESTINA

¿Con las gallinas, hija? Así se hará la hacienda. Andar, pase; otro es el que ha de llorar las necesidades, que no tú; yerba pace quien lo cumple: tal vida, quien quiera se la quería.

AREUSA

¡Jesú! Quiérome tornar a vestir, que he frío.

CELESTINA

No harás por mi vida sino éntrate en la cama, que desde allí hablaremos.

AREUSA

Así goce de mí, pues que lo he bien menester, que me siento mala hoy todo el día; así que, necesidad más que vicio me hizo tomar con tiempo las sábanas por faldetas.

CELESTINA

Pues no estés asentada, acuéstate y métete debajo de la ropa, que pareces sirena.

AREUSA

Bien me dices, señora tía.

CELESTINA

¡Ay cómo huele toda la ropa en bulléndote! A osadas que está todo a punto; siempre me pagué de tus cosas y hechos, de tu limpieza y atavío. ¡Fresca que estás, bendígate Dios! ¡Qué sábanas y colcha, qué almohada y qué blancura! Tal sea mi vejez, cual todo me parece perla de oro. Verás si te quiere bien quien te visita a tales horas. Déjame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo.

AREUSA

Paso, madre, no llegues a mí, que me haces cosquillas, y provócasme a reir, y la risa acreciéntame el dolor.

CELESTINA

¿Qué dolor, mis amores? ¿Búrlaste por mi vida conmigo?

AREUSA

Mal gozo vea de mí si burlo; sino que ha cuatro horas que muero de la madre, que la tengo subida en los pechos, que me quiere sacar deste mundo. Que no soy tan viciosa como piensas.

CELESTINA

Pues dame lugar, tentaré; que áun algo sé yo deste mal por mi pecado, que cada una se tiene o ha tenido su madre y sus zozobras della.

AREUSA

Más arriba la siento, sobre el estómago.

CELESTINA

¡Bendígate Dios y señor San Miguel, ángel! ¡y qué gorda y fresca estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía hasta ahora, viendo lo que todos podían ver; pero ahora te digo que no hay en la ciudad tres cuerpos tales como el tuyo, en cuanto yo conozco. No parece que hayas quince años. ¡Oh quién fuera hombre, y tanta parte alcanzara de ti para lograr tal vista! Por Dios, pecado ganas en no dar parte destas gracias a todos los que bien te quieren; que no te las dió Dios para que pasasen en balde por la frescor de tu juventud debajo de seis dobleces de paño y lienzo. Cata que no seas avarienta de lo que poco

te costó; no atesores tu gentileza, pues es de su natura tan comunicable como el dinero; no seas el perro del hortelano; y pues tú no puedes de ti propia gozar, goce quien puede. Que no creas que en balde fuiste criada, que cuando nace ella nace él, y cuando él ella. Ninguna cosa hay criada al mundo superflua, ni que con acordada razón no proveyese della natura. Mira que es pecado fatigar y dar pena a los hombres, pudiéndolos remediar.

AREUSA

Alábame ahora, madre, y no me quiere ninguno. Dame algún remedio para mi mal, y no estés burlando de mí.

CELESTINA

Deste tan común dolor todas somos, mal pecado, maestras. Lo que he visto a muchas hacer, y lo que a mí siempre me aprovecha, te diré: porque como las calidades de las personas son diversas, así las medicinas hacen diversas sus operaciones y diferentes. Todo olor fuerte es bueno, así como poleo, ruda, axiensos, humo de plumas de perdiz, de romero, de mosquete, de encienso; recibido con mucha diligencia aprovecha y afloja el dolor y vuelve poco a poco la madre a su lugar. Pero otra cosa hallaba yo siempre por mejor que todas, y ésta no te la quiero decir, pues tan santa te me haces.

AREUSA

¿Qué, por mi vida, madre? ¿Vesme penada, y encúbresme la salud?

CELESTINA

¡Anda, que bien me entiendes, no te hagas boba!

AREUSA

¡Ya, ya! mala landre me mate, si te entendía; pero ¿qué quieres que haga? Sabes que se partió ayer aquel mi amigo con su capitán a la guerra: ¿había de hacerle ruindad?

CELESTINA

¡Verás y qué daño, y qué gran ruindad!

AREUSA

Por cierto sí sería; que me da todo lo que he menester, tiéneme honrada, favoréceme y trátame como si fuese su señora.

CELESTINA

Pero aunque todo eso sea, mientras no parieres, nunca te faltará este mal y dolor que ahora, de lo cual él debe ser causa; y si no crees en dolor, cree en color, y verás lo que viene de su sola compañía.

AREUSA

No es sino mi mala dicha; maldición mala mis padres me echaron. ¿Qué, no está ya por probar todo eso? Pero dejemos eso, que es tarde, y dime, á qué fué tu buena venida.

CELESTINA

Ya sabes lo que de Parmeno te hube dicho; quéjaseme que áun verle no le quieres; no sé por qué, sino porque sabes que le quiero yo bien y le tengo por hijo. Pues, por cierto, de otra manera miro yo tus cosas; que hasta tus vecinas me parecen bien y se me alegra el corazón cada vez que las veo, porque sé que hablan contigo.

AREUSA

¿No vives, tía señora, engañada?

CELESTINA

No lo sé, a las obras creo, que las palabras de balde las venden donde quiera. Pero el amor nunca se paga sino con puro amor, y las obras con obras. Ya sabes el deudo que hay entre ti y Elicia, la cual tiene Sempronio en mi casa: Parmeno y él son compañeros, sirven a este señor que tú conoces, y por quien tanto favor podrás tener. No niegues lo que tan poco hacer te cuesta. Vosotras parientas, ellos compañeros; mira cómo viene mejor medido que lo queremos. Aquí viene conmigo; verás si quieres que suba.

AREUSA

¡Amarga de mí, si nos ha oído!

CELESTINA

No, que abajo queda; quiérole hacer subir: reciba tanta gracia que le conozcas y hables, y muestres buena cara. Y si tal te pareciere, goce él de ti, y tú dél; que aunque él gane mucho, tú no pierdes nada.

AREUSA

Bien tengo, señora, conocimiento como todas tus razones, estas y las pasadas, se enderezan en mi provecho; pero ¿cómo quieres que haga tal cosa, que tengo a quien dar cuenta como has oído, y si soy sentida matarme ha? Tengo vecinas envidiosas; luego lo dirán. Así que, aunque no haya más mal de perderle, será más que ganaré en agradar al que me mandas.

CELESTINA

Eso que temes, yo lo proveí primero, que muy paso entramos.

AREUSA

No lo digo por esta noche, sino por otras muchas.

CELESTINA

¿Cómo? ¿Y desas eres? ¿Desa manera te tratas? Nunca tú harás casa con sobrado. Ausente le has miedo: ¿qué harías si estuviese en la ciudad? En dicha me cabe, que jamás ceso de dar consejo a bobos, y todavía hay quien yerre; pero no me maravillo, que es grande el mundo, y pocos los experimentados. ¡Ay, ay, hija! ¡Si vieses el sabor de tu prima, y qué tanto le ha aprovechado mi crianza y consejos, y qué gran maestra está! Y áun que no se halla ella mal con mis castigos; que uno en la cama, y otro en la puerta, y otro que suspira por ella en su casa, se precia de tener; y con todos cumple, y a todos muestra buena cara, y todos piensan que son muy queridos, y cada uno piensa que no hay otro, y que él sólo es privado, y él solo es el que la da lo que ha menester: ¿y tú temes que con dos que tengas, que las tablas de la cama lo han de descubrir? ¿De una sola gotera te mantienes? No te sobrarán muchos manjares; no quiero arrendar tus escamochos. Nunca uno me agradó, nunca en uno puse toda mi afición. Más pueden dos y más cuatro, y más dan y más tienen, y más hay en qué escoger. No hay cosa más perdida, hija, que el mur que no sabe sino un horado; si aquel le tapan, no habrá donde se esconda del gato. Quien no tiene sino un ojo, mira a cuanto peligro anda. Una alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; un fraile solo

pocas veces lo encontrarás por la calle; una perdiz sola por maravilla vuela mayormente en verano; un manjar solo continuo presto pone hastío; una golondrina no hace verano; un testigo solo no es entera fe; quien sola una ropa tiene, presto la envejece. ¿Qué quieres, hija, deste número de uno? Más inconvenientes te diré dél, que años tengo acuestas. Ten siquiera dos, que es compañía loable y tal cual es éste; como tienes dos orejas, dos pies y dos manos, dos sábanas en la cama; como dos camisas para remudar; y si más quisieres, mejor te irá, que mientras más moros, más ganancia; que honra sin provecho no es sino como anillo en el dedo; y pues entrambos no caben en un saco, acoge la ganancia.—Sube, hijo Parmeno.

AREUSA

¡No suba, landre me mate, que me fino de empacho! que no le conozco; siempre hube vergüenza dél.

CELESTINA

Aquí estoy yo que te la quitaré, y cubriré y hablaré por entrambos, que otro tan empachado es él.

PARMENO

Señora, Dios salve tu graciosa presencia.

AREUSA

Gentilhombre, buena sea tu venida.

CELESTINA

Llégate acá, asno, ¿adónde te vas allá a sentar al rincón? No seas empachado, que al hombre vergonzoso el diablo le trajo a palacio. Oidme entrambos lo que digo: ya sabes tú, Parmeno amigo, lo que te prometí, y tú, hija mía, lo que te tengo ro-

gado. Dejada aparte la dificultad con que me lo has concedido, pocas razones son necesarias, porque el tiempo no lo padece. El ha siempre vivido penado por ti; pues viendo su pena, sé que no le querrás matar, y áun conozco que él te parece tal, que no será malo para quedarse acá esta noche en casa.

AREUSA

Por mi vida, madre, que tal no se haga. ¡Jesú, no me lo mandes!

PARMENO

Madre mía, por amor de Dios, que no salga yo de aquí sin buen concierto, que me ha muerto de amores su vista; ofrécele cuanto mi padre te dejó para mí; dile que le daré cuanto tenga. Ea, díselo, que me parece que no me quiere mirar.

AREUSA

¿Qué te dice ese señor á la oreja? ¿Piensa que tengo de hacer nada de lo que pides?

CELESTINA

No dice, hija, sino que se huelga mucho con tu amistad, porque eres persona tan honrada, y en quien cualquier beneficio cabrá bien. Y asimismo que, pues que esto por mi intercesión se hace, que él me promete de aquí adelante ser muy amigo de Sempronio y venir en todo lo que quisiere contra su amo en un negocio que traemos entre manos. ¿Es verdad, Parmeno? ¿Prométeslo así como digo?

PARMENO

Sí prometo, sin duda.

CELESTINA

¡Ah, don ruin, palabra te tengo, a buen tiempo te así!—Llégate acá, negligente, vergonzoso, que quiero ver para cuánto eres, antes que me vaya; retózala en esa cama.

AREUSA

No será él tan descortés, que entre en lo vedado sin licencia.

CELESTINA

¿En cortesías y licencias estás? No espero más aquí yo, fiadora que tú amanezcas sin dolor, y él sin color; mas como es un putillo, gallillo, barbiponiente, entiendo que en tres noches no se le demude la cresta. Destos me mandaban a mí comer en mi tiempo los médicos de mi tierra, cuando tenía mejores dientes.

AREUSA

¡Ay señor mío! no me trates de tal manera; ten mesura por cortesía; mira las canas de aquella vieja honrada que están presentes. Quítate allá, que no soy de aquellas que piensas; no soy de las que públicamente están a vender sus cuerpos por dinero. Así goce de mí, de casa me salga, si hasta que Celestina mi tía sea ida, a mi ropa tocas.

CELESTINA

¿Qué es eso, Areusa? ¿Qué son estas extrañezas y esquividad, estas novedades y retraimientos? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto; que nunca vi estar un hombre con una mujer juntos y que jamás pasé por ello, ni gocé de lo que gozas; y que no sé lo que pasan, y lo que dicen y hacen. ¡Guay de quien tal oye como yo! Pues avísote, de

tanto, qué fuí errada como tú, y tuve amigos; pero nunca el viejo ni la vieja echaba de mi lado, ni su consejo en público ni en mis secretos. Para la muerte que a Dios debo, más quisiera una gran bofetada en mitad de mi cara. Parece que ayer nací, según tu encubrimiento. Por hacerte a ti honesta, me haces a mí necia y vergonzosa, y de poco secreto y sin experiencia, y me amenguas en mi oficio por alzar a ti en el tuyo. Pues de cosario a cosario no se pierden sino los barriles; más te alabo yo detrás, que tú te estimas delante.

AREUSA

Madre, si erré haya perdón, y llégate más acá, y él haga lo que quisiere; que más quiero tener a ti contenta, que no a mí; antes me quebraré un ojo que enojarte.

CELESTINA

No tengo ya enojo; pero dígotelo para en adelante. Quedaos adiós, que voyme sólo porque me hacéis dentera con vuestro besar y retozar; que áun el sabor en las encías me quedó, no le perdí con las muelas.

AREUSA

Dios vaya contigo.

PARMENO

Madre, ¿mandas que te acompañe?

CELESTINA

Sería quitar a un santo para poner en otro. Acompáñeos Dios, que yo vieja soy, que no he temor que me fuercen en la calle.

ELICIA

El perro ladra ¿si vendrá este diablo de vieja?

CELESTINA

Ta, ta, ta.

ELICIA

¿Quién es, quién llama?

CELESTINA

Bájame abrir, hija.

ELICIA

¿Estas son tus venidas? andar de noche es tu placer; ¿por qué lo haces? ¿Qué larga estada fué esta, madre? Nunca sales para volver a casa. Por costumbre lo tienes; cumpliendo con uno dejas ciento descontentos; que has sido hoy buscada del padre de la desposada que llevaste el día de pascua al racionero, que la quiere casar de aquí a tres días, y es menester que la remedies, pues que se lo prometiste, para que no sienta su marido la falta de la virginidad.

CELESTINA

No me acuerdo, hija, por quién dices.

ELICIA

¿Cómo no te acuerdas? Desacordada eres, cierto. ¡Oh cómo caduca la memoria! Pues por cierto tú me dijiste cuando la llevabas, que la habías renovado siete veces.

CELESTINA

No te maravilles, hija, que quien en muchas partes derrama su memoria, en ninguna la puede tener. Pero dime si tornará.

ELICIA

¡Mirá si tornará! Tiénete dada una manilla de oro en prendas de tu trabajo, ¿y no había de venir?

CELESTINA

¿La de la manilla es? Ya sé por quién dices. ¿Por qué tú no tomabas el aparejo, y comenzabas a hacer algo? Pues en aquellas tales te habías de avezar y probar, de cuantas veces me lo has visto hacer. Si no, ahí te estarás toda tu vida hecha bestia sin oficio ni renta; y cuando seas de mi edad llorarás la holgura de ahora; que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa. Hacíalo yo mejor, cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio, que a cabo de un año sabía más que ella.

ELICIA

No me maravillo, que muchas veces, como dicen, al maestro sobrepuja el buen discípulo; y no va esto sino en la gana con que se aprende. Ninguna sciencia es bien empleada en el que no le tiene afición: yo le tengo a este oficio odio, tú mueres tras ello.

CELESTINA

Tú te lo dirás todo. Pobre vejez quieres. ¿Piensas que nunca has de salir de mi lado?

ELICIA

Por Dios, dejemos enojo y al tiempo el consejo. Hayamos mucho placer. Mientras hoy tuviéremos de comer, no pensemos en mañana. También se muere el que mucho allega, como el que pobremente vive, y el doctor como el pastor, y el papa

como el sacristán, y el señor como el siervo, y el de alto linaje como el bajo y tú con tu oficio, como yo sin ninguno; no habemos de vivir siempre; gocemos y holguemos, que la vejez pocos la ven, y de los que la ven ninguno murió de hambre. No quiero en este mundo sino día y vito, y parte en paraíso. Aunque los ricos tienen mejor aparejo para ganar la gloria, que quien poco tiene, no hay ninguno contento, no hay quien diga: harto tengo; no hay ninguno que no trocase mi placer por sus dineros. Dejemos cuidados ajenos, y acostémonos, que es hora, que más me engordará un buen sueño sin temor, que cuanto tesoro hay en Venecia.

EL OCTAVO ACTO

ARGUMENTO DEL OCTAVO ACTO

La mañana viene. Despierta Parmeno. Despedido de Areusa, va para casa de Calisto su señor. Halla a la puerta a Sempronio; conciertan su amistad. Van juntos a la cámara de Calisto. Hállanle hablando consigo mismo. Levantado, va a la iglesia.

SEMPRONIO, PARMENO, AREUSA, CALISTO

PARMENO

¿Amanece, o qué es esto que tanta claridad está en esta cámara?

AREUSA

¿Qué amanecer? Duerme, señor, que áun ahora nos acostamos. No yo he pegado los ojos, ¿ya había de ser de día? Abre, por Dios, esa ventana de tu cabecera, y verlo has.

PARMENO

En mi seso estó yo, señora, que es de día claro, en ver entrar luz por entre las puertas. ¡Oh traidor de mí! ¡En qué gran falta he caído con mi amo! De mucha pena soy digno. ¡Oh qué tarde es!

AREUSA

¿Tarde?

PARMENO

Y muy tarde.

AREUSA

Pues así goce de mi ánima, no se me ha quitado el mal de la madre. No sé cómo pueda ser.

PARMENO

¿Pues qué quieres, mi vida?

AREUSA

Que hablemos en mi mal.

PARMENO

Señora, si lo hablado no basta, lo que más es necesario me perdona, porque es ya mediodía. Si voy más tarde, no seré bien recibido de mi amo; yo verné mañana y cuantas veces después mandares, que por eso hizo Dios un día tras otro, porque lo que el uno no bastase se cumpliese en otro. Y áun porque más nos veamos, reciba de ti esta gracia, que te vayas hoy a las doce del día a comer con nosotros a su casa de Celestina.

AREUSA

Que me place, de buen grado. Ve con Dios, junta tras ti la puerta.

PARMENO

Adiós te quedes.

PARMENO

¡Oh placer singular, oh singular alegría! ¿Cuál hombre es ni ha sido más bienaventurado que yo? ¿cuál más dichoso y bienandante? ¡Que un tan

excelente don sea por mí poseído, y cuan presto pedido tan presto alcanzado! Por cierto si las traiciones desta vieja con mi corazón yo pudiese sufrir, de rodillas había de andar a la complacer. ¿Con qué pagaré yo esto? ¡Oh alto Dios! ¿A quién contaría yo este gozo? ¿a quién descubriría tan gran secreto? ¿a quién daré parte de mi gloria? Bien me decía la vieja que de ninguna prosperidad es buena la posesión sin compañía. El placer no comunicado no es placer. ¿Quién sentiría esta mi dicha como yo la siento? A Sempronio veo a la puerta de casa; mucho ha madrugado. Trabajo tengo con mi amo, si es salido fuera. No será, que no es acostumbrado; pero como ahora no anda en su seso, no me maravillo que haya pervertido su costumbre.

SEMPRONIO

Parmeno, hermano, si yo supiese aquella tierra donde se gana el sueldo durmiendo, mucho haría por ir allá, que no daría ventaja a ninguno; tanto ganaría como otro cualquiera. Y ¿cómo, holgazán, descuidado, fuiste para no tornar? No sé qué crea de tu tardanza, sino que quedaste a escalentar la vieja esta noche, o a rascarle los pies como cuando chiquito.

PARMENO

¡Oh Sempronio, amigo y más que hermano! Por Dios no corrompas mi placer, no mezcles tu

ira con mi sufrimiento, no revuelvas tu descontentamiento con mi descanso, no agües con tan turbia agua el claro licor del pensamiento que traigo, no enturbies con tus envidiosos castigos y odiosas reprensiones mi placer. Recíbeme con alegría, y contarte he maravillas de mi buena andanza pasada.

SEMPRONIO

Dilo, dilo: ¿es algo de Melibea? ¿Hasla visto?

PARMENO

¿Qué de Melibea? Es de otra que yo más quiero; y aun tal, que si no estoy engañado, puede vivir con ella en gracia y hermosura. Sí, que no se encerró el mundo y todas sus gracias en ella.

SEMPRONIO

¿Qué es esto, desvariado? Reirme quería, sino que no puedo. ¿Ya todos amamos? El mundo se va a perder. Calisto a Melibea, yo a Elicia, tú de envidia has buscado con quien perder ese poco de seso que tienes.

PARMENO

¿Luego locura es amar, y yo soy loco y sin seso? Pues si la locura fuese dolores, en cada casa habría voces.

SEMPRONIO

Según tu opinión, sí es; que yo te he oído dar consejos vanos a Calisto, y contradecir a Celestina en cuanto habla; y por impedir mi provecho y el suyo, huelgas de no gozar tu parte. Pues, a las manos me has venido donde te podré dañar y lo haré.

PARMENO

No es, Sempronio, verdadera fuerza ni poderío dañar y empecer; mas aprovechar y guarecer, y muy mayor quererlo hacer. Yo siempre te tuve por hermano. No se cumpla por Dios en ti lo que se dice: que pequeña causa desparte conformes amigos. Muy mal me tratas, no sé dónde nazca este rencor. No me indignes, Sempronio, con tan lastimeras razones. Cata, que es muy rara la paciencia que agudo baldón no penetre y traspase.

SEMPRONIO

No digo mal en esto, sino que se eche otra sardina para el mozo de caballos, pues tú tienes amiga.

PARMENO

Estás enojado; quiérote sufrir, aunque más mal me trates; pues dicen que ninguna humana pasión es perpetua ni durable.

SEMPRONIO

Más maltratas tú a Calisto, aconsejando a él lo que para ti huyes, diciendo que se aparte de amar a Melibea, hecho tablilla de mesón, que para sí no tiene abrigo y dale a todos. ¡Oh Parmeno! Ahora podrás ver cuán fácil cosa es reprender vida ajena, y cuán duro guardar cada cual la suya. No digo más, pues tú eres testigo; y de aquí adelante veremos cómo te has, pues ya tienes tu escudilla como cada cual. Si tú mi amigo fueras, en la necesidad que de ti tuve me habías de favorecer, y ayudar a Celestina en mi provecho, que no hincar un clavo de malicia a cada palabra. Sabe que, como la hez de la taberna des-

pide a los borrachos, así la adversidad o necesidad al fingido amigo: luego se descubre el falso metal dorado por encima.

PARMENO

Oído lo había decir, y por experiencia lo veo, nunca venir placer sin contraria zozobra en esta triste vida. A los alegres, serenos y claros soles, nublados escuros y pluvias vemos suceder; a los solaces y placeres, dolores y muertes los ocupan; a las risas y deleites, llantos y lloros y pasiones mortales los siguen; finalmente, a mucho descanso y sosiego, mucho pesar y tristeza. ¿Quién pudiera tan alegre venir como yo ahora? ¿quién tan triste recibimiento padecer? ¿quién verse como yo me vi, con tanta gloria alcanzada con mi querida Areusa? ¿quién caer della, siendo tan maltratado tan presto, como yo de ti? Que no me has dado lugar a podértelo decir cuánto soy tuyo, cuánto te he de favorecer en todo, cuánto soy arrepiso de lo pasado, cuántos consejos y castigos buenos he recibido de Celestina en tu favor y provecho, y de todos; cómo, pues este juego de nuestro amo y Melibea está entre las manos, podremos ahora medrar, o nunca.

SEMPRONIO

Bien me agradan tus palabras, si tales tuvieses las obras, a las cuales espero para haberte de creer. Pero, por Dios, me digas qué es eso que dijiste de Areusa. Parece que conoces tú a Areusa, su prima de Elicia.

PARMENO

¿Pues qué es todo el placer que traigo, sino haberla alcanzado?

SEMPRONIO

¡Cómo se lo dice el bobo! De risa no puede hablar: ¿a qué llamas haberla alcanzado? ¿Estaba en alguna ventana, o qué es eso?

PARMENO

A ponerla en duda si queda preñada o no.

SEMPRONIO

Espantado me tienes: mucho puede el continuo trabajo; una continua gotera horada una piedra.

PARMENO

Verás qué tan continuo, que ayer lo pensé, ya la tengo por mía.

SEMPRONIO

La vieja anda por ahí.

PARMENO

¿En qué lo ves?

SEMPRONIO

Que ella me había dicho que te quería mucho, y que te la haría haber. Dichoso fuiste, no hiciste sino llegar y recaudar: por esto dicen: más vale a quien Dios ayuda, que a quien mucho madruga; pero tal padrino tuviste.

PARMENO

Dí madrina, que es más cierto: así que, quien a buen árbol se arrima... Tarde fuí, pero temprano recaudé. ¡Oh hermano! ¿Qué te contaría de sus gracias de aquella mujer, de su habla y hermosura de cuerpo? Pero quede para más oportunidad.

SEMPRONIO

¿Puede ser sino prima de Elicia? No me dirás tanto, cuanto estotra no tenga más: todo lo creo; pero ¿qué te cuesta? ¿Hasle dado algo?

PARMENO

No, cierto: mas aunque hubiera, era bien empleado; de todo bien es capaz. En tanto son las tales tenidas, cuanto caras son compradas; tanto valen cuanto cuestan; nunca mucho costó poco, sino a mí esta señora. A comer la convidé para casa de Celestina, y si te place vamos todos allá.

SEMPRONIO

¿Quién, hermano?

PARMENO

Tú y ella, y allá está la vieja y Elicia: habremos placer.

SEMPRONIO

¡Oh Dios! ¡y cómo me has alegrado! Franco eres, nunca te faltaré. Como te tengo por hombre, como creo que Dios te ha de hacer bien, todo el enojo que de tus pasadas hablas tenía, se me ha tornado en amor. No dudo ya tu confederación con nosotros ser la que debe. Abrazarte quiero. Seamos como hermanos, vaya el diablo para ruin; sea lo pasado cuestión de San Juan, y así paz para todo el año. Que las iras de los amigos siempre suelen ser reintegración del amor. Comamos y holguemos, que nuestro amo ayunará por todos.

PARMENO

¿Y qué hace el desesperado?

SEMPRONIO

Allí está tendido en el estrado cabe la cama,

donde le dejaste anoche: que ni ha dormido ni está despierto. Si allá entro, ronca; si me salgo, canta o devanea: no le tomo tiento, si con aquello pena o descansa.

PARMENO

¿Qué dices? ¿Y nunca me ha llamado ni ha tenido memoria de mí?

SEMPRONIO

No se acuerda de sí, ¿acordarse ha de ti?

PARMENO

Aun hasta en esto me ha corrido buen tiempo. Pues así es, mientras recuerda, quiero enviar la comida a que la aderecen.

SEMPRONIO

¿Qué has pensado enviar para que aquellas loquillas te tengan por hombre cumplido, bien criado y franco?

PARMENO

En casa llena presto se adereza cena; de lo que hay en la despensa basta para no caer en falta. Pan blanco, vino de Morviedro, un pernil de tocino, y más seis pares de pollos que trajeron estotro día los renteros de nuestro amo; que si los pidiese, haréle creer que los ha comido; y las tórtolas que mandó para hoy guardar, diréle que hedían: tú serás testigo. Ternemos manera como a él no haga mal lo que dellas comiere, y nuestra mesa esté como es razón. Y allá hablaremos largamente en su daño y nuestro provecho con la vieja cerca destos amores.

SEMPRONIO

Más dolores: que por fe tengo que de muerto

o loco no escapa desta vez. Pues que así es, despacha, subamos a ver qué hace.

CALISTO

En gran peligro me veo;
en mi muerte no hay tardanza:
pues que me pide el deseo
lo que me niega esperanza.

PARMENO

Escucha, escucha, Sempronio: trovando está nuestro amo.

SEMPRONIO

¡Oh, hideputa, el trovador! ¡El gran Antipater Sidonio, el gran poeta Ovidio, los cuales de improviso se les venían las razones metrificadas a la boca! Sí, sí, de esos es: trovará el diablo; está devaneando entre sueños.

CALISTO

Corazón, bien se te emplea
que penes y vivas triste,
pues tan presto te venciste
del amor de Melibea.

PARMENO

¿No digo yo que trova?

CALISTO

¿Quién habla en la sala? ¡Mozos!

PARMENO

Señor.

CALISTO

¿Es muy de noche? ¿Es hora de acostar?

PARMENO

Mas ya es, señor, tarde para levantar.

CALISTO

¿Qué dices, loco? ¿Toda la noche es pasada?

PARMENO

Y áun harta parte del día.

CALISTO

Dí, Sempronio, ¿miente ese desvariado que me hace creer que es de día?

SEMPRONIO

Olvida, señor, un poco a Melibea, y verás la claridad: que con la mucha que en su gesto contemplas, no puedes ver de encandilado, como perdiz con la calderuela.

CALISTO

Ahora te creo, que tañen a misa. Daca mis ropas, iré a la Magdalena; rogaré a Dios aderece a Celestina, y ponga en corazón a Melibea mi remedio, o dé fin en breve a mis tristes días.

SEMPRONIO

No te fatigues tanto; no lo quieras todo en una hora, que no es de discretos desear con grande eficacia lo que se puede tristemente acabar. Si tú pides que se concluya en un día lo que en un año sería harto, no es mucha tu vida.

CALISTO

¿Quieres decir que soy como el mozo del escudero gallego?

SEMPRONIO

No mande Dios que tal cosa yo diga, que eres

mi señor; y mas desto sé que como me galardonas el buen consejo, me castigarías lo mal hablado. Aunque dicen que no es igual la alabanza del servicio o buena habla, como la reprensión y pena de lo mal hecho o hablado.

CALISTO

No sé quién te avezó tanta filosofía, Sempronio.

SEMPRONIO

Señor, no es todo blanco aquello que de negro no tiene semejanza, ni es todo oro cuanto amarillo reluce. Tus acelerados deseos, no medidos por razón, hacen parecer claros mis consejos. Quisieras tú ayer que te trajeran a la primera habla amanojada y envuelta en su cordón a Melibea, como si hubieras enviado por otra cualquiera mercaduría a la plaza, en que no hubiera más trabajo de llegar y pagarla. Da, señor, alivio al corazón, que en poco espacio de tiempo no cabe gran bienaventuranza. Un solo golpe no derriba un roble. Apercíbete con sufrimiento, porque la providencia es cosa loable, y el apercibimiento resiste el fuerte combate.

CALISTO

Bien has dicho, si la calidad de mi mal lo consintiese.

SEMPRONIO

¿Para qué, señor, es el seso, si la voluntad priva a la razón?

CALISTO

¡Oh loco, loco! Dice el sano al doliente: Dios te dé salud. No quiero consejo ni esperarte más razones, que más avivas y enciendes las llamas

que me consumen. Yo me voy solo a misa, y no tornaré a casa hasta que me llaméis, pidiéndome las albricias de mi gozo con la buena venida de Celestina. Ni comeré hasta entonces, aunque primero sean los caballos de Febo apacentados en aquellos verdes prados que suelen, cuando han dado fin a su jornada.

SEMPRONIO

Deja, señor, esos rodeos; deja esas poesías, que no es habla conveniente la que a todos no es común, la que todos no participan, la que pocos entienden. Dí, aunque se ponga el sol, y sabrán todos lo que dices; y come alguna conserva, con que tanto espacio de tiempo te sostengas.

CALISTO

Sempronio, mi fiel criado, mi buen consejero, mi leal servidor, sea como a ti te parece; porque cierto tengo, según tu limpieza de servicio, quieres tanto mi vida como la tuya.

SEMPRONIO

¿Créeslo tú, Parmeno? Bien sé que no lo jurarías. Acuérdate, si fueres por conserva, apañes un bote para aquella gentecilla, que nos va más, y a buen entendedor... En la bragueta cabrá.

CALISTO

¿Qué dices, Sempronio?

SEMPRONIO

Dije, señor, a Parmeno, que fuese por una tajada de diacitrón.

PARMENO

Hela aquí, señor.

CALISTO

Daca.

SEMPRONIO

Verás qué engullir hace el diablo. Entero lo quiere tragar por más apriesa hacer.

CALISTO

El alma me ha tornado. Quedaos con Dios, hijos; esperad la vieja, e id por buenas albricias.

PARMENO

¡Allá irás con el diablo tú y malos años! ¡y en tal hora comieses el diacitrón, como Apuleyo el veneno que le convirtió en asno!

EL ACTO NOVENO

ARGUMENTO DEL NOVENO ACTO

Sempronio y Parmeno van a casa de Celestina, entre sí hablando. Llegados allá, hallan a Elicia y Areusa. Pónense a comer. Entre comer riñe Elicia con Sempronio, levántase de la mesa, tórnanla apaciguar. Estando ellos todos entre sí razonando viene Lucrecia, criada de Melibea, llamar a Celestina, que vaya a estar con Melibea.

SEMPRONIO, PARMENO, ELICIA, CELESTINA, AREUSA, LUCRECIA

SEMPRONIO

Baja, Parmeno, nuestras capas y espadas, si te parece, que es hora que vamos a comer.

PARMENO

Vamos presto; ya creo que se quejarán de nuestra tardanza. No por esa calle, sino por estotra, porque nos entremos por la iglesia, y veremos si hubiere acabado Celestina sus devociones; llevarla hemos de camino.

SEMPRONIO

A donosa hora ha de estar rezando.

PARMENO

No se puede decir sin tiempo hecho lo que en todo tiempo se puede hacer.

SEMPRONIO

Verdad es; pero mal conoces a Celestina: cuando ella tiene que hacer, no se acuerda de Dios, ni cura de santidades. Cuando hay que roer en casa, sanos están los santos; cuando va a la iglesia con sus cuentas en la mano, no sobra el comer en casa. Aunque ella te crió, mejor conozco yo sus propiedades que tú; lo que en sus cuentas reza es los virgos que tiene a cargo, y cuántos enamorados hay en la ciudad, y cuántas mozas tiene encomendadas, y qué despenseros le dan ración, y cuál lo mejor, y cómo les llaman por nombre. porque cuando los encontrare no hable como extraña, y qué canónigo es más mozo y franco. Cuando menea los labios es fingir mentiras, ordenar cautelas para haber dinero. Por aquí le entraré, esto me responderá, estotro replicaré: así vive esta que nosotros mucho honramos.

PARMENO

Más que eso sé yo; sino porque te enojaste estotro día, no quiero hablar; cuando lo dije a Calisto.

SEMPRONIO

Aunque lo sepamos para nuestro provecho no lo publiquemos para nuestro daño. Saberlo nuestro amo es echarlo por quien es, y no curar della. Dejándola, verná forzado otra, de cuyo trabajo no esperemos parte como desta, que de grado o por fuerza nos dará de lo que le diere.

PARMENO

Bien has dicho. Calla, que está abierta la puerta. En casa está: llama antes que entres, que por

ventura están envueltas, y no querrán ser así vistas.

SEMPRONIO

Entra, no cures, que todos somos de casa. Ya ponen la mesa.

CELESTINA

¡Oh mis enamorados, mis perlas de oro! Tal me venga el año cual me parece vuestra venida.

PARMENO

¡Qué palabras tiene la noble! Bien ves, hermano, estos halagos fingidos.

SEMPRONIO

Déjala, que deso vive; que no sé quién diablos le mostró tanta ruindad.

PARMENO

La necesidad y pobreza; la hambre, que no hay mejor maestra en el mundo; no hay mejor despertadora y avivadora de ingenios. ¿Quién mostró a las picazas y papagayos imitar nuestra propia habla con sus arpadas lenguas, y nuestro órgano y voz, sino ésta?

CELESTINA

Muchachas, muchachas, bobas, andad acá bajo, presto; que están aquí dos hombres que me quieren forzar.

ELICIA

¡Mas nunca acá vinieran! ¡y mucho convidar con tiempo, que ha tres horas que está aquí mi

prima! Este perezoso de Sempronio habrá sido causa de la tardanza, que no ha ojos por do verme.

SEMPRONIO

Calla, mi señora, mi vida, mis amores; que quien a otro sirve no es libre: así que sujeción me relieva de culpa. No hayamos enojo, asentémonos a comer.

ELICIA

Así; para asentar a comer muy diligente: a mesa puesta con tus manos lavadas y poca vergüenza.

SEMPRONIO

Después reñiremos, comamos ahora. Asiéntate, madre Celestina, tú primero.

CELESTINA

Asentaos vosotros, mis hijos, que harto lugar hay para todos a Dios gracias: tanto nos diesen del paraíso cuando allá vamos. Poneos en orden, cada uno cabe la suya: yo que estoy sola porné cabe mí este jarro y taza, que no es más mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fuí haciendo vieja, no sé mejor oficio a la mesa que escanciar; porque quien la miel trata, siempre se le apega dello. Pues de noche en invierno, no hay tal escalentador de cama; que con dos jarrillos destos que beba cuando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche; desto aforro todos mis vestidos cuando viene la navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca. Desto vea yo sobrado en casa, que nunca te-

meré el mal año; que un cortezón de pan ratonado me basta para tres días. Esto quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo, y al viejo fuerza; pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia; conforta los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del anélito, hace potentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas, a los cansados segadores hace sudar toda agua mala, sana el romadizo y las muelas, sostiénese sin heder en la mar, lo cual no hace el agua. Más propiedades te diría dello, que todos tenéis cabellos; así, que, no sé quién no se goce en mentarlo. No tiene sino una tacha, que lo bueno vale caro, y lo malo hace daño; así que, con lo que sana el hígado, enferma la bolsa. Pero todavía con mi fatiga busco lo mejor, para eso poco que bebo. Una sola docena de veces a cada comida: no me harán pasar de allí, salvo si no soy convidada como ahora.

PARMENO

Madre, pues tres veces dicen que es bueno y honesto todos los que escribieron.

CELESTINA

Hijo, estará corrupta la letra; por trece tres.

SEMPRONIO

Tía señora, a todos nos sabe bien. Comiendo y hablando, porque después no habrá tiempo para entender en los amores deste perdido de nuestro amo, y de aquella graciosa y gentil Melibea.

ELICIA

¡Apártateme allá, desabrido, enojoso! Mal provecho te haga lo que comes, tal comida me has

dado. Por mi alma, revesar quiero cuanto tengo en el cuerpo, de asco de oirte llamar aquélla gentil. ¡Mirad quién gentil! ¡Jesú, Jesú! ¡Y qué hastío y enojo es ver tu poca vergüenza! ¡A quién gentil! Mal me haga Dios si ella lo es, ni tiene parte dello, sino que hay ojos que de lagaña se agrandan. Santiguarme quiero de tu necedád y poco conocimiento. ¡Oh quién estuviese de gana para disputar contigo su hermosura y gentileza! ¿Gentil es Melibea? Entonces lo es, entonces acertarán, cuando andan a pares los diez mandamientos. Aquella hermosura por una moneda se compra de la tienda. Por cierto que conozco yo en la calle donde ella vive cuatro doncellas, en quien Dios más repartió su gracia, que no en Melibea, que si algo tiene de hermosura es por buenos atavíos que trae. Ponedlos a un palo, también diréis que es gentil. Por mi vida, que no lo digo por alabarme; mas creo que soy tan hermosa como vuestra Melibea.

AREUSA

Pues no la has tú visto como yo, hermana mía. Dios me lo demande, si en ayunas la topases, si aquel día pudieses comer de asco. Todo el año se está encerrada con mudas de mil suciedades. Por una vez que haya de salir donde pueda ser vista, enviste su cara con hiel y miel, con unas tostadas e higos pasados, y con otras cosas que por reverencia de la mesa dejo de decir. Las riquezas las hacen a éstas hermosas y ser alabadas, que no las gracias de su cuerpo; que así goce de mí, unas tetas tiene, para ser doncella, como si

tres veces hubiese parido: no parecen sino dos grandes calabazas. El vientre no se le he visto; pero juzgando por lo otro, creo que lo tiene tan flojo como una vieja de cincuenta años. No sé qué se ha visto Calisto, porque deja de amar a otras que más ligeramente podría haber, y con quien él más holgase; sino que el gusto dañado muchas veces juzga por dulce lo amargo.

SEMPRONIO

Hermana, paréceme aquí que cada buhonero alaba sus agujas; que el contrario deso se suena por la ciudad.

AREUSA

Ninguna cosa es más lejos de verdad que la vulgar opinión. Nunca algre vivirás si por voluntad de muchos te riges, porque estas son conclusiones verdaderas, que cualquier cosa que el vulgo piensa es vanidad; lo que habla falsedad; lo que reprueba es bondad; lo que aprueba, maldad. Y pues este es su más cierto uso y costumbre, no juzgues la bondad y hermosura de Melibea por eso ser la que afirmas.

SEMPRONIO

Señora, el vulgo parlero no perdona las tachas de sus señores; y así yo creo que si alguna tuviese Melibea, ya sería descubierta de los que con ella más que nosotros tratan. Y aunque lo que dices concediese, Calisto es caballero, Melibea hijadalgo; así que, los nacidos por linaje escogido búscanse unos a otros. Por ende no es de maravillar que ame antes a ésta que a otra.

AREUSA

Ruin sea quien por ruin se tiene; las obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud.

CELESTINA

Hijos, por mi vida, que cesen esas razones de enojo; y tú, Elicia, que te tornes a la mesa y dejes esos enojos.

ELICIA

¡Con tal que mala pro me hiciese! ¡con tal que reventase en comiéndolo! ¿Había yo de comer con ese malvado, que en mi cara me ha porfiado que es más gentil su andrajo de Melibea que yo?

SEMPRONIO

Calla, mi vida, que tú la comparaste. Toda comparación es odiosa; tú te tienes la culpa, y no yo.

AREUSA

Ven, hermana, a comer, no hagas ahora ese placer a estos locos porfiados; si no, levantarme he yo de la mesa.

ELICIA

Necesidad de complacerte me hace contentar a ese enemigo mío, y usar de virtud con todos.

SEMPRONIO

¡He, he, he!

ELICIA

¿De qué te ríes? ¡De mal cancre sea comida esa boca desgraciada, enojosa!

CELESTINA

No le respondas, hijo; si no, nunca acabare-

mos. Entendamos a lo que hace a nuestro caso. Decidme, ¿cómo quedó Calisto? ¿cómo lo dejastes? ¿cómo os pudistes entrambos descabullir dél?

PARMENO

Allá fué a la maldición, echando fuego, desesperado, perdido, medio loco, a misa a la Magdalena, a rogar a Dios que te dé gracia que puedas bien roer los huesos destos pollos, y protestando no volver a casa hasta oir que eres venida con Melibea en tu arremango. Tu saya y manto, y aun mi sayo cierto está; lo otro vaya y venga. El cuándo lo dará, no lo sé.

CELESTINA

Sea cuando fuere: buenas son mangas pasada la pascua. Todo aquello alegra que con poco trabajo se gana, mayormente viniendo de parte de donde tan poca mella hace; de hombre tan rico, que con los salvados de su casa podría yo salir de laceria, según lo mucho le sobra. No les duele a los tales lo que gastan, y según la causa por que lo dan; no lo sienten con el embebecimiento del amor; no les pena, no ven, no oyen; lo cual yo juzgo por otros que he conocido menos apasionados y metidos en este fuego de amor que a Calisto veo. Que ni comen, ni beben, ni ríen, ni lloran, ni duermen, ni velan, ni callan, ni penan, ni descansan, ni están contentos, ni se quejan, según la perplejidad de aquella dulce y fiera llaga de sus corazones. Y si alguna cosa destas la natural necesidad les fuerza a hacer, están en el acto tan olvidados, que comiendo se olvida la mano de llevar la vianda a la boca. Pues si con ellos hablan,

jamás conveniente respuesta vuelven. Allí tienen los cuerpos; con sus amigas los corazones y sentidos. Mucha fuerza tiene el amor; no sólo la tierra, mas aun las mares traspasa, según su poder. Igual mando tiene en todo género de hombres. Todas las dificultades quiebra. Ansiosa cosa es, temerosa y solícita. Todas las cosas mira en derredor: así que, si vosotros buenos enamorados habéis sido, juzgaréis yo decir verdad.

SEMPRONIO

Señora, en todo concedo con tu razón, que aquí está quien me causó algún tiempo andar hecho otro Calisto, perdido el sentido, cansado el cuerpo, la cabeza vana, los días mal durmiendo, las noches todas velando, dando alboradas, haciendo momos, saltando paredes, poniendo cada día la vida al tablero, esperando toros, corriendo caballos, tirando barra, echando lanza, cansando amigos, quebrando espadas, haciendo escalas, vistiendo armas, y otros mil actos de enamorado; haciendo coplas, pintando motes, sacando invenciones. Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.

ELICIA

Mucho piensas que me tienes ganada. Pues hágote cierto, que no has vuelto la cabeza, cuando está en casa otro que más quiero, más gracioso que tú, y aun que no anda buscando cómo me dar enojo: a cabo de un año que me vienes a ver, tarde y con mal.

CELESTINA

Hijo, déjala decir, que devanea; mientras más

deso la oyeres, más se confirma en tu amor. Todo es porque habéis aquí alabado a Melibea; no sabe en otra cosa que os lo pagar, sino en decir eso; y creo que no ve la hora de haber comido para lo que yo me sé. Pues esotra su prima yo me la conozco. Gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene, y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente; como yo hago ahora por algunas horas que dejé perder, cuando moza, cuando me preciaban, cuando me querían; que ya, mal pecado, caducado he, nadie me quiere. ¡Que sabe Dios mi buen deseo! Besaos y abrazaos, que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de vello. Mientra a la mesa estáis, de la cinta arriba todo se perdona; cuando seais aparte, no quiero poner tasa; pues que el rey no la pone. Que yo sé por las muchachas que nunca de importunos os acusen; y la vieja Celestina mascará de dentera con sus botas encías las migajas de los manteles. Bendígaos Dios, ¡cómo lo reís y holgais, putillos, loquillos, traviesos! En esto había de parar el nublado de las cuestioncillas que habéis tenido: ¡mirá no derribéis la mesa!

ELICIA

Madre, a la puerta llaman. ¡El solaz es derramado!

CELESTINA

Mira, hija, quién es; por ventura será quien lo acreciente y allegue.

ELICIA

O la voz me engaña, o es mi prima Lucrecia.

CELESTINA

Abrela, y entre ella, y buenos años; que aun a ella algo se le entiende desto que aquí hablamos; aunque su mucho encerramiento le impide el gozo de su mocedad.

AREUSA

Así goce de mí, que es verdad, que estas que sirven a señoras ni gozan deleite, ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con parientes, con iguales a quien pueden hablar tú por tú, con quien digan ¿qué cenaste? ¿estás preñada? ¿cuántas gallinas crías? llévame a merendar a tu casa; muéstrame tu enamorado; ¿cuánto ha que no te vido? ¿cómo te va con él? ¿quién son tus vecinas? y otras cosas de igualdad semejantes. ¡Oh tía, y qué duro nombre, y qué grave y soberbio es señora continuo en la boca! Por esto me vivo sobre mí, desde que me sé conocer; que jamás me precié de llamarme de otra, sino mía. Mayormente destas señoras que ahora se usan: gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota de las que ellas desechan pagan servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen, contino sojuzgadas, que hablar delante dellas no osan; y cuando ven cerca el tiempo de la obligación de casallas, levántanles un caramillo, que se echan con el mozo o con el hijo, o pídenles celos del marido, o que meten hombres en casa, o que hurtó la taza, o perdió el anillo; danles un ciento de azotes, y échanlas la puerta fuera, las haldas en la cabeza, diciendo: allá irás, ladrona, puta, no destruirás mi casa y honra. Así que es-

peran galardón, sacan baldón; esperan salir casadas, salen amenguadas; esperan vestidos y joyas de bodas, salen desnudas y denostadas. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos, oblíganseles a dar marido, quítanles el vestido. La mejor honra que en sus casas tienen, es andar hechas callejeras de dueña en dueña, con sus mensajes a cuestas. Nunca oyen su nombre propio de la boca dellas, sino puta acá, puta acullá. ¿A do vas, tiñosa? ¿qué hiciste, bellaca? ¿por qué comiste esto, golosa? ¿cómo fregaste la sartén, puerca? ¿por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿cómo dijiste esto, necia? ¿quién perdió el plato, desenliñada? ¿cómo faltó el paño de manos, ladrona? A tu rufián lo habrás dado. Ven acá, mala mujer, la gallina havada no parece; pues búscala presto; si no, en la primera blanca de tu soldada la contaré. Y tras esto mil chapinazos, y pellizcos, palos y azotes. No hay quien las sepa contentar; no hay quien pueda sufrillas. Su placer es dar voces, su gloria es reñir. De lo mejor hecho, menos contentamiento muestran. Por esto, madre, me he querido más vivir en mi pequeña casa, exenta y señora, que no en sus ricos palacios sojuzgada y cautiva.

CELESTINA

En tu seso has estado, bien sabes lo que haces. Que los sabios dicen, que vale más una migaja de pan con paz, que toda la casa llena de viandas con rencilla. Mas ahora cese esta razón, que entra Lucrecia.

LUCRECIA

Buena pro os haga, tía, y la compañía. Dios bendiga tanta gente y tan honrada.

CELESTINA

¿Tanta, hija? ¿Por mucha has esta? Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay, quien me vido, y quien me ve ahora, no sé cómo no quiebra su corazón de dolor! Yo ví, mi amor, a esta mesa donde ahora están tus primas asentadas, nueve mozas de tus días, que la mayor no pasaba de diez y ocho años, y ninguna había menor de catorce. Mundo es, pase, ande su rueda, rodee sus arcaduces, unos llenos, otros vacíos. La ley es de fortuna, que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece: su orden es mudanzas. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entonces tenía; aunque por mis pecados y mala dicha poco a poco ha venido en disminución. Como declinaban mis días, así se disminuía y menguaba mi provecho. Proverbio es antiguo, que cuanto al mundo es o crece o descrece; todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó a la cumbre, según quien yo era; de necesidad es que se desmengüe y abaje. Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida; pero bien sé que subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, nací para vivir, viví para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y pues esto antes de ahora me consta, sufriré con menos pena mi mal, aunque

del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible formada.

LUCRECIA

Trabajo tenías, madre, con tantas mozas, que es un ganado muy trabajoso de guardar.

CELESTINA

¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedecían, todas me honraban, de todas era acatada, ninguna salía de mi querer; lo que yo decía era lo bueno; a cada cual daba su cobro. No escogían más de lo que yo les mandaba; cojo, o tuerto, o manco, aquel habían por sano, quien más dinero me daba. Mío era el provecho, suyo el afán. Pues servidores, ¿no tenía por su causa dellas? Caballeros viejos y mozos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la iglesia veía derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos había que negociar conmigo, por más ruin se tenía. De media legua que me viesen, dejaban las Horas; uno a uno, dos a dos, venían adonde yo estaba, a ver si mandaba algo, y a preguntarme cada uno por la suya. Que hombre había que estando diciendo misa, en viéndome entrar, se turbaba que no hacía ni decía cosa a derechas. Unos me llamaban señora, otros tía, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas a mi casa, allí las idas a la suya, allí se me ofrecían dineros, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara, por me tener más contenta. Ahora hame

traído la fortuna a tal estado, que me digas, buena pro te hagan las zapatas.

SEMPRONIO

Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas de esa religiosa gente y benditas coronas. Sí, que no serían todos.

CELESTINA

No, hijo; ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos había con quien yo poco medraba, y aun que no me podía ver; pero creo que de envidia de los otros que me hablaban. Como la clerecía era grande, había de todos: unos muy castos, otros que tenían cargo de mantener a las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y mozos a que me acompañasen; y apenas era llegada a mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, anadones, perdices, tórtolas, perniles de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo recibía de aquellos diezmos de Dios, así lo venían luego a registrar, para que comiese yo y aquellas su devotas. Pues ¿vino? ¿No me sobraba de lo mejor que se bebía en la ciudad? Venido de diversas partes, de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal, de San Martín y de otros muchos lugares, y tantos que, aunque tengo la diferencia de los gustos y sabor en la boca, no tengo la diversidad de sus tierras en la memoria; que harto es que una vieja como yo, en oliendo cualquier vino, diga de dónde es. Pues otros curas sin renta, no era ofrecido el bodigo, cuando, en besando el feligrés la estola, era del primer voleo en

mi casa. Espesos como piedras a tablado entraban muchachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir, cayendo de tal estado.

AREUSA

Por Dios, pues somos venidas a haber placer, no llores, madre, ni te fatigues, que Dios lo remediará todo.

CELESTINA

Harto tengo, hija que llorar acordándome de tan alegre tiempo y tal vida como yo tenía, y cuán servida era de todo el mundo; que jamás hubo fruta nueva, de que yo primero no gozase que otros supiesen si era nacida. En mi casa se había de hallar si para alguna preñada se buscase.

SEMPRONIO

Madre, ningún provecho trae la memoria del buen tiempo, si cobrar no se puede; antes tristeza: como a ti ahora, que nos has sacado el placer de entre las manos. Alcese la mesa; irnos hemos a holgar, y tú darás respuesta a esa doncella que aquí es venida.

CELESTINA

Hija Lucrecia, dejadas estas razones, querría que me dijeses a qué fué ahora tu buena venida.

LUCRECIA

Por cierto ya se me había olvidado mi principal demanda y mensaje con la memoria de ese tan alegre tiempo como has contado; y así me estuvie-

ra un año escuchándote sin comer, pensando en aquella vida buena que aquellas mozas gozarían, que me parece y semeja que estoy yo ahora en ella. Mi venida, señora, es lo que tú sabrás: pedirte el ceñidero y demás desto, te ruega mi señora sea de ti visitada, y muy presto, porque se siente muy fatigada de desmayos y dolor del corazón.

CELESTINA

Hija, destos dolorcillos tales, más es el ruido que las nueces. Maravillada estoy, sentirse del corazón mujer tan moza.

LUCRECIA

¡Así te arrastren, traidora! ¿Tú no sabes qué es? Hace la vieja falsa sus hechizos, y vase: después hácese de nuevas.

CELESTINA

¿Qué dices, hija?

LUCRECIA

Madre, que vamos presto, y me dés el cordón.

CELESTINA

Vamos, que yo le llevo.

EL DÉCIMO ACTO

ARGUMENTO DEL DÉCIMO ACTO

Mientras andan Celestina y Lucrecia por el camino está hablando Melibea consigo misma. Llegan a la puerta. Entra Lucrecia primero. Hace entrar a Celestina. Melibea, después de muchas razones, descubre a Celestina arder en amor de Calisto. Ven venir a Alisa, madre de Melibea; despídense de en uno. Pregunta Alisa a Melibea de los negocios de Celestina, defendiéndole su mucha conversación.

MELIBEA, CELESTINA, LUCRECIA, ALISA

MELIBEA

¡Oh lastimada de mí! ¡oh mal proveída doncella! ¿Y no me fuera mejor conceder su petición y demanda ayer a Celestina, cuando de parte de aquel señor, cuya vista me cautivó, me fué rogado, y contentarle a él, y sanar a mí, que no venir por fuerza a descubrir mi llaga, cuando no me sea agradecido, cuando ya desconfiando de mi buena respuesta, haya puesto sus ojos en amor de otra? ¡Cuánta más ventaja tuviera mi prometimiento rogado, que mi ofrecimento forzoso! ¡Oh mi fiel criada Lucrecia! ¿Qué dirás de mí? ¿Qué pensarás de mi seso, cuando me veas publicar lo que a ti jamás he querido descubrir? ¡Cómo te espantarás del rompimiento de mi honestidad y vergüen-

za, que siempre como encerrada doncella acostumbré tener! No sé si habrás barruntado de dónde proceda mi dolor. ¡Oh si ya vinieses con aquella medianera de mi salud! ¡Oh soberano Dios! ¡A ti, que todos los atribulados llaman, los apasionados piden remedio, los llagados medicina! ¡a ti, que los cielos, mar y tierra con los infernales centros obedecen! ¡a ti, el cual todas las cosas a los hombres sojuzgaste, humildemente suplico dés a mi herido corazón sufrimiento y paciencia, con que mi terrible pasión pueda disimular! No se desdore aquella hoja de castidad que tengo asentada sobre este amoroso deseo, publicando ser otro mi dolor, que no el que me atormenta. Pero ¿cómo lo podré hacer, lastimándome tan cruelmente el ponzoñoso bocado, que la vista de su presencia de aquel caballero me dió? ¡Oh género femíneo, encogido y frágil! ¿Por qué no fué también a las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como a los varones? Que ni Calisto viviera quejoso ni yo penada.

LUCRECIA

Tía, detente un poquito cabe esta puerta; entraré a ver con quién está hablando mi señora. Entra, entra que consigo lo ha.

MELIBEA

Lucrecia, echa esa antepuerta. ¡Oh vieja sabia y honrada, tú seas bien venida! ¿Qué te parece,

cómo ha querido mi dicha y la fortuna ha rodeado, que yo tuviese de tu saber necesidad, para que tan presto me hubieses de pagar en la misma moneda el beneficio que por ti me fué demandado para ese gentil hombre que curabas con la virtud de mi cordón?

CELESTINA

¿Qué es, señora, tu mal, que así muestras las señas de su tormento en las coloradas colores de tu gesto?

MELIBEA

Madre mía, que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo.

CELESTINA

Bien está; así lo quería yo. Tú me pagarás, doña loca, la sobra de tu ira.

MELIBEA

¿Qué dices? ¿Has sentido en verme alguna causa, donde mi mal proceda?

CELESTINA

No me has, señora, declarado la calidad del mal: ¿quieres que adivine la causa? Lo que yo digo es, que recibo mucha pena de ver triste tu graciosa presencia.

MELIBEA

Vieja honrada, alégramela tú, que grandes nuevas me han dado de tu saber.

CELESTINA

Señora, el sabidor sólo es Dios; pero como para salud y remedio de las enfermedades fueron repartidas las gracias en las gentes de hallar las melecinas, dellas por experiencia, dellas por arte, de-

llas por natural instinto, alguna partecica alcanzó a esta pobre vieja, de la cual al presente podrás ser servida.

MELIBEA

¡Oh qué gracioso y agradable me es oirte! Saludable es al enfermo la alegre cara del que le visita. Paréceme que veo mi corazón entre tus manos hecho pedazos, el cual, si tú quisieses, con muy poco trabajo juntarías con la virtud de tu lengua, no de otra manera que cuando vió en sueños aquel grande Alexandre, rey de Macedonia, en la boca del dragón, la saludable raíz con que sanó a su criado Tolomeo del bocado de la víbora. Pues por amor de Dios, te despojes para muy diligente entender en mi mal, y me des algún remedio.

CELESTINA

Grande parte de la salud es desearla; por lo cual creo menos peligroso ser tu dolor. Pero para yo dar, mediante Dios, cóngrua y saludable melecina, es necesario saber de ti tres cosas. La primera, a qué parte de tu cuerpo más declina y aqueja el sentimiento. Otra, si es nuevamente por ti sentido, porque más presto se curan las tiernas enfermedades en sus principios que cuando han hecho curso en la perseveración de su oficio; mejor se doman los animales en su primera edad, que cuando ya es su cuero endurecido para venir mansos a la melena; meor crecen las plantas que tiernas y nuevas se trasponen que las que fructificando ya se mudan; muy mejor se despide el nuevo pecado que aquel que por costumbre antigua cometemos cada día. La tercera, si procede de algún cruel pensamiento

que asentó en aquel lugar. Y esto sabido, verás obrar mi cura. Por ende cumple que al médico como al confesor se hable toda verdad abiertamente.

MELIBEA

Amiga Celestina, mujer bien sabia y maestra grande, mucho has abierto el camino por donde mi mal te pueda especificar. Por cierto, tú lo pides como mujer bien esperta en curar tales enfermedades. Mi mal es de corazón, la izquierda teta es su aposentamiento, tiende sus rayos a todas partes. Lo segundo, es nuevamente nacido en mi cuerpo; que no pensé jamás que podía dolor privar el seso, como este hace: túrbame la cara, quítame el comer, no puedo dormir, ningún género de risa querría ver. La causa o pensamiento, que es la final cosa por ti preguntada de mi mal, ésta no sabré decir, porque ni muerte de deudo, ni pérdida de temporales bienes, ni sobresalto de visión, ni sueño desvariado, ni otra cosa puedo sentir que fuese, salvo la alteración que tú me causaste con la demanda que sospeché de parte de aquel caballero Calisto, cuando me pediste la oración.

CELESTINA

Cómo, señora, ¿tan mal hombre es aquél? ¿Tan mal nombre es el suyo, que en sólo ser nombrado trae consigo ponzoña su sonido? No creas que sea esa la causa de tu sentimiento, antes otra que yo barrunto; y pues así es, si tú licencia me das, yo, señora, te la diré.

MELIBEA

¿Cómo, Celestina? ¿qué es ese nuevo salario que pides? ¿De licencia tienes tú necesidad para me

dar la salud? ¿Cuál físico jamás pidió tal seguro para curar al paciente? Dí, dí, que siempre la tienes de mí, tal que mi honra no dañes con tus palabras.

CELESTINA

Véote, señora, por una parte quejar del dolor; por otra temer la melecina. Tu temor me pone miedo, el miedo silencio, el silencio tregua entre tu llaga y mi melecina. Así que, será causa que ni tu dolor cese, ni mi venida aproveche.

MELIBEA

Cuánto más dilatas la cura, tanto más me acrecientas y multiplicas la pena y pasión. O tus melecinas son de polvos de infamia y licor de corrupción, conficionadas con otro más crudo dolor que el que de parte del paciente se siente, o no es ninguno tu saber. Porque si lo uno o lo otro no abastase, cualquiera remedio otro darías sin temor, pues te pido le muestres, quedando libre mi honra.

CELESTINA

Señora, no tengas por nuevo ser más fuerte de sufrir al herido la ardiente trementina, y los ásperos puntos que lastiman lo llagado y doblan la pasión, que no la primera lisión, que dió sobre sano. Pues si tú quieres ser sana, y que te descubra la punta de mi sutil aguja sin temor, haz para tus manos y pies una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, para tus oídos unos algodones de sufrimiento y paciencia, y verás obrar la antigua maestra destas llagas.

MELIBEA

¡Oh, cómo me muero con tu dilatar! Dí por Dios lo que quisieres; haz lo que supieres, que no podrá ser tu remedio tan áspero que iguale con mi pena y tormento. Ahora toque en mi honra, ahora dañe mi fama, ahora lastime mi cuerpo, aunque sea romper mis carnes para sacar mi dolorido corazón, te doy mi fe ser segura, y si siento alivio, bien galardonada.

LUCRECIA

El seso tiene perdido mi señora; gran mal es éste. Cautivádola ha esta hechicera.

CELESTINA

Nunca me ha de faltar un diablo acá y acullá; escapóme Dios de Parmeno, tópome con Lucrecia.

MELIBEA

¿Qué dices, madre? ¿Qué te habla esta moza?

CELESTINA

No le oí nada; pero diga lo que dijere, sabe que no hay cosa más contraria en las grandes curas delante los animosos cirujanos, que los flacos corazones, los cuales con su gran lástima, con sus dolorosas hablas, con sus sensibles meneos, ponen temor al enfermo, hacen que desconfíen de la salud, y al médico enojan y turban, y la turbación altera la mano, rige sin orden la aguja. Por donde se puede conocer claro, que es muy necesario para tu salud que no esté persona delante y así que la debes mandar salir; y tú, hija Lucrecia, perdona.

MELIBEA

Salte presto.



LUCRECIA

¡Ya, ya! todo es perdido. Ya me salgo, señora.

CELESTINA

También me da osadía tu gran pena, ver cómo con tu sospecha has ya tragado alguna parte de mi cura; pero todavía es necesario traer más clara melecina y más saludable descanso de casa de aquel caballero Calisto.

MELIBEA

Calla, por Dios, madre; no traigan de su casa cosa para mi provecho, ni le nombres aquí.

CELESTINA

Sufre, señora, con paciencia, que es el primer punto y principal; no se quiebre; si no, todo nuestro trabajo es perdido. Tu llaga es grande, tiene necesidad de áspera cura, y lo duro con duro se ablanda más eficazmente. Y dicen los sabios, que la cura del lastimero médico deja mayor señal, y que nunca peligro sin peligro se vence. Ten paciencia, que pocas veces lo molesto sin molestia se cura, y un clavo con otro se espele, y un dolor con otro. No concibas odio ni desamor, ni consientas a tu lengua decir mal de persona tan virtuosa como Calisto, que si conocido fuese...

MELIBEA

¡Oh, por Dios, que me matas! ¿Y no tengo dicho que no me alabes ese hombre, ni me lo nombres en bueno ni en malo?

CELESTINA

Señora, este es otro y segundo punto, el cual si tú con tu mal sufrimiento no consientes, poco aprovechará mi venida y si como prometiste lo sufres, tú quedarás sana y sin deuda, y Calisto sin queja y pagado. Primero te avisé de mi cura y desta invisible aguja, que sin llegar a ti sientes en sólo mentarla en mi boca.

MELIBEA

Tantas veces me nombrarás ese tu caballero, que ni mi promesa baste ni la fe que te di a sufrir tus dichos. ¿De qué ha de quedar pagado? ¿Qué le debo yo a él? ¿Qué le soy en cargo? ¿Qué ha hecho por mí? ¿Qué necesario es él aquí para el propósito de mi mal? Más agradable me sería que rasgases mis carnes y sacases mi corazón, que no traer esas palabras aquí.

CELESTINA

Sin te romper las vestiduras se lanzó en tu pecho el amor, no rasgaré yo tus carnes para le curar.

MELIBEA

¿Cómo dices que llaman a este mi dolor, que así se ha enseñoreado en lo mejor de mi cuerpo?

CELESTINA

Amor dulce.

MELIBEA

Eso me declara qué es, que en sólo oirlo me alegro.

CELESTINA

Es un fuego escondido, una agradable llaga, un sabroso veneno, una dulce amargura, una deleita-

ble dolencia, un alegre tormento, una dulce y fiera herida, una blanda muerte.

MELIBEA

¡Ay mezquina de mí! Que si verdad es tu relación, dudosa será mi salud, porque, según la contrariedad que esos nombres entre sí muestran, lo que al uno fuere provechoso, acarreará al otro más pasión.

CELESTINA

No desconfíe, señora, tu noble juventud de salud. Que cuando el alto Dios da la llaga, tras ella envía el remedio; mayormente que sé yo en el mundo nacida una flor que de todo esto te dé libre.

MELIBEA

¿Cómo se llama?

CELESTINA

No te lo oso decir.

MELIBEA

Dí, no temas.

CELESTINA

Calisto. ¡Oh, por Dios, señora Melibea! ¿Qué poco esfuerzo es este? ¿Qué descaecimiento? ¡Oh mezquina yo! Alza la cabeza. ¡Oh malaventurada vieja! ¡En esto han de parar mis pasos! Si muere, matarme han; aunque viva, seré sentida; que ya no podrá sufrirse de no publicar su mal y mi cura. Señora mía Melibea, ángel mío, ¿qué has sentido? ¿Qué es de tu habla graciosa? ¿Qué es de tu color alegre? Abre tus claros ojos. ¡Lucrecia, Lucrecia, entra presto acá! Verás amortecida a tu señora entre mis manos. ¡Baja presto por un jarro de agua!

MELIBEA

Paso, paso, que yo me esforzaré; no escandalices la casa.

CELESTINA

¡Oh cuitada de mí! no te descaezcas. señora, háblame como sueles.

MELIBEA

Y muy mejor. Calla, no me fatigues.

CELESTINA

¿Pues qué me mandas que haga, perla graciosa? ¿Qué ha sido este tu sentimiento? Creo que se van quebrando mis puntos.

MELIBEA

Quebróse mi honestidad, quebróse mi empacho, aflojó mi mucha vergüenza; y como muy naturales, como muy domésticos, no pudieron tan livianamente despedirse de mi cara, que no llevasen consigo su color por algún poco de espacio, mi fuerza, mi lengua, y gran parte de mi sentido. ¡Oh! pues ya, mi buena maestra, mi fiel secretaria, lo que tú tan abiertamente conoces, en vano trabajo por te lo encubrir. Muchos y muchos días son pasados que ese noble caballero me habló en amor; tanto me fué su habla enojosa, cuanto después que tú me lo tornaste a nombrar, alegre. Cerrado han tus puntos mi llaga, venida soy en tu querer. En mi cordón le llevaste envuelta la posesión de mi libertad. Su dolor de muelas era mi mayor tormento; su pena era la mayor mía. Alabo y loo tu buen sufrimiento, tu cuerda osadía, tu liberal trabajo, tus solícitos y fieles pasos, tu agradable habla, tu buen saber, tu demasiada

solicitud, tu provechosa importunidad. Mucho te debe ese señor, y más yo, que jamás pudieron mis reproches aflacar tu esfuerzo y perseverar, confiando en tu mucha astucia. Antes como fiel servidora, cuando más denostada, más diligente; cuando más disfavor, más esfuerzo; cuando peor respuesta, mejor cara; cuando yo más airada, tú más humilde. Pospuesto todo temor, has sacado de mi pecho lo que jamás a ti ni a otro pensé descubrir.

CELESTINA

Amiga y señora mía, no te maravilles, porque estos fines con efecto me dan osadía a sufrir los ásperos y escrupulosos desvíos de las encerradas doncellas como tú. Verdad es que antes que me determinase, así por el camino como en tu casa, estuve en grandes dudas si te descubriría mi petición. Visto el gran poder de tu padre, temía; mirando la gentileza de Calisto, osaba; vista tu discreción, me recelaba; mirando tu virtud y humanidad, me esforzaba. En lo uno hablaba el miedo y en lo otro la seguridad. Y pues así, señora, has querido descubrir la gran merced que nos has hecho, declara tu voluntad, echa tus secretos en mi regazo, pon en mis manos el concierto deste concierto; yo daré forma como tu deseo y el de Calisto sean en breve cumplidos.

MELIBEA

¡Oh mi Calisto y mi señor! ¡Mi dulce y suave alegría! Si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy cómo la ausencia te consiente vivir. ¡Oh mi madre y mi señora! haz de

manera como luego le pueda ver, si mi vida quieres.

CELESTINA

Ver y hablar.

MELIBEA

Hablar es imposible.

CELESTINA

Ninguna cosa a los hombres que quieren hacerla es imposible.

MELIBEA

Dime cómo.

CELESTINA

Yo lo tengo pensado, yo te lo diré: por entre las puertas de tu casa.

MELIBEA

¿Cuándo?

CELESTINA

Esta noche.

MELIBEA

Gloriosa me serás si lo ordenas. Dí a qué hora.

CELESTINA

A las doce.

MELIBEA

Pues ve, mi señora, mi leal amiga, y habla con aquel señor, y que venga muy paso, y de allí se dará concierto, según su voluntad, a la hora que has ordenado.

CELESTINA

Adiós, que viene hacia acá tu madre.

MELIBEA

Amiga Lucrecia y mi leal criada y fiel secretaria, ya has visto cómo no ha sido más en mi mano. Cautivóme el amor de aquel caballero. Ruégote, por Dios, se cubra con secreto sello, porque yo goce de tan suave amor. Tú serás de mí tenida en aquel grado que merece tu fiel servicio.

LUCRECIA

Señora, mucho antes de ahora tengo sentida tu llaga, y calado tu deseo. Hame fuertemente dolido tu perdición. Cuanto más tú me querías encubrir y celar el fuego que te quemaba, tanto más sus llamas se manifestaban en la color de tu cara, en el poco sosiego del corazón, en el meneo de tus miembros, en comer sin gana, en el no dormir. Así que contino te se caían, como de entre las manos, señales muy claras de pena. Pero como en los tiempos que la voluntad reina en los señores o desmedido apetito, cumple a los servidores obedecer con diligencia corporal, y no con artificiales consejos de lengua, sufría con pena, callaba por temor, encubría con fieldad; de manera que fuera mejor el áspero consejo que la blanda lisonja. Pero pues ya no tiene tu merced otro remedio sino morir o amar, mucha razón es que se escoja por mejor aquello que en sí lo es.

ALISA

¿En qué andas acá, vecina, cada día?

CELESTINA

Señora, faltó ayer un poco de hilado al peso, y vínelo a cumplir, porque dí mi palabra; y traído, vóime. Quede Dios contigo.

ALISA

Y contigo vaya.—Hija Melibea, ¿qué quería la vieja?

MELIBEA

Venderme un poquito de solimán.

ALISA

Eso creo yo más que lo que la vieja ruin dijo. Pensó que recibiría yo pena dello, y mintióme. Guárdate, hija, della, que es gran traidora; que el sutil ladrón siempre rodea las ricas moradas. Sabe ésta con sus traiciones, con sus falsas mercadurías, mudar los propósitos castos; daña la fama; a tres veces que entra en una casa, engendra sospecha.

LUCRECIA

Tarde acuerda nuestra ama.

ALISA

Por amor mío, hija, que si acá tornare sin verla yo, que no hayas por bien su venida, ni la recibas con placer. Halle en ti honestidad en tu respuesta breve, y jamás volverá; que la verdadera virtud más se teme que espada.

MELIBEA

¿Desas es? Nunca más; bien huelgo, señora, de ser avisada por saber de quién me tengo de guardar.

EL ACTO ONCENO

ARGUMENTO DEL ONCENO ACTO

Despedida Celestina de Melibea, va por la calle sola hablando. Ve a Sempronio y a Parmeno que van a la Magdalena por su señor. Sempronio habla con Calisto. Sobreviene Celestina; van á casa de Calisto; declárale Celestina su mensaje y negocio recaudado con Melibea; miéntras ellos en estas razones están, Parmeno y Sempronio entre sí hablan. Despídese Celestina de Calisto, va para su casa, llama a la puerta; Elicia le viene a abrir, cenan y vanse a dormir.

CALISTO, CELESTINA, PARMENO, SEMPRONIO, ELICIA

CELESTINA

¡Ay Dios, si llegase a mi casa con mi mucha alegría acuestas! A Parmeno y a Sempronio veo ir a la Magdalena; tras ellos me voy, y si ahí no estuviere Calisto, pasaremos a su casa a pedirle las albricias de su gran gozo.

SEMPRONIO

Señor, mira que tu estado es dar a todo el mundo qué decir. Por Dios, que huyas de ser traído en lenguas; que al muy devoto llaman hipócrita: ¿qué dirán sino que andas royendo los santos? Si pasión tienes, súfrela en tu casa, no te sienta la tierra. No descubras tu pena a los extraños, pues está en manos el pandero que lo sabrán bien tañer.

CALISTO

¿En qué manos?

SEMPRONIO

De Celestina.

CELESTINA

¿Qué nombrais a Celestina? ¿Qué decís desta esclava de Calisto? Toda la calle del Arcediano vengo a más andar tras vosotros por alcanzaros, y jamás he podido con mis luengas haldas.

CALISTO

¡Oh joya del mundo, acorro de mis pasiones, espejo de mi vista! El corazón se me alegra en ver esa honrada presencia, esa noble senectud. Dime, ¿con qué vienes? ¿Qué nuevas traes, que te veo alegre, y no sé en qué está mi vida?

CELESTINA

En mi lengua.

CALISTO

¿Qué dices, gloria y descanso mío? Declárame más lo dicho.

CELESTINA

Salgamos, señor, de la iglesia, y de aquí a casa te contaré algo con que te alegres de verdad.

PARMENO

Buena viene la vieja, hermano, recaudado debe haber.

SEMPRONIO

Escúchala.

CELESTINA

Todo este día, señor, he trabajado en tu negocio, y he dejado perder otros en que harto me iba. Muchos tengo quejosos por tenerte a ti con-

tento: más he dejado de ganar que piensas; pero todo vaya en buena hora, pues tan buen recaudo traigo que te traigo muchas buenas palabras de Melibea y la dejo a tu servicio.

CALISTO

¿Qué es esto que oigo?

CELESTINA

Que es más tuya que de sí misma; más está a tu mandato y querer, que de su padre Pleberio.

CALISTO

Habla cortés, madre, no digas tal cosa, que dirán estos mozos que estás loca. Melibea es mi señora, Melibea es mi Dios, Melibea es mi vida; yo su cautivo, yo su siervo.

SEMPRONIO

Con tu desconfianza, señor, con tu poco preciarte, con tenerte en poco, hablas esas cosas con que atajas su razón. A todo el mundo turbas diciendo desconciertos. ¿De qué te santiguas? Dale algo por su trabajo, harás mejor, que eso esperan esas palabras.

CALISTO

Bien has dicho, madre mía, yo sé cierto que jamás igualará tu trabajo y mi liviano galardón. En lugar de manto y saya, porque no se dé parte a oficiales, toma esta cadenilla, ponla al cuello, y procede en tu razón y mi alegría.

PARMENO

¿Cadenilla la llama? ¿No lo oyes, Sempronio? No estima el gasto; pues yo te certifico no diese mi parte por medio marco de oro, por mal que la vieja lo reparta.

SEMPRONIO

Oirte ha nuestro amo, ternemos en él que amansar y en ti que sanar, según está hinchado de tu mucho murmurar. Por mi amor, hermano, que oigas y calles, que por eso te dió Dios dos oídos y una lengua sola.

PARMENO

¡Oirá el diablo! está colgado de la boca de la vieja, sordo y mudo y ciego, hecho personaje sin son, que aunque le diésemos higas, diría que alzábamos las manos a Dios, rogando por buen fin de sus amores.

SEMPRONIO

Calla, oye, escucha bien a Celestina; en mi alma todo lo merece, y más que le diese; mucho dice.

CELESTINA

Señor Calisto, para tan flaca vieja como yo, de mucha franqueza usaste. Pero como todo don o dádiva se juzga grande o chica respecto del que lo da, no quiero traer a consecuencia mi poca merecer ante quien sobra en cualidad y en cantidad; mas medirse ha con tu magnificencia, ante quien no es nada. En pago de la cual te restituyo tu salud que iba perdida, tu corazón que te faltaba, tu seso que se alteraba. Melibea pena por ti más que tú por ella; Melibea te ama y desea ver; Melibea piensa más horas en tu persona que en la suya, Melibea se llama tuya y esto tiene por título de libertad, y con esto amansa el fuego que más que a ti la quema.

CALISTO

Mozos, ¿estoy yo aquí? Mozos, ¿oigo yo esto?

Mozos, mirad si estoy despierto; ¿es de día o de noche? ¡Oh señor Dios, padre celestial! ¡Ruégote que esto no sea sueño! Despierto, pues, estoy. Si burlas, señora, de mí por me pagar en palabras, no temas, dí verdad que para lo que tú de mí has recibido más merecen tus pasos.

CELESTINA

Nunca el corazón lastimado de deseo toma la buena nueva por cierta, ni la mala por dudosa; pero si burla o si no, verlo has yendo esta noche, según el concierto dejo con ella, a su casa en dando el reloj doce, a la hablar por entre las puertas; de cuya boca sabrás más por entero mi solicitud y su deseo, y el amor que te tiene, y quién lo ha causado.

CALISTO

Ya, ya, ¿tal cosa espero? ¿Tal cosa es posible haber de pasar por mí? Muerto soy de aquí allá: no soy capaz de tanta gloria; no merecedor de tan gran merced; no digno de hablar con tal señora de su voluntad y grado.

CELESTINA

Siempre lo oí decir, que es más difícil de sufrir la próspera fortuna que la adversa: que la una no tiene sosiego, y la otra tiene consuelo. ¿Cómo, señor Calisto? ¿y no mirarías quién tú eres? ¿no mirarías el tiempo que has gastado en su servicio? ¿no mirarías a quién has puesto entremedias? Y asimismo que hasta ahora siempre has estado dudoso de la alcanzar, y tenías sufrimiento; ahora que te certifico el fin de tu pena, ¿quieres poner fin a tu vida? Mira, mira que está

Celestina de tu parte y que aunque todo te faltase lo que en un enamorado se requiere. te vendería por el más acabado galán del mundo; que te haría llanas las peñas para andar; que te haria las más crecidas aguas corrientes pasar sin mojarte. Mal conoces a quien das tu dinero.

CALISTO

Cata, señora, ¿qué me dices? ¿que verná de su grado?

CELESTINA

Y aun de rodillas.

SEMPRONIO

No sea ruido, hechizo que nos quieran tomar a manos a todos... Cata, madre, que así se suelen dar las zarazas en pan envueltas, porque no la sienta el gusto.

PARMENO

Nunca te oí decir mejor cosa. Mucha sospecha me pone el presto conceder de aquella señora, y venir tan aína en todo su querer de Celestina, engañando nuestra voluntad con sus palabras dulces y prestas por hurtar por otra parte, como hacen los de Egipto, cuando el signo nos catan en la mano; pues alahé, madre, con dulces palabras están muchas injurias vengadas. El manso boyzuelo con su blando cencerrear trae las perdices á la red; el canto de la sirena engaña a los simples marineros con su dulzor. Así ésta con su mansedumbre y concesión presta querrá tomar una manada de nosotros a su salvo; purgará su inocencia con la honra de Calisto y con nuestra muerte. Así como corderica mansa, que mama su madre y la

ajena; ella con su segurar tomará la venganza de Calisto en todos nosotros; de manera, que con la mucha gente que tiene, podrá cazar a padres e hijos en una nidada, y tú estarte has rascando a tu fuego diciendo: a salvo está el que repica.

CALISTO

Callad, locos, bellacos, sospechosos; parece que dais a entender que los ángeles sepan hacer mal. Sí, que Melibea ángel disimulado es, que vive entre nosotros.

SEMPRONIO

¿Todavía te vuelves a tus herejías? Escúchale, Parmeno, no te pene nada, que si fuere trato doble, él lo pagará, que nosotros buenos pies tenemos.

CELESTINA

Señor, tú estás en lo cierto; vosotros cargados de sospechas vanas. Yo he hecho todo lo que a mí era a cargo. Alegre te dejo, Dios te libre y aderece; pártome muy contenta. Si fuere menester para esto o para más, allí estoy muy aparejada a tu servicio.

PARMENO

¡Hi, hi, hi!

SEMPRONIO

¿De qué te ríes, por tu vida, Parmeno?

PARMENO

De la priesa que la vieja tiene por irse; no ve la hora que haber despegado la cadena de casa; no puede creer que la tenga en su poder, ni que se la han dado de verdad; no se halla digna de tal don, tan poco como Calisto de Melibea.

SEMPRONIO

¿Qué quieres que haga una puta alcahueta, que sabe y entiende lo que nosotros nos callamos, y suele hacer siete virgos por dos monedas, después de verse cargada de oro, sino ponerse en salvo con la posesión, con temor no se la tornen a tomar, después que ha cumplido de su parte aquello para que era menester? Pues guárdese del diablo, que sobre el partir no le saquemos el alma.

CALISTO

Dios vaya contigo, madre; yo quiero dormir y reposar un rato para satisfacer a las pasadas noches, y cumplir con la por venir.

CELESTINA

Ta, ta.

ELICIA

¿Quién llama?

CELESTINA

Abre, hija Elicia.

ELICIA

¿Cómo vienes tan tarde? No lo debes hacer, que eres vieja: tropezarás donde caigas, y mueras.

CELESTINA

No temo eso, que de día me aviso por donde venga de noche, que jamás me subo por poyo ni calzada, sino por medio de la calle, porque como dicen: no da paso seguro quien corre por el muro; y que aquel va más sano que anda por llano; más

quiero ensuciar mis zapatos con el lodo, que ensangrentar las tocas y los cantos; pero no te duele á tí en ese lugar.

ELICIA

¿Pues qué me ha de doler?

CELESTINA

Que se fué la compañía que te dejé, y quedaste sola.

ELICIA

Son pasadas cuatro horas después: ¿y habíaseme de acordar deso?

CELESTINA

Cuanto más presto te dejaron, más con razón lo sentiste; pero dejemos su ida y mi tardanza; entendamos en cenar y dormir.

EL ACTO DOCENO

ARGUMENTO DEL DOCENO ACTO

Llegando la media noche, Calisto, Sempronio y Parmeno, armados, van para casa de Melibea. Lucrecia y Melibea están cabe la puerta aguardando a Calisto. Viene Calisto; háblale primero Lucrecia; llama a Melibea; apártase Lucrecia; háblanse por entre las puertas Melibea y Calisto. Parmeno y Sempronio de su cabo departen. Oyen gentes por la calle; apercíbense para huir. Despídese Calisto de Melibea, dejando concertada la tornada para la noche siguiente. Pleberio, al son del ruido que había en la calle, despierta; llama a su mujer Alisa; preguntan a Melibea quién da patadas en su cámara; responde Melibea a su padre Pleberio fingiendo que tenía sed. Calisto con sus criados va para su casa hablando; échase a dormir. Parmeno y Sempronio van a casa de Celestina; demandan su parte de la ganancia; disimula Celestina; vienen a reñir; échanle mano a Celestina; mátanla. Da voces Elicia; viene la justicia ¡y préndelos ambos.

CALISTO, LUCRECIA, MELIBEA, SEMPRONIO, PARMENO, PLEBERIO, ALISA, CELESTINA, ELICIA

CALISTO

Mozos, ¿qué hora da el reloj?

SEMPRONIO

Las diez.

CALISTO

¡Oh cómo me descontenta el olvido en los mozos! De mi mucho acuerdo en esta noche, y tu descuidar y olvido, se haría una razonable memoria y cuidado. ¿Cómo, desatinado, sabiendo cuánto me

va, Sempronio, en ser diez o once, me respondías a tiento lo que más aína se te vino a la boca? ¡Oh cuitado de mí! Si por caso me hubiera dormido, y colgara mi pregunta de la respuesta de Sempronio para hacerme de once diez, y así de doce once, saliera Melibea, yo no fuera ido, tornárase: de manera que ni mi mal hubiera fin, ni mi deseo ejecución. No se dice en balde, que mal ajeno de pelo cuelga.

SEMPRONIO

Tanto yerro, señor, me parece, sabiendo, preguntar, como ignorando, responder. Mas este mi amo tiene gana de reñir y no sabe cómo.

PARMENO

Mejor sería, señor, que se gastase esta hora que queda en aderezar armas que en buscar cuestiones.

CALISTO

Bien me dice este necio: no quiero en tal tiempo recibir enojo; no quiero pensar en lo que pudiera venir, sino en lo que fué; no en el daño que resultara de su negligencia, sino en el provecho que verná de mi solicitud; quiero dar espacio a la ira, que o se me quitará, o se me ablandará. Descuelga, Parmeno, mis corazas, y armaos vosotros; y así iremos a buen recaudo, porque, como dicen: el hombre apercebido, medio combatido.

PARMENO

Hélas aquí, señor.

CALISTO

Ayúdame aquí a vestirlas; mira tú, Sempronio, si parece alguno por la calle.

SEMPRONIO

Señor, ninguna gente parece; y aunque la hubiese, la mucha oscuridad privaría el viso y conocimiento a los que nos encontrasen.

CALISTO

Pues andemos por esta calle, aunque se rodee alguna cosa, porque más encubiertos vamos. Las doce da ya: buena hora es.

PARMENO

Cerca estamos.

CALISTO

A buen tiempo llegamos: párate tú, Parmeno, a ver si es venida aquella señora por entre las puertas.

PARMENO

¿Yo, señor? Nunca Dios mande que sea en dañar lo que no concerté; mejor será que tu presencia sea su primer encuentro, porque viéndome á mí no se turbe de ver que de tantos es sabido lo que tan ocultamente quería hacer, y con tanto temor hace, o porque quizá pensará que la burlaste.

CALISTO

¡Oh qué bien has dicho! La vida me has dado con tu sutil aviso; pues no era más menester para me llevar muerto a casa, que volverse ella por mi mala providencia. Yo me llego allá, quedaos vosotros en ese lugar.

PARMENO

¿Qué te parece, Sempronio, cómo el necio de



nuestro amo pensaba tomarme por broquel para el encuentro del primer peligro? ¿Qué sé yo quién está tras las puertas cerradas? ¿Qué sé yo si hay alguna traición? ¿Qué sé yo si Melibea anda porque le pague nuestro amo su mucho atrevimiento desta manera? Y más, aun no somos muy ciertos decir verdad la vieja. No sepas hablar, Parmeno; sacarte han el alma sin saber quién; no seas lisonjero, como tu amo quiere, y jamás llorarás duelos ajenos; no tomes en lo que te cumple el consejo de Celestina y hallarte has a oscuras; ándate ahí con tus consejos amonestaciones fieles; darte han de palos; no vuelvas la hoja, y quedarte has a buenas noches Quiero hacer cuenta que hoy me nací, pues de tal peligro me escapé.

SEMPRONIO

Paso, paso, Parmeno, no saltes ni hagas ese bullicio de placer, que darás causa que seas sentido.

PARMENO

Calla, hermano, que no me hallo de alegría. ¡Cómo le hice creer que por lo que a él cumplía dejaba de ir, y era por mi seguridad! ¿Quién supiera así rodear su provecho, como yo? Muchas cosas me verás hacer, si estás de aquí adelante atento, que no las sientan todas personas, así con Calisto, como con cuantos en este negocio suyo se entremetieren; porque soy cierto que esta doncella ha de ser para él cebo de anzuelo, o carne de buitrera, que suelen pagar bien el escote los que a comerla vienen.

SEMPRONIO

Anda, no te penen a ti esas sospechas, aunque

salgan verdaderas. Apercíbete, a la primera voz que oyeres, tomar calzas de Villadiego.

PARMENO

Leído has donde yo: en un corazón estamos. Calzas traigo, y aun borceguíes desos ligeros que tú dices, para mejor huir que otro. Pláceme que me has, hermano, avisado de lo que yo no hiciera de vergüenza de ti; que nuestro amo, si es sentido, no temo que se escapará de manos desta gente de Pleberio, para podernos después demandar como lo hicimos, y incusarnos el huir.

SEMPRONIO

¡Oh Parmeno amigo, cuán alegre y provechosa es la conformidad en los compañeros! Aunque por otra cosa no nos fuera buena Celestina, era harta la utilidad que por su causa nos ha venido.

PARMENO

Ninguno podrá negar lo que por sí se muestra. Manifiesto es que con vergüenza el uno del otro, por no ser odiosamente acusado de cobarde, esperáramos aquí la muerte con nuestro amo, no siendo más de él merecedor della.

SEMPRONIO

Salido debe haber Melibea; escucha, que hablan quedito.

PARMENO

¡Oh, cómo temo que no sea ella, sino alguno que finja su voz!

SEMPRONIO

Dios nos libre de traidores, no nos hayan tomado la calle por do tenemos de huir, que de otra cosa no tengo temor.

CALISTO

Este bullicio más de una persona lo hace: quiero hablar, sea quien fuere. ¡Ce, ce, señora mía!

LUCRECIA

La voz de Calisto es esta: quiero llegar. ¿Quién habla? ¿Quién está fuera?

CALISTO

Aquel que viene a cumplir tu mandado.

LUCRECIA

¿Por qué no llegas, señora? Llega sin temor acá, que aquel caballero está aquí.

MELIBEA

¡Loca, habla paso! Mira bien si es él.

LUCRECIA

Allégate, señora, que sí es; que yo le conozco en la voz.

CALISTO

Cierto soy burlado; que no era Melibea la que me habló. Bullicio oigo; perdido soy; ¡pues viva o muera, que no me he de ir de aquí!

MELIBEA

Vete, Lucrecia, acostar un poco. Ce, señor, ¿cómo es tu nombre? ¿Quién es el que te mandó ahí venir?

CALISTO

Es la que tiene merecimiento de mandar a todo el mundo, la que dignamente servir yo no merezco. No tema tu merced de se descubrir a este cautivo

de tu gentileza, que el dulce sonido de tu habla, que jamás de mis oídos se cae, me certifica ser tú mi señora Melibea. Yo soy tu siervo Calisto.

MELIBEA

La sobrada osadía de tus mensajes me ha forzado a haberte de hablar, señor Calisto; que habiendo habido de mí la pasada respuesta a tus razones, no sé qué piensas más sacar de mi amor de lo que entonces te mostré. Desvía estos vanos y locos pensamientos de ti, porque mi honra y persona estén sin detrimento de mala sospecha seguras. A esto fué aquí mi venida, a dar concierto en tu despedida y mi reposo. No quieras poner mi fama en la balanza de las lenguas maldicientes.

CALISTO

A los corazones aparejados, con apercibimiento recio contra las adversidades, ninguna puede venir que pase de claro en claro la fuerza de su muro. Pero el triste que desarmado, y sin prever los engaños y celadas, se vino a meter por las puertas de tu seguridad, cualquiera cosa que en contrario vea es razón que me atormente, y pase rompiendo todos los almacenes en que la dulce nueva estaba aposentada. ¡Oh malaventurado Calisto! ¡Oh cuán burlado has sido de tus sirvientes! ¡Oh engañosa mujer Celestina! ¡Dejárasme acabar de morir, y no tornaras a vivificar mi esperanza para que tuviese más que gastar el fuego que ya me aqueja! ¿Por qué falsaste la palabra desta mi señora? ¿Por qué has así dado con tu lengua causa a mi desesperación? ¿A qué me mandaste aquí venir para que me fuese mostrado el disfavor, el entredicho, la

desconfianza, el odio, por la misma boca desta que tiene las llaves de mi perdición y gloria? ¡Oh enemiga! ¿Y tú, no me dijiste que esta mi señora me era favorable? ¿No me dijiste que de su grado mandaba venir este su cautivo al presente lugar? No para me desterrar nuevamente de su presencia, pero para alzar el destierro ya por otro su mandamiento puesto antes de ahora. ¿En quién hallaré yo fe? ¿A dónde hay verdad? ¿Quién carece de engaño? ¿A dónde no moran falsarios? ¿Quién es claro enemigo? ¿Quién es verdadero amigo? ¿Dónde no se fabrican traiciones? ¿Quién osó darme tan cruda esperanza de perdición?

MELIBEA

Cesen, señor mío, tus verdaderas querellas, que ni mi corazón basta para las sufrir, ni mis ojos para lo disimular. Tú lloras de tristeza, juzgándome cruel; yo lloro de placer, viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo! ¡Cuánto más alegre me fuera poder ver tu faz que oir tu voz! Pero pues no se puede al presente más hacer, toma la firma y sello de las razones que te envié escritas en la lengua de aquella solícita mensajera. Todo lo que te dijo confirmo; todo lo he por bueno. Limpia, señor tus ojos; ordena de mí a tu voluntad.

CALISTO

¡Oh señora mía! Esperanza de mi gloria, descanso y alivio de mi pena, alegría de mi corazón; ¿qué lengua será bastante para te dar iguales gracias a la sobrada e incomparable merced que en este punto de tanta congoja para mí me has querido hacer? ¡En querer que un flaco e indigno hom-

bre pueda gozar de tu suavísimo amor, del cual, aunque muy deseoso, siempre me juzgaba indigno, mirando tu grandeza, considerando tu estado, remirando tu perfección, contemplando tu gentileza, acatando mi poco merecer y tu alto merecimiento, tus extremadas gracias, tus loadas y manifiestas virtudes! Pues, ¡oh alto Dios! ¿cómo te podré ser ingrato, que tan milagrosamente has obrado conmigo tus singulares maravillas? ¡Oh cuántos días, antes de ahora pasados, me fué venido este pensamiento a mi corazón, y por imposible lo rechazaba de mi memoria, hasta que ya los rayos ilustrantes de tu muy claro gesto dieron luz en mis ojos, encendieron mi corazón, despertaron mi lengua, estendieron mi merecer, acortaron mi cobardía, destorcieron mi encogimiento, doblaron mis fuerzas, desadormecieron mis pies y manos; finalmente, me dieron tal osadía, que me han traído con su mucho poder a este sublimado estado en que ahora me veo, oyendo de grado tu suave voz. La cual si antes de ahora no conociese y no sintiese tus saludables olores, no podría creer que careciesen de engaño tus palabras. Pero como soy cierto de tu limpieza de sangre y hechos, me estoy remirando si soy yo, Calisto, a quien tanto bien se le hace.

MELIBEA

Señor Calisto, tu mucho merecer, tus extremadas gracias, tu alto nacimiento han obrado, que después que de ti hube entera noticia, ningún momento de mi corazón te partieses; y aunque muchos días he pugnado por lo disimular, no he podido tanto, que en tornándome aquella mujer tu

dulce nombre a la memoria no descubriese mi deseo, y viniese a este lugar y tiempo, donde te suplico ordenes y dispongas de mi persona según querrás. Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta.

CALISTO

¿Cómo, señora mía, y mandas que consienta á un palo impedir nuestro gozo? Nunca yo pensé que demás de tu voluntad lo pudiera cosa estorbar. ¡Oh molestas y enojosas puertas! Ruego a Dios que tal fuego os abrase como a mí da guerra; que con la tercia parte seríades en un punto quemadas. Pues, por Dios, señora mía, permite que llame a mis criados para que las quiebren.

PARMENO

¿No oyes, no oyes, Sempronio? A buscarnos quiere venir para que nos den mal año. No me agrada cosa esta venida; en mal punto creo que se empezaron estos amores; yo no espero más aquí.

SEMPRONIO

Calla, calla, escucha, que ella no consiente que vamos allá.

MELIBEA

¿Quieres, amor mío, perderme a mí y dañar mi fama? No sueltes las riendas a la voluntad; la esperanza es cierta, el tiempo breve cuanto tú ordenares. Y pues tú sientes tu pena sencilla y yo la de entrambos; tú solo dolor, yo el tuyo y el mío, conténtate con venir mañana a esta hora por las paredes de mi huerto: que si ahora quebrases las crue-

les puertas, aunque al presente no fuésemos sentidos, amanecería en casa de mi padre terrible sospecha de mi yerro. Y pues sabes que tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, en un punto sería por la ciudad publicado.

SEMPRONIO

Enhoramala acá esta noche venimos: aquí nos ha de amanecer, según el espacio que nuestro amo lo toma; que aunque más la dicha nos ayude, nos han en tanto tiempo de sentir de su casa o vecinos.

PARMENO

Ya ha dos horas que te requiero que nos vamos, que no faltará un achaque.

CALISTO

¡Oh mi señora y mi bien todo! ¿Por qué llamas yerro aquello que por los santos de Dios me fué concedido? Rezando hoy ante el altar de la Magdalena me vino con tu mensaje alegre aquella solícita mujer.

PARMENO

¡Desvariar, Calisto, desvariar! Por fe tengo, hermano, que no es cristiano. Lo que la vieja traidora con sus pestíferos hechizos ha rodeado y hecho, dice que los santos de Dios se lo han concedido e impetrado, y con esta confianza quiere quebrar las puertas; y no habrá dado el primer golpe, cuando sea sentido y tomado por los criados de su padre, que duermen.

SEMPRONIO

Ya no temas, Parmeno, que harto desviados estamos. En sintiendo bullicio, el buen huir nos ha

de valer. Déjale hacer, que si mal hiciere, él lo pagará.

PARMENO

Bien hablas, en mi corazón estás, así se haga, huyamos la muerte, que somos mozos; que no querer morir ni matar no es cobardía, sino buen natural. Estos escuderos de Pleberio son locos; no desean tanto comer ni dormir como cuestiones y ruidos: pues más locura sería esperar pelea con enemigo que no ama tanto la victoria y vencimiento como la continua guerra y contienda. ¡Oh si me vieses, hermano, como estoy, placer habrías! A medio lado, abiertas las piernas, el pie izquierdo adelante puesto en huída, las faldas en la cinta, la adarga arrollada y so el sobaco, porque no me empache; que por Dios que creo corriese como un gamo, según el temor tengo de estar aquí.

SEMPRONIO

Mejor estoy yo, que tengo liado el broquel y el espada con las correas porque no se me caigan al correr, y el casquete en la capilla.

PARMENO

¿Y las piedras que traías en ella?

SEMPRONIO

Todas las vertí por ir más liviano, que harto tengo que llevar en estas corazas que me hiciste vestir por importunidad; que bien las rehusaba de traer, porque me parecían para huir muy pesadas. Escucha, escucha, ¿oyes, Parmeno? A malas andan; muertos somos. Bota presto, echa hacia casa de Celestina, no nos atajen por nuestra casa.

PARMENO

Huye, huye, que corres poco. ¡Oh pecador de mí! Sí nos han de alcanzar, deja broquel y todo.

SEMPRONIO

¿Si han muerto ya a nuestro amo?

PARMENO

No sé, no me digas nada; corre y calla, que el menor cuidado mío es ese.

SEMPRONIO

Ce, ce, Parmeno, torna, torna callando, que no es sino la gente del alguacil que pasaba haciendo estruendo por la otra calle.

PARMENO

Míralo bien: no te fíes en los ojos, que se antoja muchas veces uno por otro. No me habían dejado gota de sangre: tragada tenía ya la muerte, que me parecía que me iban dando en estas espaldas golpes. En mi vida me acuerdo haber tan gran temor ni verme en tal afrenta, aunque he andado por casas ajenas harto tiempo y en lugares de harto trabajo: que nueve años serví a los frailes de Guadalupe, que mil veces nos apuñeábamos yo y otros; pero nunca como esta vez hube miedo de morir.

SEMPRONIO

¿Y yo no serví al cura de San Miguel, y al mesonero de la plaza, y a Mollejas el hortelano? Y también yo tenía mis cuestiones con los que tiraban piedras a los pájaros que asentaban en un álamo grande que tenía, porque dañaban la hortaliza. Pero guárdete Dios de verte con armas, que aquel es verdadero temor; no en balde dicen: cargado

de hierro, cargado de miedo. Vuelve, vuelve, que el alguacil es cierto.

MELIBEA

Señor Calisto, ¿qué es eso que en la calle sueña? Parece voces de gente que van en huída. Por Dios, mírate, que estás a peligro.

CALISTO

Señora, no temas, que a buen seguro vengo; los míos deben ser, que son unos locos, y desarman a cuantos pasan, y huiráles alguno.

MELIBEA

¿Son muchos los que traes?

CALISTO

No, sino dos; pero aunque sean seis sus contrarios, no recibirán mucha pena para les quitar las armas y hacerlos huir según su esfuerzo: escogidos son, señora, que no vengo a lumbre de pajas. Si no fuese por lo que a tu honra toca, pedazos harían estas puertas; y si sentidos fuésemos, a ti y a mí librarían de toda la gente de tu padre.

MELIBEA

¡Oh, por Dios, no se acometa tal cosa! Pero mucho placer tengo que de tan fiel gente andes acompañado; bien empleado es el pan que tan esforzados sirvientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la natura les quiso dar, sean de ti bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto; y cuando sus osadías y atrevimientos les corrigieres, a vueltas del castigo mezcla favor, porque los ánimos esforzados no sean con encogimiento diminutos e irritados en el osar a sus tiempos.

PARMENO

Ce, ce, señor quítate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conocido, que no hay donde te metas.

CALISTO

¡Oh mezquino yo, y cómo es forzado, señora, partirme de ti! Por cierto temor de la muerte no obrara tanto, como el de tu honra. Pues que así es, los ángeles queden con tu presencia; mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIBEA

Así sea, y vaya Dios contigo.

PLEBERIO

Señora mujer, ¿duermes?

ALISA

Señor, no.

PLEBERIO

¿No oyes bullicio en el retraimiento de tu hija?

ALISA

Sí oyo. ¡Melibea, Melibea!

PLEBERIO

No te oye; yo la llamaré más recio. ¡Hija mía, Melibea!

MELIBEA

Señor.

PLEBERIO

¿Quién da patadas y hace bullicio en tu cámara?

MELIBEA

Señor, Lucrecia es, que salió por un jarro de agua para mí, que había gran sed...

PLEBERIO

Duerme, hija, que pensé que era otra cosa.

LUCRECIA

Poco estruendo los despertó, con gran pavor hablaban.

MELIBEA

No hay tan manso animal, que con amor o temor de sus hijos no asperece: pues ¿qué harían si mi cierta salida supiesen?

CALISTO

Cerrad esa puerta, hijos, y tú Parmeno, sube una vela arriba.

SEMPRONIO

Debes, señor, reposar y dormir esto que queda de aquí al día.

CALISTO

Pláceme, que bien lo he menester. ¿Qué te parece, Parmeno, de la vieja que tú me desalabas, qué obra ha salido de sus manos? ¿Qué fuera hecha sin ella?

PARMENO

Ni yo sentía tu gran pena, ni conocía la genti-

leza y merecimiento de Melibea: y así no tengo culpa. Conocía a Celestina y sus mañas, avisábate como a señor; pero ya me parece que es otra; todas las ha mudado.

CALISTO

Y ¿cómo mudado?

PARMENO

Tanto, que si no lo hubiese visto, no lo creería; mas así vivas tú como es verdad.

CALISTO

Pues ¿habéis oído lo que con aquella mi señora he pasado? ¿Qué hacíades? ¿Teníades temor?

SEMPRONIO

¿Temor, señor? ¡Qué! Por cierto todo el mundo no nos lo hiciera tener. Hallado habías los temerosos: allí estuvimos esperándote muy aparejados, y nuestras armas muy a mano.

CALISTO

¿Habéis dormido algún rato?

SEMPRONIO

¿Dormir, señor? ¡Dormilones son los mozos! Nunca me asenté ni aun junté por Dios los pies, mirando a todas partes, para en sintiendo por qué saltar presto, y hacer todo lo que mis fuerzas me ayudaran. Pues Parmeno, que te parecía que no te servía hasta aquí de buena gana, así se holgó cuando vido los de las hachas, como lobo cuando siente polvo de ganado, pensando poder quitárselas hasta que vido que eran muchos.

CALISTO

No te maravilles, que procede de su natural ser osado, y aunque no fuese por mí, haríalo porque

no pueden los tales venir contra su uso, que aunque muda el pelo la raposa, su natural no despoja. Por cierto, yo dije a mi señora Melibea lo que en vosotros hay, y cuán seguras tenía mis espaldas con vuestra ayuda y guarda. Hijos, en mucho cargo os soy; rogad a Dios por mi salud, que yo os galardonaré más cumplidamente vuestro servicio. Id con Dios a reposar.

PARMENO

¿A dónde iremos, Sempronio? ¿A la cama a dormir, o a la cocina a almorzar?

SEMPRONIO

Ve tú donde quisieres, que antes que venga el día quiero yo ir a Celestina a cobrar mi parte de la cadena; que es una puta vieja: no le quiero dar tiempo que fabrique alguna ruindad con que nos excluya.

PARMENO

Bien dices, olvidado lo había. Vamos entrambos, y si en eso se pone, espantémosla de manera que le pese; que sobre dineros no hay amistad.

SEMPRONIO

¡Ce, ce! Calla, que duerme cabe esta ventanilla. Ta, ta, señora Celestina, ábrenos.

CELESTINA

¿Quién llama?

SEMPRONIO

Abre, que son tus hijos.

CELESTINA

No tengo yo hijos que anden a tal hora.

SEMPRONIO

Abrenos a Parmeno y Sempronio, que nos venimos acá almorzar contigo.

CELESTINA

¡Oh locos traviesos! Entrad, entrad; ¿cómo venis a tal hora, que ya amanece? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué os ha pasado? ¿Despidióse la esperanza de Calisto, o vive todavía con ella, o cómo queda?

SEMPRONIO

¿Cómo, madre? Si por nosotros no fuera, ya anduviera su alma buscando posada para siempre; que si estimarse pudiese a lo que de allí nos queda obligado, no sería su hacienda bastante a cumplir la deuda, si verdad es lo que dicen, que la vida y la persona es más digna y de más valor que otra cosa ninguna.

CELESTINA

¡Jesú! ¿qué, en tanta afrenta os habéis visto? Cuéntamelo, por Dios.

SEMPRONIO

Mira qué tanta; que por mi vida la sangre me hierve en el cuerpo en tornarlo a pensar.

CELESTINA

Reposa, por Dios, y dímelo.

PARMENO

Cosa larga le pides, según venimos alterados y

cansados del enojo que habemos habido. Harías mejor aparejarnos a él y a mí de almorzar, quizá nos amansaría algo la alteración que traemos; que cierto te digo, que no querría yo topar hombre que paz quisiese. Mi gloria sería ahora hallar en quién vengar la ira, que no pude en los que nos la causaron, por su mucho huir.

CELESTINA

¡Landre me mate si no me espanto en verte tan fiero! Creo que burlas. Dímelo ahora, Sempronio, tú, por mi vida: ¿qué os ha pasado?

SEMPRONIO

Por Dios, sin seso vengo, desesperado; aunque para contigo por demás es no templar la ira y todo enojo, y mostrar otro semblante que con los hombres. Jamás me mostré poder mucho con los que poco pueden. Traigo, señora, todas las armas despedazadas, el broquel sin aro, la espada çomo sierra, el casquete abollado en la capilla; que no tengo con qué salir paso con mi amo, cuando menester me haya, que quedó concertado de ir esta noche que viene a verse porel huerto. Pues ¿comprarlo de nuevo? No mando un maravedí, en que caiga muerto.

CELESTINA

—Pídelo, hijo, á tu amo, pues en su servicio se gastó y quebró; pues sabes que es persona que luego lo cumplirá, que no es de los que dicen, vive conmigo, y busca quien te mantenga: él es tan franco, que te dará para eso y para más.

SEMPRONIO

¡Ah!, trae también Parmeno perdidas las suyas; a este cuento, en armas se le irá su hacienda.

¿Cómo quieres que le sea tan importuno en pedirle más de lo que él de su propio grado hace, pues es harto? No digan por mí que dando un palmo pido cuatro. Diónos las cien monedas; diónos después la cadena. A tres tales aguijones no terná cera en el oído. Caro le costaría este negocio: contentémonos con lo razonable, no lo perdamos todo por querer más de la razón; que quien mucho abarca poco suele apretar.

CELESTINA

¡Gracioso es el asno! Por mi vejez, que si sobre comer fuera, que dijera que habíamos todos cargado demasiado. ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que hacer tu galardón con mi salario, tu soldada con mis mercedes? ¿Soy yo obligada á soldar vuestras armas, a cumplir vuestras faltas? A osadas que me maten, si no te has asido a una palabrilla que te dije el otro día, viniendo por la calle, que cuanto yo tenía era tuyo, y que cuanto pudiese, con mis pocas fuerzas jamás te faltaría, y que si Dios me diese buena manderecha con tu amo, que tú no perderías nada. Pues ya sabes, Sempronio, que estos ofrecimientos, estas palabras de buen amor no obligan: no ha de ser oro cuanto reluce, si no, más barato valdría. Dime, ¿estoy en tu corazón, Sempronio? Verás si aunque soy vieja, si acierto lo que tú puedes pensar. Tengo, hijo en buena fe más pesar, que se me quiere salir esta alma de enojo: di a esta loca de Elicia cómo vine de tu casa, la cadenilla que traje para que se holgase con ella, y no se puede acordar dónde la puso; que en toda esta noche ella ni yo no habemos dor-

mido sueño, de pesar: no por su valor de la cadena, que no era mucho; pero por su mal cobro della y de mi mala dicha. Entraron unos conocidos y familiares míos en aquella sazón aquí: temo no la hayan llevado diciendo, si te vi, burléme, etcétera. Así que, hijos, ahora que quiero hablar con entrambos: si algo vuestro amo a mí me dió, debéis mirar que es mío, que de tu jubón de brocado no te pedí yo parte ni la quiero. Sirvamos todos, que a todos dará según viere que lo merece; que si me ha dado algo, dos veces he puesto por él mi vida al tablero. Más herramienta se me ha embotado en su servicio, que a vosotros; más materiales he gastado. Pues habéis de pensar, hijos, que todo me cuesta dinero, y aun mi saber, que no lo he alcanzado holgando; de lo cual fuera buen testigo su madre de Parmeno, Dios haya su alma. Esto trabajé yo, a vosotros se os debe esotro; esto tengo yo por oficio y trabajo, vosotros por recreación y deleite. Pues así, no habéis vosotros de haber igual galardón de holgar, que yo de pensar; pero aun con todo lo que he dicho, no os despidáis si mi cadena parece, de sendos pares de calzas de grana, que es el hábito que mejor en los mancebos parece; y si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida; y todo esto de buen amor, porque holgastes que hubiese yo antes el provecho destos pasos que no otra; y si no os contentardes de vuestro daño haréis.

SEMPRONIO

No es esta la primera vez que yo he dicho cuán-

to en los viejos reina este vicio de codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta. Así que adquiriendo crece la codicia, y la pobreza codiciando; y ninguna cosa hace pobre al avariento, sino la riqueza. ¡Oh, Dios, y cómo crece la necesidad con la abundancia! Quien la oyó esta vieja decir que me llevase yo todo el provecho, si quisiese, deste negocio, pensando que sería poco; ahora que lo ve crecido, no quiere dar nada, por cumplir el refrán de los niños, que dicen: de lo poco, poco; de lo mucho, nada.

PARMENO

Dete lo que prometió, o tomémoselo todo. Harto te decía yo quién era esta vieja, si tú me creyeras.

CELESTINA

Si mucho enojo traéis con vosotros, o con vuestro amo o armas, no lo quebréis en mí; que bien sé dónde nace esto; bien sé y barrunto de qué pie coqueais. No cierto de la necesidad que tenéis de lo que pedís, ni aun por la mucha codicia que lo tenéis, sino pensando que os he de tener toda vuestra vida atados y cautivos con Elicia y Areusa, sin quereros buscar otras. Movéisme estas amenazas de dinero, ponéisme esos temores de la partición; pues callad, que quien éstas os supo acarrear, os dará otras diez. Ahora, que hay más conocimiento y más razón, y más merecido de vuestra parte. Y si sé cumplir lo que prometo en este caso, dígalo Parmeno: dilo, dilo, no hayas empacho de contar cómo nos pasó cuando a la otra dolía la madre.

SEMPRONIO

Yo dígole que se vaya, y abájase las bragas: no ando por lo que piensas; no entremetas burlas á nuestra demanda, que con ese galgo no tomarás, si yo puedo, más liebres; déjate conmigo de razones; a perro viejo no cuz cuz; danos las dos partes por cuenta de cuanto de Calisto has recibido, no quieras que se descubra quién tú eres. ¡A los otros, a los otros con esos halagos, vieja!

CELESTINA

¿Quién soy yo, Sempronio? ¿Quitásteme de la putería? Calla tu lengua, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco, de mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan; si bien o mal vivo, Dios es el testigo de mi corazón; no pienses en tu ira maltratarme, que justicia hay para todos; a todos es igual: también seré oída, aunque mujer, como vosotros muy peinados. Dejadme en mi casa con mi fortuna; y tú, Parmeno, no pienses que soy tu cautiva por saber mis secretos y mi pasada vida, y los casos que nos acaecieron a mí y a la desdichada de tu madre. Y aun así me trataba ella cuando Dios quería.

PARMENO

No me hinches las narices con esas memorias; si no, enviarte he con nuevas a ella, donde mejor te puedas quejar.

CELESTINA

¡Elicia, Elicia, levántate de esa cama, daca mi manto presto! que, por los santos de Dios, para aquella justicia me vaya bramando como una loca. ¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y braveza? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años? Allá, allá, con los hombres como vosotros, contra los que ciñen espada mostrad vuestras iras, no contra mi flaca rueca. Señal es de gran cobardía acometer a los menores y a los que poco pueden: las sucias moscas nunca pican sino a los bueyes magros y flacos; los gozques ladradores a los pobres peregrinos aquejan con mayor ímpetu. Si aquella que allí está en aquella cama me hubiese a mí creído, jamás quedaría esta casa de noche sin varón, ni durmiéramos a lumbre de pajas; pero por aguardarte, por serte fiel, padecemos esta soledad; y como nos veis mujeres, habláis y pedís demasías; lo cual, si hombre sintiésedes en la posada, no haríades. Que como dicen: el duro adversario entibia las iras y sañas.

SEMPRONIO

¡Oh, vieja avarienta, garganta muerta de sed por dinero! ¿No serás contenta con la tercia parte de lo ganado?

CELESTINA

¿Qué tercia parte? Vete con Dios de mi casa tú y esotro, no dé voces, no allegue la vecindad; no me hagáis salir de seso; no queráis que salgan a la plaza las cosas de Calisto y vuestras.

SEMPRONIO

¡Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste, o cumplirán hoy tus días!

ELICIA

¡Mete, por Dios, la espada! ¡Tenle, Parmeno, tenle, no la mate ese desvariado!

CELESTINA

¡Justicia, justicia, señores vecinos, justicia! ¡que me matan en mi casa estos rufianes!

SEMPRONIO

¿Rufianes, o qué? Espera, doña hechicera, que yo te haré ir al infierno con cartas.

CELESTINA

¡Ay, que me ha muerto! ¡Ay, ay! ¡Confesión, confesión!

PARMENO

Dale, dale, acábala, pues comenzaste, que nos sentirán; muera, muera; de los enemigos los menos.

CELESTINA

¡Confesión!

ELICIA

¡Oh, crueles enemigos! En mal poder os veais: ¿y para quién tuvisteis manos? Muerta es mi madre y mi bien todo.

SEMPRONIO

Huye, huye, Parmeno, que carga mucha gente. Guarte, guarte, que viene el alguacil.

PARMENO

¡Oh, pecador de mí! que no hay por dó nos vamos, que está tomada la puerta.

SEMPRONIO

Saltemos destas ventanas; no muramos en poder de justicia.

PARMENO

Salta, que tras ti voy.

ACTO TRECENO

ARGUMENTO DEL TRECENO ACTO.

Despertando Calisto de dormir, está hablando consigo mismo. Dende un poco está llamando a Tristán y a otros sus criados. Torna á dormir Calisto. Pónese Tristán á la puerta. Viene Sosia llorando. Preguntado de Tristán, Sosia cuéntale la muerte de Sempronio y Parmeno. Van a decir las nuevas a Calisto, el cual, sabiendo la verdad, hace grande lamentación.

Calisto, Tristán, Sosia

CALISTO

¡Oh, cómo he dormido tan a mi placer, después de aquel tan azucarado rato, después de aquel angélico razonamiento! Gran reposo he tenido. El sosiego y descanso ¿proceden de mi alegría, o causó el trabajo corporal mi mucho dormir, o la gloria y placer del ánimo? Y no me maravillo que lo uno y lo otro se juntasen a cerrar los candados de mis ojos, pues trabajé con el cuerpo y persona, y holgué con el espíritu y sentido la pasada noche. Muy cierto es que la tristeza acarrea pensamiento, y el mucho pensar impide el sueño, como a mí estos días es acaecido con la desconfianza que

tenía de la mayor gloria que ya poseo. ¡Oh, señora y amor mío, Melibea! ¿Qué piensas ahora? ¿Si duermes o estás despierta? ¿Si piensas en mí, o en otro? ¿Si estás levantada o acostada? ¡Oh, dichoso y bien andante Calisto, si es verdad que no ha sido sueño lo pasado! ¿Soñélo o no? ¿Fué fantaseado o pasó en verdad? Pues no estuve solo; mis criados me acompañaron, dos eran; si ellos dicen pasó en verdad, creerlo hé según derecho. Quiero mandarlos llamar para más firmar mi gozo. ¡Tristanico! ¡mozos! ¡Tristanico! ¡Levántate de ahí!

TRISTÁN

Señor, levantado estoy.

CALISTO

Corre, llama a Sempronio y a Parmeno.

TRISTÁN

Ya voy, señor.

CALISTO

Duerme y descansa, penado,
desde ahora,
pues te ama tu señora
de su grado;
vence placer al cuidado,
y no le vea,
pues te ha hecho su privado
Melibea.

TRISTÁN

Señor, no hay ningún mozo en casa.

CALISTO

Pues abre esas ventanas, verás qué hora es.

TRISTÁN

Señor, bien de día.

CALISTO

Pues tórnalas a cerrar. Y déjame dormir hasta que sea hora de comer.

TRISTÁN

Yo quiero bajarme a la puerta, porque duerma mi amo sin que ninguno le impida, y a cuantos le buscaren se le negaré. ¡Oh, qué grita suena en el mercado! ¿Qué es esto? Alguna justicia se hace, o madrugaron a correr toros. No sé qué me diga de tan grandes voces como se dan. De allá viene Sosia, el mozo de espuelas; él me dirá qué es esto. Desgreñado viene el bellaco, en alguna taberna se debe haber revolcado; y si mi amo le cae en el rastro, mandarle ha dar dos mil palos; que aunque es algo loco, la pena le hará cuerdo. Parece que viene llorando: ¿qué es esto, Sosia? ¿Por qué lloras? ¿De dó vienes?

SOSIA

¡Oh malaventurado yo, y qué pérdida tan grande! ¡Oh, deshonra de la casa de mi amo! ¡Oh, qué mal día amaneció éste! ¡Oh desdichados mancebos!

TRISTÁN

¿Qué es? ¿Qué has? ¿Por qué te matas? ¿Qué mal es éste?

SOSIA

Sempronio y Parmeno...

TRISTÁN

¿Qué dices, Sempronio y Parmeno? ¿Qué es esto, loco? Aclárate más, que me turbas.

SOSIA

Nuestros compañeros, nuestros hermanos...

TRISTÁN

O tú estás borracho, o has perdido el seso, o traes alguna mala nueva. ¿No me dices qué es esto que dices destos mozos?

SOSIA

Que quedan degollados en la plaza.

TRISTÁN

¡Oh, mala fortuna la nuestra, si es verdad! ¿Vístelos cierto o habláronte?

SOSIA

Ya sin sentido iban; pero el uno con harta dificultad, como me sintió que con lloro le miraba, hincó los ojos en mí, alzando las manos al cielo, cuasi dando gracias a Dios, y como preguntándome qué sentía de su morir; y en señal de triste despedida abajó su cabeza con lágrimas en los ojos, dando bien a entender que no me había de ver más hasta el día del gran juicio.

TRISTÁN

No sentiste bien; que sería preguntarte si estaba presente Calisto. Y pues tan claras señas traes deste cruel dolor, vamos presto con las tristes nuevas a nuestro amo.

SOSIA

¡Señor, señor!

CALISTO

¿Qué es eso, locos? ¿No os mandé que no me recordásedes?

SOSIA

Recuerda y levanta, que si tú no vuelves por los tuyos, de caída vamos. Sempronio y Parmeno quedan descabezados en la plaza, como públicos malhechores, con pregones que manifiestan su delito.

CALISTO

¡Oh válasme Dios! ¿Y qué es esto que me dices? No sé si te crea tan acelerada y triste nueva. ¿Vístelos tú?

SOSIA

Yo los ví.

CALISTO

Cata, mira qué dices, que esta noche han estado conmigo.

SOSIA

Pues madrugaron a morir.

CALISTO

¡Oh mis leales criados! ¡Oh mis grandes servidores! ¡Oh mis fieles secretarios y consejeros! ¿Puede ser tal cosa verdad? ¡Oh amenguado Calisto! Deshonrado quedas para toda tu vida. ¿Qué será de tí, muertos tal par de criados? Díme por Dios, Sosia, ¿qué fué la causa? ¿Qué decía el pregón? ¿Dónde los tomaron? ¿Qué justicia lo hizo?

SOSIA

Señor, la causa de su muerte publicaba el cruel

verdugo a voces, diciendo: Manda la justicia que mueran los violentos matadores.

CALISTO

¿A quién mataron tan presto? ¿Qué puede ser esto? No ha cuatro horas que de mí se despidieron. ¿Cómo se llamaba el muerto?

SOSIA

Señor, una mujer que se llamaba Celestina.

CALISTO

¿Qué me dices?

SOSIA

Esto que oyes.

CALISTO

Pues si eso es verdad, mátame tú a mí, yo te perdono; que más mal hay que viste ni puedes pensar, si Celestina, la de la cuchillada, es la muerta.

SOSIA

Ella misma es: de más de treinta estocadas la ví llagada, tendida en su casa, llorándola una su criada.

CALISTO

¡Oh tristes mozos! ¿Cómo iban? ¿Viéronte? ¿Habláronte?

SOSIA

¡Oh señor! que si los vieras, quebraras el corazón de dolor. El uno llevaba todos los sesos de la cabeza de fuera sin ningún sentido: el otro quebrados entrambos brazos y la cara magullada; todos llenos de sangre: que saltaron de unas ventanas muy altas por huir del aguacil, y así casi muertos les cortaron las cabezas, que creo que ya no sintieron nada.

CALISTO

Pues yo bien siento mi honra. Pluguiera a Dios que fuera yo ellos, y perdiera la vida y no la honra, y no la esperanza de conseguir mi comenzado propósito, que es lo que más en este caso desastrado siento. ¡Oh mi triste nombre y fama, cómo andas al tablero de boca en boca! ¡Oh mis secretos más secretos, cuán públicos andaréis por las plazas y mercados! ¿Qué será de mí? ¿Adónde iré? ¿Que salga allá? A los muertos no puedo ya remediar. ¿Que me esté aquí? Parecerá cobardía. ¿Qué consejo tomaré? Díme, Sosia, ¿qué era la causa por que la mataron?

SOSIA

Señor, aquella su criada, dando voces, llorando su muerte, la publicaba a cuantos la querían oir, diciendo que porque no quiso partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

CALISTO

¡Oh día de congoja! ¡Oh fuerte tribulación! ¡Y en qué anda mi hacienda de mano en mano, y mi nombre de lengua en lengua! Todo será público cuanto con ella y con ellos hablaba, cuanto de mi sabían, el negocio en que andaban; no osaré salir entre gentes. ¡Oh pecadores de mancebos, padecer por tan súpito desastre! ¡Oh mi gozo, cómo te vas disminuyendo! Proverbio es antiguo, que de muy alto grandes caídas se caen. Mucho había anoche alcanzado: mucho tengo hoy perdido. Rara es la bonanza en el piélago. Yo estaba en título de alegre, si mi ventura quisiera tener quedos los ondosos vientos de mi perdición. ¡Oh fortuna, cuánto

y por cuántas partes me has combatido! Pues por más que sigas mi morada, y seas contraria a mi persona, las adversidades con igual ánimo se han de sufrir, y en ellas se prueba el corazón recio o flaco. No hay mejor toque para conocer qué quilates de virtud o esfuerzo tiene el hombre; pues por más mal y daño que me venga, no dejaré de cumplir el mandato de aquella por quien todo esto se ha causado; que más me va en conseguir la ganancia de la gloria que espero, que en la pérdida de morir los que murieron. Ellos eran sobrados y esforzados; ahora o en otro tiempo de pagar habían. La vieja era mala y falsa, según parece que hacía trato con ellos y así que riñeron sobre la capa del justo. Permisión fué divina, que así acabase en pago de muchos adulterios que por su intercesión o causa son cometidos. Quiero hacer aderezar a Sosia y a Tristanico, irán conmigo este tan esperado camino. Llevarán escalas, que son muy altas las paredes. Mañana haré que vengo de fuera, si pudiere vengaré estas muertes; si no, purgaré mi inocencia con mi fingida ausencia, o me fingiré loco, por mejor gozar deste sabroso deleite de mis amores, como hizo aquel gran capitán Ulises por evitar la batalla troyana, y holgar con Penélope su mujer.

ACTO CATORCENO

ARGUMENTO DEL CATORCENO ACTO

Está Melibea muy afligida hablando con Lucrecia sobre la tardanza de Calisto, el cual le había hecho voto de venir en aquella noche a visitarla, lo cual cumplió, y con él vinieron Sosia y Tristán. Y después que cumplió su voluntad, volvieron todos á la posada, y Calisto se retrae en su palacio, y quéjase por haber estado tan poca cantidad de tiempo con Melibea, y ruega á Febo que cierre sus rayos, para haber de restaurar su deseo.

MELIBEA, LUCRECIA, SOSIA, TRISTÁN, CALISTO

MELIBEA

Mucho se tarda aquel caballero que esperamos: ¿qué crees tú o sospechas de su estada, Lucrecia?

LUCRECIA

Señora, que tiene justo impedimento, y que no es en su mano venir más presto.

MELIBEA

Los ángeles sean en su guarda, su persona esté sin peligro, que su tardanza no me es pena. Mas, cuitada, pienso muchas cosas que desde su casa acá le podrían acaecer. ¿Quién sabe si él, con voluntad de venir al prometido plazo, en la forma que los tales mancebos a las tales horas suelen andar, fué

topado de los alguaciles noturnos y sin le conocer le han acometido, el cual por se defender los ofendió, o es dellos ofendido? ¿O por si por caso los ladradores perros con sus crueles dientes, que ninguna diferencia saben hacer, ni acatamiento de personas, le hayan mordido? ¿O si ha caído en alguna calzada o hoyo, donde algún daño le viniese? Mas ¡oh mezquina de mí! ¿Qué son estos inconvenientes que el concebido amor me pone delante, y los atribulados imaginamientos me acarrean? No plega a Dios que ninguna cosa destas sea, antes esté cuanto le placerá sin verme. Mas escucha, que pasos suenan en la calle, y aun parece que hablan destotra parte del huerto.

SOSIA

Arrima esa escalera, Tristán, que este es el mejor lugar, aunque alto.

TRISTÁN

Sube, señor: yo iré contigo, porque no sabemos quién está dentro; hablando están.

CALISTO

Quedaos, locos, que yo entraré solo, que a mi señora oigo.

MELIBEA

Es tu sierva, es tu cautiva, es la que más tu vida

que la suya estima. ¡Oh mi señor! No saltes de tan alto, que me moriré en verlo; baja, baja poco a poco por el escala, no vengas con tanta presura.

CALISTO

¡Oh angélica imágen! ¡Oh preciosa perla, ante quien el mundo es feo! ¡Oh mi señora y mi gloria! En mis brazos te tengo y no lo creo. Mora en mi persona tanta turbación de placer, que me hace no sentir todo el gozo que poseo.

MELIBEA

Señor mío, pues me fié en tus manos, pues quise cumplir tu voluntad, no sea de peor condición por ser piadosa que si fuera esquiva y sin misericordia; no quieras perderme por tan breve deleite y en tan poco espacio; las malhechas cosas, después de cometidas, más presto se pueden reprender que enmendar. Goza de lo que yo gozo, que es ver y llegar a tu persona: no pidas ni tomes aquello que tomado no será en tu mano volver. Guarte, señor, de dañar lo que con todos tesoros del mundo no se restaura.

CALISTO

Señora, pues por conseguir esta merced toda mi vida he gastado, ¿qué sería cuando me la diesen desechalla? Ni tú, señora, me lo mandarás, ni yo podría acabarlo conmigo. No me pidas tal cobardía; no es hacer tal cosa de ninguno que hombre sea, mayormente amando como yo. Nadando por este fuego de tu deseo toda mi vida, ¿no quieres que me arrime al dulce puerto a descansar de mis pasados trabajos?

MELIBEA

Por mi vida, que aunque hable tu lengua cuanto quisiere, no obren las manos cuanto pueden. Está quedo, señor mío: bástete, pues ya soy tuya, gozar de lo exterior, desto que es propio fruto de amadores; no me quieras robar el mayor don que la natura me ha dado. Cata, que del buen pastor es propio trasquilar sus ovejas y ganado; pero no destruirlo y estragarlo.

CALISTO

¿Para qué, señora? ¿Para que no esté queda mi pasión? ¿Para penar de nuevo? ¿Para tornar al juego de comienzo? Perdona, señora, a mis desvergonzadas manos, que jamás pensaron de tocar tu ropa con su indignidad y poco merecer; ahora gozan de llegar a tu gentil cuerpo y lindas y delicadas carnes.

MELIBEA

Apártate allá, Lucrecia.

CALISTO

¿Por qué, mi señora? Bien me huelgo que estén semejantes testigos de mi gloria.

MELIBEA

Yo no los quiero de mi yerro. Si pensara que tan desmesuradamente te habías de haber conmigo, no fiara mi persona de tu cruel conversación.

SOSIA

Tristán, bien oyes lo que pasa. ¡En qué términos anda el negocio.

TRISTÁN

Oigo tanto, que juzgo a mi amo por el más bienaventurado hombre que nació; y por mi vida, que aunque soy muchacho, que diese tan buena cuenta como mi amo.

SOSIA

Para con tal joya quien quiera se ternía manos; pero con su pan se la coma, que bien caro le cuesta: dos mozos entraron en la salsa destos amores.

TRISTÁN

Ya los tiene olvidados. ¡Dejaos morir sirviendo a ruines, haced locuras en confianza de su defensión! Viviendo con el conde, que no matase al hombre, me daba mi madre por consejo. Veslos a ellos alegres y abrazados, y sus servidores con harta mengua degollados.

MELIBEA

¡Oh mi vida y mi señor! ¿cómo has querido que pierda el nombre y corona de virgen por tan breve deleite? ¡Oh pecadora de mi madre! Si tal caso fueses sabidora, ¡cómo tomarías de grado tu muerte, y me la darías a mí por fuerza! ¡Cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! ¡Cómo sería yo fin quejosa de tus días! ¡Oh mi padre honrado, cómo he dañado tu fama, y dado causa y lugar a quebrantar tu casa! ¡Oh traidora de mí! ¿Cómo no miré primero el gran yerro que seguía de tu entrada, el peligro que esperaba?

SOSIA

Antes quisiera yo oirte esos milagros; todas sabéis esa oración, después que no puede dejar de ser hecho. ¡Y el bobo de Calisto que se lo escucha!

CALISTO

Ya quiere amanecer. ¿Qué es esto? No parece que ha una hora que estamos aquí, y da el reloj las tres.

MELIBEA

Señor, por Dios; pues ya todo queda por tí, pues ya soy tu dueña, pues ya no puedes negar mi amor, no me niegues tu vista de día pasando por mi puerta; de noche donde tú ordenares. Sea tu venida por este secreto lugar a la misma hora, porque siempre te espere apercibida del gozo con que quedo, esperando las venideras noches. Y por el presente te ve con Dios, que no serás visto, que hace muy oscuro, ni yo en casa sentida, que aun no amanece.

CALISTO

Mozos, poned la escala.

SOSIA

Señor, vesla aquí. Baja.

MELIBEA

Lucrecia, vente acá que estoy sola. Aquel señor mío es ido; conmigo deja su corazón: consigo lleva el mío. ¿Hasnos oído?

LUCRECIA

No, señora; durmiendo he estado.

SOSIA

Tristán, debemos ir callando, porque suelen levantarse a esta hora los ricos, los codiciosos de temporales bienes, los devotos de templos, monasterios e iglesias; los enamorados como nuestro amo, los trabajadores de los campos y labranzas, y los pastores que en este tiempo traen las ovejas a estos apriscos a ordeñar, y podría ser que cogiesen de pasada alguna razón, por do toda su honra y la de Melibea se turbase.

TRISTÁN

¡Oh simple rasca caballos! ¿Dices que callemos, y nombras su nombre della? Bueno eres para adalid, o para regir gente en tierra de moros de noche: así que prohibiendo permites; encubriendo, descubres; asegurando, ofendes; callando, voceas y pre-

gonas; preguntando, respondes. Pues tan sutil y discreto eres, ¿no me dirás en qué mes cae Santa María de Agosto, porque sepamos si hay harta paja en casa que comas hogaño?

CALISTO

Mis cuidados y los de vosotros no son todos unos. Entrad callando, no nos sientan en casa. Cerrad esa puerta, y vamos a reposar, que yo me quiero subir solo a mi cámara. Yo me desarmaré, id vosotros a vuestras camas.

CALISTO

¡Oh mezquino yo! ¡Cuánto me es agradable de mi natural la soledad y silencio y oscuridad! No sé si lo causa, que me vino a la memoria la traición que hice en me despartir de aquella señora que tanto amo, hasta que más fuera de día, o el dolor de mi deshonra. ¡Ay, ay! que esto es; esta herida es la que siento ahora que se ha resfriado, ahora que está helada la sangre que ayer hervía: ahora que veo la mengua de mi casa, la falta de mi servicio, la perdición de mi patrimonio, la infamia que tiene mi persona de la muerte que de mis criados se ha seguido. ¿Qué hice? ¿En qué me detuve? ¿Cómo me puedo sufrir, que no me mostré luego presente, como hombre injuriado, vengador, soberbio y acelerado de la manifiesta injusticia que me fué hecha? ¡Oh mísera suavidad desta brevísima vida! ¿Quién es de tí tan codicioso, que no

quiera más morir luego que gozar un año de vida denostado y prorrogarle con deshonra, corrompiendo la buena fama de los pasados? Mayormente que no hay hora cierta ni limitada, ni aun un solo momento. Deudores somos sin tiempo, contino estamos obligados a pagar luego. ¿Por qué no salí a inquirir siquiera la verdad de la secreta causa de mi manifiesta perdición? ¡Oh breve deleite mundano! ¡Cómo duran poco y cuestan mucho tus dulzores! No se compra tan caro el arrepentir. ¡Oh triste yo! ¿Cuándo se restaurará tan grande pérdida? ¿Qué haré? ¿Qué consuelo tomaré? ¿A quién descubriré mi mengua? ¿Por qué lo celo a los otros mis servidores y parientes? Tresquílanme en concejo y no lo saben en mi casa. Salir quiero; pero si salgo, para decir que he estado presente, es tarde; si ausente, es temprano; y para proveer amigos y criados antiguos, parientes y allegados, es menester tiempo, y para buscar armas y otros aparejos de venganza. ¡Oh cruel juez, y qué mal pago me has dado del pan que de mi padre comiste! Yo pensaba que pudiera con tu favor matar mil hombres sin temor de castigo. ¡Inícuo falsario, perseguidor de verdad, hombre de bajo suelo! Bien dirán por tí que te hizo alcalde mengua de hombres buenos. Miraras que tú y los que mataste, en servir a mis pasados y a mí, érades compañeros; mas cuando el vil está rico, no tiene pariente ni amigo. ¿Quién pensara que tú me habías de destruir? No hay cierto cosa más empecible que el incogitado enemigo. ¿Por qué quisiste que dijesen, del monte sale con que se

arde, y que crié cuervo que me sacase el ojo? Tú eres público delincuente, y mataste a los que son privados; y pues sabe que menor delito es el privado que el público, menor su utilidad según las leyes de Atenas disponen. Las cuales no son escritas con sangre; antes muestran que es menor yerro no condenar los malhechores, que punir los inocentes. ¡Oh cuán peligroso es seguir justa causa delante injusto juez! Cuanto más este exceso de mis criados que no carecía de culpa. Pues mira, si mal has hecho que hay sindicado en el cielo y en la tierra así que a Dios y al rey serás reo, y a mí capital enemigo. ¿Qué pecó el uno por lo que hizo el otro, que por sólo ser su compañero los mataste a entrambos? Pero ¿qué digo? ¿Con quién hablo? ¿Estoy en mi seso? ¿Qué es esto, Calisto? ¿Soñabas, duermes o velas? ¿Estás en pie o acostado? Cata que estás en la cámara. ¿No ves que el ofendedor no está presente? ¿Con quién lo has? Torna en tí; mira que nunca los ausentes se hallaron justos: oye a entrambas partes para sentenciar. ¿No ves tú que por ejecutar la justicia, no había de mirar amistad ni deudo ni crianza? ¿No miras que la ley tiene de ser igual a todos? Mira que Rómulo, el primer cimentador de Roma, mató a su propio hermano, porque la ordenada ley traspasó. Mira a Torcuato romano cómo mató a su hijo, porque excedió la tribunicia constitución. Otros muchos hicieron lo mismo. Considera que si aquí presente él estuviese, respondiera, que hacientes y consintientes merecen igual pena, aunque a entrambos matase por lo que el uno

pecó: y que si aceleró en su muerte, que era crimen notorio, y no eran necesarias muchas pruebas, y que fueron tomados en el acto del matar: que ya estaba el uno muerto de la caída que dió. Y también se debe creer que aquella lloradera moza que Celestina tenía en su casa le dió recia priesa con su triste llanto, y él por no hacer bullición, por no me difamar, por no esperar a que la gente se levantase y oyesen el pregón, del cual gran infamia se me seguía, los mandó justiciar tan de mañana; pues era forzoso el verdugo y voceador para la ejecución y su descargo. Lo cual todo, así como creo es hecho, antes le quedo deudor y obligado para cuanto viva, no como a criado de mi padre, pero como a verdadero hermano. Y puesto caso que así no fuese, puesto caso que no echase lo pasado a la mejor parte, acuérdate, Calisto, del gran gozo pasado; acuérdate de tu señora y tu bien todo. Y pues tu vida no tienes en nada por su servicio, no has de tener las muertes de otros; pues ningún dolor igualará con el recibido placer.

¡Oh mi señora y mi vida! Que jamás pensé en ausencia ofenderte, que parece que tengo en poca estima la merced que me has hecho. No quiero pensar en enojo; no quiero tener con la tristeza amistad. ¡Oh bien sin comparación! ¡Oh insaciable contentamiento! ¿Y cuánto pidiera yo más a Dios por premio de mis méritos, si algunos son en esta vida, de lo que alcanzado tengo? ¿Por qué no estoy contento? Pues no es razón ser ingrato a quien tanto bien me ha dado, quiérolo conocer, no quiero con enojo perder mi seso, porque per-

dido no caiga de tan alta posesión. No quiero otra honra ni otra gloria; no otras riquezas, no otro padre ni madre, no otros deudos, no parientes: de día estaré en mi cámara; de noche en aquel paraíso dulce, en aquel alegre verjel, entre aquellas suaves plantas y frescas verduras. ¡Oh noche de mi descanso, si fueses ya tornada! ¡Oh luciente Febo, date priesa a tu acostumbrado camino! ¡Oh deleitosas estrellas, apareceos antes de la continua orden! ¡Oh espacioso reloj, aún te vea yo arder en vivo fuego de amor! Que si tú esperases lo que yo, cuando des doce, jamás estarías arrendado a la voluntad del maestro que te compuso. Pues vosotros, invernales meses que ahora estáis escondidos: ¡viniésedes con vuestras muy cumplidas noches a trocarlas por estos prolijos días! Ya me parece haber un año que no he visto aquel suave descanso, aquel deleitoso refrigerio de mis trabajos. Pero ¿qué es lo que demando? ¿Qué pido, loco, sin sufrimiento? Lo que jamás fué, ni puede ser. No aprenden los cursos naturales a rodearse sin orden, que a todos es un igual curso, a todos un mismo espacio para muerte y vida, un limitado término a los secretos movimientos del alto firmamento celestial de los planetas y norte, de los crecimientos y mengua de la menstrua luna. Todo se rige con un freno igual, todo se mueve con igual espuela: cielo, tierra, mar, fuego, viento, calor, frío. ¿Qué me aprovecha a mí que dé doce horas el reloj de hierro, si no las ha dado el del cielo? Pues por mucho que madrugue, no amanece más aína.

Pero tú, dulce imaginación, tú que puedes, me acorre. Trae a mi fantasía la presencia angélica de aquella imágen luciente; vuelve a mis oídos el suave son de sus palabras: aquellos desvíos sin gana; aquel apártate allá, señor, no llegues a mí; aquel no seas descortés, que con sus rubicundos labios veía sonar; aquel no quieras mi perdición, que de rato en rato proponía; aquellos amorosos abrazos entre palabra y palabra; aquel soltarme y prenderme; aquel huir y allegarse; aquellos azucarados besos; aquella final salutación con que se me despidió. ¡Con cuánta pena salió por su boca! ¡con cuántos desperezos, con cuántas lágrimas, que parecían granos de aljófar, que sin sentir se le caían de aquellos claros y resplandecientes ojos!

SOSIA

Tristán, ¿qué te parece de Calisto, qué dormir ha hecho? Que son ya las cuatro de la tarde, y no nos ha llamado, ni ha comido.

TRISTÁN

Calla, que el dormir no quiere priesa. Demás desto aquéjale por una parte la tristeza de aquellos mozos, por otra le alegra el muy gran placer de lo que con su Melibea ha alcanzado. Así que dos tan recios contrarios verás qué tal paran un flaco sujeto do estuvieren aposentados.

SOSIA

¿Piénsaste tú que le penan a él mucho los

muertos? Si no le penase más a aquella que desde esta ventana veo yo ir por la calle, no llevaría las tocas de tal color.

TRISTÁN

¿Quién es, hermano?

SOSIA

Llégate acá, y verla has antes que trasponga. Mira aquella lutosa que se limpia ahora las lágrimas de los ojos: aquella es Elicia, criada de Celestina y amiga de Sempronio; una muy bonita moza, aunque queda ahora perdida la pecadora, porque tenía a Celestina por madre y a Sempronio por el principal de sus amigos; y aquella casa donde entra, allí mora una hermosa mujer, muy graciosa y fresca, enamorada, medio ramera; pero no se tiene por poco dichoso quien la alcanza tener por amiga sin grande escote, y llámase Areusa; por la cual sé yo que hubo el triste de Parmeno más de tres noches malas, y aun que no le place a ella con su muerte.

ACTO DECIMOQUINTO

ARGUMENTO DEL DECIMOQUINTO ACTO

Areusa dice palabras injuriosas a un rufian llamado Centurio, el cual se despide della por la venida de Elicia, la cual cuenta a Areusa las muertes que sobre los amores de Calisto y Melibea se habían ordenado; y conciértan Areusa y Elicia que Centurio haya de vengar la muerte de los tres en los dos enamorados. En fin, despídese Elicia de Areusa, no consintiendo en lo que le ruega, por no perder el buen tiempo que se daba, estando en su asueta casa.

AREUSA, CENTURIO, ELICIA

ELICIA

¿Qué vocear es éste de mi prima? Si ha sabido las tristes nuevas que yo le traigo, no habré yo las albricias de dolor que por tal mensaje se ganan. Llore, llore, vierta lágrimas, pues no se hallan tales hombres a cada rincón: pláceme que así lo siente; mese aquellos cabellos, como yo triste he hecho; sepa que perder buena vida es más trabajo que la misma muerte. ¡Oh cuánto más la quiero que hasta aquí por el gran sentimiento que muestra!

AREUSA

Véte de mi casa, rufián, bellaco, mentiroso, burlador, que me traes engañada, boba con tus ofertas vanas; con tus ronces y halagos, hasme robado cuanto tengo. Yo te di, bellaco, sayo y capa, espada y broquel, camisas de dos en dos, a las mil maravillas labradas; yo te di armas y caballo; púsete con señor que no lo merecías descalzar; ahora una cosa que te pido que por mí hagas pónesme mil achaques.

CENTURIO

Hermana mía, mándame tú matar con diez hombres por tu servicio, y no que ande una legua de camino a pie.

AREUSA

¿Por qué jugaste tú el caballo, tahur, bellaco? Que si por mí no hubiese sido estarías tú ya ahorcado. Tres veces te he librado de la justicia; cuatro veces desempeñado en los tableros; ¿por qué lo hago? ¿por qué soy loca? ¿por qué tengo fe con este cobarde? ¿por qué creo sus mentiras? ¿por qué le consiento entrar por mis puertas? ¿qué tiene bueno? Los cabellos crespos, la cara acuchillada, dos veces azotado, manco de la mano de la espada, treinta mujeres en la putería. ¡Salte luego de ahí! No te vea yo más; no me hables ni digas que me conoces: si no, por los huesos del padre que me hizo y de la madre que me parió, yo te haga dar mil palos en esas espaldas de molinero, que ya sabes que tengo quien lo sepa hacer, y hecho salirse con ello.

CENTURIO

¡Loquear, bobilla! Pues si yo me ensaño, alguna llorará. Mas quiero irme y sufrirte, que no sé quién entra, no nos oigan.

ELICIA

Quiero entrar, que no es son de buen llanto donde hay amenazas y denuestos.

AREUSA

¡Ay triste yo! ¿Eres tú, mi Elicia? Jesú, Jesú, no lo puedo creer: ¿qué es esto? ¿Quién te me cubrió de dolor? ¿Qué manto de tristeza es éste? Cata, que me espantas, hermana mía. Dime presto qué cosa es, que estoy sin tiento, ninguna gota de sangre me has dejado en mi cuerpo.

ELICIA

¡Gran dolor, gran pérdida! Poco es lo que muestro con lo que siento y encubro; más negro traigo el corazón que el manto, más negras las entrañas que la toca. ¡Ay hermana, hermana que no puedo hablar! No puedo de ronca sacar la voz del pecho.

AREUSA

¡Ay triste! ¿qué me tienes suspensa? Dímelo, no te meses, no te rasguñes ni maltrates. ¿Es común de entrambas este mal? ¿Tócame a mí?

ELICIA

¡Ay prima mía y mi amor! Sempronio y Parmeno ya no viven, ya no son en el mundo. Sus

ánimas ya están purgando su yerro; ya son libres desta triste vida.

AREUSA

¿Qué me cuentas? No me lo digas, calla por Dios, que me caeré muerta.

ELICIA

Pues más mal hay que suena. Oye a la triste, que te contará más quejas. Celestina, aquella que tú bien conociste, aquella que yo tenía por madre, aquella que me regalaba, aquella que me encubría, aquella con quien yo me honraba entre mis iguales, aquella por quien yo era conocida en toda la ciudad y arrabales, ya está dando cuenta de sus obras. Mil cuchilladas le vi dar a mis ojos: en mi regazo me la mataron.

AREUSA

¡Oh fuerte tribulación! ¡Oh dolorosas nuevas, dignas de mortal lloro! ¡Oh acelerados desastres! ¡Oh pérdida incurable! ¿Cómo ha rodeado tan presto la fortuna su rueda? ¿Quién los mató? ¿Cómo murieron? Que estoy embelasada, sin tiento, como quien cosa imposible oye. No ha ocho días que los vide vivos, y ya podemos decir: perdónelos Dios. Cuéntame, amiga mía, cómo es acaecido tan cruel y desastrado caso.

ELICIA

Tú lo sabrás. Ya oíste decir, hermana, los amores de Calisto y la loca de Melibea. Bien verías cómo Celestina había tomado el cargo, por intercesión de Sempronio, de ser medianera, pagándole su trabajo; la cual puso tanta diligencia y solicitud, que a la segunda azadonada sacó agua. Pues

como Calisto tan presto vido buen concierto en cosa que jamás lo esperaba, a vueltas de otras cosas dió a la desdichada de mi tía una cadena de oro; y como sea de tal calidad aquel metal, que mientras más bebemos dello, más sed nos pone, con sacrílega hambre, cuando se vido tan rica, alzóse con su ganancia, y no quiso dar parte a Sempronio ni a Parmeno dello; lo cual había quedado entre ellos que partiesen lo que Calisto diese. Pues como ellos viniesen cansados una mañana de acompañar a su amo toda la noche, muy airado de no sé qué cuestiones que dicen que habían habido, pidieron su parte a Celestina de la cadena para remediarse; ella púsose en negarles la convención y promesa, y decir que todo era suyo lo ganado, y aun descubriendo otras cosillas de secretos; que, como dicen: riñen las comadres, etcétera. Así que, ellos muy enojados, por una parte los aquejaba la necesidad, que priva todo amor; por otra el enojo grande y cansancio que traían, que acarrea alteración; por otra veían la fe quebrada de su mayor esperanza. No sabían qué hacer. Estuvieron gran rato en palabras: al fin, viéndola tan codiciosa, perseverando en su negar, echaron mano a sus espadas, y diéronla mil cuchilladas.

AREUSA

¡Oh desdichada de mujer! ¡Y en esto había su vejez de fenecer! ¿Y dellos qué me dices? ¿En qué pararon?

ELICIA

Ellos como hubieron hecho el delito, por huir de la justicia, que acaso pasaba por allí, saltaron

de las ventanas, y cuasi muertos los prendieron, y sin más dilación los degollaron.

AREUSA

¡Oh mi Parmeno y mi amor! ¡Y cuánto dolor me pone su muerte! Pésame del grande amor que con él tan poco tiempo había puesto; pues no me había más de durar. Pero pues ya este mal recaudo es hecho; pues ya esta desdicha es acaecida; pues ya no se pueden por lágrimas comprar ni restaurar sus vidas, no te fatigues tú tanto, que cegarás llorando. Que creo que poca ventaja me llevas en sentimiento, y verás con cuánta paciencia lo sufro y paso.

ELICIA

¡Ay, que rabio! ¡Ay mezquina, que salgo de seso! ¡Ay, que no hallo quien lo sienta como yo! No hay quien pierda lo que yo pierdo. ¡Oh cuánto mejores y más honestas fueran mis lágrimas en pasión ajena, que en la propia mía! ¡A dónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo; pierdo amigo, y tal que nunca faltaba de mi marido? ¡Oh Celestina sabia, honrada y autorizada, cuántas faltas me encubrías con tu buen saber! Tú trabajabas, yo holgaba; tú salías fuera, yo estaba encerrada; tú rota, yo vestida; tú entrabas contino como abeja por casa, yo destruía, que otra cosa no sabía hacer. ¡Oh bien y gozo mundano, que mientras eres poseído eres menospreciado, y jamás te consientes conocer hasta que te perdemos! ¡Oh Calisto y Melibea, causadores de tantas muertes! ¡Mal fin hayan vuestros amores, en mal sabor se conviertan vuestros dulces placeres!

Tórnese lloro vuestra gloria, trabajo vuestro descanso; las yerbas deleitosas donde tomáis los hurtados solaces, se conviertan en culebras; los cantares se vos tornen lloro; los sombrosos árboles del huerto se sequen con vuestra vista, sus flores olorosas se tornen de negra color.

AREUSA

Calla, por Dios, hermana, pon silencio a tus quejas, ataja tus lágrimas, limpia tus ojos, torna sobre tu vida. Que cuando una puerta se cierra, otra suele abrir la fortuna; y este mal aunque duro, se soldará y muchas cosas se pueden vengar que es imposible remediar, y ésta tiene el remedio dudoso y la venganza en la mano.

ELICIA

¿De quién se ha de haber enmienda, que la muerta y los matadores me han acarreado esta cuita? No menos me fatiga la punición de los delincuentes, que el yerro cometido. ¿Qué mandas que haga, que todo carga sobre mí? ¡Pluguiera a Dios que fuera yo con ellos, y no quedara para llorar a todos! Y de lo que más dolor siento es ver que por eso no deja aquel vil de poco sentimiento de ver y visitar, festejando cada noche a su estiércol de Melibea, y ella muy ufana en ver sangre vertida por su servicio.

AREUSA

Si eso es verdad, ¿de quién mejor se puede tomar venganza? De manera que quien lo comió, aquel lo escote. Déjame tú, que si yo les caigo en el rastro, cuándo se ven y cómo y por dónde, y a qué hora, no me hayas tú por hija de la paste-

lera vieja que bien conociste, si no hago que les amarguen los amores. Y si pongo en ello a aquel con quien me viste que reñía, cuando entrabas, si no sea él peor verdugo para Calisto, que Sempronio de Celestina. Pues ¡qué gozo habría ahora él en que le pusiese yo en algo por mi servicio, que se fué muy triste de verme que le traté mal! Y vería él los cielos abiertos en tornalle yo a hablar y mandar. Por ende, hermana, dime tú de quién puedo yo saber el negocio cómo pasa, que yo le haré armar un lazo con que Melibea llore cuanto ahora goza.

ELICIA

Yo conozco, amiga, otro compañero de Parmeno, mozo de caballos, que se llama Sosia, que le acompaña cada noche; quiero trabajar de se lo sacar todo el secreto, y éste será buen camino para lo que dices.

AREUSA

Mas hazme este placer, que me envíes acá ese Sosia. Yo le halagaré y diré mil lisonjas y ofrecimientos hasta que no le deje en el cuerpo de lo hecho y por hacer; después a él y a su amo haré revesar el placer comido. Y tú, Elicia, alma mía, no recibas pena; pasa a mi casa tu ropa y alhajas, y vente a mi compañía, que estarás muy sola, y la tristeza es amiga de la soledad. Con nuevo amor olvidarás los viejos. Un hijo que nace restaura la falta de tres finados; con nuevo sucesor se pierde la alegre memoria, y placeres perdidos del pasado. De un pan que yo tenga, ternás tú la mitad. Más lástima tengo de tu fatiga que de los que te la ponen. Verdad sea que cierto duele más la pér-

dida de lo que hombre tiene, que da placer la esperanza de otro tal, aunque sea cierta. Pero ya lo hecho es sin remedio, y los muertos irrecuperables, y como dicen: mueran y vivamos. A los vivos me deja a cargo, que yo te les daré tan amargo jarope a beber, cual ellos a ti han dado. ¡Ay, prima, prima, cómo sé yo, cuando me ensaño, revolver estas tramas aunque soy moza! Y de al me vengue Dios, que de Calisto Centurio me vengará.

ELICIA

Cata, que creo que aunque llame el que mandas, no habrá efecto lo que quieres; porque la pena de los que murieron por descubrir el secreto, porná silencio al vivo para guardarle. Lo que me dices de mi venida a tu casa te agradezco mucho, y Dios te ampare y alegre en tus necesidades, que bien muestras el parentesco y hermandad no servir de viento, antes en las adversidades aprovechar; pero aunque lo quiera hacer por gozar de tu dulce compañía, no podrá ser por el daño que me vernía. La causa no es necesario decir, pues hablo con quien me entiende; que allí, hermana, soy conocida, allí estoy aparrochada. Jamás perderá aquella casa el nombre de Celestina, que Dios haya; siempre acuden allí mozas conocidas y allegadas, medio parientas de las que ella crió: allí hacen sus conciertos, de donde se me seguirá algún provecho, y también esos pocos amigos que me quedan no me saben otra morada; pues ya sabes cuán duro es dejar lo usado, y que mudar costumbre es a par de muerte, y piedra movediza que nunca moho la cobija. Allí quiero

estar, siquiera porque el alquiler de la casa que está pagado por hogaño, no se vaya en balde: así que, aunque cosa no abastase por sí, juntas aprovechan y ayudan. Ya parece que es hora de irme; de lo dicho me llevo el cargo. Dios quede contigo, que me voy.

ACTO DECIMOSEXTO

ARGUMENTO DEL DECIMOSEXTO ACTO

Pensando Pleberio y Alisa tener su hija Melibea el don de la virginidad conservado, lo cual, según ha parecido, está en contrario, están razonando sobre el casamiento de Melibea; y en tan gran cuantidad le dan pena las palabras que de sus padres oye, que envía a Lucrecia para que sea causa de su silencio en aquel propósito.

PLEBERIO, ALISA, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO

Alisa amiga, el tiempo, según me parece, se nos va, como dicen, entre las manos; corren los días como agua de río; no hay cosa tan ligera para huir como la vida; la muerte nos sigue y rodea, de la cual somos vecinos, y hacia su bandera nos acostamos según natura. Estos vemos muy claro, si miramos nuestros iguales, nuestros hermanos y parientes en derredor: todos los come ya la tierra, todos están en sus perpetuas moradas. Y pues somos inciertos cuándo habemos de ser llamados, viendo tan ciertas señales, debemos echar nuestras barbas en remojo, y aparejar nuestros fardeles para andar este forzoso camino; no nos tome de improviso ni de salto aquella cruel voz de la muer-

te. Ordenemos nuestras ánimas con tiempo, que más vale prevenir que ser prevenidos. Demos nuestra hacienda a dulce sucesor, acompañemos nuestra única hija con marido, cual nuestro estado requiere, porque vamos descansados y sin dolor deste mundo. Lo cual con mucha diligencia debemos poner desde ahora por obra, y lo que otras veces habemos principiado en este caso, ahora haya ejecución. No quede por nuestra negligencia nuestra hija en manos de tutores, pues parecerá ya mejor en su propia casa que en la nuestra. Quitarla hemos de lenguas del vulgo, porque ninguna virtud hay tan perfecta que no tenga vituperadores y maldicientes. No hay cosa con que mejor se conserve la limpia fama en las vírgenes, que con temprano casamiento. ¿Quién rehuiría nuestro parentesco en toda la ciudad? ¿Quién no se hallará gozoso de tomar tal joya en su compañía? En quien caben las cuatro principales cosas, que en los casamientos se demandan, conviene a saber: lo primero, discreción, honestidad y virginidad; segundo, hermosura; lo tercero, el alto origen y parientes; lo final, riqueza. De todo esto la dotó natura: cualquiera cosa que nos pidan hallarán bien cumplida.

ALISA

Dios la conserve, mi señor Pleberio, porque nuestros deseos veamos cumplidos en nuestra vida, que antes pienso que faltará igual a nuestra hija, según tu virtud y tu noble sangre, que no sobrarán muchos que la merezcan. Pero como esto sea oficio de los padres, y muy ajeno a las mujeres, como

tú lo ordenares, seré yo alegre, y nuestra hija obedecerá, según su casto vivir, y honesta vida y humildad.

LUCRECIA

¡Aun si bien lo supieses, reventarías! Ya, ya: perdido es lo mejor ¡Mal año se os apareja a la vejez! Lo mejor Calisto lo lleva. No hay quien ponga virgos, que ya es muerta Celestina: tarde acordáis, y más habíades de madrugar. ¡Escucha, escucha, señora Melibea!

MELIBEA

¿Qué haces ahí escondida, loca?

LUCRECIA

Llégate aquí, señora, oirás a tus padres la priesa que traen por te casar.

MELIBEA

Calla, por Dios, que te oirán: déjalos parlar, déjalos devaneen. Un mes ha que otra cosa no hacen, ni en otra cosa entienden. No parece sino que les dice el corazón el gran amor que a Calisto tengo, y todo lo que con él un mes ha he pasado. No sé si me han sentido; no sé qué se sea aquejarles más ahora este cuidado que nunca. Pues mándoles yo trabajar en vano. Por demás es la cítola en el molino. ¿Quién es el que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartarme mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi esperanza; conozco dél que no

vivo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar? Todas las deudas del mundo reciben compensación en diverso género: el amor no admite sino sólo amor por paga. En pensar en él me alegro; en verlo me gozo; en oirlo me glorifico. Haga y ordene de mí a su voluntad. Si pasar quisiere la mar, con él iré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuiré su querer. Déjenme mis padres gozar dél, si ellos quieren gozar de mí; no piensen en estas vanidades ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada. Déjenme gozar mi mocedad alegre, si quieren gozar su vejez cansada; si no, presto podrán aparejar mi perdición y su sepultura. No tengo otra lástima, sino por el tiempo que perdí de no gozarlo, de no conocerlo, después que a mí me sé conocer. No quiero marido: no quiero ensuciar los nudos del matrimonio, ni las maritales pisadas de ajeno hombre repisar, como muchas hallo, en los antiguos libros que leí, que hicieron, más discretas que yo, más subidas en estado y linaje; las cuales algunas eran de la gentilidad tenidas por diosas, así como Venus, madre de Enéas y de Cupido, el dios del amor, que siendo casada corrompió la prometida fe marital; y aun otras de mayores fuegos encendidas, cometieron nefarios e incestuosos yerros, como Mirra con su padre, Semíramis con su hijo, Canace con su hermano, y aun aquella forzada Tamar, hija del rey David. Otras aún más cruelmente traspasaron las leyes de natura, como Pasife, mujer del rey Minos, con el

toro. Pues reinas eran y grandes señoras, debajo cuyas culpas la razonable mía podrá pasar sin denuesto. Mi amor fué con justa causa; requerida y rogada, cautivada de su merecimiento, aquejada por tan astuta maestra como Celestina, servida de muy peligrosas visitaciones, antes que concediese por entero en su amor; y después un mes ha, como has visto, que jamás noche ha faltado sin ser nuestro huerto escalado como fortaleza, y muchas haber venido en balde, y por eso no me mostrar más pena ni trabajo; muertos por mí sus servidores; perdiéndose su hacienda; fingiendo ausencia con todos los de la ciudad, todos los días encerrado en casa con esperanza de verme a la noche. ¡Afuera, afuera la ingratitud, afuera las lisonjas y el engaño con tal verdadero amador, que ni quiero marido, ni quiero padre ni parientes! Faltándome Calisto, me falte la vida, la cual, porque él de mí goce, me aplace.

LUCRECIA

Calla, señora, escucha, que todavía perseveran.

PLEBERIO

Pues ¿qué te parece señora mujer? ¿debemos hablarlo a nuestra hija? ¿Debemos darla parte de tantos como me la piden, para que de su voluntad venga, para que diga cuál le agrada? Pues en esto las leyes dan libertad a los hombres y mujeres, aunque estén so el paterno poder, para elegir.

ALISA

¿Qué dices? ¿En qué gastas tiempo? ¿Quién ha de irle con tan grande novedad a nuestra Melibea, que no la espante? ¡Cómo!, ¿y piensas que sabe ella qué cosa sean hombres? ¿Si se casan, o qué es casar? ¿O que del ayuntamiento de marido y mujer se procrean los hijos? ¿Piensas que su virginidad simple le acarrea torpe deseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun con el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio, que si alto o bajo de sangre, o feo o gentil de gesto le mandáremos tomar, aquello será su placer, aquello habrá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija.

MELIBEA

Lucrecia, Lucrecia, corre presto, entra por el postigo en la sala, y estórbales su habla, interrúmpeles sus alabanzas con algún fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, según estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia.

LUCRECIA

Ya voy, señora.

ACTO DECIMOSÉPTIMO

ARGUMENTO DEL DECIMOSÉPTIMO ACTO

Elicia careciendo de la castimonia de Panélope, determina de despedir el pesar y luto que por causa de los muertos trae, alabando el consejo de Areusa en este propósito; la cual va a casa de Areusa, adonde viene Sosia, al cual Areusa con palabras fictas saca todo el secreto que está entre Calisto y Melibea.

Elicia, Areusa, Sosia

ELICIA

Mal me va con este luto: poco se visita mi casa, poco se pasea mi calle; ya no veo las músicas de la alborada, ya no las canciones de mis amigos, ya no las cuchilladas ni ruidos de noche por mi causa; y lo que peor siento, que ni blanca ni presente veo entrar por mi puerta. De todo esto me tengo yo la culpa, que si tomara el consejo de aquella que bien me quiere, de aquella verdadera hermana, cuando el otro día le llevé las nuevas deste triste negocio que esta mi mengua ha acarreado, no me viera ahora entre dos paredes sola, que de asco no hay quien me vea. El diablo me da tener dolor por quien no sé si yo muerta lo tuviera. A osadas que me dijo ella a mí lo cierto; nunca, hermana, traigas ni muestres más pena por el mal

ni muerte de otro que él hiciera por tí. Sempronio holgara, yo muerta; ¿pues por qué loca, me peno yo por él degollado? Y ¿qué sé si me matara a mí, como era acelerado y loco, como hizo a aquella vieja que tenía yo por madre? Quiero en todo seguir su consejo de Areusa, que sabe más del mundo que yo, y verla muchas veces, y traer materia como viva. ¡Oh qué participación tan suave, qué conversación tan gozosa y dulce! No en balde se dice, que vale más un día del hombre discreto, que toda la vida del necio y simple. Quiero pues deponer el luto, dejar tristeza, despedir las lágrimas, que tan aparejadas han estado a salir. Pero, como sea el primer oficio que en naciendo hacemos, llorar, no me maravillo ser el más ligero de comenzar, y de dejar más duro; mas para esto es el buen seso, viendo la pérdida al ojo, viendo que los atavíos hacen la mujer hermosa, aunque no lo sea; tornan de vieja moza, y a la moza más. No es otra cosa la color y albayalde sino pegajosa liga en que se traban los hombres. Ande pues mi espejo y alcohol, que tengo dañados estos ojos: anden mis tocas blancas, mis gorgueras labradas, mis ropas de placer. Quiero aderezar lejía para estos cabellos, que perdían ya la rubia color; y esto hecho contaré mis gallinas, haré mi cama, porque la limpieza alegra el corazón, barreré mi puerta y regaré la calle, porque los que pasaren vean que es ya desterrado el dolor. Mas primero quiero ir visitar a mi prima, por preguntarle si ha ido allá Sosia, y lo que con él ha pasado; que no lo he visto después que le dije cómo le querría ha-

blar Areusa. Quiera Dios que la halle sola, que jamás está desacompañada de galanes, como buena taberna de borrachos.

ELICIA

Cerrada está la puerta, no debe estar allá hombre; quiero llamar. Ta, ta.

AREUSA

¿Quién es?

ELICIA

Abre, amiga; Elicia soy.

AREUSA

Entra, hermana mía; véate Dios, que tanto placer me haces en venir como vienes, mudado el hábito de tristeza. Ahora nos gozaremos juntas; ahora te visitaré; vernos hemos en mi casa y en la tuya; quizá por bien fué para entrambas la muerte de Celestina, que yo ya siento la mejoría más que antes. Por esto se dice, que los muertos abren los ojos de los que viven, a unos con haciendas, a otros con libertad, como a tí.

ELICIA

A tu puerta llaman; poco espacio nos dan para hablar, que te querría preguntar si ha venido acá Sosia.

AREUSA

No ha venido; después hablaremos. ¡Qué porradas que dan! Quiero ir abrir; que o es loco, o privado.

¿Quién llama?

SOSIA

Abreme, señora; Sosia soy, criado de Calisto.

AREUSA

Por los santos de Dios, el lobo es en la conseja: escóndete, hermana, tras ese paramento, y verás cuál te lo paro lleno de vientó de lisonjas, que piense cuando se parta de mí que es él y otro no; y sacarle he lo suyo y lo ajeno del buche con halagos, como él saca el polvo con la almohaza a los caballos.

AREUSA

¿Es mi Sosia, mi secreto amigo? ¿el que yo me quiero bien sin que él lo sepa? ¿el que deseo conocer por su buena fama? ¿el fiel a su amo? ¿el buen amigo a sus compañeros? Abrazarte quiero, amor, que ahora que te veo creo que hay más virtudes en tí que todos me decían. Anda acá, entremos a asentarnos, que me gozo en mirarte, que me representas la figura del desdichado de Parmeno. Con esto hace hoy tan claro día que habías tú de venir a verme. Dime, señor, ¿conocíasme antes de ahora?

SOSIA

Señora, la fama de tu gentileza, de tus gracias y saber, vuela tan alto por esta ciudad, que no debes tener en mucho ser de más conocida que conociente; porque ninguno habla en loor de hermo-

sas que primero no se acuerde de tí que de cuantas son.

ELICIA

¡Oh hideputa el pelón, y cómo se desasna! Quien le ve ir al agua con sus caballos en cerro y sus piernas de fuera, en sayo, y ahora en verse medrado con calzas y capa, sálenle alas y lengua.

AREUSA

Yo me correría con tu razón, si alguno estuviese delante, en oirte tanta burla como de mí haces; pero como todos los hombres traigais proveidas esas razones, esas engañosas alabanzas, tan comunes para todas, hechas de molde, no me quiero de tí espantar. Pero hágote cierto, Sosia, que no tienes dellas necesidad; sin que me alabes te amo y sin que me ganes de nuevo me tienes ganada. Para lo que te envié a rogar que me vieses son dos cosas, las cuales, si más lisonja o engaño en tí conozco, te dejaré de decir, aunque sean de tu provecho.

SOSIA

Señora mía, no quiera Dios que yo te haga cautela: muy seguro venía de la gran merced que piensas hacer y haces; no me sentía digno para descalzarte. Guía tú mi lengua, responde por mi a tus razones, que todo lo habré por rato y firme.

AREUSA

Amor mío, ya sabes cuánto quise a Parmeno, y como dicen: quien bien quiere a Beltrán a todas sus cosas ama. Todos sus amigos me agradaban, el buen servicio de su amo como a él mismo me placía; donde vía su daño Calisto, le apartaba. Pues como esto así sea, acordé decirte, lo uno, que

conozcas el amor que te tengo, y cuánto contigo y tu visitación siempre me alegrarás, y que en esto no perderás nada, si yo pudiere, antes te verná provecho; lo otro y segundo, que pues yo pongo mis ojos en tí, y mi amor y querer, avisarte que te guardes de peligros, y más de descubrir tu secreto a ninguno, pues ves cuánto daño vino a Parmeno y a Sempronio de lo que supo Celestina, porque no querría verte morir mal logrado como a tu compañero; harto me basta haber llorado al uno. Porque has de saber que vino a mí una persona, y me dijo que le habías tú descubierto los amores de Calisto y Melibea, y cómo la había alcanzado, y cómo ibas cada noche a le acompañar, y otras muchas cosas que no sabría relatar. Cata, amigo, que no guardar secreto es propio de las mujeres; no de todas, sino de las bajas y de los niños. Cata, que te puede venir gran daño; que para esto te dió Dios dos oídos y dos ojos, y no más de una lengua; porque sea doblado lo que vieres y oyeres, que no el hablar. Cata, no confíes que tu amigo te ha de tener secreto de lo que le dijeres, pues tú no le sabes a tí mismo tener. Cuando hubieres de ir con tu amo Calisto a casa de aquella señora, no hagas bullicio, no te sienta la tierra, que otros me dijeron que ibas cada noche dando voces como loco de placer.

SOSIA

¡Oh cómo son sin tiento y personas desacordadas las que tales nuevas, señora, te acarrean! Quien te dijo que de mi boca lo había oído, no dice verdad. Los otros de verme ir con la luna de

noche a dar agua a mis caballos, holgando y habiendo placer, diciendo cantares por olvidar el trabajo y desechar enojo, y esto antes de las diez, sospechan mal, y de la sospecha hacen certidumbre, afirman lo que barruntan. ¡Sí, que no estaba Calisto loco, que a tal hora había de ir a negocio de tanta afrenta, sin esperar que repose la gente, que descansen todos en el dulzor del primer sueño! Ni menos había de ir cada noche, que aquel oficio no sufre cotidiana visitación. Y si más clara quieres, señora, ver su falsedad, como dicen, que toman antes al mentiroso que al que coxquea, en un mes no habemos ido ocho veces; ¡y dicen los falsarios revolvedores que cada noche!

AREUSA

Pues por mi vida, amor mío, porque yo los acuse y tome en el lazo del falso testimonio, me dejes en la memoria los días que habéis concertado de salir; y si yerran, estaré segura de tu secreto, y cierta de su levantar. Porque no siendo su mensaje verdadero, será tu persona segura de peligro, y yo sin sobresalto de tu vida: pues tengo esperanza de gozarme contigo largo tiempo.

SOSIA

Señora, no alarguemos los testigos: para esta noche en dando el reloj las doce está hecho el concierto de su visitación por el huerto. Mañana preguntarás lo que han sabido, de lo cual si alguno te diere señas, que me trasquilen a mi a cruces.

AREUSA

¿Y por qué parte, alma mía, porque mejor los

pueda contraer, si anduvieren errados vacilando?

SOSIA

Por la calle del Vicario gordo, a las espaldas de su casa.

ELICIA

¡Tiénente, don andrajoso! no es más menester. ¡Maldito sea el que en manos de tal acemilero se confía, que desgoznarse hace el badajo!

AREUSA

Hermano Sosia, esto hablado, basta para que tome cargo de saber tu inocencia, y la maldad de tus adversarios. Vete con Dios, que estoy ocupada en otro negocio, y me he detenido mucho contigo.

ELICIA

¡Oh sabia mujer! ¡oh despidiente propio, cual le merece el asno que ha vaciado su secreto tan de lijero!

SOSIA

Graciosa y suave señora, perdóname si te he enojado con mi tardanza: mientras holgares con mi servicio, jamás hallarás quien tan de grado aventure en él su vida; y queden los ángeles contigo.

AREUSA

Dios te guíe.

¡Allá irás, acemilero! ¡muy ufano vas por tu vida! Pues toma para tu ojo, bellaco, y perdona que te la doy de espaldas. ¿A quién digo? Hermana, sal acá, ¿qué te parece cuál le envío? Así sé yo tratar los tales; así salen de mis manos los asnos, apaleados como éste, y los locos corridos, y los discretos espantados, y los devotos alterados,

y los castos encendidos. Pues, prima, aprende; que otra arte es ésta que la de Celestina, aunque ella me tenía por boba, porque me quería yo serlo. Y pues ya tenemos deste hecho sabido cuanto deseábamos, debemos ir a casa de aquel otro cara de ahorcado, que el jueves eché delante de tí baldonado de mi casa, y haz tú como que nos quieres hacer amigos, y que rogaste que fuese a verlo.

ACTO DECIMOCTAVO

ARGUMENTO DEL DECIMOCTAVO ACTO

Elicia determina de hacer las amistades entre Areusa y Centurio. por precepto de Areusa y vanse a casa de Centurio, donde ellas le ruegan que haya de vengar las muertes en Calisto y Melibea; el cual lo prometió delante de ellas. Y como sea natural a estos no hacer lo que prometen, escúsase como en el proceso parece.

ELICIA, CENTURIO, AREUSA

ELICIA

¿Quién está en su casa?

CENTURIO

Muchacho, corre, verás quién osa entrar sin llamar a la puerta. Torna, torna acá, que ya he visto quién es. No te cubras con el manto, señora; ya no te puedes esconder, que cuando ví adelante entrar a Elicia, ví que no podía traer consigo mala compañía, ni nuevas que me pesasen, sino que me habían de dar placer.

AREUSA

No entremos, por mi vida, más adentro, que se estiende ya el bellaco pensando que le vengo a rogar: que más holgara con la vista de otras como él, que con la nuestra. Volvamos, por Dios, que me fino en ver tan mal gesto. ¿Parécete, herma-

na, que me traes por buenas estaciones, y que es cosa justa venir de vísperas, y entrarnos a ver un desuellacaras que ahí está?

ELICIA

Torna por mi amor, no te vayas; si no, en mis manos dejarás el medio manto.

CENTURIO

Tenla, por Dios, señora, tenla no se te suelte.

ELICIA

Maravillada estoy, prima, de tu buen seso. ¿Cuál hombre hay tan loco y fuera de razón, que no huelgue de ser visitado, mayormente de mujeres? Llégate acá, señor Centurio, que en cargo de mi alma por fuerza haga que te abrace, que yo pagaré la fruta.

AREUSA

Mejor lo vea yo en poder de justicia, y morir a manos de sus enemigos, que yo tal gozo le dé. ¡Ya, ya hecho ha conmigo para cuanto viva! ¿Y por cuál carga de agua le tengo de abrazar, ni ver a ese enemigo? Porque le rogué estotro día que fuese una jornada de aquí, en que me iba la vida, y dijo de no.

CENTURIO

Mándame tú, señora, cosa que yo sepa hacer, cosa que sea de mi oficio: un desafío con tres juntos, y si más vinieren, que no huya por tu amor; matar un hombre, cortar una pierna o brazo, arpar el gesto de alguna que se haya igualado contigo: estas tales cosas antes serán hechas que encomendadas. No me pidas que ande camino, ni que te dé dinero; que bien sabes que no dura conmigo, que

tres saltos daré sin que me se caiga blanca. Ninguno da lo que no tiene. En una casa vivo, cual ves, que rodará el majadero por toda ella sin que tropiece. Las alhajas que tengo es el ajuar de la frontera, un jarro desbocado, un asador sin punta; la cama en que me acuesto está armada sobre aros de broqueles, un rimero de malla rota por colchones, una talega de dados por almohada, que aunque quiera dar colación, no tengo qué empeñar, sino esta capa arpada que traigo a cuestas.

ELICIA

Así goce, que sus razones me contentan a maravilla. Como un santo está obediente, como un ángel te habla, a toda razón se allega, ¿qué más le pides? Por mi vida que le hables, y pierdas enojo, pues tan de grado se te ofrece con su persona.

CENTURIO

¿Ofrecer dices, señora? Yo te juro por el santo martilogio de pe a pa el brazo me tiembla de lo que por ella entiendo hacer, que contino pienso cómo la tenga contenta, y jamás acierto. La noche pasada soñaba que hacía armas en un desafío por su servicio con cuatro hombres que ella bien conoce, y maté al uno, y de los otros que huyeron, el que más sano se libró me dejó a los pies un brazo izquierdo. Pues muy mejor lo haré despierto de día, cuando alguno tocare en su chapín.

AREUSA

Pues aquí te tengo, a tiempo somos; yo te perdono con condición que me vengues de un caballero que se llama Calisto, que nos ha enojado a mí y a mi prima.

CENTURIO

¡Oh! reniego de la condición: dime luego si está confesado.

AREUSA

No seas tú cura de su ánima.

CENTURIO

Pues sea así: enviémosle a comer al infierno sin confesión.

AREUSA

Escucha, no atajes mi razón: esta noche lo tomarás.

CENTURIO

No me digas más; al cabo estoy. Todo el negocio de sus amores sé y los que por su causa hay muertos, y lo que os tocaba a vosotras; por dónde va, y a qué hora, y con quién es. Pero dime, ¿cuántos son los que le acompañan?

AREUSA

Dos mozos.

CENTURIO

Pequeña presa es esa; poco cebo tiene ahí mi espada. Mejor cebara ella en otra parte esta noche, que estaba concertada.

AREUSA

Por escusarte lo haces: a otro perro con ese hueso; no es para mí esa dilación: aquí quiero ver si decir y hacer si comen juntos a tu mesa.

CENTURIO

Si mi espada dijese lo que hace, tiempo le faltaría para hablar. ¿Quién sino ella puebla los más cimenterios? ¿quién hace ricos los cirujanos desta tierra? ¿quién da contino que hacer a los armeros?

¿quién destroza la malla muy fina? ¿quién hace riza de los broqueles de Barcelona? ¿quién rebana los capacetes de Calatayud, sino ella, que los casquetes de Almazán así los corta como si fuesen hechos de melón? Veinte años ha que me da de comer; por ella soy temido de los hombres y querido de mujeres, sino de ti; por ella me dieron Centurio por nombre a mi abuelo, y Centurio se llamó mi padre, y Centurio me llamo yo.

ELICIA

Pues ¿qué hizo la espada por que ganó tu abuelo ese nombre? Díme ¿por ventura fué por ella capitán de cien hombres?

CENTURIO

No, pero fué rufián de cien mujeres.

AREUSA

No curemos de linaje ni hazañas viejas; si has de hacer lo que te digo, sin dilación determina, porque nos queremos ir.

CENTURIO

Más deseo ya la noche por tenerte contenta, que tú por verte vengada. Y porque más se haga todo a tu voluntad, escoge qué muerte quieres que le dé: allí te mostraré un repertorio en que hay setecientas y setenta especies de muertes: verás cuál más te agradare.

ELICIA

Areusa, por mi amor, que no se ponga este hecho en manos de tan fiero hombre. Más vale que se quede por hacer, que no escandalice la ciudad, por donde nos venga más daño de lo pasado.

AREUSA

Calla, hermana, díganos alguna que no sea de mucho bullicio.

CENTURIO

Las que ahora estos días yo uso y más traigo entre manos, son espaldarazos sin sangre, o porradas de pomo de espada, o revés mañoso: a otros agujero como harnero a puñaladas, tajo largo, estocada temerosa, tiro mortal. Algún día doy palos por dejar holgar mi espada.

ELICIA

No pase, por Dios, adelante: déle palos, porque quede castigado y no muerto.

CENTURIO

Juro por el cuerpo santo de la letanía, no es más en mi brazo derecho dar palos sin matar, que en el sol dejar de dar vueltas al cielo.

AREUSA

Hermana, no seamos nosotras lastimeras; haga lo que quisiere; mátele como se le antojare. Llore Melibea como tú has hecho. Dejémosle. Centurio, da buena cuenta de lo encomendado; de cualquier muerte holgaremos: mira que no se escape sin alguna paga de su yerro.

CENTURIO

Perdónele Dios, si por pies no se me va. Muy alegre quedo, señora mía, que se ha ofrecido caso, aunque pequeño, en que conozcas lo que yo sé hacer por tu amor.

AREUSA

Pues Dios te dé buena manderecha, y a él te encomiendo, que nos vamos.

CENTURIO

El te guíe, y te dé más paciencia con los tuyos.

CENTURIO

Allá irán estas putas atestadas de razones. Ahora quiero pensar cómo me excusaré de lo prometido; de manera que piensen que puse diligencia con ánimo de ejecutar lo dicho, y no negligencia, por no me poner en peligro. Quiérome hacer doliente; pero ¿qué aprovecha? Que no se apartarán de la demanda cuando sane. Pues si digo que fuí allá y que les hice huir, pedirme han señas de quién eran, y cuántos iban, y en qué lugar los tomé, y qué vestidos llevaban: yo no las sabré dar; hélo todo perdido. Pues ¿qué consejo tomaré que cumpla con mi seguridad y su demanda? Quiero enviar a llamar a Traso el cojo y a sus dos compañeros, y decirles que, porque yo estoy ocupado esta noche en otro negocio, vayan a dar un repiquete de broquel a manera de levada, para ojear unos garzones, que me fué encomendado; que todo esto es pasos seguros, y donde no conseguirán ningún daño, más de hacerlos huir y volverse a dormir.

ACTO DECIMONONO

ARGUMENTO DEL DECIMONONO ACTO

Calisto yendo con Sosia y Tristán al huerto de Pleberio a visitar a Melibea, que lo estaba esperando, y con ella Lucrecia, cuenta Sosia lo que le aconteció con Areusa. Estando Calisto dentro del huerto con Melibea, viene Traso y otros por mandado de Centurio a cumplir lo que había prometido a Areusa y a Elicia, a los cuales sale Sosia; y oyendo Calisto desde el huerto, donde estaba con Melibea, el ruido que traían, quiso salir fuera; la cual salida fué causa que sus días pereciesen porque los tales este don recibiesen por galardón; y por esto han de saber desamar los amadores.

SOSIA, TRISTÁN, CALISTO, MELIBEA, LUCRECIA

SOSIA

Muy quedo, para que no seamos sentidos: desde aquí al huerto de Pleberio te contaré, hermano Tristán, lo que con Areusa me ha pasado hoy, que estoy el más alegre hombre del mundo. Sabrás que ella por las buenas nuevas que de mí había oído, estaba presa de mi amor y envióme a Elicia, rogándome que la visitase; y dejando aparte otras razones de buen consejo que pasamos, mostró al presente ser tanto mía cuanto algún tiempo

fué de Parmeno. Rogóme que la visitase siempre, que ella pensaba gozar de mi amor por tiempo; pero yo te juro, por el peligroso camino en que vamos, hermano, y así goce de mí, que estuvé dos o tres veces por me arremeter a ella, sino que me empachaba la vergüenza de verla tan hermosa y arreada, y a mí con una capa vieja ratonada. Echaba de sí en bullendo un olor de almizcle; yo hedía al estiércol que llevaba dentro de los zapatos; tenía unas manos como la nieve, que cuando las sacaba de rato en rato de un guante, parecía que se derramaba azahar por casa. Así por esto, como porque tenía un poco ella que hacer, se quedó mi atrever para otro día; y aun porque a la primera vista todas las cosas no son bien tratables, y cuanto más se comunican, mejor se entienden en su participación.

TRISTÁN

Sosia amigo, otro seso más maduro y esperimentado que no el mío era necesario para darte consejo en este negocio; pero lo que con mi tierna edad y mediano natural alcanzo, al presente te diré. Esta muchacha es marcada ramera, según tú me dijiste: cuanto con ella te pasó has de creer que no carece de engaño. Sus ofrecimientos fueron falsos, y no sé yo a qué fin; porque amarte por gentil hombre, ¿cuántos más terná ella desechados? si por rico, bien sabe que no tienes más del polvo que se te pega del almohaza; si por hombre de linaje, ya sabrá que te llaman Sosia, y a tu padre llamaron Sosia, nacido y criado en una aldea, quebrando terrones con un arado, para lo

cual eres tú más dispuesto que para enamorado. Mira, Sosia, y acuérdate bien si te quería sacar algún punto del secreto deste camino que ahora vamos, para con que lo supiese revolver a Calisto y Pleblerio, de envidia del placer de Melibea. Cata, que la envidia es una incurable enfermedad donde asienta; huésped que fatiga la posada; en lugar de galardón, siempre goza del mal ajeno. Pues si esto es así, ¡oh cómo te quiere aquella malvada hembra engañar con su alto nombre, del cual todas se arrean! Con su vicio ponzoñoso quería condenar el ánima por cumplir su apetito, revolver tales casas para contentar su dañada voluntad. ¡Oh arrufianada mujer, y con qué blanco pan te daba zarazas! Quería vender su cuerpo a trueco de contienda. Oyeme, y si así presumes que es, ármale trato doble, cual yo te diré: que quien engaña al engañador, ya me entiendes; y si sabe mucho la raposa, más que el que la toma. Contramínale sus malos pensamientos, escala sus ruindades, cuando más segura la tengas, y cantarás después en tu establo: uno piensa el bayo, y otro el que lo ensilla.

SOSIA

¡Oh Tristán, discreto mancebo! Mucho más me has dicho que tu edad demanda; astuta sospecha has remontado, y creo que verdadera. Pero porque ya llegamos al huerto y nuestro amo se nos acerca, dejemos este cuento, que es muy largo, para otro día.

CALISTO

Poned mozos, la escala y callad, que me parece

que está hablando mi señora de dentro. Subiré encima de la pared, y en ella estaré escuchando, por ver si oyere alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA

Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oirte, mientras viene aquel señor; y muy paso entre estas verduricas, que no nos oirán los que pasaren.

LUCRECIA

¡Oh quién fuese la hortelana
de aquestas viciosas flores,
por prender cada mañana
al partir a tus amores!
Vístanse nuevas colores
los lirios y el azucena;
derramen frescos olores,
cuando entre por estrena.

MELIBEA

¡Oh cuán dulce me es oirte! De gozo me deshago: no ceses, por mi amor.

LUCRECIA

Alegre es la fuente clara
a quien con gran sed la vea;
mas muy más dulce es la cara
de Calisto a Melibea.
Pues, aunque más noche sea,
con su vista gozará.

—¡Oh, cuando saltar le vea,
qué de abrazos le dará!
Saltos de gozo infinitos
da el lobo, viendo ganado,
con las tetas los cabritos,
Melibea con su amado.
Nunca fué más deseado
amador de la su amiga,
ni huerto más visitado,
ni noche más sin fatiga.

MELIBEA

Cuanto dices, amiga Lucrecia, se me representa delante; todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que a muy buen son lo dices, y ayudarte he yo.

LUCRECIA, MELIBEA

Dulces árboles sombrosos,
humilláos cuando veáis
aquellos ojos graciosos
del que tanto deseáis.
Estrellas que relumbráis,
norte y lucero del día,
¿por qué no le despertáis,
si duerme mi alegría?

MELIBEA

Oyeme tú, por mi vida, que yo quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores,
que cantáis al alborada,
llevad nueva a mis amores,
cómo espero aquí asentada.

La media noche es pasada,
y no viene:
sabedme si hay otra amada
que lo detiene.

CALISTO

Vencido me tiene el dulzor de tu suave canto; no puedo más sufrir tu penado esperar, ¡oh mi señora y mi bien todo! ¿Cuál mujer podía haber nacida que desprivase tu gran merecimiento? ¡Oh salteada melodía! ¡Oh gozoso rato! ¡Oh corazón mío! ¿Y cómo no pudiste más tiempo sufrir sin interrumpir tu gozo y cumplir el deseo de entrambos?

MELIBEA

¡Oh sabrosa traición! ¡Oh dulce sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estabas, luciente sol? ¿Dónde me tenías tu claridad escondida? ¿Había rato que escuchabas? ¿Por qué me dejabas echar palabras sin seso al aire, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna cuán clara se nos muestra; las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua desta fontecica, cuánto más suave murmurio su río lleva por entre las frescas yerbas. Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercesión de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, cuán escuras están y aparejadas para encubrir nuestro deleite. Lucrecia, ¿qué sientes, amiga? ¿Tórnaste loca de placer? Déjame, no me le despedaces, no le trabajes sus miembros con

tus pesados abrazos; déjame gozar lo que es mío, no me ocupes mi placer.

CALISTO

Pues, señora y gloria mía, si mi vida quieres, no cese tu suave canto; no sea de peor condición mi presencia con que te alegras, que mi ausencia que te fatiga.

MELIBEA

¿Qué quieres que cante, amor mío? ¿Cómo cantaré, que tu deseo era el que regía mi son y hacía sonar mi canto? Pues conseguida tu venida desapareció el deseo; destemplóse el tono de mi voz. Y pues tú, señor, eres el dechado de cortesía y buena crianza, ¿cómo mandar a mi lengua hablar, y no a tus manos que estén quedas? ¿Por qué no olvidas estas mañas? Mándalas estar sosegadas y dejar su enojoso uso y conversación incomportable. Cata, ángel mío, que así como me es agradable tu vista sosegada, me es enojoso tu riguroso trato. Tus honestas burlas me dan placer, tus deshonestas manos me fatigan cuando pasan de la razón. Deja estar mis ropas en su lugar, y si quieres ver si es el hábito de encima de seda, o de paño, ¿para qué me tocas en la camisa? Pues cierto es de lienzo. Holguemos y burlemos de otros mil modos que yo te mostraré, no me destroces ni maltrates como sueles. ¿Qué provecho te trae dañar mis vestiduras?

CALISTO

Señora, el que quiere comer el ave, quita primero las plumas.

LUCRECIA

Mala landre me mate, si más los escucho. ¿Vida es esta? ¡Que me esté yo deshaciendo de dentera, y ella esquivándose porque la rueguen! Ya, ya apaciguado es el ruido; no hubieron menester despartidores. Pero también me lo haría yo, si estos necios de sus criados me hablasen entre el día; pero esperan que los tengo de ir a buscar.

MELIBEA

Señor mío, ¿quiéres que mande a Lucrecia traer alguna colación?

CALISTO

No hay otra colación para mí, sino tener tu cuerpo y belleza en mi poder. Comer y beber, donde quiera se da por dinero; en cada tiempo se puede haber, y cualquiera lo puede alcanzar; pero lo no vendible, lo que en toda la tierra no hay igual que en este huerto, ¿cómo mandas que se me pase ningún momento que no goce?

LUCRECIA

Ya me duele a mí la cabeza de escuchar, y no a ellos de hablar, ni los brazos de retozar, ni las

bocas de besar. Andar, ya callan: a tres me parece que va la vencida.

CALISTO

Jamás querría, señora, que amaneciese, según la gloria y descanso que mi sentido recibe de la noble conversación de tus delicados miembros.

MELIBEA

Señor, yo soy la que gozo, yo la que gano: tú, señor, el que me haces con tu visitación incomparable merced.

SOSIA

¿Así, bellacos, rufianes, veníades a asombrar a los que no os temen? Pues yo juro que si esperárades, que yo os hiciera ir como merecíades.

CALISTO

Señora, Sosia es aquel que da voces: déjame ir a valerle, no le maten, que no está sino un pajecico con él. Dame presto mi capa, que está debajo de tí.

MELIBEA

¡Oh triste de mi ventura! No vayas allá sin tus corazas: tórnate a armar.

CALISTO

Señora, lo que no hace espada y capa y corazón no lo hacen corazas y capacete y cobardía.

SOSIA

¿Aún tornáis? Esperadme quizá venís por lana.

CALISTO

Déjame, por Dios señora, que puesta está el escala.

MELIBEA

¡Oh, desdichada yo! ¿Y cómo vas tan recio y con tanta priesa y desarmado a meterte entre quien no conoces? Lucrecia, ven presto acá, que es ido Calisto a un ruido. Echémosle sus corazas por la pared, que se quedan acá.

TRISTÁN

Tente, señor, no bajes, que idos son; que no era sino Traso el cojo y otros bellacos que pasaban voceando, que ya se torna Sosia. Tente, tente, señor, con las manos al escala.

CALISTO

¡Oh, válame Santa María! ¡Muerto soy! ¡Confesión!

TRISTÁN

¡Llégate presto, Sosia, que el triste de nuestro amo es caído del escala, y no habla ni se bulle.

SOSIA

¡Señor, señor! ¡A esotra puerta! Tan muerto es como mi abuelo. ¡Oh, gran desventura!

LUCRECIA

Escucha, escucha: ¡gran mal es este!

MELIBEA

¿Qué es esto? ¿qué oigo? ¡amarga de mi vida!

TRISTÁN

¡Oh mi señor y mi bien muerto! ¡Oh mi señor despeñado! ¡Oh triste muerte sin confesión! Coge, Sosia, esos sesos de esos cantos, júntalos con la cabeza del desdichado amo nuestro. ¡Oh día de aciago! ¡Oh arrebatado fin!

MELIBEA

¡Oh desconsolada de mí! ¿Qué es esto? ¿Qué

puede ser tan áspero acontecimiento como oigo? Ayúdame a subir, Lucrecia, por estas paredes, veré mi dolor; si no, hundiré con alaridos la casa de mi padre. ¡Mi bien y placer todo es ido en humo; mi alegría es perdida; consumióse mi gloria!

LUCRECIA

Tristán, ¿qué dices, mi amor? ¿qué es eso que lloras tan sin mesura?

TRISTÁN

¡Lloro mi gran mal, lloro mis muchos dolores! Cayó mi señor Calisto del escala, y es muerto; su cabeza está en tres partes; sin confesión pereció. Díselo a la triste y nueva amiga, que no espere más su penado amador. Toma, Sosia, desos pies; llevemos el cuerpo de nuestro querido amo donde no padezca su honra detrimento, aunque sea muerto en este lugar. Vaya con nosotros llanto, acompáñenos soledad, síganos desconsuelo, visítenos tristeza, cúbranos luto y dolorosa jerga.

MELIBEA

¡Oh la más de las tristes triste! ¡Tan tarde alcanzado el placer, tan presto venido el dolor!

LUCRECIA

Señora, no rasgues tu cara, ni meses tus cabellos. Ahora en placer, ahora en tristeza: ¿qué planeta hubo que tan presto contrarió su operación? ¿Qué poco corazón es éste? Levanta, por Dios, no seas hallada de tu padre en tan sospechoso

lugar, que serás sentida. Señora, señora, ¿no me oyes? No te amortezcas, por Dios. Ten esfuerzo para sufrir la pena, pues tuviste osadía para el placer.

MELIBEA

¿Oyes lo que aquellos mozos van hablando? ¿Oyes sus tristes cantares? ¡Rezando llevan con responso mi bien todo! ¡Muerta llevan mi alegría! No es tiempo de yo vivir. ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria que entre mis manos tuve? ¡Oh ingratos mortales! ¡Jamás conocéis vuestros bienes, sino cuando dellos carecéis!

LUCRECIA

Avívate, aviva, que mayor mengua será hallarte en el huerto, que placer sentiste con la venida, ni pena con ver que es muerto. Entremos en la cámara, acostarte has; llamaré a tu padre, y fingiremos otro mal, pues éste no es para poderse encubrir.

EL VEINTENO ACTO

ARGUMENTO DEL VEINTENO ACTO.

Lucrecia llama a la puerta de la cámara de Pleberio. Pregúntale Pleberio lo que quiere. Lucrecia le da priesa que vaya a ver a su hija Melibea. Levantado Pleberio, va a la cámara de Melibea. Consuélala preguntándole qué mal tiene. Finge Melibea dolor de corazón. Envía Melibea a su padre por algunos instrumentos músicos. Sube ella y Lucrecia en una torre. Envía de sí a Lucrecia; cierra tras sí la puerta. Llégase su padre al pie de la torre. Descúbrele Melibea todo el negocio que había pasado; en fin, déjase caer de la torre abajo.

PLEBERIO, LUCRECIA, MELIBEA.

PLEBERIO

¿Qué quieres, Lucrecia? ¿Qué quieres tan presurosa? ¿Qué pides con tanta importunidad y poco sosiego? ¿Qué es lo que mi hija ha sentido? ¿Qué mal tan arrebatado puede ser que no haya yo tiempo de me vestir, ni me des aun espacio a me levantar?

LUCRECIA

Señor, apresúrate mucho, si la quieres ver viva, que ni su mal conozco de fuerte, ni a ella ya de desfigurada.

PLEBERIO

Vamos presto; anda allá; entra adelante; alza

esa antepuerta, y abre bien esa ventana, porque le pueda ver el gesto con claridad. ¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué dolor y sentimiento es el tuyo? ¿Qué novedad es ésta? ¿Qué poco esfuerzo es éste? Mírame, que soy tu padre. Habla conmigo, cuéntame la causa de tu arrebatada pena. ¿Qué has? ¿Qué sientes? ¿Qué quieres? Háblame, mírame, dime la razón de tu dolor, porque presto sea remediado; no quieras enviarme con triste postrimería al sepulcro. Ya sabes que no tengo otro bien sino a ti; abre esos alegres ojos, y mírame.

MELIBEA

¡Ay dolor!

PLEBERIO

¿Qué dolor puede ser, que iguale con ver yo el tuyo? Tu madre está sin seso en oir tu mal; no pudo venir a verte de turbada. Esfuerza tu fuerza, aviva tu corazón, arréciate de manera que puedas tú conmigo ir a visitar a ella. Dime, ánima mía, la causa de tu sentimiento.

MELIBEA

¡Pereció mi remedio!

PLEBERIO

¡Hija mi bien amada y querida del viejo padre! por Dios, no te ponga desesperación el cruel tormento desta tu enfermedad y pasión; que los flacos corazones el dolor los arguye. Si me cuentas tu mal, luego será remediado; que ni faltarán medicinas, ni médicos, ni sirvientes para buscar tu salud, ahora consista en yerbas, o en piedras, o en palabras, o esté secreta en cuerpos de animales. Pues no me fatigues más, no me atormen-

tes, no me hagas salir de mi seso, y dime, ¿qué sientes?

MELIBEA

Una mortal llaga en medio del corazón, que no me consiente hablar. No es igual a los otros males; menester es sacarle para ser curado, que está en lo más secreto dél.

PLEBERIO

Temprano cobraste los sentimientos de la vejez: la mocedad toda suele ser placer y alegría, enemiga de enojo. Levántate de ahí; vamos a ver los frescos aires de la ribera, alegrarte has: con tu madre, descansará tu pena. Cata, si huyes del placer, no hay cosa más contraria a tu mal.

MELIBEA

Vamos donde mandares: subamos, señor, al azotea alta, porque desde allí goce de la deleitosa vista de los navíos: por ventura aflojará algo mi congoja.

PLEBERIO

Subamos, y Lucrecia con nosotros.

MELIBEA

Mas si a ti placerá, padre mío, manda traer algún instrumento de cuerdas con que se sufra mi dolor, o tañendo, o cantando; de manera, que aunque aqueje por una parte la fuerza de su accidente, mitigarlo han por otra los dulces sones y alegre armonía.

PLEBERIO

Eso, hija mía, luego es hecho; yo lo voy a mandar aparejar.

MELIBEA

Lucrecia, amiga mía, muy alto es esto. Ya me pesa por dejar la compañía de mi padre: baja a él y dile que se pare al pie desta torre, que le quiero decir una palabra, que se me olvidó que hablase a mi madre.

LUCRECIA

Ya voy, señora.

MELIBEA

De todos soy dejada; bien se ha aderezado la manera de mi morir; algún alivio siento en ver que tan presto seremos juntos yo y aquel mi querido y amado Calisto. Quiero cerrar la puerta, porque ninguno suba a me estorbar mi muerte, no me impidan la partida, no me atajen el camino, por el cual en breve tiempo podré visitar en este día al que me visitó la pasada noche. Todo se ha hecho a mi voluntad: buen tiempo terné para contar a Pleberio mi señor la causa de mi ya acordado fin. ¡Gran sinrazón hago a sus canas; gran ofensa a su vejez; gran fatiga le acarreo con mi falta; en gran soledad le dejo! Y caso que por mi morir a mis queridos padres sus días disminuyesen, ¿quién duda que no haya habido otros más crueles contra sus padres? Bursia, rey de Bitinia, sin ninguna razón, no aquejándole pena como a mí, mató su propio padre; Tolomeo, rey de Egipto, a su padre, y madre, y hermanos, y mujer, por gozar de una manceba; Orestes a su madre Clitemnestra; el cruel emperador Nero, a su madre Agripina por solo su pla-

cer hizo matar. Estos son dignos de culpa; estos son verdaderos parricidas, que no yo; que con mi pena, con mi muerte, purgo la culpa que de su dolor se me puede poner. Otros muchos crueles hubo que mataron hijos y hermanos, debajo de cuyos yerros el mío no parecerá grande. Filipo, rey de Macedonia; Herodes, rey de Judea; Constantino, emperador de Roma; Laodice, reina de Capadocia y Medea, la nigromantesa: todos estos mataron hijos queridos y amados sin ninguna razón, quedando sus personas a salvo. Finalmente, me ocurre aquella gran crueldad de Fraates, rey de los parthos, que porque no quedase sucesor después dél, mató a Orode, su viejo padre, y a su único hijo, y treinta hermanos suyos. Estos fueron delitos dignos de culpable culpa, que guardando sus personas de peligro, mataban sus mayores y descendientes y hermanos. Verdad es que aunque todo esto así sea, no había de imitarles en lo que mal hicieron; pero no es más en mi mano. Tú, señor, que de mi habla eres testigo, ves mi poco poder: ves cuán cautiva tengo mi libertad, cuán presos mis sentidos de tan poderoso amor del muerto caballero, que priva al que tengo con los vivos padres!

PLEBERIO

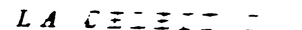
Hija Melibea, ¿qué haces sola? ¿Qué es tu voluntad decirme? ¿Quieres que suba allá?

MELIBEA

Padre mío, no pugnes ni trabajes por venir adonde yo estoy, que estorbarás la presente habla que te quiero hacer. Lastimado serás brevemente con la muerte de tu única hija. Mi fin es llegado; llegado es mi descanso y tu pasión; llegado es mi alivio y tu pena; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad. No habrás, honrado padre, menester instrumentos para aplacar mi dolor, sino campanas para sepultar mi cuerpo. Si me escuchas sin lágrimas, oirás la causa desesperada de mi forzada y alegre partida. No la interrumpas con lloro ni palabras; si no, quedarás más quejoso en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Ninguna cosa me preguntes, ni respondas, más de lo que de mi grado decirte quisiere; porque cuando el corazón está embargado de pasión, están cerrados los oídos al consejo; y en tal tiempo las fructuosas palabras, en lugar de amansar, acrecientan la saña. Oye, padre, mis últimas palabras, y si como yo espero las recibes, no culparás mi yerro. Bien ves y oyes este triste y doloroso sentimiento que toda la ciudad hace; bien ves este clamor de campanas, este alarido de gentes, este aullido de canes, este estrépito de armas: de todo esto fuí yo la causa. Yo cubrí de luto y jergas en este día casi la mayor parte de la ciudadana caballería; yo dejé hoy muchos sirvientes descubiertos de señor; yo quité muchas raciones y limosnas a pobres y envergonzantes; yo fuí ocasión que los muertos tuviesen compañía del más acabado hombre que en

gracia nació; yo quité a los vivos el dechado de gentileza, de invenciones galanas, de atavíos y bordaduras, de habla, de andar, de cortesía, de virtud; yo fuí causa que la tierra goce sin tiempo el más noble cuerpo y más fresca juventud, que al mundo era en nuestra edad criada. Y porque estarás espantado con el son de mis no acostumbrados delitos, te quiero más aclarar el hecho. Muchos días son pasados, padre mío, que penaba por amor un caballero que se llamaba Calisto, el cual tú bien conociste. Conociste asimismo sus padres y claro linaje; sus virtudes y bondad a todos eran manifiestas. Era tanta su pena de amor, y tan poco el lugar para hablarme, que descubrió su pasión a una astuta y sagaz mujer, que llamaban Celestina; la cual, de su parte venida a mí, sacó mi secreto amor de mi pecho. Descubrí a ella lo que a mi querida madre encubría; tuvo manera como ganó mi querer; ordenó cómo su deseo y el mío hubiese efecto. Si él mucho me amaba, no vivía engañado; concertó el triste concierto de la dulce y desdichada ejecución de su voluntad. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa: quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi propósito: perdí mi virginidad. Del cual deleitoso yerro de amor gozamos casi un mes; y como esta pasada noche viniese, según era acostumbrado, a la vuelta de su venida, como de la fortuna mudable estuviese dispuesto y ordenado, según su desordenada costumbre, como las paredes eran altas, la noche oscura, la escala delgada, los sirvientes que traía no diestros en aquel género de ser-

vicio, y él bajaba presuroso a ver un ruido que con sus criados sonaba en la calle, con el gran ímpetu que llevaba no vido bien los pasos, puso el pie en vacío y cayó. De la triste caída sus más escondidos sesos quedaron repartidos por las piedras y paredes. Cortaron las hadas sus hilos; cortáronle sin confesión su vida; cortaron mi esperanza, cortaron mi gloria, cortaron mi compañía. Pues ¿qué crueldad sería, padre mío, muriendo él despeñado, que viviese yo penada? Su muerte convida a la mía; convídame y fuerza que sea presto, sin dilación; muéstrame que ha de ser despeñada por seguille en todo. No digan por mí a muertos y a idos... Y así contentarle he en la muerte, pues no tuve tiempo en la vida. ¡Oh mi amor y señor Calisto! Espérame, ya voy: detente, si me esperas: no me incuses la tardanza que hago, dando esta última cuenta a mi viejo padre, pues le debo mucho más. ¡Oh padre mío, muy amado! Ruégote si amor en esta pasada y penosa vida me has tenido, que sean juntas nuestras sepulturas; juntas nos hagan nuestras obsequias. Algunas consolatorias palabras te diría antes de mi agradable fin, colegidas y sacadas de aquellos antiguos libros, que tú por mas aclarar mi ingenio me mandabas leer; sino que ya la dañada memoria con la gran turbación me las ha perdido, y aun porque veo tus lágrimas mal sufridas descender por tu arrugada faz. Salúdame a mi cara y amada madre: sepa de ti largamente la triste razón por que muero. ¡Gran placer llevo de no la ver presente! Toma, padre viejo, los dones de tu vejez; que en largos días largas



tristezas se ...
antigua ...
de mi. ...
Dios ...
ma; por ...

CTO

ACTO.

llanto, pregúntale
Cuéntale la muerte
della todo hecho pe-

SA.

erio? ¿Por qué son tus
estaba adormida del pe-
ecir que sentía dolor nues-
tus gemidos, tus voces tan
costumbradas, tu llanto y con-
miento ... manera penetra-
en tal ... aspasaron mi co-
aron ... s sentidos, que el
esar al ... i. Un dolor sacó
timiento ... las causas de tus
or qué ... onrada vejez? ¿por
la muer ... arrancas tus blan-
bellos? ¿ ... s tu honrada cara?
algún mal ... Por Dios, que me lo
s porque ... no quiero yo vivir.

VEINTE Y UN ACTO

ARGUMENTO DEL VEINTE Y UN ACTO.

Pleberio tornado a su cámara con grandísimo llanto, pregúntale Alisa, su mujer, la causa de tan súpito mal. Cuéntale la muerte de su hija Melibea mostrándole el cuerpo della todo hecho pedazos, y haciendo su planto concluye.

PLEBERIO, ALISA.

ALISA

¿Qué es esto, señor Pleberio? ¿Por qué son tus fuertes alaridos? Sin seso estaba adormida del pesar que hube cuando oí decir que sentía dolor nuestra hija; ahora oyendo tus gemidos, tus voces tan altas, tus quejas no acostumbradas, tu llanto y congoja de tanto sentimiento, en tal manera penetraron mis entrañas, en tal manera traspasaron mi corazón, así avivaron mis turbados sentidos, que el ya recibido pesar alancé de mí. Un dolor sacó otro, un sentimiento otro. Dime las causas de tus quejas. ¿Por qué maldices tu honrada vejez? ¿por qué pides la muerte? ¿por qué arrancas tus blancos cabellos? ¿por qué hieres tu honrada cara? ¿Es algún mal de Melibea? Por Dios, que me lo digas, porque si ella pena, no quiero yo vivir.

PLEBERIO

¡Ay, ay, noble mujer! Nuestro gozo en el pozo. Nuestro bien todo es perdido. ¡No queramos más vivir! Y porque el incogitado dolor te dé más pena todo junto sin pensarle, porque más presto vayas al sepulcro, porque no llore yo solo la pérdida dolorida de entrambos, ves allí a la que tú pariste y yo engendré, hecha pedazos. La causa supe della; más la he sabido por extenso desta su triste sirvienta. Ayúdame a llorar nuestra llagada postrimería. ¡Oh gentes que venís a mi dolor! ¡oh amigos y señores, ayudadme a sentir mi pena! ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad sería que viva yo sobre ti. Más dignos eran mis sesenta años de la sepultura que tus veinte. Turbóse la orden del morir con la tristeza que te aquejaba. ¡Oh mis canas, salidas para haber pesar! Mejor gozara de vosotras la tierra que de aquellos rubios cabellos que presentes veo. Fuertes días me sobran para vivir: ¿quejarme he de la muerte? ¿Incusarle he su dilación? Cuanto tiempo me dejare solo después de ti, fálteme la vida, pues me faltó tu agradable compañía. ¡Oh mujer mía! Levántate de sobre ella, y si alguna vida te queda, gástala conmigo en tristes gemidos, en quebrantamiento y sospirar: y si por caso tu espíritu reposa con el suyo, si ya has dejado esta vida de dolor, ¿por qué quisiste que lo pase yo todo? En esto tenéis ventaja las hembras a los varones, que puede gran dolor sacaros del mundo sin lo sentir, o a lo menos perdéis el sentido, que es parte de descanso. ¡Oh duro corazón de padre! ¿Cómo no te quiebras de dolor, que ya

quedas sin tu amada heredera? ¿Para quién edifiqué torres? ¿Para quién adquirí honras? ¿Para quién planté árboles? ¿Para quién fabriqué navíos? ¡Oh tierra dura! ¿Cómo me sostienes? ¿Adónde hallará abrigo mi desconsolada vejez? ¡Oh fortuna variable, ministra y mayordoma de los temporales bienes! ¿Por qué no ejecutaste tu cruel ira, tus mudables ondas, en aquello que a ti es sujeto? ¿Por qué no destruiste mi patrimonio? ¿Por qué no quemaste mi morada? ¿Por qué no asolaste mis grandes heredamientos? Dejárasme aquella florida planta, en quien tú poder no tenías: diérasme fortuna fluctuosa, triste la mocedad con vejez alegre, no pervirtieras la orden. Mejor sufriera persecuciones de tus engaños en la recia y robusta edad, que no en la flaca postrimería.

¡Oh vida de congojas llena, de miserias acompañada! ¡Oh mundo, mundo! Muchos mucho de ti dijeron, muchos en tus cualidades metieron la mano, a diversas cosas por oídas te compararon; yo por triste experiencia lo contaré, como a quien las ventas y compras de tu engañosa feria no prósperamente sucedieron, como aquel que mucho ha hasta ahora callado tus falsas propiedades, por no encender con odio tu ira, porque no me secases sin tiempo esta flor, que este día echaste de tu poder. Pues ahora sin temor, como quien no tiene qué perder, como aquel a quien tu compañía es ya enojosa, caminaré como caminante pobre, que sin temor de los crueles salteadores va cantando en alta voz; yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden:

ahora visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor. Cébasnos, mundo falso, con el manjar de tus deleites; al mejor sabor nos descubres el anzuelo; no lo podemos huir, que nos tiene ya cazadas las voluntades. Prometes mucho, nada cumples; échasnos de ti, porque no te podemos pedir que mantengas tus vanos prometimientos. Corremos por los prados de tus viciosos vicios, muy descuidados, a rienda suelta; descúbresnos la celada, cuando ya no hay lugar de volver. Muchos te dejaron con temor de tu arrebatado dejar; bienaventurados se llamarán, cuando vean el galardón que a este triste viejo has dado en pago de tan largo servicio. Quiébrasnos el ojo y úntasnos con consuelos el casco: haces mal a todos, porque ningún triste se halle solo en ninguna adversidad, diciendo que es alivio a los míseros, como yo, tener compañeros en la pena; pues, desconsolado viejo, ¡qué solo estoy!

Yo fuí lastimado sin haber igual compañero de semejante dolor, aunque más en mi fatigada memoria revuelvo presentes y pasados. Que si aquella severidad y paciencia de Paulo Emilio me viniere a consolar con pérdida de dos hijos muertos en siete días, diciendo que su animosidad obró

que consolase él al pueblo romano, y no el pueblo a él, no me satisface, que otros dos le quedaban dados en adopción. ¿Qué compañía me ternán en mi dolor aquel Pericles, capitán ateniense, ni el fuerte Jenofón; pues sus pérdidas fueron de hijos ausentes de sus tierras? Ni fué mucho no mudar su frente y tenerla serena, y el otro responder al mensajero que las tristes albricias de la muerte de su hijo le venía a pedir, que no recibiese él pena, que él no sentía pesar; que todo esto bien diferente es a mi mal.

Pues menos podrás decir, mundo lleno de males, que fuimos semejantes en pérdida aquel Anaxágoras y yo, que seamos iguales en sentir, y que responda yo, muerta mi amada hija, lo que el su único hijo, que dijo: como yo fuese mortal, sabía que había de morir el que yo engendraba. Porque Melibea mató a sí misma de su voluntad a mis ojos con la gran fatiga de amor, que la aquejaba. Al otro matáronle en muy lícita batalla. ¡Oh incomparable pérdida! ¡Oh lastimado viejo! Que cuanto más busco consuelos, menos razón hallo para me consolar: que si el profeta y rey David al hijo que enfermo lloraba, muerto no quiso llorar, diciendo, que era cuasi locura llorar lo irrecuperable, quedábanle otros muchos, con que soldase su llaga. Y yo no lloro triste a ella muerta; pero la causa desastrosa de su morir. Ahora perderé contigo, mi desdichada hija, los miedos y temores, que cada día me espavorecían: sola tu muerte es la que a mí me hace seguro de sospecha.

¿Qué haré, cuando entre en tu cámara y retrai-

miento, y la halle sola? ¿Qué haré de que no me respondas si te llamo? ¿Quién me podrá cubrir la gran falta que tú me haces? Ninguno perdió lo que yo el día de hoy, aunque algo conforme parecía la fuerte animosidad de Lambas de Auria, duque de los ginoveses, que a su hijo herido con sus brazos desde la nao echó en la mar: porque todas éstas son muertes, que si roban la vida, es forzado de cumplir con la fama. Pero ¿quién forzó a mi hija a morir, sino la fuerte fuerza del amor? Pues, mundo halaguero, ¿qué remedio das a mi fatigada vejez? ¿Cómo me mandas quedar en ti, conociendo tus falacias, tus lazos, tus cadenas y redes, con que pescas nuestras flacas voluntades? ¿A do me pones mi hija?, ¿quién acompañará mi desacompañada morada? ¿Quién terná en regalos mis años que caducan?

¡Oh amor, amor! ¡Que no pensé que tenías fuerza ni poder de matar a tus sujetos! Herida fué de ti mi juventud; por medio de tus brasas pasé: ¿cómo me soltaste, para me dar la paga de la huída en mi vejez? Bien pensé que de tus lazos me había librado, cuando los cuarenta años toqué, cuando fuí contento con mi conyugal compañera; cuando me ví con el fruto que me cortaste el día de hoy. No pensé que tomabas en los hijos la venganza de los padres: ni sé si hieres con hierro, ni si quemas con fuego. Sana dejas la ropa; lastimas el corazón. Haces que feo amen, y hermoso les parezca. ¿Quién te dió tanto poder? ¿Quién te puso nombre que no te conviene? Si amor fueses, amarías a tus sirvientes; si los amases, no les darías

pena; si alegres viviesen, no se matarían, como ahora mi amada hija. ¿En qué pararon tus sirvientes y sus ministros? La falsa alcahueta Celestina murió a manos de los más fieles compañeros que ella para su servicio emponzoñado jamás halló. Ellos murieron degollados, Calisto despeñado; mi triste hija quiso tomar la misma muerte por seguirle: esto todo causas. Dulce nombre te dieron, amargos hechos haces. No das iguales galardones; inicua es la ley, que a todos igual no es. Alegra tu sonido, entristece tu trato. Bienaventurados los que no conociste, o de los que no te curaste. Dios te llamaron otros, no sé con qué error de su sentido traídos. Cata, que Dios mata los que crió; tú matas los que te siguen. Enemigo de toda razón, a los que menos te sirven das mayores dones, hasta tenerlos metidos en tu congojosa danza. Enemigo de amigos, amigo de enemigos, ¿por qué te riges sin orden ni concierto? Ciego te pintan, pobre y mozo, pónente un arco en la mano, con que tiras a tiento: más ciegos son tus ministros, que jamás sienten ni ven el desabrido galardón que se saca de tu servicio. Tu fuego es de ardiente rayo, que jamás hace señal do llega. La leña que gasta tu llama son almas y vidas de humanas criaturas; las cuales son tantas, que de quien comenzar pueda, apenas me ocurre. No sólo de cristianos, mas de gentiles y judíos, y todo en pago de buenos servicios. ¿Qué me dirás de aquél Macías de nuestro tiempo, cómo acabó amando, de cuyo triste fin tú fuiste la causa? ¿Qué hizo por ti Páris? ¿qué Elena? ¿qué hizo Ypermnestra? ¿qué Egisto?

Todo el mundo lo sabe. Pues a Safo, Ariadna, Leandro, ¿qué pago les diste? Hasta David y Salomón no quisiste dejar sin pena. Por tu amistad Sansón pagó lo que mereció, por creerse de quien tú le forzaste a darle fe. Otros muchos que callo, porque tengo harto que contar en mi mal.

Del mundo me quejo, porque en sí me crió; porque no me dando vida, no engendrara en él a Melibea; no nacida no amara; no amando cesara mi quejosa y desconsolada postrimería. ¡Oh mi compañera buena! ¡Oh mi hija despedazada! ¿Por qué no quisiste que estorbase tu muerte? ¿Por qué no hubiste lástima de tu querida y amada madre? ¿Por qué te mostraste tan cruel con tu viejo padre? ¿Por qué me dejaste, cuando yo te había de dejar? ¿Por qué me dejaste penado? ¿Por qué me dejaste triste y solo in hac lachrymarum valle?

CONCLUYE EL AUTOR
APLICANDO LA OBRA AL PROPÓSITO POR QUE LA ACABÓ

Pues aquí vemos cuán mal fenecieron
Aquestos amantes, huyamos su danza,
Amemos aquel que espinas y lanza,
Azotes y clavos su sangre vertieron.
Los falsos judíos su faz escupieron,
Vinagre con hiel fué su potación;
Porque nos lleve con el buen ladrón,
De dos que a sus santos lados pusieron.

No dudes ni hayas vergüenza, lector,
Narrar lo lascivo que aquí se te muestra:
Que siendo discreto verás que es la muestra
Por donde se vende la honesta labor.
De nuestra vil masa con tal lamedor
Consiente cosquillas de alto consejo,
Con motes y trufas del tiempo más viejo:
Escritas a vueltas le ponen sabor.

Y así no me juzgues por eso liviano;
Mas antes celoso de limpio vivir,
Celoso de amar, temer y servir
Al alto Señor y Dios Soberano.
Por ende, si vieres turbada mi mano,
Turbias con claras mezclando razones,
Deja las burlas, que es paja y granzones,
Sacando muy limpio d'entrellas el grano.

FIN

ALONSO DE PROAZA

EL CORRECTOR DE LA IMPRESIÓN

Al lector.

La arpa de Orfeo y dulce armonía
Forzaba las piedras venir a su son;
Abríe los palacios del triste Platón;
Las rápidas aguas parar las hacía.
Ni ave volaba, ni bruto pacía;
Ella asentaba en los muros troyanos
Las piedras y froga sin fuerza de manos,
Según la dulzura con que se tañía.

Prosigue y aplica.

Pues mucho más puede tu lengua hacer,
Lector, con la obra que aquí te refiero,
Que a un corazón más duro que acero,
Bien la leyenda harás liquescer;
Harás al que ama, amar no querer;
Harás no ser triste al triste penado;
Al que es sin aviso harás avisado;
Así que, no es tanto las piedras mover.

Prosigue.

No debujó la cómica mano
De Nevio ni Plauto, varones prudentes,

Tan bien los engaños de falsos sirvientes
Y malas mujeres, en metro romano,
Gratino y Menandro y Magnes anciano
Esta materia supieron apenas
Pintar en estilo primero de Atenas,
Como este poeta en su castellano.

Dice el modo que se ha de tener leyendo esta tragicomedia

Si amas, y quieres a mucha atención,
Leyendo a Calisto, mover los oyentes,
Cumple, que sepas hablar entre dientes,
A veces con gozo, esperanza y pasión;
A veces airado con gran turbación.
Finge leyendo mil artes y modos,
Pregunta y responde por boca de todos,
Llorando y riyendo en tiempo y sazón.

Declara un secreto que el autor encubrió en los metros que puso al principio del libro.

No quiere mi pluma ni manda razón,
Que quede la fama de aqueste gran hombre,
Ni su digna fama, ni su claro nombre
Cubierto de olvido por nuestra ocasión,
Por ende juntemos de cada renglón
De sus once coplas la letra primera,
Las cuales descubren de sabia manera,
Su nombre, su tierra, su clara nación.

Toca cómo se debía la obra llamar, tragicomedia y no comedia.

Penados amantes jamás consiguieron
De empresa tan alta tan pronta victoria,
Como estos de quien recuenta la historia
Ni sus grandes penas tan bien sucedieron.
Mas, como firmeza nunca tuvieron
Los gozos de aqueste mundo traidor,
Suplico que llores, discreto lector,
El trágico fin que todos hubieron.

Describe el tiempo y lugar en que la obra primeramente se imprimió acabada.

El carro febeo después de haber dado
Mil y quinientas vueltas en rueda,
Ambos entonces los hijos de Leda
A Febo en su casa teníen posentado,
Cuando este muy dulce e breve tractado,
Después de revisto e bien corregido,
Con gran vigilancia puntado e leído,
Fué en Salamanca impreso acabado.

INDICE

Páginas.

IMPRENTA DE «ALREDEDOR DEL MUNDO», MARTÍN DE LOS HEROS, 65

